

Selecta

Paulo

Laberinto de pasiones

VALERIA NAYA

Paulo
Laberinto de pasiones
Biología Amor en la tormenta 2

Valeria Naya

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Nota editorial

Selecta es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, más precisamente de Argentina, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedan darle una oportunidad. Y ante la duda, el *Diccionario de la Real Academia Española* siempre está disponible para consultas.

Capítulo 1

Alma seguía sentada frente a su desayuno. Miraba la taza, concentrada. En realidad se hallaba a una distancia increíble del café con leche. Estaba en los recuerdos, en los brazos del único hombre que la había hecho sentirse mujer. Rememoraba la vez en que habían hecho el amor y la había atado al respaldo de la cama. Recordaba cada detalle, cada sensación... Sintió, de repente, humedad en la vagina y sus pezones se erizaron. El roce de uno contra el borde de la mesa la devolvió al presente, ese hombre ya no estaba en su vida y no volvería a estarlo. Hacía dos días que no recibía mensajes de él, se había producido el esperado silencio de aquel lado de la línea. Y ella se sentía peor aún. Tenía guardada la esperanza de que él siguiera intentando comunicarse para explicarle. Que se apareciera de improvviso en su puerta. Nada. Incluso había revisado en WhatsApp su última conexión. «Hace más de un día que no se conecta, eso es extraño. ¿Habrá cambiado de línea? ¿Tendrá una con la cual se comunica conmigo y otra que usa con esa mujer? ¿Podrá ser que esté tan organizado?».

El dolor aún le corroía las entrañas, el hueco en el pecho se hacía cada vez más grande. Recordarlo, recordar lo feliz que había sido en sus brazos, era como un ácido que iba comiendo la carne alrededor del agujero, generando más dolor. Las lágrimas la invadieron y, como se encontraba sola, decidió dejarse llevar. Lloró de un modo desconsolado, se tiró arriba de la mesa y dejó salir la desesperación, la desilusión, el dolor. Cuando estaba con su familia o con sus amigas, se guardaba bien de expresar tanto su tristeza. Los sabía a todos preocupados y pendientes de ella. Cuando estaba sola, dejaba que la expresión de su tristeza saliera con toda su fuerza. Le dolía la cabeza de tanto llorar, le dolía el rostro, le dolía el cuerpo, le dolían hasta las raíces del cabello. La nona Donatella siempre decía que cuando a una persona le dolía el cabello, era porque le estaba doliendo el alma, y a ella le sucedía eso. No había parte del cuerpo que no le doliera. Hacía días que no hacía otra cosa que llorar, que preguntarse por qué. «¿Por qué me sedujo? ¿Para lastimarme

después? ¿Por qué me aseguró que nunca me lastimaría si ya tenía pensado hacerlo? ¿Por qué me dijo que a su regreso viviríamos juntos, si no tenía pensado hacerlo? ¿Para qué hacerme vivir para luego matarme de este modo? ¿Y todo lo que hablamos, todos los planes, todas las palabras de amor? ¿Todo era mentira?». Por enésima vez, en ese torturante tiempo sin Paulo, se dio la respuesta a sí misma, gritando sola en la cocina: ---¡¡¡Sí, todo fue una mentira!!!! Fui una aventura sexual en Argentina, nada más.

Alma le había dado lo que quería, aunque, a juzgar por el video, no del modo que él necesitaba, y luego había vuelto a su verdadero amor, a los brazos de una mujer que era capaz de perdonarle cualquier cosa, hasta una infidelidad. Porque, en ese momento, desconfiaba hasta de que hubieran estado separados. Desconfiaba de que él le hubiera dicho que estaban separados solo para acostarse con ella. Su celular se encontraba a unos centímetros, sonó indicando la llegada de un mensaje. Se secó las mejillas y lo tomó. Era de Pato.

Amigas, no se olviden de que hoy las paso a buscar para ir a Capital a comprar los vestidos. Debemos conseguir el mío del civil y los de ustedes de la iglesia. En una hora estoy en sus puertas. Estén listas, chichis.

Alma estaba al tanto de que debían ir; la verdad era que no tenía ánimos, pero desde que había roto con Paulo, se había impuesto a sí misma no abandonar a sus amigas en sus situaciones felices, aunque ella se sintiera el ser más infeliz de la tierra. Así que con una fuerza de voluntad inverisímil, seguía acompañando a Pato en los últimos preparativos de la boda y escuchaba los relatos de Amanda y sus aventuras románticas con Germán. A pesar de todos los pronósticos, que les jugaban en contra, Germán y Amanda seguían con su relación y ambos parecían comprometidos afectivamente. Por desgracia para Alma, escuchar las ocurrencias de Germán y las situaciones románticas que generaba para Amanda la hacían recordar aún más a Paulo. Además, tener que verlo la destrozaba. No se había dado cuenta, hasta ese instante, del parecido que había entre ellos; cuestiones físicas, nada más, pero eran un recordatorio constante de Paulo. Sin ánimos, y con mucha tristeza en el alma, respondió.

Estoy terminando de desayunar. Ya estoy vestida. Cuando quieras, podés pasar.

Y había agregado una carita guiñando un ojo y con la lengua afuera, como queriendo demostrar una alegría que en verdad ya no podía existir en su

interior. Intentó arreglar su rostro, los ojos hinchados de tanto llorar, la piel enrojecida, la mirada sin vida. Se lavó con agua fría para que todos sus rasgos volvieran a la normalidad; lo de la mirada no tenía arreglo.

En el camino a Capital Federal, Pato conducía, Amanda cebaba mates y Alma iba atrás, sentada junto a la hermana de Pato, que también iba con ellas para elegir el suyo. «Salida de chicas», había dicho Pato, entusiasmada. Marina, la hermana de Pato, estaba al tanto de todo lo sucedido. Miraba de reojo a Alma y se mantenía en silencio. Era una mujer dulce, tenía apenas unos años más que su hermana. Estaba casada y terminando de hacer la casa con su marido, y no querían tener hijos hasta tenerla concluida. Pato y Amanda iban adelante charlando como dos locas, riendo, haciendo bromas. Alma tomaba mate en silencio. En un momento, una lágrima silenciosa se escapó de uno de los ojos de Alma. Marina la notó. En silencio, le tomó la mano y Alma la miró sorprendida. Le hizo un gesto que le indicaba que estaba intentando darle fuerzas. Alma sonrió sin muchas ganas.

Caminaban por la calle Corrientes. Amanda y Pato iban por delante de Marina y Alma. Amanda hablaba con sus ademanes exagerados a la vez que revisaba todo el tiempo su celular. Marina y Alma, ambas de caracteres más tranquilos, caminaban unos pasos detrás, viendo las vidrieras con más tranquilidad. Marina se animó y le sugirió a Alma: ---No te veo muy bien, Almita.

---La verdad, Mari, estoy hecha pelota. Destrozada. Pero no puedo arruinarle a tu hermana el día. Está esperando con tanta felicidad la boda. Y cada preparativo es una nueva alegría. Yo, la verdad... ---Los ojos se le llenaron de lágrimas y la voz se le cortó.

---Tranquila, Almi ---dijo a la vez que la abrazaba. Estaban a unos pasos del comercio; Pato y Amanda habían entrado a ver un vestido. Marina sacó unos pañuelos descartables y le dio el paquetito a Alma, que se secó rápidamente las lágrimas---. Sé todo lo que pasó, pero no sé qué te explicó él.

---Nada. No lo dejé. No hablamos. No le respondí más. Ni las llamadas ni los mensajes. Lo quiero lejos de mí. Quiero transitar este dolor sola, sin más mentiras.

---Ah, pero, Almi, ¿no te parece que deberías darle la oportunidad de que se explique? Digo, de última, te va a servir para confirmar que es un mentiroso patológico.

---No. No quiero escucharlo. Tengo miedo de que me convenza y yo lo

perdone, y después darme cuenta de que todo es peor.

---Ahora, yo digo, Almita, ¿tanto trabajo le costó ganarse tu confianza, que te entregaras a él, que toda tu familia lo aceptara, que tus amigas lo amenazaran, para después mandarse a mudar y mandarse semejante cagada? ¿Qué sentido tiene?

---Ninguno, Mari. Ninguno. Desde que todo esto salió a la luz, no hago otra cosa que pensar lo mismo: ¿por qué? No encuentro ninguna explicación viable. Pero los hombres a veces son animalitos que se rigen por sus instintos, tal vez solo lo movió la atracción de tenerme en su cama, nada más.

---A veces sí, a veces no, casi siempre son animalitos. ---Las dos sonrieron---. A mí igual no me cierra. Te lo repito. Yo le daría la oportunidad de hablar para evaluar qué dice.

Amanda y Pato salían riendo del comercio y el tema se cortó. Siguieron eligiendo. Luego de caminar por más de tres horas, todas habían logrado lo que buscaban: Pato había conseguido una solera azul con corte debajo del busto y que luego caía entallado hasta las rodillas, sin ajustar demasiado, y con un saquito corto, tipo bolero, transparente, en el mismo color. Amanda había elegido un soberbio y sensual vestido *strapless* en color dorado, muy ajustado. Alma se había decidido por un vestido con un solo hombro, ajustado hasta la cadera y que luego bajaba *evassé* hasta el piso, tenía un corte que dejaba ver una de sus piernas; el color elegido era verde petróleo. Marina, a su vez, había elegido un vestido de ruedo irregular, en gasa color rojo intenso, era solero y tenía diferentes gajos de gasa formando la falda. Todas habían comprado y todas estaban de acuerdo con las elecciones realizadas. De hecho, Alma se hubiera decidido por un vestido negro, porque así era como se sentía, pero sus amigas habían encontrado el vestido verde petróleo y sabían que era un color que le encantaba a Alma. Se le impusieron.

«---Almita, no podés llevar el negro, dejate de joder, es muy de vieja; además, ese color no te hace brillar. Este verde petróleo es muy sensual y es un color que a vos te gusta mucho, ¿o no? ---había dicho Pato, preocupada porque su amiga volviera a verse sexi a sí misma.

---Sí..., pero no estoy segura ---había contestado Alma no muy convencida.

---Te queda bárbaro, Almita ---terció Marina, que quería ayudarlas a alegrar a Alma---. Fijate el contraste de tu piel blanca con el color verde, increíble; la tonalidad marrón de tu cabello, todo forma un conjunto impecable.

---Sí, salvo esas ojeras horribles. Vamos a tener que gastar un pomo entero de corrector, che, el día de la boda ---dijo Amanda con su naturalidad---, más vale que te pongas las pilas, nena. No vamos a poder taparlas si se marcan más.

---Te prometo hacer el intento, amiga ---aseguró Alma sonriendo.

---Todas esperamos que lo hagas, Almi ---agregó Pato, y, en un segundo, las tomó y formó un abrazo grupal---. Chicas, ¡cómo las quiero!, estoy feliz de vivir estos momentos con ustedes...».

Se abrazaron. El celular de Amanda sonó. Y ella fue la primera en romper el círculo. Necesitaba abrir los mensajes. Sabía que Paulo estaría llegando; ella y Germán estaban tratando de organizar el encuentro entre Paulo y Alma. De ahí que había estado toda la tarde atenta al móvil. En la última comunicación, Germán le indicaba que Paulo no había dado noticias de llegar, y todos estaban preocupados. Lo que leyó le cambió el gesto. El rostro se le puso pálido.

---Ay, Amanda, mirá que sos fría, nena. Estoy diciendo algo re sentido y te vas a ver el aparato ese ---comentó Pato a modo de broma. Cuando vio que el rostro de Amanda cambiaba de color, se asustó---. ¿Qué pasó, nena? No me asustes.

---Chicas, tenemos que volver a La Plata, ya ---dijo Amanda empezando a caminar enérgicamente hacia el automóvil.

---¿Qué pasa? Decinos algo ---insistía Pato. Las otras dos la seguían preocupadas, pero siguiendo el mismo ritmo de Amanda. Ante la insistencia de Pato, Amanda se paró en seco y se giró. El rostro estaba por completo cambiado.

---Chicas, pasó algo y tengo que ir a acompañar a Germán. Es grave. ---Guardó silencio. No sabía si decir la verdad o no. Entendió en segundos que debía hacerlo---. Alma, necesito que me escuches. Espero que no te enojas conmigo. ---El gesto de Alma cambió a uno de atención. Si eso grave que había sucedido la involucraba, seguro le había pasado algo malo a alguien que ella quería---. Desde antes de viajar a España, Paulo estaba preocupado por ciertas amenazas que había recibido. ---Alma hizo un mohín, se tapó los oídos como una niña y recomenzó la caminata, no quería oír nada de él. Amanda la miró y la tomó del brazo---. Me vas a oír, Alma Recabarren. Yo sé que estás enojada, yo misma lo estaba. Y lo recontra puteé por teléfono cuando me llamó.

---¿Te llamó y lo atendiste, Amanda? ---gritó Alma enojada.

---Sí, Alma, lo atendí. Porque quería decirle de todo, insultarlo con todas mis fuerzas. Pero ¿sabés qué? Me re cagó. Se me puso a llorar. Te juro que al principio no le creía, sabía que iba a hacer lo que fuera para convencerme, pero escucharlo quebrarse me dio una pista de que tal vez no fuera culpable. Y me dijo que tenía pruebas de que ese video no era actual. Y hace dos días...

Alma la interrumpió.

---No quiero saber nada, Amanda. Es obvio que va a decir que no es él --- insistió Alma enojada y con los ojos llenos de lágrimas.

---Pará, Almi, dejame terminar. Me envió un mensaje antes de subir al avión, me dijo que había dos hechos que demostraban claramente que no era un video actual.

---No quiero escuchar sus excusas, porque... tengo miedo ---expresó Alma quebrándose.

---Ay, Almi, ¿y si tiene razón? ---comentó Pato esperanzada---. Mirá si es una tramoya de esa mina para mantenerlos separados y no era verdad. Dejalo que te explique.

---Supongamos que le creo su explicación. ¿Y si me vuelve a lastimar? Chicas, yo no puedo soportar más dolor. ---Alma se quebró ahí mismo, en la vereda. Las tres la abrazaron y le dieron contención.

---Chicas, vamos al coche. No quiero estar en la calle y que nos vean. Además, tengo que contarles algo peor ---siguió Amanda.

---Vamos ---confirmó Pato con decisión.

Entraron al vehículo, Amanda y Pato se giraron para hablar tranquilas con las pasajeras traseras. Alma se secaba las lágrimas con un pañuelo descartable.

---Calmate, Almi. Te estaba diciendo que Paulo encontró dos detalles que pueden demostrar que es un video viejo. Me lo escribió cuando subía al avión.

---¿Qué avión? ---preguntó Alma mirándola asombrada.

---El avión que lo traía de vuelta a Argentina, a vos.

---¿Está acá? ---dijo en un hilo de voz.

---Se suponía que debía llegar ayer, pero la familia no lo vio. Él no quiso que nadie lo fuera a buscar a Ezeiza, se alquilaba un automóvil y venía manejando solo, pero nunca llegó.

---Amanda, me estás diciendo... ---La voz se quebró, las lágrimas nuevamente la embargaron---. ¿Qué le pasó? Por Dios, no me digas que...

---Pará, Almi. No sabemos nada aún. Germán se fue hoy a Ezeiza, con un amigo de la policía, a ver qué había pasado. Su avión arribó a horario ayer y aterrizó sin problemas. Pero él nunca llegó a La Plata. Están viendo. Germán me acaba de decir que tienen pruebas de que fue secuestrado.

---¿¿¿Secuestrado???? ¿¿Qué?? ¿¿¿Por qué??? ---Alma no paraba de llorar y los nervios la encerraban en un espacio de confusión, no escuchaba claramente lo que las otras decían.

De pronto, todo se puso negro. Cuando volvió en sí, se encontraba en una camilla. Abrió los ojos y no comprendió dónde estaba ni por qué. Cuando intentó levantarse, una enfermera se acercó y le pidió que no se moviera, tenía un suero en el brazo izquierdo. Le explicó que estaba en la guardia del Hospital Fernández, que se notaba que estaba deshidratada, que no había estado alimentándose bien y que tuvo un *shock*, que ella buscaría a sus amigas. «¿Un *shock*?». Trató de hacer memoria dónde había estado antes del desmayo. Recordó la salida de compras, la charla sobre Paulo... «¡¡¡Paulo!!!». En ese momento, entraban, como una banda, las tres amigas. Se reunieron a su alrededor preguntándole cómo se sentía. Alma miró fijamente a Amanda.

---Explicame quién podría haber querido secuestrarlo y por qué --- reclamó, seria.

---Almi, el día anterior a viajar para España, el gallego me pidió que nos viéramos porque quería pedirme un favor. Nos vimos. Me dijo que había recibido algunas amenazas, que él creía que tenían que ver con su investigación. No sabía si era por la inundación o por lo de YPF. El punto es que temía por vos. Me pidió que estuviera alerta, que no te dejáramos sola.

---¿Y por qué no habló conmigo? ¿O con mi viejo?

---Porque no quería preocuparte, con suerte no pasaría nada y él habría tomado medidas al divino botón. Había un amigo policía al que debía contactar si algo extraño pasaba. Por ejemplo, cuando te llegó el ramo de flores, le pregunté a él y me dijo que no había sido él, que estuviera al tanto. Como no vi otros, me relajé.

---Pero sí hubo más ramos ---expresó, sorprendida, Alma.

---¿Cómo? Nunca dijiste que te hubieran llegado más ---señaló Amanda.

---No, porque llegaron cuando ya me había enojado con él. Dos más. Pero los tiré a la basura. No quería nada que me lo recordara.

---¿Y tenían tarjeta? ---consultó Pato, que se había mantenido en silencio.

---No recuerdo bien... Creo que tenían una tarjetita que solo decía:

«Perdón». Sí, eso. Por eso asumí que eran tuyas.

---Chicas, esto me huele muy mal ---acotó Amanda---. El gallego no mandó ningún ramo de flores, y menos uno que dijera «Perdón». Acá hay gato encerrado.

---¿Qué te dijo Germán? ¿Qué dice el mensaje? ---preguntó Alma preocupada.

---Que estuvieron en la agencia de alquiler, buscaron los datos de Paulo. Llegó a alquilar el coche, se llevó el contrato, pero nunca retiró el automóvil del estacionamiento. Luego fueron a ver a la guardia aeroportuaria. El amigo policía de Germán lo ayudó a hablar con ellos. Vieron los videos de seguridad. Paulo camina a retirar el automóvil y nunca llega. Parece que se lo llevaron ahí, en un punto ciego de las cámaras. Además, un empleado de la agencia de alquiler presencié el secuestro. Los vio. Eran tres tipos. Tenemos sus descripciones.

---¡Nooooooooo! ---Alma se tapaba la boca con la mano derecha---. Tenemos que ir con su familia. Tenemos que encontrarlo.

Alma tomó las riendas de la situación. En el hospital, nadie quería dejarla salir. Ella se empacó como una nena caprichosa y pidió firmar un acta donde se responsabilizaba de su salud por retirarse. Pato manejó más velozmente que nunca. La familia de Paulo las esperaba en Ezeiza. Al llegar, Amanda puso a Germán al tanto de que habían estado casi tres horas en el Hospital Fernández y explicó lo sucedido.

---¿Será prudente, Amanda, que esté acá? A ver si se nos desmaya de nuevo ---comentó Germán en tono bajo, aún preocupado por la salud de Alma. Ella, a su vez, supuso lo que cuchicheaban esos dos y se acercó decidida.

---Hola, Germán, ¿qué sabés de tu primo? Y no andes con rodeos, ya sé todo y de acá no me voy.

Los rostros de Germán y Amanda se pusieron serios.

---Está bien, Alma. Mi primo ya lleva casi 48 horas desaparecido. Mi viejo está radicando la denuncia en donde corresponde. Tenemos ayuda, ya que conocemos gente de adentro de la fuerza. Están rastreando todo el área, pero el hecho de que se hayan perdido las primeras horas es una cagada. Pueden haberlo llevado a cualquier parte.

---¿Y qué van a hacer? ¿Pidieron rescate?

---Nadie se comunicó con nosotros ni con mi tía en España.

---Por Dios, Valentina debe de estar destrozada ---expresó Alma

recordando rápidamente a la madre de Paulo, que volvía a pasar por la situación de desaparición.

---Mi tía está volando hacia acá. Llega en unas horas. Por eso yo me quedé.

---¿Viene a Argentina? Paulo me había dicho que no había vuelto a este país. Ni siquiera cuando encontraron los restos de su esposo.

---Exacto. Ella nos alertó de que Paulo ya debería haber llegado. Lo llamó varias veces y le daba «celular apagado», eso la hizo sospechar. Las abuelas de Plaza de Mayo están en el tema. Es un hijo de desaparecido que también desaparece. Están moviendo todas sus influencias.

---Dios mío, no puedo creer nada de esto. ---En ese momento sonó el celular de Alma. Atendió, era Jorge---. Hola, papi. Sí, estoy en Ezeiza. No, no estoy en el aeropuerto en sí. Estamos en un café. ¿Cómo te enteraste? ---Alma hizo un silencio y escuchó atenta. Miró a Germán y a Amanda. Pato y su hermana las habían dejado a las dos y se habían ido a La Plata---. No lo puedo creer. Estoy destrozada, papi. Sí. Estamos esperando que llegue la madre, desde España. Sí, te llamo en cuanto tenga novedades. ¿Los abuelos vieron la tele? Bueno, sentate con ellos y evitá los noticieros. No quiero que se pongan nerviosos. ---Cortó y miró a sus interlocutores---. Dice mi viejo que está saliendo en todos los noticieros. Incluso muestran hasta una foto de él.

---Sí. Mi viejo habló ya con varios canales de televisión. La noticia tiene que saberse, el hecho de que sea hijo de un desaparecido y, además, periodista está a su favor. Estos tipos no van a atreverse a matarlo, no van a crear otro «caso Cabezas[1]». Cuanto más medios estén cubriendo la nota, más posibilidades hay de que lo suelten.

---Amor, ¿pero no puede haber sido un secuestro al boleo? ---dijo Amanda preocupada.

---No, esto no fue secuestro *express* ni extorsivo. Esto fue por su laburo, no queda otra. Está metido en muchas cosas peligrosas, investigó y habló del Gobierno nacional, del provincial, del municipal, ahí tenés tres fuerzas grosas. Además, trae sus enemigos de otros países, de Colombia, de Venezuela, de Irak, por ejemplo. Esto estuvo organizado, ¿cómo mierda se enteraron de que llegaba en ese vuelo?

---No sé. ¿Quiénes estaban al tanto de que venía? ---preguntó Alma.

---Sabíamos mis viejos, Marcela, Amanda y yo. Nadie más. ---Los tres se

quedaron en silencio.

---Pero entonces... ---Amanda se quedó en silencio en mitad de la frase.

---Exacto, chicas, debemos tener los teléfonos intervenidos. Eso no lo logra una bandita de chorros comunes ---dijo Germán---. Ahora estamos buscando chips nuevos para todos, incluyéndolas a ustedes. No estamos seguros.

---¿Y ahora? ¿Qué hacemos? ---preguntó Alma.

---Esperar.

Tres horas después llegaba el avión de Valentina. Germán, Amanda y Alma entraron al aeropuerto a buscarla. Había cámaras de televisión esperándola. Cuando salió a la sala general, caminaba buscando a su sobrino, su rostro demacrado demostraba el dolor que estaba viviendo. Primero, divisó a Alma y luego a los otros. Los ojos se le llenaron de lágrimas al verla. Ambas corrieron a darse un abrazo.

---Ay, mi niña. Qué hermoso verte aquí, saber que tú también lo buscas. Y qué desgracia conocernos en estas circunstancias.

---Valentina, Valentina... ---Alma no paraba de llorar. Cerca de ellas se empezaban a juntar los periodistas, sacaban fotos, filmaban desde la distancia--. No puedo creer que esté pasando esto.

---Imagínate yo, Almita. Segunda vez en mi vida. No puedo soportar otra pérdida. Mi niño, no. ---Ambas se hablaban al oído sin soltar el abrazo---. ¿Has podido hablar con él antes de que subiera al avión? ¿Os habéis amigado?

---No. Hace semanas que no hablo con él.

---Y estás aquí de todos modos. ---Valentina separó el abrazo y la miró a los ojos---. Eres una gran mujer, Alma. Él te ama profundamente, te adora, niña. Eres la única que le ha puesto el mundo de cabeza, yo no he criado a un mal hombre.

---Valentina, yo...

Valentina la interrumpió.

---Mi niña, permíteme decirte solo esto. Luego vosotros deberéis hablar solos, pero déjame decirte. María de los Ángeles es una mujer vengativa, quedó muy dolida con la separación. Mi hijo nunca ha sido infiel, y no empezará a serlo justamente con la única mujer que le ha despertado ese corazón grande que tiene. Yo le creo cuando me jura que no hizo esa noche lo que muestra el video. Tú pensarás que lo defiende, porque es mi hijo, pero sé cómo lo he criado y jamás defendería una acción tan desleal. No miente.

Debes darle la oportunidad.

---Estoy acá, Valentina, es una pista de lo que siento. ---En ese momento, las interrumpió Germán.

---Tía Valentina, ¿cómo estás? ---dijo a la vez que intentaba abrazarla. Valentina se giró, lo estrechó rápidamente y le dio dos besos en las mejillas, a la usanza española.

---Ay, Germancito, qué grande estás, niño. Qué pena vernos en estas circunstancias. Estoy... angustiada, como es de esperarse. ---Miró hacia Amanda---. Hola, bonita, soy Valentina ---se presentó, ya que ni Alma ni Germán atinaban a hacerlo. Estiró la mano derecha, que estrechó la de Amanda, a la vez que le daba también los dos besos.

---Hola, Valentina. Soy Amanda, la amiga de Alma y... ---Se cortó dubitativa. Ni ella ni Germán habían puesto rótulos a su relación.

---Es mi novia además, tía ---expresó Germán con convicción. El rostro de Amanda se iluminó y el de Germán también. Alma los miró y, si bien se puso feliz por ellos, por estar compartiendo una relación hermosa que les hacía bien a ambos, sintió una pequeña punzada de envidia: ella no tenía a Paulo.

---Ay, pues. ¡¡¡Enhorabuena!!! Os felicito.

---Amanda es una mujer increíble. Me costó mucho convencerla de ser mi novia ---agregó abrazándola.

---Así me gusta, chavales. Cuidaros mucho, ambos. Uno nunca sabe cuánto tiempo se tiene, el de arriba tiene todo armado, pero aquí, abajo, nunca sabemos hasta que es tarde. ---Los ojos se le llenaron de lágrimas. Ella sola salió de ese emotivo momento---. Vamos, chavales, vamos, debo buscar y encontrar a mi niño. Ha llegado una leona enfurecida ---apuntó a la vez que empezaba a caminar. Se paró en seco cuando vio que los periodistas avanzaban hacia ella con cámaras y con micrófonos---. ¿Y esto?

---Tía, todo el país se enteró, hace como cinco horas, de que Paulo fue secuestrado. Saben que estabas por llegar. Si no podés hablar con ellos, yo me encargo.

---No. Yo lo hago. ---Se acercó con decisión a las cámaras, se detuvo e hizo un gesto con su mano para pedir silencio a todos los periodistas que ya la inundaban de preguntas---. Silencio, por favor. Haré una declaración y por el momento no responderé preguntas. Espero sepáis entender, he viajado más de trece horas y por una situación muy triste para mí. Necesito ver a mi familia y que me pongan al tanto de lo que se ha podido saber. Mi hijo es un colega

vuestro, intachable. Ha trabajado en los lugares del planeta que os imaginéis. Viajó a Argentina para cubrir una noticia, lo sorprendió una inundación terrible que casi le quita la vida. Inició en ese momento otra investigación para encontrar a los responsables políticos de esa tragedia climática y del incendio de la destilería de YPF. Encontró a los responsables y los dejó expuestos. A mi hijo se lo llevaron porque gritó, en medio del silencio, cuáles eran las responsabilidades y las corrupciones. ---Valentina cambió el rostro, se endureció, miró directamente a las cámaras---. Ahora os voy a hablaros a vosotros, a los secuestradores de mi hijo. Quiero que sepáis que, si habéis hecho esto para silenciarlo, os habéis equivocado. Su desaparición hará que cada vez más gente busque en internet sus artículos. Vais a tener que liberarlo, tarde o temprano, llegaré a vosotros. Perdí a mi esposo hace más de treinta años, cuando un gobierno de facto de este país me lo llevó. No pude luchar por él, lo haré por mi hijo, no les quepa la menor duda. ---Alma tenía su mano tomada con mucha fuerza---. Tenemos la democracia a nuestro favor, todos los organismos de derechos humanos que nos apoyan y están buscándolo, y tenemos una familia fuerte que no cejará hasta encontrarlo. ---Valentina le apretó a su vez la mano a Alma---. Buenas noches a todos, y en cuanto tengamos novedades, volveré a hablar con vosotros.

Valentina comenzó a caminar con paso decidido, abriendo una franja para ella. Alma, a la que aún arrastraba de la mano, Amanda y Germán, que tiraba de la maleta de su tía, la siguieron. Salieron del aeropuerto, se subieron al automóvil de Germán y partieron rumbo a La Plata.

Alma seguía conmocionada, estaba orgullosa de Valentina y de cómo había manejado la situación frente a los periodistas. La habían inundado de preguntas en cuanto había comenzado a caminar, pero se mantuvo en silencio, seria, solicitando, con mucha educación, que le permitieran pasar. No respondió a nada. Tranquila, sin nervios ni llantos.

En el camino, Germán la fue poniendo al tanto de lo que habían podido saber e investigar. Las maletas de Paulo habían sido encontradas, su celular no. De su paradero se sabía poco, solo un hombre había visto cuando se lo llevaron y eran pocas las pistas que pudo dar. El miedo del momento no le había permitido ver la patente o algo más específico para identificar a los responsables. En la imagen del secuestro, donde no se alcanzaba a distinguir cuando lo llevaron, sí se lograba ver el carrito con la maleta, que se adelantaba solo, y un automóvil color gris oscuro que salía haciendo chillar

las ruedas. La imagen era muy rápida y la patente del vehículo no era nítida. Estaban tratando de aclarar la esa parte con programas que ayudaban a despixelar.

Todos regresaron, entrada la noche, a La Plata. Se encontraron en casa de los Girat. Concentraron información y organizaron las funciones. Valentina y Adrián encabezarían las acciones. Valentina iba a ir a cada programa de televisión que le diera espacio. Sin perder tiempo. Amanda buscó direcciones de los canales de aire más conocidos y organizaron la salida del otro día. Adrián seguiría hablando con las autoridades, se iba a presentar a primera hora nuevamente en las oficinas de la policía que estaba llevando adelante las pesquisas sobre el secuestro. Alma seguía en silencio, como si todo se tratase de un sueño, una pesadilla en la que se había sumergido, y ahí no estaba Paulo para salvarla... justamente.

Capítulo 2

Paulo no tenía idea de cuánto tiempo hacía que se encontraba en ese lugar, pero tenía la certeza de que ya habían pasado varios días. Lo mantenían atado de manos. Desde el primer momento, le habían vendado los ojos, y nunca pidió que le sacaran la venda, sabía que verles el rostro a sus secuestradores implicaba su sentencia de muerte. Se mantenía sentado; a su derecha había un colchón tirado en el piso. Se sentía muy débil, la falta de alimento y las torturas diarias no le permitían moverse. Se pasaba la jornada dormitando. En toda su carrera de periodista, habían intentado lastimarlo y secuestrarlo. Siempre había logrado escapar. Era la primera vez que caía, por lo que aún se estaba reprochando su falta de cuidado. Siempre había sido un hombre frío, que calculaba los peligros de cualquier situación en segundos. En su vuelta a Argentina, el tema de Alma lo había enloquecido tanto que perdió todas las precauciones que siempre tenía.

Lo tenían casi sin ropas, descalzo, la habitación era gélida y húmeda. Sentía que el frío le calaba los huesos. Por momentos no dejaba de temblar. Los precintos, que le mantenían atadas las muñecas, le habían lastimado la piel. El cuerpo estaba lleno de golpes y laceraciones. La venda que tenía en los ojos también había producido escoriaciones. Comía lo poco que le daban, y muchas veces era tan asqueroso que lo tragaba solo pensando en mantenerse fuerte para poder escapar cuando tuviera la oportunidad.

Al no poder usar su vista, agudizaba los otros sentidos, quería tener indicios de dónde se encontraba para ayudar a la policía a hallar a los responsables, si salía de esa situación. Los sonidos: estaban alejados de la calle, no escuchaba ruidos de automóviles, sí oía, cada cierto tiempo, el traqueteo de un tren, aunque no muy cerca; en algún lugar no muy lejano, había una fábrica o algo por el estilo, percibía dos veces al día unas sirenas que él asociaba con el horario de entrada y de salida. Olores: el ambiente tenía mucho tufo a humedad, incluso algo de eso le recordaba el olor del agua sucia de la noche de la inundación. Reconocía las tres voces de sus secuestradores:

uno era el que jugaba el papel de malo, era muy irascible, tenía la voz más gruesa y se notaba que era una persona corpulenta porque, cuando se movía, los pasos sonaban retumbando; el segundo era el que cumplía rol de bueno, tenía una voz un tanto más fina, se notaba una persona aseada, era el único que, al acercarse, despedía aroma a colonia. Al hablarle a Paulo, usaba bien las estructuras sintácticas y su nivel de lengua estaba por encima del coloquial; tenía mucha paciencia, pero, aun así, se dirigía a Paulo con frialdad. El tercero no hablaba mucho, pero Paulo lo identificaba por el olor. Era un hombre que tenía un fuerte tufo a tabaco mezclado con desechos, basura o algo por el estilo. No necesitaba hacerse escuchar, cuando se acercaba, con el hedor que despedía se anunciaba solo.

Paulo los escuchaba en la habitación contigua. Miraban la televisión. Estaban los tres: el violento, el calmo y el silencioso, así los identificaba. No podía escuchar lo que decían, pero reconocía la música de los distintos programas informativos. Se escuchó un golpe en la mesa, supuso que había sido el más violento.

---¡Vieja de mierda!, a mí nadie me dice eso, y encima en televisión. Qué vieja chota, tendría que hacerle tragar las palabras y hacerle mierda al hijo. Hace tres días que habla sin parar en la televisión y me está buscando.

---Pará ---intervino el calmo---. El jefe nos dijo que lo trajéramos a este sucucho, que le sacáramos información, contactos que usó para sus notas. Nada más. Si lo vamos a matar, será cuando él nos lo indique.

---Pero, jetón, no entendés que la tipa esa nos está provocando. ¿Quiere ver quién la tiene más larga? Yo se la voy a mostrar, siempre la más larga es la mía.

---Calmate, ¿querés? Vos no podés hacer lo que te venga en gana, hacemos lo que se nos indicó y punto. La mina está buscando a su hijo, que diga lo que quiera, al tipo lo tenemos nosotros y no lo van a encontrar.

Paulo sintió un escalofrío. «¿Mi madre ha venido de España? ¿Es ella de quien hablan? No puede ser. Valentina nunca ha pisado Argentina nuevamente. No puede ser». El mudo estaba cerca, pudo captar la combinación casi nauseosa de su olor. Sintió que lo levantaban del piso y lo hacían caminar. Lo estaba llevando a la otra habitación.

---No... ¿Otra vez? Por favor, no me hagáis esto de nuevo ---dijo Paulo, preocupado. Desde hacía algunas jornadas, una vez al día lo llevaban a otro cuarto, lo golpeaban con unas varas finas, como si fueran cañas, en la espalda,

el abdomen, en las plantas de los pies y en las manos. Lo tenían descalzo, con una remera y un pantalón hecho jirones. Luego lo metían en una especie de tina y lo sumergían en agua helada durante minutos y, cuando notaban que comenzaba a ahogarse, lo dejaban subir a la superficie. Todos los días se repetía el proceso. El mudo lo trasladaba, los golpes los daban este y el violento. El calmo esperaba. Entre medio de la acción le pedía una lista, debía dar nombres y apellidos de sus contactos para todas las notas. Paulo no había dado ningún dato. Por eso seguían insistiendo. La tortura se volvía a repetir. En ese momento, estaban llevándolo para la sesión acostumbrada, nuevamente.

Lo acomodaron en la camilla donde lo acostaban cada día. Escuchó la llegada de los otros dos. Se preparaban para pegarle. El calmo los detuvo.

---A ver, querido. Esta es una situación que se va a repetir hasta que tires los nombres. Largá la lista y te dejamos en paz, ¿sí?

---No sé qué nombres queréis que os dé. No usé personas específicas en mi investigación, hice notas a las personas afectadas en la inundación, más de cien. No puedo darles esa cantidad de nombres de memoria; además, ninguno dijo lo que yo escribí, fueron mis propias conclusiones. ---Paulo seguía negando la lista.

---Mirá que sos cabeza dura, gallego. Ahora entiendo que tu vieja te hizo así, porque es igual.

---¿Qué coño tiene que ver mi madre en todo esto?

---Epa... epa ---intervino el violento---, parece que al pollito le salió carácter cuando van a tocar a la gallinita. La vamos a traer y le vamos a hacer lo mismo que a vos, y algunas cositas más. La vieja no está tan mal.

---La tocas y te mueres, te lo advierto. ---Paulo se tensó sobre la camilla.

---¿Sí? ¿Te parece que estás en situación de amenazarme? Vos ahí atado, nosotros acá a punto de hacerte mierda. Qué boludo que sos, gallego. ---El violento reía y eso enojó aún más a Paulo---. Me la voy a coger a tu vieja, gallego, por todos lados. Hace una semana que estoy encerrado con vos acá, no salgo ni para ponerla, así que estoy caliente para darle a ella y... Che, podríamos ir a buscar a la otra, la que sale al lado de la vieja en todas las notas. ---Paulo confirmaba que su madre estaba en Argentina y que corría peligro también ella---, la coloradita esa, alta, de buenas tetas. ---Paulo supo que hablaban de Alma que estaba con su madre, estaban juntas en televisión. Tuvo sentimientos encontrados en segundos: por un lado, sintió felicidad absoluta al saberla buscándolo; por el otro, terror, si esos tipos logran llegar

a Alma y a su madre, no sabía de qué serían capaces. En realidad, sí sabía, simplemente no quería ni imaginarlo. Comenzó a tensarse y retorcerse, quería soltarse de las ataduras y tomarlos del cuello, apretar hasta que dejaran de respirar.

---Sois unos malditos cobardes. Se les animan a dos mujeres, pero a mí, ninguno. Para secuestrarme habéis tenido que golpearme de sorpresa y de a tres. Sois unos cobardes de mierda.

El violento le pegó en el abdomen con la vara, Paulo sentía como si lo cortaran con un cuchillo muy delgado y afilado. Cada golpe era un nuevo corte, un nuevo dolor intenso que lo atravesaba y luego se concentraba en el punto donde la caña había tocado su piel. Ni siquiera podía prever dónde sería el próximo latigazo, para endurecer la zona y evitar el dolor. Eran rápidos y concisos, certeros, repartidos por todo el cuerpo, incluyendo manos y plantas de los pies. Paulo se tensaba por completo para tratar de sentir menos el padecimiento, pero luego del tercer azote ya no podía sostener su mecanismo de defensa. Una laceración lo atravesaba. Él cerraba los ojos, muy fuerte, debajo de la venda y trataba de contener los gritos que llegaban a su garganta. Emitía unos sonidos similares a gruñidos, apenas audibles. Se concentraba en generar imágenes, en su mente, que le dieran paz, que lo alejaran del sufrimiento. El rostro de Alma aparecía en esos momentos y él intentaba recordar cada detalle del bellissimo semblante de su amada. Cada tortura que soportaba le ayudaba a encontrar un nuevo detalle de la cara. Como cada tarde, el violento comenzó con los golpes y Paulo viajó, en su mente, a la cara de Alma: la nariz pequeña, la piel blanca, la fragancia de su piel, que era única. Los ojos verdes, tan expresivos, con pestañas negras que lo enmarcaban. El cabello castaño suave y hermoso, que al sol parecía tener reflejos rojizos, con sus ondas naturales. «La boca... Dios, esa boca que tanto placer me ha dado, esos labios mullidos, levemente gruesos, que saben besar y elevarme sobre el resto de los mortales, o cuando me chupa la polla, esos labios alrededor de mi polla, aprisionándola, succionando, llevándome al éxtasis...». Paulo evadía el dolor, pero cada vez aguantaba menos tiempo antes de desmayarse. Estaba a punto de hacerlo cuando al calmo le sonó el celular. Antes de atender, le pidió al violento que parara, que los golpes y los sonidos de Paulo no lo dejarían escuchar. Atendió el teléfono.

---¿Hola?, sí. Hola, jefe. Sí, estamos en la actividad de cada tarde, usted sabe. ¿Qué? ¿Está seguro? Todavía no pudimos sacarle ningún nombre. ---El

violento se acercó al oído de Paulo y le dijo: ---Gallego, cuando vayamos a darte el baño del día, hoy te voy a dar un changüí. Te voy a agregar un poquito de electricidad, así nos divertimos viendo cómo te portás, ¿qué te parece? Un condimento nada más. Andá preparando la picana, vos. ---Paulo escuchó que uno salía del cuarto, el silencioso; el calmo seguía hablando por teléfono.

---Hijoputa, sois la peor mierda de este país ---dijo Paulo en un murmullo, casi sin fuerzas.

---Ay, miralo al gallego, se hace el cocorito. Para tu información, pedazo de mierda española, mi viejo era un torturador de arte durante los años '70, él me enseñó el oficio, ¿sabés? Y ahora con vos voy a hacer mi mejor esfuerzo, te lo prometo.

---Calmate, loco. Ya te lo dije. ---El calmo cortó la comunicación y volvió a ellos---. El jefe ordenó que lo saquemos de acá, parece que los *rati* tienen *info* posta. Las características del automóvil, que somos tres. Algún buchón tiró data de dónde puede ser que lo tengamos. Nos vamos. Levanten todo.

---¿Con el Gallego, qué hacemos mientras guardamos todas las cosas para rajar? ---La voz del mudo casi lo sorprendió.

---Déjenlo ahí. Muy lejos no se va a ir, está atado y golpeado, cagado de frío, débil. Dejalo ahí. Vamos ---ordenó el calmo.

Paulo no entendía si era que lo iban a llevar a otro escondite, a liberar o a matar. Pero el cansancio era mayor. Los golpes, el dolor corporal, el estrés, el miedo, todo lo llevaba a sentirse adormilado. Un espacio negro iba ganando lugar, presencia.

Se sobresaltó cuando uno de sus secuestradores lo tomó de un brazo para moverlo y lo bajó de la camilla o camastro donde le pegaban cada tarde. No mediaron palabras, supo que era el mudo por el olor y el silencio. Llegaron a un lugar donde estaban los otros dos.

---Vamos, muchachos, tenemos que usar la oscuridad para sacarlo. Que nadie nos vea ni sospeche. ---Paulo entendió que se había dormido durante unas cuantas horas---. Gallego, te vamos a subir al automóvil. Si te portás bien, no va a pasar nada; si gritás, te pego un tiro en las pelotas, ¿entendés? ---dijo el calmo a la vez que apoyaba un caño frío sobre los testículos de Paulo.

Paulo hizo un gesto positivo con la cabeza. Dos de ellos lo tomaron de los brazos, él estaba tan débil que no podía dar un paso. Lo arrastraron, sintió un aire fresco sobre el rostro, imaginó que estaban a la intemperie, un patio o la calle tal vez. Escuchó abrirse una puerta de automóvil, luego entendió que era

el baúl. Lo acostaron de costado y cerraron la tapa. El vehículo se puso en marcha. La debilidad de Paulo lo arrastró otra vez a esa manta negra, de seguridad, donde nada dolía. Se durmió nuevamente.

Se despertó cuando lo movían, eran los tres pares de brazos, como el inicio del secuestro. Sintió que lo tiraban al piso, era tierra en su espalda, estaba fría y húmeda.

---Gallego, fue un placer conocerte, pero antes de irme me voy a dar el gusto. ---La voz del violento se escuchaba como si estuviera sonriendo. Se escuchó que amartillaba el arma. Paulo tuvo la certeza de que iban a dispararle---. ¿Tenés algo para decir, galleguito?

Paulo se mantuvo en silencio. Su mente decía todo aquello que su boca se negaba a pronunciar: «¡Ojalá no estuviera atado, podría romperte la cara, hijo de puta! Estos tipos me matan, no salgo con vida. Dios mío, cuida a Valentina y dale las fuerzas para sobrevivir a esto, perder a mi padre fue algo que superó porque venía yo en camino, ahora ¿cómo hará? No se merece este dolor. Virgencita, te suplico que ayudes a Alma. Ella ha debido enfrentar sola muchas cosas, no la dejes en este momento difícil y hazle llegar la certeza de que la amo y de que la amaré eternamente. Padre, sé que me estarás esperando, ese abrazo que me has debido desde que nací me lo darás en un momento. Perdón, Señor, si he ofendido a alguien, si lo he lastimado, no ha sido con intención. Sé que no he rezado mucho, pero siempre que he hablado contigo ha sido con honestidad. Lamento no haber ido a la misa en San Antonio de los Alemanes cuando estuve en Madrid, podría haberme confesado y llegar limpio a este momento. Ojalá mi corazón sincero alcance...». Sus ojos bajo la venda, apretados, vieron una tenue luz, y la tomó como una señal. Sintió paz, sonrió. El coraje no lo abandonaba nunca. Menos en ese momento en que moriría.

---Mirá que sos sorete, gallego. No largaste prenda nunca. Ni siquiera ahora que te la ves jodida de verdad. Encima te reís, dale, seguí. Me das más razones para hacerte mierda. Bueno, «vayamos por partes», dijo Jack el Destripador. ---Los otros dos comenzaron a reír. El violento disfrutaba al infundir terror. Disparó sin dar aviso. Paulo sintió un dolor intenso en el muslo derecho y luego un gran ardor, como si estuvieran metiéndole un hierro candente por la herida. Sentía frío en todo el cuerpo, y temblores, la sangre comenzó a escurrirle por el costado. La garganta estaba tan seca que no pudo siquiera gritar.

---Dale, boludo. Apurate, que alguien va a escuchar, van a llamar a los *rati*

y nos van a agarrar. Terminá de una vez ---aconsejó el calmo. El violento seguía riéndose. Amartilló nuevamente y se dispuso a dar el disparo final.

---Te metiste con los tipos equivocados, gallego. Anda a escribir al infierno ---dijo a la vez que disparaba. El casquillo nunca salió, la pistola se trabó---. ¿Qué? ¿Qué mierda pasa? ---El violento empezó a luchar con el percutor del arma, algo se había trabado. Paulo supo que su padre estaba con él. Rezó. Volvió a pedirles a Dios, a la Virgen y a su padre que lo sacaran con vida. Alguien, alertado por el primer disparo, encendió luces cerca de donde estaban, y se sintieron movimientos. Empezaba a aparecer gente asomándose de las casuchas que rodeaban al descampado.

---Eh, loco, ¿qué hacen ahí con ese chabón? ---La voz lejana de un desconocido podía ser su salvación.

---Vamos, ya está, dejalo como está ---dijo el calmo. El violento, enfurecido con su arma que se había trabado, le dio una patada en las costillas. Paulo sintió un dolor punzante.

---Hijo de puta, ojo con lo que decís a los *ratis*. Si nos encuentran...

---Dale, boludo, la *yuta* debe de andar cerca, seguro alguien ya la llamó, rajemos ---lo interrumpió el mudo. Lo tomó del brazo y lo tironeaba para alejarse; el violento tiraba en sentido contrario, quería terminar su amenaza---. Dale, boludo, rajá, el gallego nunca nos vio, dejalo.

---Tenemos muchos amigos ---prosiguió---, amigos grosos, de los que tienen poder, alguno va a llegar a tu vieja y a la pelirrojita, tené la seguridad, ¿entendiste, gallego del orto? Si nos meten en cana, ellas pierden, y vos perdés también. Zafaste del tiro en la cabeza, usala para pensar lo que te conviene.

Paulo escuchó los pasos de los tres hombres, que salieron corriendo. A la vez que esos se alejaban, sintió que se acercaban otros, del lado contrario.

---Uyyy, loco, ¡estás hecho mierda! ---Alguien se acercó y tironeó de los precintos que le ataban las piernas y las muñecas. Como no podía deshacerlos, intentó sacarle la venda de los ojos. Por primera vez, en más de una semana, los ojos se abrieron y no pudieron hacer foco. La banda estuvo muy apretada durante todo ese tiempo, con lentitud su vista debía acostumbrarse a la falta de presión. Ciego temporalmente, débil por todas las heridas, la falta de comida y el miedo, apenas pudo pronunciar: ---Ambulancia, por favor, disparo, pierna, sangre. ---Sintió que los oídos se aturdían, todo lo demás era muy lejano. Vio una luz azul intensa, intermitente. La cara de su salvador se dibujaba lentamente con más definición, pero a la vez se alejaba. Logró escuchar que

hablaba con alguien justo antes de caer en un pozo negro.

---Yaren, marcá de nuevo 911. Tiene un plomo en la pierna, necesita méd...
---Luego ya no oyó más.

Valentina y Alma seguían sentadas. Los dos primeros días en la clínica lo habían operado para extraerle el proyectil y lo habían puesto en Terapia Intensiva para que se recuperara. El médico había sido claro: Paulo había sufrido un disparo de arma corta, a poca distancia, tenía dos costillas fracturadas, cortes y varias escoriaciones, producto de los latigazos repetidos con objetos contundentes y golpes de puño; y tenía laceraciones en las muñecas por haberle mantenido los precintos apretados desde el día del secuestro. Se notaba que Paulo había hecho fuerza para romper los precintos en varias ocasiones, pero lo único que había logrado fue lastimar su carne y piel. Durante los dos días de terapia, solo podían verlo por quince minutos cada vez. Entraban Valentina, Alma y Germán. Cinco minutos cada uno. Paulo estaba dormido. Así lo mantenían con sedantes para evitarle sentir el dolor en todo su cuerpo. Casi al final del tercer día, el médico decidió bajar la dosis y verlo despierto. Quería evaluar la posibilidad de llevarlo a una habitación común.

---Buena noches, Paulo. Soy el doctor Amaral. Estás internado por las heridas que sufriste en tu secuestro. ¿Cómo te sentís? ¿Recordás algo? ---el doctor Amaral habló con su voz segura y tranquila, Paulo recién abría los ojos y parecía no entender.

---Sí... algo recuerdo ---mintió rápidamente. No quería tener que dar detalles del secuestro. Si esos tipos cumplían con su promesa, si él abría la boca, sus dos amores estarían en peligro. Dentro de él se enfrentaban el periodista justiciero, que quería decir todo lo que sabía para que los encontraran, y el energúmeno protector, que no quería poner a sus mujeres en peligro; había ganado el último. Paulo tomó de a poco conciencia de todos los dolores en cada una de las partes de su cuerpo. Dolor y cansancio. Hizo gesto de sufrimiento cuando intentó moverse en la cama.

---No se mueva todavía, está bastante lastimado, amigo. Va a tener que hablar con la policía, que espera hace más de dos días para tomarle declaración, tal vez pueda hacerlos esperar hasta mañana. ¿Cómo se siente? Digo, además del dolor, que es normal.

---Bien, estoy algo aturdido. Me duelen las piernas, los pies, las manos, la espalda, el abdomen y la cara. Y las costillas también. ---Paulo hizo un

racconto mientras iba moviendo mínimamente cada parte que mencionaba.

---Es lo normal. ¿Las costillas?, tiene dos fracturadas, deben sellarse en unos días, pero no podemos hacer mucho, está bien vendado para evitar movimientos. La pierna: extrajimos el casquillo de la bala, que ya se lo llevó la policía. La herida va a tardar unos días en cicatrizar. Además, tiene escoriaciones en todo el cuerpo, hasta en las plantas de los pies.

---Sí, cada tarde me torturaban pegándome con unas cañas en las piernas, pies, dedos de las manos, espalda y abdomen. Lo hacían todos los días --- contó Paulo, como si dijera una cuestión sin importancia.

---Me imaginé que era algo flexible y fino, se nota por las marcas que le quedaron en la piel. Los precintos también hicieron estragos, tuvimos que quitarlos con mucho cuidado, se ve que intentó zafarse de ellos y se hundieron en la carne, y luego de un tiempo las heridas de los flejes cicatrizaron alrededor de ellos, incluyéndolos. Fue bastante difícil. De igual modo, la venda que tenía en los ojos le produjo una dermatitis severa en la zona de alrededor de los ojos y párpados. Se curarán en unos días.

---Pues, doctor, debo parecer un monstruo por lo que describe ---alegó Paulo, tratando de poner un poco de humor.

---No se crea, he visto cosas peores ---bromeó a su vez el doctor---. Bueno, lo noto animado, creo que está listo para pasar a una habitación, ¿qué le parece? Podemos ayudarlo con analgésicos fuertes para soportar los dolores, pero creo que cambiar de ambiente le va a venir bien.

---Pues lo que usted diga, usted es el que sabe.

---Sí, por eso le digo. Creo que será mejor para usted y para esas dos mujeres que se pasan el día y la noche en la sala de espera y que solo tienen cinco minutos cada una para verlo, desde hace más de dos días.

El corazón de Paulo se aceleró al saberlas allí, sobre todo a Alma. Las máquinas, que lo monitoreaban, aún no habían sido retiradas y dieron cuenta de esa aceleración.

---Ah, mi amigo, así no ---dijo a la vez que movía la cabeza negativamente---. Se me tranquiliza. Sé que esas dos mujeres deben de ser su vida, que estará feliz de verlas, pero se me calma, no es bueno que se altere.

---Lo prometo, doctor. Quiero verlas, por favor ---suplicó Paulo.

---Va, va. Deme un minuto que le sacamos todos los monitores y la bomba de infusión, y las dejamos pasar. Las vías se mantienen. Clarita ---llamó a una de las enfermeras que se encontraba más allá de donde podía ver Paulo---,

venite ---dijo a la vez que hacía un gesto con su mano. Cuando la mujer se acercó y lo vio despierto, le sonrió.

---Ah, bueno, pero miren quién decidió despertar, bueno días. Tenemos dos mujeres divinas esperando por usted hace rato, y más de medio país está en vilo por su salud. ---Paulo hizo gesto de no entender lo que le decía. Ella le aclaró---: Desde que lo secuestraron, fue noticia en todos los canales. Cuando lo encontraron, ni le digo. Todo el país sigue su caso.

---No tenía idea ---aseguró Paulo, perplejo, luego recordó que su madre había sido identificada por los secuestradores cuando apareció en la televisión.

---Seguramente. ---La enfermera consultó cómo seguían al médico, que escuchaba divertido. El doctor Amaral le indicó que mandarían a Paulo a una habitación común.

---Fijate que con el seguro del señor creo que podemos enviarlo a un departamento privado, así puede descansar tranquilo con sus acompañantes.

---Perfecto ---respondió la enfermera---, ya me comunico con la parte administrativa, a ver qué departamento hay disponible.

---Anoté en la historia clínica un control completo antes de desconectarlo de los monitores: temperatura, presión, que vengan del laboratorio y le saquen sangre para un análisis completo, que sea rápido. Si todo está bien, le sacás todo, excepto las vías. Los fluidos siguen por un día por lo menos, estaba muy deshidratado cuando llegó. Quitale la sonda, y que observen que comience a orinar. ---Miró a Paulo---. Ahora le sacan la sonda que está usando para orinar, deberá comenzar a hacerlo usted, si siente ardor o alguna molestia insistente, avise a la enfermera, yo le voy a dejar indicado un antibiótico por si surge una infección urinaria. De todos modos, al sacar la sonda es probable que sienta unas molestias durante un rato, pero deberían ir desapareciendo. ¿Se entiende? ---Paulo hizo un gesto afirmativo, el médico volvió el rostro a Clara---: Cuando termines, que Manuel venga con la camilla y lo traslade.

---Bien, doctor.

---Ojo, antes avisale a los guardias que están afuera. Deben acompañarlo hasta el departamento y quedarse con él. ---La enfermera se fue al *office* y tomó el teléfono. El doctor seguía anotando cosas en la planilla de la historia clínica y mirando su reloj. Paulo se sentía muy cansado, pero seguía despierto observando todos los movimientos.

Regresó Clara. Le informó al doctor que ya tenía un departamento y que ya

lo estaban preparando: el D, en el tercer piso. Ya había llamado a Manuel, el camillero, quien le dijo que estaría ahí en diez minutos. El personal del laboratorio iría directamente al departamento, no podían hacerle en ese momento la extracción, estaban yendo al sector de Neonatología a sacarle sangre a un prematuro.

---Perfecto, Clarita, ya lo anoto en la historia clínica. Por favor, remarcales que vayan en cuanto se desocupen. ---Clara inició la tarea de tomarle presión y temperatura. Una vez hecho y anotado, le quitó cada uno de los cables a los que estaba conectado. El médico lo saludó y se retiró. La sonda fue bastante molesta de sacar, pero la enfermera tuvo cuidado. Cuando solo le quedaron los dos sueros, lo ayudó un poco a incorporarse. Lo acomodó, le lavó el rostro y lo peinó.

---Bueno, Paulo, ahora estás más presentable. Manuel te va a llevar a la habitación, allí te van a estar esperando Valentina y Alma. ---En todos los días que las dos se habían mantenido en vilo, habían establecido buenas relaciones con las enfermeras de cada turno, pero con Clara era con quien mejor se llevaban. La había hecho entrar a escondidas, a la madrugada, varias noches, para que lo vieran dormir. Manuel estaba acomodando la camilla cerca de la cama para trasladarlo. Cuando Clara lo nombró, levantó el rostro e hizo un gesto en forma de saludo. Entre Clara, Manuel y otro enfermero de la Terapia Intensiva, lo pasaron a la camilla---. Chau, Paulito. Cuidate mucho y cuidá mucho a esas mujeres que son de fierro.

---Gracias, Clara. Así lo haré. Gracias a ti por tus cuidados, nunca voy a olvidar lo que vosotros hicisteis por mí ---aseguró Paulo con ojos emocionados y sinceros.

La camilla bajó los dos pisos que los separaban del lugar donde debían acomodar a Paulo, salieron del ascensor y se dirigieron directamente al departamento. Paulo buscaba a ambos lados, como loco, a su madre y a Alma, pero no lograba verlas; insistió al salir de Terapia y al llegar al piso de su departamento, pero no las vio. Cuando lo entraban a la habitación, escuchó el sonido del ascensor y, al abrirse la puerta, logró distinguir la voz de Valentina hablando con alguien. El corazón se le aceleró, llegó a verla. En el cuarto, lo esperaban una enfermera del piso y otro enfermero para ayudar a ponerlo en la cama. Así lo hicieron, sin mayores problemas. La enfermera fue la primera en hablarle: ---Buenas noches, si me permite, lo voy a cambiar. En terapia los tienen desnudos, pero aquí la temperatura no es la misma y supongo, además,

que se sentirá más cómodo estando vestido.

---Gracias. ¿Su nombre? ---preguntó Paulo algo incómodo con la situación, nunca había dependido de que alguien lo cambiara.

---Soy Amalia, un gusto. ---Amalia era una mujer de unos cuarenta años o un poco más; cuando Paulo le preguntó su nombre, a ella le brillaron los ojos.

---Amalia, le agradezco mucho, pero no tengo ropa. Creo que recién en la mañana traerán algo ---dijo Paulo.

---No, no, tu mamá me dio una bolsa con un pijama y ropa interior. ¿Es tu mamá, no?

---Sí, seguro que fue mi madre. Es hiperorganizada.

---Sí, se nota. Ella y la otra chica, ¿es tu hermana la chica pelirroja?

---No ---expresó Paulo sin enojo, pero contundente---. Es mi mujer.

---Ah, perdón. No sabía ---repuso Amalia algo desilusionada. Tenía una obsesión que era mirar las manos de las personas ni bien las conocía, les había observado los dedos a ambas, y solo la que poseía anillo era Valentina. Por eso no había hecho la relación. Confirmó una teoría que ella ya tenía: «Los tipos lindos y educados ya fueron cazados por alguna otra mujer o son gais». Paulo ya tenía dueña.

---Ningún problema, Amalia, nadie te avisó, no tienes por qué saberlo. --- Paulo le sonrió y Amalia se sonrojó.

---Creo que lo mejor será ponerte la parte de arriba del pijama y la ropa interior. El pantalón no lo recomiendo porque debemos hacer las curaciones de la pierna. ---«Qué atractivo es, por Dios».

---Me parece bien. ---Asintió haciendo un gesto positivo con la cabeza---. Si me das la ropa interior, yo creo que podré ponérmela.

---¿Estás seguro? No hagas fuerza ---insistió Amalia. Ella quería ponerle toda la ropa y verlo en su plenitud. Pero Paulo se mantuvo en su idea.

---Estoy seguro.

Paulo estiró la mano para tomar el calzoncillo bóxer que le entregó Amalia. Era nuevo, lo sacó de una caja. «Ojalá mamá haya acertado con el talle, no sería agradable que me quedara pequeño». Con la mano libre pasó la pierna herida, al moverla sintió una quemazón importante en la zona afectada, pero aguantó sin decir una palabra. Luego, incorporándose un poco, pasó por el bóxer la pierna que no tenía lastimada. No quería que nadie lo ayudara a vestirse. «Santa Valentina, el bóxer me queda bien». Tal vez fuera mejor un talle más, pero al menos no le apretaba. Cuando terminó de moverse y

contorsionarse para lograr ponerse la ropa interior, Amalia le pasó la manga del pijama por el brazo donde tenía conectados los sueros. Una vez que los pasaron, el resto de la tarea fue más fácil. En cuestión de pocos minutos, ya estaba vestido. Los camilleros se habían retirado cuando ellos empezaban con la vestimenta. Paulo se recostó nuevamente, bastante agitado, cansado.

---¿Te subo un poco la cama? La parte de la cabecera, así estás más cómodo ---ofreció Amalia.

---Sí, por favor. Gracias ---respondió Paulo a la vez que se peinaba con las manos, como lo hacía cada vez que salía de ducharse. Seguía acostado boca arriba, se sentía algo mareado. Amalia apretó el botón que levantaba la parte de la cabecera. Cuando llegó al punto en que Paulo se sintió cómodo, él le indicó que parara y luego le agradeció.

---No es nada, Paulo. ---Amalia seguía poniéndose colorada.

---Sé que no es horario de visitas, Amalia, pero ¿podrías hacer una excepción? Quisiera ver a mi madre y a mi mujer, no las veo desde... ---Se quedó pensativo. No podía calcular la cantidad exacta de días, pero sentía que era mucho---. La verdad es que no recuerdo con exactitud la cantidad de días que pasaron, pero parece una eternidad.

---Por supuesto, Paulo. Ningún problema. ---Se dio vuelta y se dirigió fuera de la habitación. La puerta se cerró tras ella y volvió a abrirse con lentitud a los minutos. El corazón de Paulo comenzó a latirle con aceleración.

Lo primero que vio fue a Amalia que abría con su mano derecha la portezuela y la sostenía para dejarlas pasar. Valentina entraba adelante con los ojos repletos de lágrimas.

---Ayyyy, mi niño, qué bueno verte mejor, qué bueno que estés despierto. Es lo único que importa, he rezado tanto para que mejores. ---Valentina se apuró y se recostó sobre la cama para abrazarlo. Los dos se unieron en un abrazo silencioso, solo se escuchaban los sollozos de Valentina. Amalia tosió, como para llamarles la atención.

---Señora, le pido que no lo pongan nervioso. Todavía no está recuperado y necesita descansar ---aconsejó Amalia mirando a Valentina y a Alma alternativamente, como haciéndoles la advertencia de que se controlaran.

---Sí, perdón, niña. Es que fueron demasiados días temiendo por su vida. Ya estoy más tranquila. Te prometo que no lo vamos a alterar ---dijo Valentina mirando a la enfermera y usando un tono seguro.

Alma se encontraba en la puerta, aún no la traspasaba. No podía moverse,

estaba congelada. Ahí estaba él, finalmente, vivo... Tendrían tiempo de hablar de lo de ellos, pero en ese momento solo importaba que era él, sano y salvo. Se sintió de más en la habitación y atinó a salir. Cuando lo hizo, justo Valentina corrió el cuerpo y Paulo y ella lograron verse a los ojos. Una intensidad, una electricidad, le recorrió el cuerpo. Paulo tuvo las mismas sensaciones y sonrió con un gesto que indicaba que todo su ser sonreía, que se alegraba de verla ahí. Alma se quedó en el lugar.

---Bien, entonces los dejo. En la cabecera de la cama hay un interruptor. Si me necesitan, lo tocan. Pueden quedarse un ratito las dos, pero luego les voy a pedir que solo quede una cuidándolo.

---Perfecto, niña. ¿Cómo es tu nombre, criatura? ---preguntó Valentina, secándose los ojos con su pañuelo, ajena totalmente al diálogo de miradas silencioso que se desarrollaba entre Paulo y Alma.

---Amalia, señora.

---No me digas «señora», Amalia. Soy Valentina, es un gusto conocerte. Quédate tranquila, que yo creo que me voy en un ratito, y mi nuera, Alma, se queda con él ---dijo Valentina. En ese momento, Alma salió del hechizo en el que se encontraba por la mirada de Paulo. «¿Valentina se va y yo voy a cuidarlo? ¿Me llamó "nuera"?» La enfermera miró a Alma y le sonrió con una sonrisa fría, que no le llegó a los ojos.

---Bien, permiso, me retiro ---avisó en voz alta para que Alma se corriera de la puerta de entrada.

Alma dio un paso dentro de la habitación y despejó la salida de Amalia.

---Mira qué bello está, Almita. ¿No crees? Ven, acércate, niña. Te me has quedado congelada allí atrás.

Alma se movió hacia la cama.

---Ho... ho... la ---logró articular.

---Hola, pequeña. Mamá, sabes que te adoro, pero ¿me darías un minuto para saludar a mi mujer?

Alma sintió un escalofrío que le recorría todo el cuerpo. Valentina, que la miraba, le guiñó un ojo y se giró para hablarle a su hijo: ---Pues claro, mi niño. Les doy unos minutos solos. Voy a pedir un poco de agua y un vaso, pero mira que regreso enseguida.

---Lo sé. Me parece bien ---agregó Paulo guiñando, en ese instante, un ojo a su madre.

Valentina se levantó y pasó al costado de Alma. Cuando sus brazos se

rozaron, le tomó el suyo y le dio un apretón para darle ánimos. Alma parecía un bloque de hielo. Valentina salió y cerró la puerta tras de sí.

Capítulo 3

Paulo trató de incorporarse y, al hacerlo, sintió un dolor agudo en la pierna y en el pene, que aún le molestaba por la sonda que le habían retirado. El hecho de que Alma estuviera tan hermosa delante de él no era de ayuda, su miembro comenzaba a endurecerse y se sentía molesto en esas circunstancias. Emitió un quejido y se recostó enseguida por el dolor. Alma se asustó y se acercó.

---No te muevas, por favor, te vas a lastimar más. ---La cercanía de Alma le permitió olfatear su perfume, que le inundó las fosas nasales. El peso de haber pasado tantos días sin ella, y de creerla perdida, lo agobió. Dio un respiro sonoro y cerró los ojos para disfrutar la sensación de olerla, privilegio que creyó que no tendría más.

---Déjame olerte, pequeña, pensé que no iba a tenerte tan cerca de nuevo. --Paulo, con los ojos cerrados, olía a Alma; ella, en silencio, lo observaba a unos centímetros---. Este dolor es nada, no existe dolor más grande que saberte enojada conmigo, creí que te había perdido para siempre, pequeña. Ese es un dolor que no podría enfrentar nunca. ---Mantén la concentración en el sentido del olfato, la vista se había anulado.

Alma se apiadó y le rozó la mejilla con el dedo índice, recorriendo desde el pómulo hasta la mandíbula.

---Shhhh ---pronunció ella, tranquilizándolo. Tenía mil preguntas y acusaciones en la cabeza, pero no debía expresarlas aún, y verlo tan débil la hacía abandonar la idea de ser cruel con él---. Ahora no es momento de hablar. Ya lo haremos cuando estés más fuerte ---le dijo en un tono muy suave, acercándose a él lo suficiente. Alma pudo vislumbrar una pequeña lágrima asomar en el rostro de Paulo. Hipnotizada, la tocó y la secó; nuevas gotas cristalinas salieron de sus ojos y ella las retiró con sutiles caricias---. No, cielo, no llores. Te va a hacer mal. ---Paulo abrió los ojos al escuchar la palabra «cielo» que tanto le gustaba recibir de labios de Alma.

---No creí que volvieras a llamarme de ese modo nunca más, pequeña. ---

Se quebró. Alma se sentó en el costado de su cama. En un movimiento brusco, Paulo se levantó y la tomó entre sus brazos. La apretaba contra su cuerpo, casi con violencia. La estrujaba como si pudiera fundirla a su pecho. Besaba su cabeza, su cabello. Casi con desesperación. Ella lo estrechó a su vez cuando salió del asombro del arrebato de Paulo. Cuando él sintió que ella respondía del mismo modo ,le besó el rostro, diciéndole frases cortadas---. Te juro, te lo juro por la vida de mi madre, que, después de ti, es lo más sagrado que tengo. Te lo juro, amor de mi vida, no toqué a María de los Ángeles. Ese video... --- Paulo besaba las mejillas, la frente, la nariz, el mentón. Sus manos mantenían el rostro de Alma hacia arriba, mirándolo.

---Shhhh ---Alma lo calmaba, le acariciaba las facciones---, tranquilo. Te va a hacer mal y me van a hacer ir. Quedate tranquilo. Ya vamos a hablar. Necesito que te recuperes.

---Solo te necesito a ti, pequeña, para recuperarme. ---Paulo la besaba en todas las partes de la cara, pero no tocaba los labios, no se animaba a ser rechazado. Se atrevió a darle varios besos suaves en las comisuras de la boca. Fue ella quien besó de golpe y con violencia a Paulo. Y como sucedía cada vez que ellos se tocaban, sus cuerpos sintieron el pasaje de la corriente eléctrica que los había recorrido desde la primera noche, cuando él la tomó del brazo para salvarla de la furia del agua. Sus cuerpos buscaron unirse, sentirse en toda la extensión. El beso se hizo profundo, sus lenguas bailaban una danza sensual, contorneándose una sobre la otra, visitando cada espacio del interior de la boca del otro. Paulo usaba el brazo con los sueros para apretarla contra su cuerpo y la mano libre para acariciarle la espalda, el rostro y los brazos---. Te amo, no puedo vivir sin ti, Alma. No quiero vivir sin ti. Este tiempo sin ti... estuve muerto en vida. ---Dejaron de besarse para mirarse. Ambos estaban delgados, con las ojeras violetas, demacrados.

---Yo también, cielo. Yo también. ---Paulo la besaba con desesperación y ella lo dejaba hacer. No quería decir mucho, ella aún albergaba dudas, necesitaba aclarar todo antes de soltarse, y no era ese el momento. De pronto, él tomó una mano de Alma, la besó y la apoyó sobre su miembro, que estaba erecto.

---No podría haber estado con nadie más ---dijo ante la cara de sorpresa de Alma al sentirlo tan excitado---. Si tú generas esto tan solo con estar presente delante de mí y me has dado todo lo que te he pedido, ¿para qué pondría todo en riesgo? ¿Por qué te perdería de un modo tan tonto? ---Las

lágrimas de Alma corrían por sus mejillas---. Nunca, Alma, ¿me escuchas? Nunca sentí esto por nadie más, ¿cómo osaría perder algo tan increíble y único?

---No, no sé. No tengo idea de los porqué, pero...

---Entiendo que las imágenes debieron asustarte, darte la idea que yo necesitaba algo que tú no podías darme. Pero no es así, además de que verme con otra debe de haberte roto el corazón. ---Paulo había preparado tantas veces qué decirle y, sin embargo, nunca imaginó que el encuentro se daría en esas circunstancias y estando él en ese estado---. Te juro, pequeña, esas imágenes no fueron de la noche que fui a por mis cosas al apartamento. Es una filmación antigua, de cuando estábamos en pareja y luego de un viaje mío por trabajo, es un reencuentro... ---Alma le tapó la boca a Paulo con su mano. No quería seguir escuchando en ese momento.

---Ahora no, no quiero hablarlo ahora. Ya tendremos tiempo, y tené por seguro que voy a pedir esas explicaciones. Quiero que tu madre tenga un ratito con vos antes de tener que irse. ---Se escucharon dos golpes en la puerta---. Adelante, Valentina.

Valentina asomó la cabeza y los vio juntos, aún abrazados, los ojos de ambos congestionados.

---Mis niños, debéis hablaros de todo, no os dejéis nada adentro, que lo que queda adentro se pudre. No deben quedar dudas. ---Entró y apoyó la botella de agua mineral y un vaso de vidrio sobre la mesita con ruedas. Sirvió el agua y se la entregó a Paulo---. Bebe, mi niño. Cálmate. Entiendo tu desesperación por saberla aquí, pero te quedas tranquilo, ella aquí estará, al menos hasta escuchar tus explicaciones. Antes debes recuperarte. ---Paulo tomó un sorbo de agua sin soltar a Alma---. Ella estuvo a mi lado desde el momento en que supimos que te habían secuestrado y yo pisé suelo argentino. Hace más de quince días que no nos separamos. Esta niña te ama tanto como tú a ella. Y ha dejado su orgullo de lado para acompañarme en esta situación terrible, y la tienes ahí en tus brazos, aunque aún no escuchó tus explicaciones.

---Gracias, Valentina ---interrumpió Alma, conmovida al saberse tan comprendida por su suegra.

---No, mi vida, gracias a ti por amarlo tanto, por ser una mujer íntegra. Gracias a ti por tu brazo, que me sirvió de apoyo cada día en este tiempo que duró esta pesadilla. ---Valentina se acercó y los abrazó por encima del abrazo de ellos---. Os debéis cuidar mucho, mis niños, hay mucha gente que es mal

intencionada y que solo aboga por sus propios intereses sin importarle que en el medio lastime a la gente. Ya han enfrentado uno de esos ataques, no permitáis que nadie más os separe. Hijo, debo contarte que, mientras esperabas que te llamaran para darte un tiquete de avión para regresar, María de los Ángeles habló con Morena, vuestra amiga que trabaja en la aerolínea. Le contó su versión de la historia y Morena se identificó con su dolor. Por eso es que tardaste tanto en conseguir vuelo. Morena tenía órdenes de María de los Ángeles para no conseguirte boleto. Cuando Borja lo supo, habló con ella, le explicó la otra campana y te lo consiguió. Has perdido una semana también como resultado del enojo de María de los Ángeles. Hacedme caso, niños, y escuchad a esta vieja. Debéis confiar el uno en el otro, pero sin secretos ni ocultamientos... ---Se aclaró la garganta---. Bueno, ahora vamos a tranquilizarnos. Si no, nos van a echar a patadas de aquí, mis amores.

---No puedo creerlo, mamá. En cuanto pueda, hablaré con Morena. Sus acciones me perjudicaron mucho. Me he equivocado, una vez más.

---Tranquilo, hijo. Ya habrá ocasión para todo. Para pedir explicaciones y para darlas. Todo a su tiempo.

Valentina, con su carácter resuelto, organizó las acciones del día siguiente y puso a su hijo al tanto de lo que se había enterado acerca de la investigación. Sabían cuál había sido el automóvil usado para el secuestro, habían logrado descifrar la imagen de la patente. Era un vehículo que estaba denunciado como robado. Así que por ese lado la investigación había quedado trunca. Lo habían encontrado, quemado, el día anterior. Los miembros de la policía científica estaban haciendo sus pesquisas, pero suponían que no hallarían mucho, era evidente que los secuestradores eran profesionales. La policía esperaba hablar con Paulo para que diera pautas sobre el lugar donde lo habían mantenido oculto.

---La verdad es que no podré dar demasiados detalles ---anticipó Paulo---. Me mantuvieron todo el tiempo con los ojos vendados. Nunca vi ni el lugar ni a los tipos.

---Pero qué contrariedad, hijo. Teníamos esperanzas de poder encontrarlos y encerrarlos, pero cada vez se nos hace más difícil.

---¿Y características del lugar? ¿Sonidos, olores? ---preguntó Alma, tratando de encontrar algo.

---No hay mucho. Se ve que el lugar estaba alejado de la calle, no se escuchaban sonidos de automóviles, ni bocinas, ni nada que demostrara que

había gente pasando cerca. Mis gritos, cada vez que me pegaban con la caña, hubieran alertado a cualquiera. ---Alma tomó la mano de Paulo y la apretó con fuerza. Valentina agrandó los ojos cuando Paulo mencionó la tortura.

---¿Te torturaron, hijo? ---El dolor se reflejó en su rostro, se sentó del otro lado de la cama. Alma le tomó la izquierda con su derecha---. Este país no termina de quitarme lo que amo. Y ahora te torturan, Dios mío.

---Mamá, quédate tranquila. Estoy aquí, estoy bien, un poco magullado, nada más. Pero estoy. No me di cuenta de que os iba a afectar tanto cuando lo mencioné, estaba pensando en voz alta. Creí que, al verme tan lastimado, podríais adivinarlo. ---Paulo se preocupó. Acarició el rostro compungido de su madre.

---Está bien, hijo. Perdóname tú, por favor. Continúa. Soportaré cualquier cosa que cuentes. Continúa.

---Estaba tratando de recordar algún detalle, pero no había muchas cosas que fueran resaltables del lugar. Era frío, húmedo, oscuro, incómodo. Yo estaba en un sector y los tipos en otro. Cuando era momento de... me llevaban a otro espacio. Nunca hubo nada que llamara mi atención. ---Paulo se quedó pensativo---. Lo único que podría indicar es el sonido de una sirena cada mañana y cada tarde. Yo pensé que podría tratarse de alguna fábrica cercana.

---Ese es un dato importante ---dijo Alma.

---Sí, pero debe haber muchas fábricas. Necesitaríamos algún detalle más ---intuyó Valentina.

---Lo siento, mamá. No recuerdo mucho más. Estaba muy débil, me daban poco y nada de comer. Tomaba poca agua también. Me pasaba el día sentado o acostado durmiendo, muy débil. Creo que el olor... ahora lo recuerdo...

---¿Olor? ¿Qué clase de olor, Paulo? ---preguntó Alma intrigada.

---Los primeros días sentí un olor desagradable, supongo que luego mi nariz debe de haberse acostumbrado y ya no lo percibí más. Un tufo entre putrefacto y a humedad, mezclados. ¿Recuerdas, pequeña, el día de la inundación? ¿Recuerdas el hedor particular del agua de la inundación? ---Alma hizo un gesto afirmativo con su cabeza---. Bien, ese, o al menos muy similar.

---Qué extraño, hijo.

---No tanto, Valentina. Tal vez lo tuvieron en algún lugar que estuvo muy inundado. Si, como él dice, era un lugar oscuro, frío y húmedo, puede que el agua de la inundación haya dejado rastros que no fueron limpiados y, con el

pasar de los días, el agua desapareció, pero quedó el olor y tal vez hasta algunos pegotes ---conjeturó Alma.

---Tienes razón, pequeña. No lo había pensado. Había relacionado solo el olor, pero no pensé que podría haberse inundado ese lugar.

---¿Qué querían, Paulo? ---preguntó Alma intrigada.

---Los nombres y apellidos de mis contactos para las tres investigaciones.

---¿Cómo tres investigaciones? ¿No habías hecho la de la inundación y la del incendio? ---consultó, confundida, Alma.

---Sí, esas dos sirvieron para cuatro notas que se publicaron mientras estuve aquí; pero originalmente había viajado para hacer una nota acerca de la relación entre el Papa y la presidenta argentina. Esa la dejé inconclusa por la de la inundación, pero al llegar a Madrid la terminé. Tenía todo el material necesario, había investigado mucho antes del 2 de abril. Con lo que ya tenía pude hacer la nota y publicarla.

---No lo sabía. Nunca me dijiste que ya habías sacado otra nota ---expresó Alma, triste, como desilusionada de no haber sido informada de algo tan importante.

---Es que eso sucedió por esos días en los que vosotros ya no os hablabais, hija. Tal vez por eso no supiste ---terció Valentina.

---Ah... ---dijo Alma avergonzada.

---Sí, fue por esos días, es verdad ---continuó Paulo---. Pues bien, querían mis contactos de todas las investigaciones. Seguramente para tomar represalias y, pues, ya que estaban, para castigarme por todo lo publicado.

---¿Les diste algún nombre? ---preguntó Alma.

---Por supuesto que no, pequeña ---le respondió sorprendido y algo ofendido por la suposición de Alma---. ¿Acaso crees que pondría en peligro a alguien que confió en mí? ---Alma se encogió de hombros, como disculpándose---. Jamás he descuidado una fuente. Son los que me permiten hacer mi trabajo, sin ellos no tengo material. Los cuido como a mi propia vida. Jamás entregaría un nombre.

---Bien hecho, hijo. Sabemos qué clase de hombre íntegro eres, no quedan dudas.

Siguieron conversando hasta que Amalia entró para realizar un control de la presión y la temperatura. En un ratito irían a relevarla de su turno y quería dejar todo en orden. Les hizo salir un minuto y les pidió que luego quedara una sola. Valentina se despidió y le dijo a Alma que iría al mediodía a

reemplazarla. Germán, a su vez, podría cuidarlo por la noche, así que Alma debía irse a descansar hasta el otro día. Cuando volvió a entrar, luego de que saliera Amalia, Paulo tenía la cama recostada y solo quedaba encendida una pequeña luz de noche. Alma miró asombrada el cambio en la habitación.

---¿Es un mensaje subliminal tal vez? ¿Para que me deje de molestar y te deje dormir? ---preguntó Alma sonriendo.

---Creo que has dado en el blanco ---dijo Paulo riendo---. Ven, pequeña, siéntate cerca de mí.

Alma tomó la silla del acompañante, que Amalia había corrido hasta los pies de la cama, y la acomodó al lado de la cabecera de Paulo. Se sentó y Paulo le tomó la mano.

---Dormite, cielo. Necesitás recuperar energías.

---Es que no puedo dormir bien si no tengo tu cuerpo a mi lado. En Madrid me costaba mucho conciliar el sueño. Y no me había dado cuenta de que era por tu ausencia en mi cama hasta que una noche conversamos por teléfono hasta muy entrada la noche. Me acosté mientras hablábamos. Y cuando corté contigo, enseguida me dormí, y muy profundo.

---¿En serio?

---Verdad absoluta. Eres indispensable para mí, ¿aún no lo crees?

---La verdad es que a veces me cuesta creer que hayas tenido una vida tan distinta y que todo esto haya aparecido cuando me conociste. Quiero decir, esto de sentir algo por primera vez, sentir que dependés de otra persona, que querés saber dónde está la otra persona todo el tiempo y si te extraña como vos la extrañas.

---Puedo jurarte por la Virgen que me pidas, puedo hacerlo en nombre de mi madre. Nunca antes me había enamorado. He experimentado todas las sensaciones que puedas imaginar. Pero nunca el amor como lo siento por ti. --- Alma bajó su cara, avergonzada. Paulo le levantó el rostro y la miró a los ojos---. Y tu descripción se queda corta. No solo quiero tenerte cerca, necesito estar dentro de ti todo el tiempo. Tu cuerpo, tus brazos, no me importa vivir en España, en Argentina, da lo mismo, tú eres mi lugar en el mundo.

Alma comenzó a llorar.

---Es muy hermoso lo que me decís, cielo. Este tiempo separados... fue muy duro, creí que todo había sido mentira.

---Pequeña, no tienes ni la menor idea. ---Llevó la mano de Alma, que tenía tomada, y la apoyó en su pecho. Se sintió una secuencia acelerada de

latidos---. Cada vez que estás cerca, pequeña, el corazón se me desboca. --- Alma se acercó un poco más y le dio un beso suave pero sentido. Paulo la abrazó con su brazo libre y la apretó. Alma se levantó lentamente y, casi sin ganas, separó su boca de la de él.

---Si no te ponés a dormir, me van a echar y me van a prohibir venir a cuidarte.

---Está bien. Prometo dormir. Solo quédate cerca de mí y dame tu mano. -- -Paulo se acomodó y la tomó otra vez. Como si un mago lo hubiera hechizado, a los minutos se puso a respirar profundamente; se había dormido.

Luego de unas horas en la misma posición, Alma tenía adormecida la palma, que seguía debajo de la de Paulo. Intentó moverla para despertar las terminaciones nerviosas. Fue sacándola con lentitud. Cuando la tuvo libre, Paulo se movió de modo brusco en la cama. Tenía algún sueño.

---¡¡¡Nooooo!!!! ---gritó, de golpe, Paulo. Alma se asustó y se acercó a él con rapidez. Le tomó la cabeza entre sus manos. Paulo seguía inmerso en el sueño---. Hijos de puta, no la toquéis, dejadla. Es mi mujer, ¡nooooo! ---El rostro de Paulo estaba compungido, mostraba dolor, y las lágrimas que caían de sus ojos revelaban que la pesadilla que lo torturaba era muy real---. ¡Alma! Nooooo, ¡piedad! Basta... ---Paulo sollozaba, Alma se sorprendió al escuchar su nombre. Comenzó a moverlo y a hablarle para despertarlo.

---Cielo. Abrí los ojos. Es solo un sueño. Por favor. ---Alma le secaba las lágrimas---. Cielo, abrí los ojos. ---Lo tomó de los hombros y lo zarandó. Paulo abrió un poco los ojos, pero seguía sacudiéndose de manera violenta. Daba golpes al aire. Alma tenía miedo de que se sacara las vías de la vena. Tocó la alarma para llamar al enfermero, quien en instantes abrió la puerta con tranquilidad, pero en cuanto vio la lucha de Alma con Paulo, el gesto cambió rotundamente, corrió hasta la cama y se dedicó a detener los movimientos de Paulo. Este despertó con lentitud por el dolor de los brazos y piernas, y por la voz de Alma que lo conminaba a calmarse.

---Alma, Alma, ¿estás bien? Dios mío... Lo que te hacían... ¿Qué? ¿Qué pasa? ---dijo cuando se dio cuenta de que tanto Alma como un enfermero estaban sosteniéndole los brazos con fuerza.

---Gracias, creo que ya despertó, ya puedo encargarme ---le sugirió Alma al enfermero, que la miraba como preguntando si estaba segura. Ella hizo un gesto afirmativo, entonces lo soltó y se fue. Alma volvió el rostro hacia Paulo, que la observaba sin entender nada---. Cielo, tranquilo, te vas a sacar los

sueros. Tuviste una pesadilla. Es eso, nada más.

---Pequeña, por Dios, era tan real... Eran esos tipos, no podía ver sus caras, pero reconocí sus voces. Dios mío, tenían a mi madre atada a la espera de torturarla, y a ella y a mí nos hacían presenciar todo lo que te hacían. --- Paulo tomó la mano de Alma y la apoyó sobre su corazón, ella sintió la aceleración con la que latía el pecho---. Te juro que pensé que moriría. Quería matarlos.

---Tranquilo, cielo. Fue un sueño, nada más. Estoy acá con vos. Nadie nos hizo nada. ---Alma trataba de calmarlo.

---Dios mío, era tan real... ---Paulo la acercó más. La besó. Solo sus besos lograban apaciguarlo---. Quédate conmigo, pequeña, acuéstate a mi lado. Necesito sentir tu calor cerca de mí. ---Alma se recostó cuando Paulo se hizo a un lado, ella se ubicó de perfil y Paulo acomodó su cuerpo detrás del suyo, pasó su brazo con sueros por encima de ella y la abrazó. Respirar su aroma, sentirla a su lado, tenerla ceñida le relajó el cuerpo tensionado por la pesadilla. En cuestión de minutos, lograron dormirse los dos.

Capítulo 4

Luego de tres días en el departamento privado de la clínica, Paulo había recobrado el vigor. Ya lograba sentarse solo, ir al baño sin ayuda, trasladando consigo un pie con ruedas de donde colgaban los sueros. El médico fue a hacer su visita, control que se repetía diariamente. Revisó la pierna y las marcas. Todos los golpes ya habían pasado del azul-violeta a un color amarronado. La pierna estaba recuperándose, cicatrizaba según lo esperado y no había habido infección. Ese día iban a sacarle los sueros. El rostro de Paulo se mostraba mucho más repuesto. El galeno decidió, luego de un control exhaustivo, que le quitaría las vías y, si no había complicaciones, a la mañana siguiente le darían el alta.

Todos recibieron con alegría la noticia. La familia de Paulo iba a verlo todas las tardes, Matilde y Valentina eran las que más tiempo pasaban. Alma estaba durante el crepúsculo y todas las noches. Paulo le había pedido que fuera ella quien lo cuidara en ese momento; solo si la tenía cerca, él podía conciliar el sueño. Cada noche Cuando él se disponía a dormir, ella se sentaba a su lado, ambos se tomaban la mano y Alma se recostaba sobre la cama. Percibir el perfume de Alma lo relajaba tanto que en minutos estaba roncando.

Esa tarde, cuando terminó el horario de visitas, Valentina se acercó a hablar con su hijo. Alma se encontraba saludando en la puerta de la habitación a Germán, Amanda, Marcela y los tíos. Cuando regresó al interior del cuarto, Valentina estaba contándole algo a Paulo. Cuando Alma se acercó, de pronto se quedó en silencio. Alma se sintió incómoda y se le notó en la cara.

---Mamá, explícale a Alma lo que me estás contando. Entre ella y yo no hay ni habrá secretos ---aseguró Paulo.

---Bien, así me gusta, hijo ---expresó, con una sonrisa, Valentina, luego prosiguió---: Le estaba diciendo a mi hijo que anoche recibí una llamada de María de los Ángeles. ---Alma abrió los ojos bien grandes, pero se mantuvo callada---. Estaba al tanto de lo sucedido a Paulo, sabía del secuestro y de que ya había sido rescatado. Lo sabía por el diario digital en el que trabaja

Paulito, donde este tema aparecía cada día en los titulares. Nunca se había vuelto a poner en contacto conmigo, hasta ayer. Cuando hablé con ella, le informé que la salud de mi hijo estaba bien, que estaba siendo acompañado por su mujer, Alma, y que lo que había hecho con vosotros demostraba una bajeza moral de la que no la creía capaz. Que no todo es válido para retener a un hombre y que ella debería de haber entendido que, si no había más sentimiento, no había nada que salvar.

---Bien dicho, mamá ---la cortó, entusiasmado, Paulo, orgulloso de la defensa de su madre.

---Gracias por contármelo, Valentina ---dijo Alma. Saber que esa mujer aún estaba rondando la vida de Paulo le generaba sentimientos que desconocía.

---Esa muchacha no creo que me llame más, o al menos eso espero.

---Yo también, mamá. Después de todo lo que le he dicho cuando supe lo que había hecho, espero que tampoco intente comunicarse conmigo. Aunque aún me queda por decirle lo que pienso sobre lo que hizo con Morena. A ella la llamaré en cuanto pueda para decirle unos cuantos adjetivos.

---Bueno, mis amores, os dejo tranquilos, quería comunicaros esta novedad. Almita, ¿me envías un mensaje cuando el médico dé el alta? Me vengo con Germancito o Adrián a buscaros.

---Perfecto, así lo haré.

Valentina saludó a su hijo y Alma la acompañó hasta el ascensor.

---No te veo convencida, mi niña. ¿Aún no habéis hablado vosotros dos? --Alma hizo un gesto negativo---. Mal hecho. Te voy a decir algo. Si esperas que él te dé todas las explicaciones solito, puedes quedarte sentada esperando. Los hombres no hablan hasta que una no los orilla. Debéis hablar, hoy lo veo repuesto, creo que es un buen momento.

---Está bien, Valentina. Tenés razón. Hoy mismo lo hablamos.

Las dos mujeres se abrazaron, se dieron besos en ambas mejillas. Alma se había acostumbrado, a fuerza de pedir disculpas por dejarlos siempre con un beso colgados. Enfiló hacia la habitación luego de que las puertas del ascensor se cerraron delante de Valentina. Caminaba con paso inseguro, pensando de qué modo iniciar la conversación. De pronto, absorta como estaba en sus pensamientos, se chocó con una persona. Pidió disculpas e intentó retomar su camino, casi no había visto de quién se trataba. Una mano la retuvo del brazo, ahí fijó su vista en quien la había chocado: Mariano. En más

de tres años no había vuelto a saber de él: estaba igual. Otro corte de cabello, pero él era el mismo.

---Almi, qué bueno encontrarnos. Hace tanto que no sé nada de vos.

---¡Mariano! ---Alma no pudo articular una palabra más. La sorpresa la había dejado muda.

---Sí, soy yo. Hace rato que quiero encontrarte, hace rato que necesito hablar con vos.

---¿Qué? ¿Hablar? ¿Vos y yo? No entiendo, ¿qué tenemos que hablar vos y yo?

---Yo... necesito que hablemos, necesito que me entiendas algunas cuestiones. No pude olvidarte, olvidar todo lo que nos pasó. Supongo que vos tampoco ---sugirió con su sonrisa acostumbrada, una sonrisa que lo mostraba como pedante.

---Gracias a Dios, Mariano, pude olvidarte ---dijo Alma volviendo del mutismo y de la sorpresa.

---Sé que no es así. Lo nuestro fue muy fuerte, muy intenso. Dudo de que te hayas olvidado de mí. Te vi en la televisión hablando como la fulana del periodista español, supongo que estás acá con él. ¿Podríamos irnos a tomar un café y hablar?

---Estás en lo cierto. Estoy acá con él, cuidándolo. De ningún modo me iría con vos a ningún lado y lo dejaría solo. Dejame aclararte que no soy «su fulana», soy «su mujer». ---Alma trató de soltarse el brazo de la mano de Mariano, tironeó, pero no logró liberarse. Mariano la miraba fijamente a los ojos.

---Ese tipo no es nada en tu vida, Alma. Yo soy todo. Yo te di un hijo. Yo soy todo, ¿entendés?

---¿Qué? ¿Te fumaste algo que te cayó mal? ¿De qué me estás hablando, Mariano? ¿Te acordás que ni mi hijo ni yo entrábamos en tu vida? ¿De qué mierda me estás hablando? ¡Tres años pasaron! ¿Qué derechos te pensás que tenés?

---Todos. Vos sos mía. Ese tipo ya fue en tu vida. Ahora yo volví, por vos y mi hijo.

---¿Estás loco?

---Estuve loco el día que me fui. Ahora sé que debí haberme quedado. Pero volví para recuperar el tiempo. Tengo un excelente trabajo, pedí un pase a la destilería de La Plata. Con el tema del incendio que hubo necesitan toda la

ayuda posible. Te pedí perdón, varias veces ya. Creí que eso había sido suficiente, Alma.

---¿De qué hablás? Estás totalmente loco. ---Alma miró a ambos lados, buscaba desesperadamente a alguien que la ayudara a sacarse de encima a Mariano. En eso vio pasar, hacia el *office* de enfermería, a Carlos, uno de los enfermeros. Él la miró como al pasar y Alma le hizo un gesto de terror con sus ojos. Carlos vio al tipo que tomaba a Alma por el brazo, imaginó que algo andaba mal y se acercó.

---Vamos a tener la vida que nos merecemos, Almi. Te mandé varios ramos de flores, de las que sé que son tus favoritas, siempre puse una tarjeta diciendo «Perdón». ¿Cuántas flores más debo enviarte para que me perdones?

---Nada, nada hará que cambie de opinión. Lo nuestro se terminó. --- Carlos ya estaba cerca y lo miró abiertamente.

---Alma, ¿está todo bien? ---dijo Carlos, observándola con seriedad---, ¿necesitás ayuda?

---Gracias, Carlos, el señor ya se retiraba, ¿no es así, Mariano? ¿O vamos a tener que llamar a Seguridad? ---Mariano los escrutó a ambos, primero a ella, luego a él. Su mirada de odio generó temor en Alma, aunque trató de disimularlo. La soltó, casi con desprecio.

---Esto no termina acá, Alma.

---Esto terminó hace tres años. Chau. ---Alma comenzó a caminar, Carlos la siguió un paso detrás.

---Alma, llamo a Seguridad, este tipo parece peligroso.

---Bueno, fijate que salga y no vuelva a entrar. ---Se giró y vio que Mariano entraba al ascensor y se iba, pero antes le daba una mirada que le heló la sangre.

Estaba frente a la puerta de la habitación de Paulo. Debía apaciguarse, él no podía verla alterada. Respiró varias veces profundamente. Se calmó. Cuando intentó entrar, la puerta se abrió de manera sorpresiva. Alma se asustó. Era la enfermera que acababa de retirarle las vías a Paulo y se llevaba los cañitos y el resto de suero. Alma entró más tranquila.

---¿Ya te sacaron todo? ---preguntó con ánimo y una sonrisa en los labios.

---Así es ---contestó Paulo con una sonrisa---. Ahora puedo abrazarte sin la limitación de esos sueros ---dijo a la vez que abría los brazos para recibirla. Alma se acercó, se sentó en la cama y se abrazaron con fuerza. Se mantenían en silencio, respirando el aroma del otro, ambos con los ojos

cerrados.

---Cielo, necesito hablar con vos ---inició ella sin abrir los ojos ni soltar el abrazo. No iba a decirle aún lo de Mariano, no quería alterarlo. Pero sí necesitaba aclarar las cosas entre ellos. Decidió que todo lo sucedido con Mariano unos minutos antes quedaría en suspenso en su memoria hasta poder lidiar con ello.

---Dime, pequeña.

---Creo que estoy lista para escuchar tus explicaciones, aquellas que no te dejé darme el primer día.

Paulo abrió los ojos y fue soltando el abrazo. Ambos estaban serios.

---Bien, es justo. Entiendo que necesites oírlas. ---Paulo se debatía en su interior entre contarle toda la verdad u omitir algunas partes.

---Quiero que entiendas que en estos días estuve al lado tuyo porque, como te dije muchas veces, te amo. Sos mi vida, sos el hombre de mi vida, pero también sos el hombre que me rompió el corazón. Todo este tiempo en el que me senté a tu lado en esta cama, te besé, te abracé, te sentí; pero no me sentí honesta conmigo misma. No me malinterpretes. No me arrepiento de haber estado acá ni de haberte dado ningún beso. Pero no me sentí cien por ciento segura de nosotros, de que yo sea lo que vos necesitás, de que esto que nos pasa sea suficiente.

---Alma, comprendo tus dudas. Permíteme explicarte.

---Gracias. Lo necesito.

---María de los Ángeles y yo tuvimos una relación de más de tres años. En ese tiempo me sentí cómodo con ella, pero nunca estuve enamorado. De hecho, nunca le dije que la amaba. Y eso ella lo sabía, era consciente de esa situación. María creyó que con el tiempo cambiaría y que tarde o temprano comenzaría a amarla. En la cama siempre tuvimos una muy buena relación, y confiaba en ese aspecto para ganarse mi amor. ---Alma bajó la cabeza y cerró los ojos, como soportando un golpe. Paulo le tomó la barbilla entre sus dedos índice y pulgar y la obligó a mirarlo---. Necesito ser honesto, quiero que veas la honestidad en mi mirada. ---Lo miró con lágrimas. Paulo sintió un dolor en su pecho, lo lastimaba verla llorar---. Como te he dicho, ella me daba mucha independencia en el trabajo, pero a la vez, su inseguridad la hacía celarme demasiado. Si bien me dejaba ir de viaje por mi trabajo, cuando estaba en Madrid, ocupaba mi tiempo y no me permitía salir con amigos, incluso me celaba de mi madre. Irnos a vivir juntos fue su idea y no me molestó. Pero

luego pasó algo que me hizo cambiar la vida. Algo que me hizo repensar todo.

Alma se quedó en silencio a la espera de una aclaración.

---Continuá, por favor. ¿Qué pasó? ¿Qué te hizo cambiar de opinión y no irte a vivir con ella?

Paulo sabía que debían cimentar nuevas bases para esa relación, debía decirle la verdad, solo de esa manera podrían estar tranquilos y unidos.

---Tú. Eso me pasó. Me pasaste tú, pequeña. Dios quiso que te salvara, pero no para el mundo, sino para mí.

---¿Qué? ---Alma estaba sorprendida, no daba crédito a lo que oía---. Pero vos, entonces...

---Déjame explicarte. Lo que nos pasó, lo que me pasó contigo, fue algo mágico, único. Te vi acercarte flotando y solo le pedía a Dios que estuvieses viva. Ya en ese momento supe que algo fuerte y distinto me sucedía contigo. Luego hablamos toda la noche, te tuve en mis brazos, te ayudé en tu casa, te vi con tu familia; en fin, supe que debías ser mía. Nunca había sentido tal certeza. El corazón se me aceleraba tan solo con tenerte cerca. Jamás me había pasado con María de los Ángeles ni con ninguna otra mujer. Comprendí que lo mío con María debía terminar. Aún antes de haber hecho el amor contigo, entendí de manera cabal que ya no podía seguir con nadie más.

---Pero, entonces..., vos y María de los Ángeles estaban juntos cuando nos conocimos.

---Sí, y lamento haberte mentido. Lamento no haber sido sincero, pero pudo mi egoísmo. Temía perderte si te decía que estaba por dejarla, te conocí en poco tiempo y supuse que no me lo hubieras permitido.

---Estás en lo cierto. Me hubiera hecho a un lado.

---Lo sé. Por eso no te lo dije.

---¿Cuándo fue el corte con ella entonces? ---preguntó Alma con temor.

---La noche siguiente a la que pasamos juntos por primera vez. ---Alma abrió la boca para intentar hablar, pero Paulo le impidió hacerlo con un gesto de su mano---. No lo hice antes porque no logré comunicarme con ella y porque no quería alejarme de ti ni un minuto. No porque estuviera probando nuestra cama antes de decidirme. Yo le había anticipado por mensaje de móvil que las cosas entre nosotros no estaban bien, que necesitaba hablar con ella, pero no me dieron los tiempos.

---¿Me mentiste desde el comienzo? ¿Qué papel juego en esta historia? Debo de haber quedado como una tarada frente a toda tu familia.

---Te suplico que no me juzgues, pequeña. Hice lo que creí necesario para no perderte. Si te pierdo... El dolor de perderte... Como esos días en Madrid que te supuse perdida, no te imaginas lo que sufrí. Eres mi oxígeno, te necesito como necesito respirar. ---Paulo hablaba y sus ojos se llenaron de lágrimas que daban veracidad a sus palabras---. Lo eres todo para mí, en este poco tiempo juntos, la intensidad de lo que sentimos es increíble, es como si estuviéramos destinados a estar juntos. No en vano el agua te trajo a mí. ---El llanto anegó su mirada---. Podría haber vivido toda una vida de grises, de sexo sin amor, todo antes de conocerte, pequeña. Tú eres un antes y un después en mi vida. Desde que te conocí, no existen más los grises ni sexo sin amor. Desde que te tengo en mi vida, todo es color, sensaciones, sentimientos; hacerte el amor ha sido, cada una de las veces, un acto sublime, no puede compararse a nada. ¿Cómo seguir viviendo luego de ser arrasado por tanta intensidad y perderla? Imposible. Si no te tengo, no hay razones para seguir vivo, tú eres la razón de mi existencia, tú, solo tú me tienes en tu puño. Solo tú puedes destruirme. ---Alma lo escuchaba azorada. Las lágrimas de Paulo, la sinceridad de sus palabras, lo fuerte que era lo que decía, todo la impelía a escuchar, a dejarlo decir---. Cuando corté la relación con María de los Ángeles, nunca te mencioné, no quería lastimarla más de lo que la lastimaba dejándola. Fui terminante pero cortés. Para mi familia, nunca hiciste el papel de tonta. Todos me pidieron que te dijera la verdad, pero temía tu reacción, temía perderte. Ahora entiendo que una relación no puede comenzar con una mentira, por eso estoy tratando de empezar de cero, sin engaños, pequeña.

Alma se quedó en silencio unos instantes, como asimilando las palabras de Paulo. Luego preguntó: ---¿Y lo de Madrid?

---Cuando volví a Madrid, ella me envió un mensaje, me dijo que dejaba el apartamento para ir a una reunión y que yo podía ir para retirar mis pertenencias. Evidentemente, tenía preparado todo para filmarme.

---Entonces sí eras vos el de la filmación.

---No, dame un minuto para explicarme. Ella debió de preparar todo para filmarme e intentó seducirme. No te lo voy a negar. ---Decidió que el hecho de que María de los Ángeles le hubiese hecho una felatio de unos minutos podía omitirlo---. Intentó por todos los medios lograr que me quedara con ella. Tal vez en ese momento fue que llamaste, pero tenía el móvil en silencio. Cuando vi que la situación se ponía inmanejable, decidí irme, dejé las pertenencias que me quedaban y me fui. No te llamé en ese momento porque estaba

alterado.

---¿Qué intentó? Necesito saber.

---Alma, estuvimos juntos tres años, ella me conoce, entiende mis lados flacos. Intentó hacerme caer por todos los medios que le resultaban familiares. Pero no pudo. No creo que sea necesario que te dé más imágenes que las que ya tienes en tu cabeza. Debes pensar en la frase final: no lo logró.

---Está bien ---concedió Alma, poco convencida.

---Al otro día, tú ya no respondías a mis llamadas ni a mis mensajes. Estuve llamando a la rubia; luego de insultarme mucho, me dejó explicar que no había hecho nada malo. Estaba seguro de que se trataba de una trampa, no podía creer que María de los Ángeles hubiese armado todo eso. Algunas cosas habían quedado en el apartamento, debía volver. Lo pensé y ya había arreglado con mi madre para que ella me acompañara a retirar lo que había quedado. No quería a generar otra situación incómoda como la de la noche anterior. Ese mismo día, comencé a buscar aéreo para volver a ti, pequeña. Ya sabes lo que pasó con ese tema, no lo conseguí hasta casi una semana después. Hablé con la rubia varias veces y finalmente me pudo enviar el bendito video. Creo que lo sé de memoria de tantas veces que lo vi. Cuadro a cuadro. --- Alma bajó su cabeza intentando ocultar las lágrimas que anegaban sus ojos---. No puedo decirte que es falso ---dijo Paulo a la vez que levantaba el rostro de Alma con dos dedos---. Sí, soy yo, e imagino lo duro que debió ser para ti verme con ella y de ese modo. Pero puedo asegurarte que no es un video actual. El año pasado estuve en Colombia, en una de mis misiones. Fui atacado por las FARC, intentaron secuestrarme, logré escapar, pero terminé lastimado. ---Paulo destapó la pierna que había salido herida en aquella ocasión, el muslo izquierdo, y expuso la cicatriz blanca.

---Sí, la recuerdo. He visto esa cicatriz y varias más en tu cuerpo.

---Bien, esta cicatriz fue bastante más grande originariamente y, debido a una infección, la tuve cubierta durante mucho tiempo. En el video puedes ver, solo en un cuadro, en unos segundos, que la pierna tiene el apósito que la protegía. ---Paulo notó la vacilación de Alma---. ¿Tienes aún el video en tu móvil?

---Sí ---dijo ella con dolor.

---Permíteme buscarlo, no quiero que haya dudas entre nosotros. No te haré revivir más de lo necesario, lo prometo.

Alma sacó del bolsillo de sus *jeans* el celular y abrió la pantalla, buscó en

la galería y tocó la miniatura del video mencionado. Antes de que lo pusiera a correr, Paulo lo tomó y lo detuvo. Bajó el volumen del aparato y lo hizo correr nuevamente. Fue adelantando los cuadros de la filmación y, cuando vio que se acercaba a la parte en la que se vería el apósito, se mantuvo alerta. Detuvo la imagen y se la mostró---. Ahí puedes ver el apósito, mi muslo está de frente --- dijo a la vez que acercaba el dedo a la imagen. Alma se mantenía en silencio-- y, además, el largo de mi cabello, pequeña. Está mucho más corto de lo que está ahora o de lo que estaba cuando viajé a Madrid. ---Ella mantenía el mutismo, Paulo desvió su mirada para ver qué sucedía con ella. Las lágrimas caían a los lados de su rostro.

---Pequeña, te pido perdón, te juro que esto que ves es un reencuentro de hace más de un año. Estuve mucho tiempo en cama, recuperándome de las heridas, entre ellas, la de la pierna. Cuando me repuse para viajar nuevamente a Madrid, me dieron ropa y me cortaron el cabello antes de subirme al avión. Querían que me vieran repuesto al bajar. ¿No te sirven estos detalles para creerme? Por Dios, dime que me crees, no puedo perderte. ---Alma seguía llorando en silencio, Paulo la abrazaba, la acercaba a sí.

---Te creo, te creo... No podía ni pensar que me hubieras hecho esto.

---No lo hice, pequeña. No lo haría nunca, te amo, tanto, tanto... No lo dudes, por favor. Eres mi vida, el motor de mi existencia. Te lo juro. ---Las lágrimas de Paulo caían también y la besaba a la vez que hablaba.

---Creí que iba a morir, Paulo. El dolor en el pecho era tan grande, tan fuerte...

---Dios mío, jamás perdonaré a María de los Ángeles por hacernos esto. Tú no sabes lo que fue para mí este tiempo.

---Creí que moriría de tanto dolor ---insistía ella---, era como si el mundo siguiera su curso sin siquiera notar que yo ya me había bajado de él. Los demás comían, reían, respiraban, y yo... yo hacía un esfuerzo sobrehumano para todo eso. ---Se abrazaron fuertemente, uniendo cada parte de sus cuerpos.

---Nunca más, pequeña, nunca más nos volveremos a separar. Estar lejos de ti me destroza.

Alma volvió de ese abrazo.

---¿Ya te habrán firmado el alta? Podríamos irnos y te llevaría adonde me digas ---propuso ella tratando de calmar las ansias que comenzaban a aparecer en ambos.

---Por lo que me dijo la enfermera, si para mañana he estado sin ninguna

complicación y tolero alimentos, pues me dejarán irme. Nos iremos a la casita, a tu casa, donde vamos a estar juntos hasta que podamos establecernos en un lugar más grande y menos inundable. ---Los dos sonrieron---. Pero antes... ---Paulo la besó y, lentamente, le acarició el cuerpo. Alma fue bajando las barreras de a poco, la conversación había logrado hacer que desaparecieran sus temores. Las pruebas de Paulo habían borrado las dudas, podía sentirlo sin interferencias. La urgencia de sus cuerpos, la necesidad de estar uno en la otra, el tiempo que hacía que sus pieles no se fundían, todo los urgía a unirse.

Sin mediar palabras, Paulo se separó de la boca de Alma. Se miraron y, en silencio, en un acuerdo tácito, él se levantó y se dirigió a la puerta de la habitación. Cerró con traba, se giró y miró a Alma con una intensidad que la sobrecogió. Sintió un escalofrío en toda su piel. A medida que se iba acercando a ella, Paulo se iba despojando de sus pocas ropas, la camiseta, la ropa interior. Quedó desnudo. Cuando llegó a la cama, donde Alma lo esperaba, le sacó la remera y ella se dejó hacer. Alma se puso en pie para sacarse los pantalones; para hacerlo, apoyó su mano en el pecho de él, que emitió un suspiro al sentirla. Lo miró con el mismo ardor y lo besó. El tiempo transcurrido sin tocarse, la necesidad del cuerpo del otro, el temor de haberlo perdido los hacía sentirse hambrientos uno del otro. Alma de pronto cortó el beso y se arrodilló en el piso. Su rostro quedaba exactamente a la altura de la pelvis de Paulo y de su miembro erecto, rosado, tentador. Alma, sin esperar un segundo más, lo ubicó dentro de su boca, lo degustó, lo acarició con la lengua plana y, luego, lo lamió con ferocidad; succión, entrada, salida, un sistema que siempre utilizaba, para enloquecer a Paulo. Después de varias repeticiones, Alma desenfundó levemente los dientes y arañó con suavidad todo el recorrido del pene, haciéndolo más intenso al llegar al glande. Las respiraciones sonoras de Paulo se convirtieron en gemidos; cuando Alma mordió levemente ese espacio tan sensible, él sintió que el clímax se avecinaba. Levantó a Alma del piso y la acostó en la cama, todo en un solo movimiento. Ella, aún sorprendida, se quedó mirándolo. Paulo tiró de la ropa interior de Alma, rompiéndola. Los despojos destrozados volaron al lado de la puerta de entrada.

---Necesito entrar en ti, pequeña, estoy al borde del orgasmo, pero necesito correrme dentro de ti. ---Y sin decir una palabra más, la penetró. Las sensaciones los invadieron a ambos. Se encontraban apabullados por emociones que ambos habían temido no volver a sentir. Paulo abrazó con

firmeza a Alma y trató de contener el éxtasis que parecía que no iba a poder dominar. Besaba a Alma de manera descontrolada, su lengua la recorría con furia. Se acercó al oído de Alma y, con un susurro gutural, le dijo: ---Eres tú, pequeña, todo lo eres tú, no me dejes nunca. Me moriría sin ti.

Alma estaba conmovida, su cuerpo reaccionaba a cada caricia de Paulo, sentir su peso sobre ella, sus embestidas cada vez más fuertes, sus manos pellizcando sus pezones, el miembro colmándola, todo la tenía en un umbral estremecedor. Oír esa confesión de Paulo, tan sencilla, tan honesta, tan visceral, la llevó a explotar de placer. No pudo responder, el calor, el fuego, las luces la envolvieron, la aturdieron en una elevación indescriptible. Paulo, a su vez, al sentirla derretirse en sus brazos, al saberla inmersa en un orgasmo tan intenso, no pudo contener el propio y se vació entero dentro de ella. Unidos, abrazados, fundidos, en silencio.

Capítulo 5

Esa mañana, como cada mañana que despertaban juntos desde que Paulo había sido dado de alta un mes atrás, Alma se levantó para preparar el desayuno. Habían hecho el amor varias veces a lo largo de la madrugada y sus cuerpos necesitaban un alimento reparador. Alma, con una sonrisa en el rostro, recordando las veces que se despertó con Paulo dentro de ella, puso la cafetera en funcionamiento. Cada noche y cada día confirmaba que él compartía la misma adicción que ella sentía por su cuerpo. Ambos necesitaban estar unidos para sentirse vivos. Recordó el horno de vitrofusión, que había dejado funcionando durante las horas de descanso. Las piezas debían estar terminadas y frías ya. Fue hacia el patio interno y abrió la tapa. Confirmó que habían quedado perfectas, las sacó y les limpió el polvo que se pone para evitar que el vidrio se adhiera al molde. Sus pensamientos vagaban y, en una asociación, evocó la última vez que había visto a Mariano. Hacía diez días había vuelto a presentarse para exigirle volver a estar juntos. Cada vez se convencía más de que Mariano no estaba bien, algo en su mirada, en su insistencia, en su no registro de las negativas de Alma la preocupaban cada vez más. No se animaba a llamar a su familia, de hecho, no había tenido una buena relación con ellos antes de la ruptura y no había vuelto a hablar en el tiempo posterior. Aún no se animaba a conversarlo con Paulo.

Sintió el aroma del café proveniente de la cocina. Volvió a preparar las tazas y las tostadas. Sirvió el líquido humeante y aromático. Mariano debía estar pasando por algún momento de estrés, como solía pasarle en los días previos a rendir un final de la facultad, y eso lo llevaba a tener picos de nervios y, una vez, un *surmenage*. Eso explicaba su mirada perdida. No hablaría con Pato, estaba cerca de su boda, apenas faltaban dos días, no quería preocuparla. Lo haría con Amanda, ella sabría qué hacer. Paulo aún se estaba recuperando y ella había decidido no contarle sobre la vuelta de Mariano por el momento.

Sirvió jugo de naranjas en vasos y los acomodó en la fuente; agregó unos

cuantos productos que fue sacando de la heladera. Preparó todo en una bandeja apta para llevar a la cama y se dispuso a despertar a Paulo. Antes de irse de la cocina, tomó su celular y decidió enviarle un mensaje a Amanda. Cuando desbloqueó la pantalla, se encontró con varios mensajes de Mariano que, a lo largo de la noche, le había estado enviando. Primero, una foto de ellos de hacía unos años; luego, mensajes donde le pedía hablar. «¿Te puedo llamar?», «Por favor, dejame llamarte. Hablemos», «¿Qué pasa? ¿Ya no te interesa hablar conmigo?», «Debería darte vergüenza el trato que me destinás... soy el padre de tu hijo».

El último mensaje fue una alarma, algo estaba mal en Mariano definitivamente. El hecho de que hablara en presente del bebé que nunca llegó a nacer la preocupó. Alma tenía por costumbre dormir con el celular a su lado, en la mesa de luz, un ritual que había cambiado con la llegada de Paulo a su vida. No querían ser molestados ni interrumpidos, el mundo podía esperarlos; cuando estaban juntos, nada más importaba. Mariano debió creer que ella seguía manteniendo esa rutina, que había leído cada mensaje y había decidido no responderle. De todos modos, aunque los hubiera leído a tiempo, no hubiera contestado. Abrió el diálogo con Amanda y le escribió rápidamente.

Amiga, necesito hablar con vos. Mariano volvió y está más loco que nunca. Paulo no sabe nada. Te llamo en cuanto él se vaya a trabajar.

Alma trató de calmar sus nervios, respiró varias veces profundamente y se fue a la habitación, apoyó la bandeja en una mesita y levantó la persiana; hizo que el cálido sol invernal entrara en el cuarto. Paulo se desperezó y la miró con una sonrisa.

---Buenos días, remolón. Vamooos, a sentarse, que su amada le trajo el desayuno ---saludó a la vez que se acomodaba a su lado y apoyaba en la cama la fuente que había vuelto a tomar.

---Pequeña, me malacostumbras. Sexo toda la noche y una recuperación matutina con un desayuno digno de un rey ---dijo Paulo a la vez que recorría con su mirada toda la comida. Había pan tostado, manteca, dulce de leche, un poco de fiambre, dos tazas de café con leche humeantes y dos vasos con jugo de naranja. Paulo tomó uno de los vasos y vació el contenido de un solo trago.

---Epa, parece que el señor se encuentra sediento. Y yo que pensé que le había dado todo lo que necesitaba para unos días.

---Contigo, pequeña, nunca es suficiente. Siempre estoy famélico de ti, de tu cuerpo, de tu boca. ---A la vez que hablaba, Paulo se iba acercando,

hipnotizando a Alma. Cuando estuvo a unos milímetros de su rostro, le acarició los labios con los suyos, con mucha dulzura. Sus besos la desarmaron en cuestión de segundos. Al notar Paulo que ella se entregaba del todo, lentamente lo fue cortando y, con gesto de picardía, continuó---: Aunque en este momento necesito comida de verdad.

---Malo ---le espetó Alma, haciéndose la ofendida, mientras le armaba un sándwich con pan tostado. Sabía que Paulo gustaba de comer algo salado por las mañanas. Se lo entregó y, a la vez, le golpeó el brazo.

---Pequeña ---comentó él cambiando de tema---, debo irme a Capital hoy. Me esperan en *La Nación* para hacerme una entrevista.

---¿En *La Nación*? ¿Hoy? ¿Cómo? ¿A qué hora? No me habías dicho nada ---dijo ella entusiasmada.

---Me olvidé de comentarte. Es que cuando te tengo cerca no puedo pensar con claridad, hermosa.

---Ay, cielo, dejate de bobadas. Contame ---siguió Alma.

---Pues verás, seguiré trabajando para mi diario digital español, pero si voy a establecerme parte del año aquí... ---Cuando expresó eso, esperó la reacción de Alma.

---¿Aquí? ¿Te vas a quedar conmigo?

---No te agrada la idea, parece.

---Me encanta la idea. Pero nunca lo habíamos hablado claramente. No quería que sintieras ninguna presión por mi lado, por eso nunca lo mencioné. --Alma tenía las manos juntas a la altura del rostro y usaba un tono que denotaba su estado de entusiasmo.

---Bien, escucha, pequeña. Tengo esta propuesta para hacerte. Veamos qué te parece. ---Alma hizo gesto afirmativo para indicar que estaba dispuesta a escuchar---. Yo podría venirme a establecer en Argentina, contigo. Porque no puedo alejarme, aunque lo quisiera. Pero no podría hacerlo todo el año. Deberíamos armar un croquis de estadía en Argentina y pasar algunos meses en Madrid, cerca de la otra parte de mi familia. Yo tampoco puedo estar tanto tiempo lejos de mi madre, tú lo sabes bien.

---Entiendo, yo no tengo problemas con esa propuesta, al contrario, me encanta. Pero ¿cómo haríamos para mantener dos casas al mismo tiempo? La de acá y la de allá, digo.

---Había pensado que podríamos vivir en esta casita o comprar una nueva, tengo algo de euros ahorrados. Y cuando vamos a Madrid, pues tenemos la

casa de Valentina, ahí tengo mi habitación, que deberíamos remodelar para nosotros. Valentina estará feliz de tenernos tan cerca el tiempo que vivamos allá, ¿qué opinas?

---Me encanta, sí... Sí, hagamos eso entonces. Pero ¿Valentina no se sentirá invadida?

---¿No la conoces aún? Tenernos cerca la hará feliz, deberemos ponerle reglas para que ella no nos invada. ---Alma sonrió---. Pues bien, ya que viviré parte del año aquí, Vicente me ha conseguido una entrevista con el jefe de redacción de *La Nación*, para lograr un editorial o un artículo semanal. Eso nos ayudaría mucho. Además, *La Nación* fue uno de los periódicos que se ocupó de mi secuestro, así que estimo que estarán interesados en tenerme en sus filas ahora que soy un poquito famoso. Modestia aparte, manejo algunos temas de investigación que pueden serles de utilidad.

---Me imagino que sí. Ay, cielo, me ponés recontenta. Estoy feliz de que quieras vivir conmigo y de que me quieras en tu vida ---declaró ella a la vez que saltaba sobre Paulo y lo abrazaba.

---Espere, *my lady*, que falta lo más importante ---enunció él manteniendo el misterio. Se separó de ella, dándole un beso en la punta de la nariz, se levantó y buscó su morral, un bolso que se había acostumbrado a cargar consigo todo el día y donde dejaba guardado todo. Sacó una cajita color bordó. Se acercó a Alma, que lo miraba sin comprender. Se sentó a su lado---. Lo que se estila es que me arrodille, pero te recuerdo que mi pierna aún duele bastante con los esfuerzos ---dijo sonriendo, y abrió el estuche. Contenía dos alianzas de oro bastantes gruesas, y en el centro había un solitario de diamante y oro. Alma abrió los ojos muy grandes de la sorpresa.

---¿Qué? Eh, ¡oh! No puedo creerlo... ---Alma no salía de su sorpresa.

---Alma Recabarren, ¿me harías el inmenso honor de convertirme en mi esposa para estar a mi lado, en las buenas y en las malas, en la salud y en la enfermedad, apoyándome, amándome, cuidándome hasta que la muerte nos separe? ---Alma tenía los ojos repletos de lágrimas, no podía pronunciar una palabra---. Deberás ser mía, y solo mía, para toda la eternidad, ¿qué me dice, *my lady*? ---Ella no pudo responder enseguida. Cuando logró tragar el nudo que tenía en la garganta, articuló las palabras entrecortadas.

---Sí... Digo que sí. Que voy a ser todo eso para vos, si vos también sos solo mío para toda la eternidad y si me cuidás, me apoyás, me aconsejás y me amás para siempre. ---Las lágrimas caían a ambos lados del rostro de Alma y

Paulo se emocionó a su vez, al escucharla tan entusiasmada. Se abrazaron muy fuertemente, tanto que casi hacen caer la fuente con el desayuno.

---Pequeña, cuando estuve en Madrid y pensé haberte perdido, casi muero. Entendí que esto se siente una sola vez en la vida, que no necesitaba más tiempo para darme cuenta, que necesito tenerte en mi vida hasta que seamos tan pero tan viejitos que la muerte venga a buscarnos juntos. No puedo solo vivir contigo, necesito que el mundo sepa que eres mía, necesito sentirme unido a ti por un lazo mucho más sagrado.

---Te amo, cielo, te amo tanto... No te das una idea de cuánto. ¿Podemos contarlo?

---Pues, pequeña, te diré que nadie podrá evitar que lo grite a los cuatro vientos, estoy feliz.

---Yo también ---dijo ella---, pero primero debemos hablar con tu madre, tu familia de Madrid, mi padre, mis abuelos y mi hermana. Luego los amigos. ¿Te parece?

---Perfecto. Cómo me has cambiado la vida, no te das una idea. ---Paulo la abrazó y la besó con mucha dulzura.

Esa tarde, ambos la dedicaron a realizar tareas que debían hacer solos: Alma fue a depilarse para poder lucir sus piernas en la boda de Pato, y Paulo, a la reunión con la gente del periódico. Amanda acompañó a su amiga a la depiladora y allí aprovecharon a hablar acerca de Mariano. Alma tenía tanto para contarle que no sabía por dónde comenzar, el tema de su inminente boda con Paulo debía dejarlo oculto, al menos un día más, habían acordado primero comunicarlo a las familias. Alma sentía que se le salía el corazón por la boca, pero decidió cumplir lo pactado. Se giró el anillo para que no fuera reconocido y se dispuso a contarle lo que la preocupaba: Mariano. La puso al día de todo lo acontecido.

---¿Y ahora qué le picó al bicho? Tres años ausente, sin noticias y se le ocurre aparecer. Y encima exigiendo retomar una relación que quedó claramente destruida por su accionar. No sé, amiga, esto me huele mal --- opinó Amanda preocupada.

---Sí, a mí me parece raro también. Viene y me empieza a hablar como si nada. Además me dijo que las flores que recibí las mandó él, ¿te acordás de todos esos ramos que recibí hace unos meses?

---No te puedo creer. Sí, sí, recuerdo. Los ramos con la tarjeta sin firmar que decía «Perdón».

---Exacto. Esos. Sigo sorprendida. Ay, amiga, deberías de haberle visto la mirada, está como ido.

---¿Y si llamamos a la familia? A lo mejor este se piró y se vino a cometer una locura, que venga la familia y se hagan cargo de este pesado.

---No sé, nunca me quisieron. No me da la confianza como para llamarlos.

---Nena, esto me huele mal. ¿Por qué no abrimos el paraguas antes de que llueva? Yo te digo que todo esto no me gusta nada. Creo que deberías contarle a Paulo, por las dudas. ---Alma negó con la cabeza, pero Amanda no la dejó pronunciar una palabra y continuó---: Mariano siempre tuvo menos reacción que una oruga, pero, sacadito, no sé qué sería capaz de hacer, ¿entendés?

---No creo que me venga a hacer daño. No entiendo mucho lo que quiere, pero tal vez si voy y hablo con él, se calma, ¿no?

---No me gusta nada. Si decidís ir, yo voy con vos. Sola no te dejo.

---Bueno, tranqui, Amanda. Todavía no sé qué hacer. Cualquier decisión que tome te digo. Pero a Paulo quiero dejarlo fuera de todo esto. Lo único que me falta es que se agarren a trompadas.

---Dejate de hinchar, amiga. ¿El gallego pegándose con Mariano? No me lo imagino al gallego tan violento, no creo que reaccione así.

---¿Ah, no? ¿Te acordás del chico que le corta el pasto a mi viejo? ¿El que también le hace todos los arreglos de la casa?

---Sí. ¿Sebastián era? ¿Qué tiene que ver?

---Sí. Bueno, me explicó la otra vez que iba a mantenerse alejado de la casa de mi papá cuando yo estuviera ahí porque no quería tener problemas con mi novio.

---¿El gallego lo amenazó? ---preguntó Amanda boquiabierta.

---Mirá, no me lo dijo abiertamente, pero sí dejó claro que Paulo lo paró en algún momento y le dio a entender que no le gustaba que él estuviera cerca de mí.

---Y sí, lo entiendo. Sebastián te miraba como queriéndote comer. Se notaba a la legua que estaba enamorado de vos; bah, caliente seguro, enamorado no sé.

---¡Amanda! ---dijo, enojada, Alma---, no digas esas cosas.

---Ay, Almi, vos sos tan inocente. ¿Nunca te diste cuenta de cómo te miraba?

---No, no sé de qué hablás.

---Hablo, querida amiga *naif*, de que ese flaco venía a hacer cosas a lo de

tu viejo siempre que estabas vos, o si las había hecho en otro momento, cuando vos llegabas iba a buscar sus herramientas y aprovechaba para quedarse charlando con vos un rato largo. ¿No te había invitado a salir una vez?

---Bueno, si lo vemos de ese modo, puede ser. Sí, una vez me invitó, pero yo andaba rebajoneada y le dije que en otra ocasión.

---¿Ves? Es lo que te digo. Ese flaco estaba loco por vos. Entiendo al gallego, pero, la verdad, no me lo hacía tan celoso.

---Yo tampoco, pero evidentemente es. Sebastián me dejó en claro que había sido bastante antipático y duro, que le había indicado que él era mi novio y que cualquier cosa que tuviera que ver conmigo que lo hablara con él.

---Alma hizo una breve pausa y recordó---: ¿Y con lo que pasó con Lucas?

---Pero con Lucas no se vieron nunca, ¿no?

---No, pero su actitud cuando le conté todo lo que me había dicho Lucas, cuando vino, fue bastante dura. Discutimos. Él quería que fuera cortante, que no le diera posibilidades ni siquiera de ser amigos.

---Otro que se notaba a la legua que estaba enamorado de vos, amiga. Pobre gallego, no debe de poder contener los celos ---dijo Amanda divertida.

---Che, no es tema de risa. Yo me sentí remal con Lucas, lo lastimé mucho, si bien me lo imaginaba, por eso no quería viajar. Cuando lo conocí a Paulo, supe con certeza que no estaba enamorada de Lucas. Lo quiero mucho, es un gran amigo, con el que he compartido mi sufrimiento y el suyo. Por eso no quería perderlo como amigo ---explicó Alma con tristeza.

---Es entendible lo que sentís, pero si él está tan enamorado de vos, lo mejor para él será tomar distancia para hacer el duelo, ¿entendés? ¿Te volvió a contactar después de esa noche?

---Me dijo que se iba a quedar unos días más, que tal vez nos veríamos. Pero la realidad es que se fue sin que nos volviéramos a ver. Le mandé algunos mensajes, pero nunca responde.

---¿Y en el chat del blog donde hablaban tan asiduamente, o en Facebook?

---Nada. Yo no he estado muy activa en esos medios, pero las pocas veces que me conecté no lo vi en línea.

---Es lo mejor, amiga. Dale tiempo. Seguro, cuando se sienta más seguro y menos dolido, vuelve a hablar con vos, aunque es muy difícil ser amigo de alguien a la que se ama.

---Paulo me dice lo mismo. Pero cuando hablamos de Lucas, se le

endurece la mirada, yo me doy cuenta de que trata de contenerse, trata de parecer objetivo, pero no le sale bien. Por eso es que no quiero decirle lo de Mariano, porque si se puso así con un hombre que no tuvo nada que ver conmigo, como Sebastián, o se pone como loco por Lucas, imagínate con Mariano que, además de haber sido pareja mía, casi tuvimos un hijo y me dejó en el peor momento.

---Sí. Si lo pensás de ese modo, sería mejor no decirle.

---Voy a dejar que pase la boda de Pato. El viernes, civil; el sábado, iglesia. Calculo que el lunes que viene iré a verlo, lo voy a encarar. Esto tengo que terminarlo de raíz.

---Bueno, confirmame cuándo y a qué hora, voy con vos ---insistió Amanda con seguridad.

Con la caída del sol, Paulo regresó de su entrevista. Fue a la casita de Alma a buscarla para luego ir a cenar con la familia de ella.

---¿Cómo te fue, cielo? Contame todo con lujo de detalles, por favor ---pidió Alma ni bien entró por la puerta principal. Corrió a su encuentro y le cerró los brazos en el cuello.

---Buenas noches, futura esposa. Pero mira que eres curiosa, que apenas pongo un pie dentro y ya me estás atosigando con preguntas ---respondió Paulo de muy buen humor.

---Ahhh, me imagino que si el señor está de tan de buen humor, es que hay buenas noticias, ¿no es así?

---Pues usted sabe, *my lady*, que, además de hermosa, es un poco vidente.

---Vidente no soy, pero empiezo a conocerte bastante. ---Alma se acercó y lo besó con dulzura. Paulo reaccionó abrazándola con decisión, invadiendo su boca con la necesidad de un sediento frente a un vaso de agua. Las horas separados eran terribles para ambos. Alma fue cortando lentamente el beso, estaba ávida por información---. Contame, dale ---dijo en un tono casi de súplica. Paulo sonrió.

---Estás frente al nuevo periodista que escribe una columna semanal en el periódico *La Nación*. ---Alma lo abrazó a la vez que lanzaba un grito de alegría---. Oye, niña, que debes dejarme escribir aunque sea mi primer editorial, no sea cosa que me rompas todo de tanto apretarme ---bromeó.

Ambos se prepararon para ir a la casa de la nona Donatella. Jorge llevaba a los abuelos vascos, Karen y Guille iban directamente desde su casa, que quedaba a unas cuadras. Se ducharon juntos, hicieron el amor bajo el agua, se

cambiaron y salieron.

---¿Lo decimos en la cena? ---preguntó, nerviosa, Alma.

---Cuando tú quieras, pequeña. Yo ya lo hubiera gritado a los cuatro vientos, solo tú me detienes.

---No seas malo, es que estoy nerviosa. Bueno, cuando estemos por brindar, lo decimos, ¿te parece?

---Hecho ---coincidió Paulo---. Y mañana a primera hora hablamos con Valentina por Skype. A mis tíos y primos, vamos mañana a la noche a cenar y les damos la primicia. Ya le envié mensaje a Marcelita y Germán para que organicen cena.

---Listo, hacemos así.

---¿Tus amigas? ¿Cómo vas a hacer?

---Supongo que el viernes, luego del civil de Pato, les voy a decir. ---El resto del viaje continuaron hablando de las actividades que debían realizar al día siguiente, cotidianidades.

La nona Donatella les había preparado unas pastas caseras que eran su especialidad: sorrentinos de ricota, queso de cabra y nuez, con una salsa putanesca. Era un manjar, y toda la casa transportaba el aroma de los condimentos. Para la pequeña Lola, previendo que la salsa sería muy picante, la nona le había preparado una más suave con manteca y salvia. Paulo y Alma llevaban unas botellas de vino especial. El aitona llevaba sus acostumbrados panes y la amona, un postre vasco que les encantaba a todos: *goxua*, un cuenco grande de barro en el cual ponía una capa de natas montadas, luego bizcochuelo y otra capa de crema pastelera caramelizada. Un manjar. Fueron recibidos por Jorge, que abrió la puerta, pero detrás de él venía corriendo Lola, como era costumbre.

---Maminaaaaaaaaaaaaaa ---venía gritando desde el fondo. Al alcanzar la altura de los recién llegados, se abalanzó para abrazar a Alma. Paulo se puso en el medio y, en un movimiento sorpresivo, la tomó por la cintura y la levantó para girar con ella y hacerla volar. Los gritos de Lola, de Alma y de Paulo llamaron la atención de todos los que estaban adentro. Se asomaron Guille, Karen y la amona. Todos reían ante el espectáculo de vida y energía de esos tres. Cuando Paulo la bajó al piso, la pequeña se dio vuelta y le abrazó las piernas---. Hola, Palito, me gusta mucho que me hagas volar.

---Lo sé, enana, y a mí me encanta hacerte volar, por eso lo hago, belleza - --aseguró él con una sonrisa. La de Lola se borró y puso cara de ofendida.

---¿Por qué me decís «enana»? ¿Es algo de tu país? Eso no me gusta, che...

---Lolita, es una forma de decir, es que de toda la familia eres la más bajita, y por eso te llamé de ese modo. Discúlpame, bella, si te he ofendido --- aclaró Paulo, bajando a su nivel, al ponerse de rodillas, y la abrazó.

---Bueno, Palito. Pero no me digas más así. No me gusta. Te juro que me voy a tomar toda la leche que me da mami, para crecer tan alta como la mamina. ---Ella también lo abrazó y le besó la mejilla. Alma, que se había mantenido al margen, solo haciéndose caras con Paulo, se arrodilló a su vez y la abrazó.

---Uyyy, qué lindo esto, un abrazo grupal, ¿puedo sumarme? ---dijo ya haciéndolo.

---Sí, mamina. Vení que te alcanzo. ---Lola hacía los intentos para que sus bracitos, que rodeaban a Paulo, ahora alcanzaran a su tía, pero no llegaba---. Ufa, che, estos brazos míos son muy cortos. Al final tiene razón Palito, soy toda chiquitita. Tengo que empezar a crecer o me va a sobrar mucho del vestido de novia de mami para mi fiesta de quince años. ---Todos reían ante la ocurrencia. Karen, Guillermo y Lola habían ido al cumpleaños de quince de una prima segunda de Guillermo, hacía dos meses. Lola había quedado obnubilada con el vestido de la joven, el peinado, la fiesta. Decía que parecía una princesa y que ella quería lo mismo para sus quince. Desde aquel momento, pensaba todos los detalles y quería usar el vestido de boda de su madre.

Se soltaron del nudo de abrazos y siguieron riendo a medida que entraban en la casa. Era una típica vivienda de Berisso, de las casas de inmigrantes. Originariamente, había sido hecha con los materiales con los que contaba el nono y todos los trabajadores: chapas de principio de siglo y pinotea amachimbrada. La familia había renovado los materiales, los habían cambiado por los tradicionales ladrillos y cemento, en diferentes épocas, pero la distribución respetaba el diseño original. La cocina era la última habitación y daba al parque. Los ventanales más modernos dejaban ver un espacio cuidado que Guille cortaba y mantenía una vez a la semana en verano y un poco más espaciado en invierno.

La mesa estaba preparada y la pasta estaba a punto. A medida que ingresaron, fueron tomando sus lugares. Alma y Paulo se acercaron a Donatella, que estaba en la cocina con su delantal manchado de salsa; la abrazaron y la besaron. Paulo tomó de uno de los cajones el sacacorchos y se

dirigió a la mesa a abrir las botellas de un exquisito Malbec Reserva que habían comprado para festejar la noticia que iban a dar. Alma con Donatella, Karen y la amona fueron sirviendo las pastas y cargando cada plato con mucha salsa. Solo un plato salió sin salsa putanesca, el de Lola. El pan, la gaseosa, el queso rallado, todo se encontraba ya en la larga mesa que habían preparado. Cuando todos se hubieron sentado, Lola tomó la palabra para hacer un agradecimiento a Dios por la comida que iban a comer.

---Gracias, Diosito, por los alimentos que hoy vamos a comer, por cuidar la salud de toda la familia y porque la amona hizo un postre rericó. ---Todos sonrieron---. Amén ---dijo abriendo sus ojitos con ánimo de saltar sobre su plato de pastas.

Todos comenzaron a hablar, se generó un bullicio natural de familia, en el que hablaban al mismo tiempo, y degustaron los manjares. Todo estaba exquisito. Cuando terminaron sus platos, y nadie pidió repetir, tomó la palabra Paulo. Llamó la atención de todos los comensales, golpeando levemente su copa con el tenedor. Hicieron silencio, dejaron sus cubiertos sobre los platos y lo miraron sorprendidos.

---Este país me ha quitado algo que hubiera sido muy importante en mi vida, pero me ha compensado esa falta grandísima dejándome conocer y enamorar de esta mujer que el destino me ha puesto delante, y, además, esta hermosa familia en la que he sido aceptado y soy querido. Quiero decirles que estáis todos en mi corazón, muy adentro. Gracias, abuelas, por esta rica comida, por el rico postre que nos espera; al abuelo, por los panes exquisitos de siempre. Aprovecho esta oportunidad, en la que estamos todos reunidos, para daros una nueva y feliz noticia. ---Hizo un silencio casi teatral y luego prosiguió---: Cuando era solo un chaval, de la edad de mi amiga aquí presente ---señaló a Lola---, mi madre me contó una historia muy hermosa que quiero compartiros: es una historia oriental.

---Me encantan los cuentos ---dijo Lola con un brillo en los ojitos.

---Hagamos silencio, Loli. Paulo va a decir algo importante ---acotó, a su vez, Guille.

Paulo prosiguió:

---Un ser mágico, hijo de la luna, decidió usar un hilo rojo, invisible, que conectara a aquellos que están destinados a encontrarse, sin importar tiempo, lugar ni circunstancias. El hilo rojo se puede estirar, contraer o enredar, pero nunca romper. Desde el momento en que cada uno comienza a caminar esta

vida, su futuro está consagrado a encontrar a esa otra alma a quien está destinado a amar. Ambos comparten ese hilo rojo que tienen atado a sus muñecas. ---Todos escuchaban mudos, casi embobados. Paulo hizo un silencio y retomó el discurso---. Mi hilo rojo estuvo perdido, estirado, pero indefectiblemente me trajo al fin del mundo a buscar a esa otra alma a la que estoy atado por el corazón. ---Hizo otro mutis, tomó a Alma de la mano izquierda y les enseñó a todos algo que ninguno había notado: el anillo de compromiso. Se escuchó un sonido de asombro general---. Y como ambos nos hemos reconocido, y nos amamos con todas nuestras almas y corazones, es que hemos decidido casarnos.

---¡Palitoooooooooooo! ---Lola, que había seguido todo el relato como si se tratase de un cuento de hadas, no entendió por qué Paulo mostraba la mano de su mamá, pero la sorprendió escuchar que se iban a casar. Saltó al cuello de Paulo, expresando, en sus gritos, toda su alegría.

---Hostias, Paulo, hijo, que me has hecho emocionar tanto ---dijo la abuela con los ojos llenos de lágrimas mientras esperaba que Lola soltara a Paulo para abrazarlo.

---Mi niña, mi nieta hermosa va a casarse. ---La abuela abrazaba, llorando, a Alma.

---*Bambina, che mi sento felice, veni cui.* ---Abrazó a la abuela.

Todos fueron acercándose con lágrimas en los ojos, felices y emocionados por la noticia. Jorge y Paulo se dieron un abrazo y varios golpes en las espaldas. Lola agregó saltando contenta: ---¿Y cuándo se casan? ¿Puedo llevar los anillos? Mi amiga, Paloma, llevó los anillos de su madrina cuando se casaron y me explicó cómo tengo que hacer. Mamá, decime que sí. ---El rostro suplicante de Lola daba risa. Todos rieron.

---Claro, hermosa, ¿quién más podría hacerlo? Solo una princesa como vos, Lolita ---dijo Alma con la voz aún entrecortada por la emoción.

---¿Y cuándo será el gran evento? ¿Pensaron alguna fecha ya? ---preguntó Karen secándose las lágrimas que aún corrían por sus mejillas---. Los ayudamos en la organización, cuenten con nosotros.

---Gracias, Karen, aún no hemos puesto fecha y vosotros sois los primeros en saberlo. Todavía no he hablado con mi familia de aquí ni con mi madre. Mañana lo haremos. Pero tengan por seguro que será en poco tiempo, no quiero que mi Alma se arrepienta y cambie de opinión ---dijo Paulo en tono de broma.

---Tonto, no vas librarte de mí tan fácilmente ---intervino ella mientras se acercaba a besarlo.

---*My lady*, debo aclararle que usted tiene a este caballero de noble armadura en vuestras manos ---señaló al besarla. Lola fue la primera en aplaudirlos y toda la familia siguió su expresión de alegría.

---Bueno, vamos, todavía nos falta el postre de la amona ---marcó Lola cortando el momento y recordando que aún quedaba una parte importante de la cena.

El resto de la noche continuó con expresión de planes, posibilidades, listado de todo lo que sería necesario. Se hizo un brindis y luego, cuando Lola ya se había dormido en el sillón, frente al televisor, fueron partiendo lentamente.

Alma y Paulo se despertaron con mucha energía, habían puesto el despertador temprano, querían hacer la llamada por Skype lo antes posible. Desayunaron, se vistieron y Paulo envió el mensaje a su madre para que se conectara, si se encontraba en su casa. En cuestión de minutos estaban en línea.

---Buenos días, mis bellos niños. Se os ve de maravillas esta mañana. Diría que radiantes. ¿Qué os ha pasado?

---Pues verás, mamá. No andaremos con más rodeos. Esta bella mujer que ves a mi lado, que es la única que me acelera el corazón, por la única que he perdido el sueño, ha aceptado ser mi mujer.

Los ojos de Valentina se abrieron de la sorpresa y, al mismo tiempo, las lágrimas le anegaron la vista.

---Ayyyyy, mis niños. ---La voz se le quebró---. Qué alegría, no tenéis idea de lo feliz que me estáis haciendo. ¡¡¡Enhorabuena!!! Quisiera estar allí para poder abrazaros. Ya mismo llamo a los tíos y a todos aquí en Madrid, todos deben saber esta noticia.

---Gracias, Valentina, me alegra mucho que lo tomes de esa manera. Nosotros estamos felices también ---expresó Alma secando las lágrimas que también ella había derramado.

---Mi niña, cómo no tomarlo de esta manera. Tú debes saber que esto que vosotros sentís es algo único e irrepetible. Uno no entrega su corazón todos los días. Cuando una siente con esta intensidad, se da cuenta de que todo lo que ha sufrido en el pasado por amores era nada, una intensidad tres o cuatro frente a un contundente diez que es el amor verdadero. Sois almas gemelas, lo

vi desde el momento de la sinastría. Lo percibí claramente cuando viajé por mi niño, Almita, y te tuve a mi lado a pesar de tu dolor y de todo aquel malentendido. Eres una mujer admirable y mi hijo te merece. Tus padres deben estar orgullosos de ti, Almita, eres una gran mujer. ---Mientras Valentina hablaba, los ojos de Alma no dejaban de verter lágrimas de emoción.

---Gracias, Valentina, gracias por tus palabras de ahora, por tu cariño, por tus silencios cuando fue necesario y por tus consejos certeros. Gracias, de verdad te quiero mucho.

---Lo sé mi niña, lo puedo sentir. Y yo te quiero tantísimo a ti. Cuando una persona es tan buena como tú, genera a su alrededor un clima de amor y respeto. Por eso estoy feliz, porque sé que mi hijo será feliz contigo.

---Bueno, bueno, madre, también diga algo bonito de mí, que parece que ella lo es todo ---medió Paulo en son de broma, tratando de cortar un poco la emotividad de esas dos mujeres tan importantes en su vida. Verlas llorar, a pesar de saber que lo hacían de emoción, lo ponía algo incómodo.

---Mi niño, qué decirte. Eres todo para mí. Te mereces la felicidad, te mereces una vida plena de amor, y Alma es quien puede darte eso y más. Sobre todo voy por el «más», que quiero nietos en un corto plazo, ¿eh? No me hagáis los tontos, que quiero ser abuelita prontito.

---Bueno, madre, ya veremos cuándo, pero te prometo que, a su debido tiempo, lo serás. En principio, te cuento que por mi trabajo deberemos pasar un tiempo aquí en Argentina, porque me han contratado en el diario *La Nación* para una columna semanal, y parte del año estaremos viviendo contigo, si nos lo permites. ---El gesto de sorpresa de Valentina fue genuino y las lágrimas, que ya no vertía, volvieron a parecer.

---¡Claro que sí! Ayyy, hijo, ¡cuántas alegrías juntas me estáis dando! No lo puedo creer, vais a vivir conmigo, con lo que os adoro. Ya me pongo en campaña para redecorar tu vieja habitación, Paulito. A menos que quieras hacerlo tú, Almita, cuando vengan.

---No, Valentina, tranquila, no tengo problemas con que lo vayas haciendo. Cuando vayamos para allá, será mejor tener todo armado. Por favor, no uses colores estridentes, es lo único que te pido ---solicitó Alma con una sonrisa.

---Perfecto, mis amores, debéis decirme cuáles son vuestros colores preferidos.

---Azul y verde, mamá ---apuró Paulo, anticipando la respuesta de Alma. Se miraron y se sonrieron.

Siguieron ultimando detalles, Valentina les pidió que, en cuanto decidieran la fecha de la boda, se la dieran a conocer, así podrían sacar los pasajes ella y todos lo que quisieran asistir de su familia materna.

La algarabía de la familia de Alma se repitió en la cena en casa de los tíos Matilde y Adrián. Cuando comenzaron los abrazos de felicitación, la tía Matilde se acercó al oído de Paulo.

---Ay, nene, decime que le dijiste la verdad a Almita. Decime que no empiezan con una mentira ---musitó casi afligida.

---Quédate tranquila, tía, ya sabe toda la verdad, y así y todo me ha dicho que sí. Sé que siempre tuviste razón, que era necesario ser honesto, pero temía perderla ---dijo Paulo en un susurro, mientras la abrazaba aún.

---Paulito, qué alegría. No te das una idea de la felicidad que me das --- habló, primero, en murmullos y, luego, levantó la voz para que escucharan los demás---. Qué suerte que vos nos das esta noticia, Paulito. Estos dos me tienen esperando, que salen con uno, que se pelean, que salen con otra y se pelean; al final, no voy a ser nunca abuelita ---vaticinó a modo de broma y queja a la vez.

---Ayyyyy, chicos, ¡¡¡qué buena noticia!!! ¿Y ya saben cuándo será? Miren que tenemos que organizar todo, son muchas cosas ---remarcó Marcela con decisión---. Mamá, debemos comprarnos vestidos, papá y Germán ya tienen traje. Ahhhh, Almita, tengo un lugar genial para la fiesta y, como es de unos conocidos, les puedo conseguir precio especial.

---Gracias, Marce, vamos a necesitar ayuda de todos, estamos pensando con Paulo que queremos que sea antes de fin de año, así que toda colaboración es bienvenida.

---Nena, contá con nosotros ---dijo Adrián, feliz---, nosotros no solo lo haremos con mano de obra, sino que vamos a participar en los gastos.

---No es necesario, tío, os lo agradezco de corazón, pero no es necesario.

---Sos mi único sobrino, Paulito. Dejame darme ese gusto. ---Lo mencionó con una emoción tan particular que Paulo no pudo seguir negándose e hizo un gesto positivo con la cabeza.

---Listo, entonces el salón corre por nuestra cuenta ---dijo, animada, Marcela---. Ustedes decidan fecha lo antes posible, que yo hablo para conseguirlo, estamos medio justos de tiempo.

Luego del brindis para festejar la noticia, Paulo y Alma anunciaron que se iban a dormir porque al otro día debían empezar temprano con el trajín de la

boda de Pato.

A la mañana siguiente, se levantaron sin demoras, se cambiaron y se prepararon para asistir al civil de Pato y Martín. Alma oficiaba de testigo de su amiga. Se dirigieron hacia el Registro Civil donde se llevaría adelante la ceremonia. Cuando llegaron todos, el personal los hizo pasar a la sala. Allí, la jueza de paz procedió a leer los artículos del Código Civil y los datos de los contrayentes y testigos, luego se tomó unos minutos para hablarles de lo que significaba ser una pareja, más allá de los convencionalismos de la ley. Las palabras de la jueza fueron sinceras y muy emotivas. Incluso les dio una sugerencia.

---Chicos, esto que les voy a decir proviene de la experiencia, no de los papeles legales que hoy firman. Lo único que los une es ese latir al unísono, ese mirarse en los ojos del otro y saber que esa otra persona es parte de uno. Mi consejo es que no olviden eso que sienten, eso que los une; a veces, la cotidianidad, la rutina y los problemas externos nos hacen olvidar. Dialoguen mucho, todo puede ser charlado, y nunca se vayan a dormir enojados.

Luego les solicitó que se pusieran de pie para dar su consentimiento. Ambos lo hicieron, y los testigos, Alma y Nicodemo, un amigo de Martín, hicieron lo propio.

Después de que Martín y Patricia dieran el «sí», la jueza los declaró «marido y mujer» y pidió un fuerte aplauso para el nuevo matrimonio. Patricia y Martín se miraron ambos con ojos anegados en lágrimas. Se abrazaron fuertemente y se besaron coronando una ceremonia de emociones. Los primeros en saludarlos fueron Alma y Nicodemo, y luego siguió un rosario de personas que querían felicitarlos.

Alma se giró con lágrimas que le caían a ambos lados de su rostro, emocionada, buscando a Paulo. Entre la muchedumbre vio un rostro que sintió fuera de lugar. Fue una visión rápida, cuando intentó fijar la vista para comprobar si Mariano realmente se encontraba en el fondo de la sala, ya no lo vio. «Seguro fue un error, estuve pensando en él, y eso me hace verlo por todos lados». Al acercarse al automóvil de alquiler de Paulo, comprobaron que tenía una de las cubiertas pinchada. Él debió cambiarla por la rueda de auxilio y llevar a emparchar la que se había roto. Eso los hizo atrasarse y Alma recibió, primero, una de Amanda y, luego, una de Pato, ya que ambas estaban preocupadas por la tardanza. Todos esperaban a Alma y a Paulo para comenzar el almuerzo. La reunión, en casa de los padres de Patricia, fue muy

amena. Paulo y Germán eran las dos personas que robaban las miradas, ni Alma ni Amanda habían llevado nunca novios ni parejas a los eventos familiares de Pato, y toda la familia estaba revolucionada con su aparición. Por suerte, se tenían el uno al otro para no sentirse solos. Sus mujeres estaban con ellos, pero iban y venían charlando y poniéndose al día con sus conocidos. Alma se tomó unos minutos para separarse del resto de la gente con Amanda y Pato. Cuando se separaron lo suficiente, Alma se puso enfrente de ellas.

---¿Qué pasó, Almita? ¿Por qué tanto misterio? ---preguntó Amanda.

---Ningún misterio, chicas, miren ---dijo a la vez que ponía su mano izquierda extendida, al lado de su rostro. El anillo de compromiso de Paulo brillaba en la mano.

---Nooo te puedooo creeeeeeeeeerrrrrr ---gritaron al unísono las dos amigas. Las tres se abrazaron, saltaron y gritaron como si fueran niñas que recibieran una gran noticia.

Los pocos invitados las miraban divertidos. La tarde transcurrió con mucha alegría y emoción. Se fueron retirando lentamente para descansar. Patricia y Martín se fueron a pasar la noche en un hotel, Alma y Paulo les habían regalado una noche de bodas allí.

El sábado comenzó con corridas, Alma y Amanda se juntaron, luego del almuerzo, para ir a hacer los encargos que les habían dado. Debieron retirar el ramo de flores de la novia y llevarlo al estudio de la diseñadora de modas, retiraron los suvenires y centros de mesa y los llevaron al salón de fiestas. Ya cansadas, se dirigieron a la peluquería para que las «produjeran» para la fiesta.

Paulo había devuelto el auto de alquiler la tarde anterior, razón por la cual Germán los pasó a buscar a ellos y a Amanda. El vestido que había elegido tiempo atrás, que habían comprado con Amanda y Pato, le quedaba hermoso. Se notaba que había recuperado peso desde aquellos tristes y grises días en los que no comía, no dormía y apenas podía respirar debido a la tristeza. El vestido era ese elegido en su momento: un solo hombro, ajustado hasta la cadera y luego con bajada *evassé* hasta el piso, un corte a lo largo de la falda que descubría una de sus piernas, color verde petróleo, y la tela con un leve brillo. Alma había recuperado el color, estaba maquillada y peinada, el conjunto era exquisito. Sus ojos resaltaban con el color del vestido. Unos tacones altos la estilizaban aún más. Paulo se quedó boquiabierto cuando ella salió del cuarto, ya producida, al escuchar el timbre.

---Joder, pequeña, que no dejas de sorprenderme con tu belleza. Aún no puedo creer que esta mujer bellísima es solo mía ---aclamó al tiempo que se acercó y la besó con intensidad. Sus cuerpos aún reaccionaban al más mínimo contacto. Paulo se obligó a separarse---. Pequeña, deberás llevar labial en tu bolso porque te besaré tantas veces... Déjame contestar. ---Paulo levantó el tubo del portero eléctrico y preguntó quién llamaba. Era su primo, enseguida le avisó que ya salían. Se giró, volvió a besar a Alma y luego le dijo---: Vamos, o juro que te haré el amor ahora mismo y romperé ese hermoso vestido que te ciñe las curvas. ---Ambos rieron. Alma se corrigió el labial y salieron.

Subieron al auto y partieron, entre risas y bromas, hacia la boda. La iglesia ya se encontraba bastante llena de gente, pero ellos consiguieron sentarse en las primeras filas, ya que la hermana de Pato les había guardado lugar. Se acomodaron, se miraron y se felicitaron todas por lo bien que les quedaban los vestidos que las tres habían comprado juntas. Unos minutos más tarde sonaron los acordes de la marcha nupcial. Martín y su madre se encontraban en el altar, a él se lo veía muy emocionado. Las puertas se abrieron y Pato apareció como una princesa de cuentos. La hermana y las amigas se emocionaron, el vestido era sublime: se trataba de un corsé muy ajustado que se encontraba totalmente bordado en perlas y piedras. La falda caía desde la cadera en pliegos con volados lánguidos y formaba una cola que se arrastraba un metro detrás de ella; tenía bordados, algunos cercanos al corsé, y luego una franja gruesa en el ruedo del vestido. Tenía, además, un peinado alto y un tul que la cubría. Pato caminaba del brazo de su padre y se adivinaba su emoción. Alma tomó la mano de Paulo y la apretó con fuerza. Se sentía conmovida. Paulo se acercó a su oído y dijo en susurros: ---Cuando seas tú la que camine por esa alfombra, serás la mujer más hermosa del planeta, y juro que no sé cómo haré para contenerme y no hacerte el amor en el altar, pequeña. ---La abrazó y ella sonrió ante la ocurrencia.

Capítulo 6

Las luces del amanecer comenzaban a clarear. La fiesta había llegado al final. Habían bailado toda la noche, estaban todos felices y agotados. Germán, que era el chofer designado, casi no había tomado alcohol y era el único, dentro del automóvil, que seguía despierto. Alma y Paulo iban atrás, abrazados y dormidos. Amanda estaba en la butaca del acompañante, pero dormida. Cuando llegaron a la puerta de la casa de Alma, Germán tuvo que sacudir a su primo para levantarlo.

---Vamos, Paulo, ya llegamos. Estamos en la puerta de Alma. ---Se había bajado, había abierto la puerta del lado de Paulo y lo zamarreaba fuertemente para avivarlo. Se despertaron Alma y Amanda. Y Paulo apenas abrió los ojos--. Mirá que resultaste una foca, che. Dale, primo, abrí los ojos de una vez.

Las chicas reían y Paulo se desperezaba con tranquilidad. Bajaron los dos, saludaron, y marcharon a la puerta. Germán puso primera y arrancó, giró en la esquina cuando Alma aún buscaba las llaves en su bolsito.

---Alma, estoy destruido, dame las llaves, necesito dormir ---decía Paulo, parado con los ojos casi cerrados.

---No las encuentro, esperá un minuto, amor. No puede ser, no es tan grande el bolso, y no las veo. ---Alma seguía buscando, extrayendo las pocas cosas que contenía el pequeño *clutch* que había elegido para la ocasión. Sacó todo y no las encontró---. ¿No las tenés vos, cielo? Acá no están.

Ella estaba mirando su bolso, guardando todo nuevamente. Paulo, de espaldas a ella, buscaba en sus bolsillos. Ninguno de los dos se percató de lo que ocurría. Alma hizo silencio de golpe, Paulo escuchó un golpe suave y se giró. No alcanzó a ver nada. Sintió un golpe fuerte en la cabeza que le puso la visión en negro total.

Un tiempo después, alguien le golpeaba la cara y trataba de despertarlo. Creyó que era Alma en un principio, pero luego se dio cuenta de que no era su voz. Todo estaba confuso. Tenía el sol en la cara, el dolor en la cabeza era terrible y la sed le hacía doler la garganta. La voz que lo increpaba para

despertarlo era la de Eduardo, el vecino del departamento de arriba de la casa de Alma.

---Despertate, gallego, abrí los ojos. Hace rato que estás tirado acá. ¿Qué te pasó? ¿Alma dónde está?

Todo era confusión en la cabeza de Paulo, no entendía qué hacía ahí tirado en la vereda, el sol parecía cortarle los ojos, pero cuando Eduardo mencionó a Alma, un rayo de lucidez atravesó su cerebro.

---¡Alma! ¿Dónde está? ---gritó como saliendo de un coma.

---No lo sé, gallego. Te lo estoy preguntando yo a vos. Cuando bajé, estabas solamente vos, tirado acá, desmayado.

---Por Dios, Alma. ---Paulo intentó incorporarse de golpe, pero se mareó y sintió náuseas.

---Pará, gallego, te dieron un golpazo muy fuerte, creo que fue con esto ---dijo a la vez que señalaba un pedazo de caño que estaba abandonado cerca del cordón---. Tiene algo de sangre, ¿ves?

---La madre que me parió, ¿estoy perdiendo sangre? ---preguntó desorientado---. Pero Alma estaba conmigo. ¿Dónde está? ¿La lastimaron? Seguro que querían robarnos. ---Paulo hablaba sin dejarle espacio a Eduardo para responder.

---Ya no sangrás, pero perdiste sangre. Quedate acá que voy a buscar mi automóvil a la cochera. Te voy a llevar al hospital, seguro que te tienen que coser. ---Paulo tomó del brazo a Eduardo para impedirle caminar.

---¿Alma está herida? Respóndeme, por favor. ---Tenía un gesto de terror.

---Gallego, no lo sé. Alma no está. Cuando bajé, ella ya no estaba. En la casa no hay nadie, sigue todo tan cerrado como cuando se fueron a la boda. Escuché ruidos como a las tres de la mañana, escuché la puerta. Pero luego nada más.

---¿La puerta? ¿A las tres? A esa hora estábamos en la boda. Volvimos cerca de las cinco.

---Dejame que llame a la policía, acá hay gato encerrado. ---Eduardo se soltó y subió corriendo a su departamento. Unos minutos más tarde, la policía llegaba y comenzaban los interrogatorios. Llegó una ambulancia para que atendiera a Paulo. Él observaba atónito cómo la policía científica cerraba el espacio, tomaba huellas del caño, tomaban una muestra de la sangre del borde exterior, y todo era guardado. Revisaban el piso, levantaban colillas y cosas que Paulo no pudo entender qué eran. Le tomaron huellas digitales, una

muestra de ADN de su boca y le pidieron permiso para abrir la puerta del departamento.

---Sé que aún debe estar aturdido, señor Girat ---dijo el inspector Casale, que estaba a cargo en la investigación---, pero debemos aclarar cómo sucedieron las cosas y entrar a la casa. Es vital encontrar alguna pista del secuestrador.

---¿Secuestrador? ¿Usted cree que a mi mujer la secuestraron? ¿Para qué? ---Paulo no salía de su asombro, seguía sin razonar, no podía entender que, a un mes de su liberación, fuera Alma la secuestrada. «¿Qué coño está sucediendo, Dios mío?»---. ¿Será para pedirme plata por el rescate? ¿Y por qué no han llamado aún? ---Un miedo terrible se alojó en las entrañas de Paulo. «¿Y si fueron los tipos que me secuestraron? ¿Y si esos hijos de puta cumplen sus amenazas y han venido a buscar a Alma?». El terror se dibujó en su rostro.

---Tranquilo, señor Girat. Usted recibió un golpe fuerte en la cabeza, eso, sumado al alcohol que consumió anoche en la fiesta de la que venían, lo tiene muy confundido. Déjeme explicarle. El vecino que nos llamó nos explicó que ustedes salieron anoche a una boda, ¿es así?

---Sí, se casó una de las mejores amigas de mi mujer, Patricia. Usted no entiende, esto puede ser peor de lo que pensamos.

El inspector levantó la vista, intrigado.

---Su vecino nos dice que escuchó la puerta de entrada cerca de las tres de la mañana, ¿por qué dice que puede ser peor?

---No fuimos nosotros los que estuvimos a esa hora, inspector. Alguien nos estaba esperando. Salimos del evento cerca de las 5 a. m. y habremos llegado a esta puerta 5:20. No mucho antes. Si llama a mi primo, él podrá darle mejor que yo los tiempos, él fue quien condujo el automóvil y nos dejó en la puerta.

---Bien, ahora mismo lo hago llamar. Necesitamos abrir la casa; si ustedes no fueron los que entraron a las tres, probablemente fuera el secuestrador, como usted dice.

---Mire, inspector, hace dos meses, yo fui secuestrado al regresar de mi país. Mis secuestradores...

El inspector lo interrumpió.

---Por eso usted me parecía conocido. Ahora recuerdo, fue todo un tema nacional su secuestro. ¿Se supo quiénes fueron?

---No. Nunca los encontraron. Precisamente eso es lo que me preocupa.

Ellos me amenazaron varias veces con secuestrar y violar... ---la voz se le quebró y se repuso enseguida--- a mi mujer. Puede que hayan sido ellos.

---Bien, es una hipótesis fuerte y, en este momento, la única viable. El que lo hizo, o los que lo hicieron, tenían llave, entraron y cerraron al salir. Pero lo de su ataque en la calle... no me cierra. Digo, qué mejor, si hubieran sido los mismos tipos, que mostrarse ante usted. Dejarle en claro que cumplían sus amenazas es la mejor tortura. Pegarle por la retaguardia... esto tiene pinta de que decidió o decidieron actuar afuera, en el momento, algo improvisado. Es vital revisar el departamento. ¿Tenemos su permiso para abrir?

---Sí, por supuesto. Háganlo ya, por favor. Cada minuto cuenta ---dijo Paulo, y el inspector dio la orden.

Dos policías con unas pinzas pequeñas comenzaron hacer movimientos sobre la cerradura y, en cuestión de segundos, lograron abrirla. Entraron y revisaron todo. Luego ayudaron a Paulo a ingresar: En la ambulancia ya le habían hecho las curaciones, no necesitaba puntos, pero le habían indicado que debía darse una vacuna antitetánica. Estaba aturdido y no caminaba solo. Lo ayudaron y, cuando traspasó la puerta, no reconoció el desorden de la casa. Había ropa de Paulo diseminada y cortada por todas partes, algunas prendas de Alma estaban en el piso, y muchas faltaban de sus perchas. La cama estaba desarmada, las sábanas y edredón estaban hechos jirones y los almohadones estaban abiertos al medio, como si los hubieran tajeado con un cuchillo. Paulo se quedó mudo.

---Señor Girat, para nosotros es evidente que no va haber llamada por rescate, esto tiene todas las características de una situación de otra índole. Alguien decidió sacar a la señorita Recabarren del medio, es importante que nos comuniquemos con los familiares y amigas más cercanas para ver si tuvo, últimamente, alguna amenaza. También necesitaremos su declaración y todos los detalles que pueda aportar sobre los tipos que lo secuestraron. Será difícil relacionarlos, ya que su propio secuestro aún no ha sido aclarado, pero tenemos que ver el panorama completo. ¿Habían recibido amenazas de algún tipo?

---No, no. Salvo la de mis secuestradores. Además, ¿quién podría querer hacerle daño? ---La mente de Paulo trabajaba rápidamente, buscaba rostros, personas, nombres. Como un rayo en medio de la tormenta, recordó a María de los Ángeles---. No puede ser. La primera de la que puedo sospechar es una expareja mía. Ella nos hizo la vida imposible, pero vive en Madrid, no creo

que haya viajado.

---Bien, ahora le va a dar los teléfonos y nombres de la familia, de las amigas y de esa mujer a mi asistente. Nosotros empezaremos a analizar lo que pudimos encontrar. Las primeras doce horas en un secuestro son las más importantes. Trataremos de encontrar la mayor cantidad posible de información. Deberá quedarse en otro lugar. ¿Tiene adónde ir?

---Sí. Tengo a mis tíos.

---Déjele a mi asistente también esos datos.

---Yo me encargo de llamar a mi suegro y a mi cuñada. Si me dan el teléfono, se lo agradecería. No quiero que se asusten más de lo necesario. Que los llame un policía será peor.

---Como usted quiera. Pero su celular no podemos devolvérselo en este momento. Los de Informática deben revisar la línea. Llámelos desde la casa de sus tíos. Dígales que los espero a todos, en cuanto puedan, en la DDI de acá, de La Plata. Que pregunten por mí: inspector Casale. Necesitamos declaraciones de todos, incluido usted.

---Ahí estaremos.

Un patrullero llevó a Paulo a casa de sus tíos. Todos se levantaron asustados y, al escuchar lo que les había sucedido, no podían creerlo. Dos horas más tarde se presentaron en la DDI Paulo, sus tíos, su primo Germán, Jorge, Karen y Guillermo. Haber llamado a Karen en primera instancia fue lo que se le ocurrió a Paulo. No tenía idea de si Jorge sufría del corazón o de presión alta. No podía llamarlo y generarle un ataque. Habló con Guillermo y le explicó lo mejor que pudo. Ellos hablaron con Jorge, teniendo todos los cuidados que debían tener. Los abuelos se habían quedado al cuidado de Lola. En la puerta de la DDI, fue donde se encontraron todos por primera vez. Paulo y Jorge se dieron un abrazo silencioso al principio, los sollozos de ambos se empezaron a escuchar muy tímidamente.

---Le he fallado, Jorge. No pude cuidarla lo suficientemente bien. Alguien me la robó ---decía Paulo acongojado.

---Pero no, Paulo, muchacho, no digas eso. Nadie la podría cuidar mejor que vos. Mirá cómo te dejaron la cabeza para poder llevársela. Ese hijo de puta sabía que la única oportunidad de lograrlo era dejarte inconsciente. Si no, no hubiera podido. La tenemos que encontrar, quedate tranquilo. La mamá la está cuidando desde el cielo y la va a traer de vuelta. Estoy seguro.

---Dios lo oiga, Jorge. Si le pasara algo... ---La voz de Paulo se quebró de

nuevo.

---Ni lo digas, Paulo ---intervino Karen, que ahora también se abrazó con Paulo---. Nada malo le va a pasar. Pensemos en positivo. ---En su mirada, aterrada, se adivinaba que ella tampoco podía hacerlo, que temía por la integridad física de su hermana.

Después de que todos se saludaron, ingresaron a la oficina policial y esperaron a ser atendidos. Los primeros en dar sus declaraciones fueron Paulo y Germán, que fueron las últimas personas que estuvieron con Alma. Amanda estaba por llegar. Siguió el resto de las dos familias, aunque no pudieron aportar muchos datos. Amanda apareció con gesto asustado. No estaba maquillada ni peinada. Parecía otra persona. La cara desencajada y los ojos llorosos.

---¿Qué mierda pasó, gallego? Nosotros nos fuimos y estaban entrando, ¿cómo es que se la llevaron? ---Germán la abrazó para calmarla. Paulo tenía un gesto adusto.

---No lo sé, rubia. No los vi. Me golpearon por la espalda y, cuando desperté, ya no estaba. Lo peor es no saber quién carajos pudo haber hecho esto.

---¡El bicho de mierda! Tiene que haber sido él, no hay otra ---gritó Amanda, y asustó a todos.

---¿Mariano? ---dijo Karen asombrada---, pero si se fue hace años a Comodoro.

---Volvió ---respondió Amanda, terminante---. Alma no me permitió contarle a Paulo. Pero el bicho volvió hace rato.

Paulo tomó del brazo a Amanda y le preguntó, serio: ---¿Cómo que volvió? ¿La buscó? ¿Hablaron? ¿Le dijo algo?

---Sí, la buscó. Ella lo vio en el hospital cuando vos estabas internado. Como ahí no pudieron hablar, él la siguió molestando con mensajes.

---¿Desde que yo estaba en el hospital? ¿Eso fue hace más de un mes! ¿Cómo no me dijo nada? ¿Qué quería?

---Nunca le aclaró de qué quería hablar, pero daba a entender que quería retomar la relación.

---¿¡Está loco!?! ---exclamó Karen en un grito---. ¿Qué se le cruzó por esa cabeza? ¿Se olvidó de que la dejó con un bebé suyo en la panza y que lo perdió?

---Evidentemente, no lo recuerda ---razonó Amanda.

Paulo se había quedado silencioso, sorprendido.

---¿Por qué no me dijo, rubia? ¿No confiaba en mí? ---El gesto de dolor de Paulo demostró su sufrimiento---. ¿Quería pensar la posibilidad de volver con él?

---¿Estás loco, gallego? ¿O el golpe te dejó tololo? Alma te adora, te ama con todo su ser. Nunca amó al bicho como te ama a vos. No lo dudes. Ella no quiso decirte porque tenía miedo de que se enfrentaran, de que vos quisieras pegarle y se lastimaran. Quiso evitar un enfrentamiento entre ustedes. Yo le dije que la iba a acompañar a hablar con él.

---¿Hablar con él? ¿Para qué? ---dijo Jorge, sorprendido.

---Para decirle que la dejara en paz. Nada más. Para aclararle que no quedaba nada entre ellos. Pero yo le aclaré que sola no iba a ir. Ella me aseguró que lo iba a llamar después de la boda de Pato. Pero este hijo de puta se la llevó. Estoy segura. ---La puerta de la oficina se abrió y el inspector se asomó para llamar al próximo que debía declarar. Paulo se calmó un poco, había otra hipótesis, podría haber sido Mariano y no sus secuestradores. Las entrañas le quemaban.

---Amanda Valdez, ¿se encuentra presente ya? ---Miró a todos.

Amanda se separó del grupo.

---Soy yo ---expresó, y se puso a la altura de la puerta.

---Adelante ---señaló Casale.

Capítulo 7

Alma seguía desaparecida, los días pasaban y nadie sabía nada de ella. Seis días, siete, ocho, nueve... Los diarios locales llevaban, en su portada, las novedades sobre su búsqueda. El diario para el que Paulo trabajaba sacaba un nuevo editorial sobre el tema. La policía había rastreado todas las pistas, pero aún no podían encontrarla. El celular de Alma se había mantenido apagado desde el día del secuestro.

Los investigadores habían interrogado a la familia de Mariano. Ellos habían dicho que no estaban al tanto de que él hubiera viajado a La Plata. Según sus dichos, Mariano se había tomado vacaciones hacía ya unos días y estaba en Chile. El vuelo en el que había viajado, supuestamente, lo tenía en la lista de pasajeros. Desde que se encontraba en Chile, había hablado pocas veces con su familia, mantenía su celular apagado y no era posible rastrearlo. La familia de Mariano estaba escandalizada con la suposición de que él hubiera secuestrado a su antigua novia. «Si bien él no ha vuelto a formar pareja, la relación se terminó porque esa mujer ha querido endilgarle un hijo que no era suyo. Por esta razón, él decidió dejarla y volver a Comodoro Rivadavia», fueron las declaraciones de la madre de Mariano a un programa televisivo comodorense.

La indignación de toda la familia de Alma, de sus amigas, era grandísima, no podían creer que esa familia, de la más alta sociedad de Comodoro, fuese tan negadora de la verdad.

Nadie, en La Plata, había logrado dar señas de haber visto, en ningún momento, a Mariano. La policía empezaba a dudar de que fuera efectivamente este hombre quien se la hubiera llevado. Cobraba fuerza la otra hipótesis, la de los secuestradores de Paulo. Alma seguía desaparecida y nadie podía dar una pista. La familia Recabarren debía enfrentar más pérdidas, sumaban otra partida. Sacaban fuerza de la unión y de la esperanza de encontrarla.

Cada día, cada noche lejos de ella, Paulo padecía terriblemente. No dormía y casi no se alimentaba. Matilde lograba hacerlo comer algo

diciéndole que, si no lo hacía, no tendría las fuerzas para buscar a Alma, para pensar con la claridad necesaria y encontrar detalles que ayudasen en la investigación. Cada mañana se levantaba y se iba a la DDI. Ya todos lo conocían allí, su aspecto, cada vez más deteriorado, era lo que lograba que fuera atendido por quien lo recibiera. Nadie tenía corazón como para no atenderlo. Pero la realidad era que el pasar de los días y la falta de pistas restaba posibilidades de encontrarla viva.

Alma abrió los ojos y sintió, casi al instante, el dolor corporal de haber permanecido en la misma posición durante mucho tiempo. Se giró sobre el colchón y trató de estirar la espalda. El brazo derecho permanecía atado a la cabecera de la cama con un precinto que le marcaba la piel. Cada noche, Mariano la amarraba. Decía que era para evitar que ella escapara mientras él descansaba. Alma lo había visto tomar una medicación antes de dormirse. Trataba de hacer un *racconto* de todo lo sucedido cada vez que despertaba. Temía olvidar detalles que serían importantes cuando fuera rescatada. «Dios mío, ¿cuánto tiempo habrá pasado desde que desaparecí? Estoy muy confundida, no recuerdo bien. Vi a Paulo de espaldas, buscando las llaves, e intentaba abrir la puerta de la casita, pero luego nada más. Cuando abrí los ojos, estaba en una habitación sucia, Mariano me sacó el vestido y me cambió con esta ropa. Lo extraño es que es mi ropa». Cerca de ella había un pequeño bolso con algo de su guardarropa, lo reconoció en seguida. «Recuerdo que el primer día me dolía la cabeza, Mariano me dijo que me había golpeado y me había desvanecido. Estuve inconsciente varias horas». Mariano, que se sentaba con ella a conversar bastante seguido, en una de sus tantas charlas le había explicado que se irían juntos a Chile, que pensaba retomar su relación justo donde la habían dejado.

«---Tu vida de puta, de acostarte con cuanto hombre se te cruzó, se terminó, vas a ser mi esposa y te vas a olvidar de tu vida anterior. Mi hijo no nacerá sin un padre. Pero ese padre soy yo, no un desconocido que metiste en tu cama de atorranta».

Alma entendió, en segundos, que Mariano no estaba en su sano juicio.

Ese hombre se expresaba del bebé como si siguiera en el vientre de Alma, luego de tres años de que hubiera muerto. No quiso aclararle que eso sería imposible, temió su reacción. Por el contrario, cada vez que hablaban, ella trataba de calmarlo, de hacerlo sentir seguro, de hacerle creer que ella quería retomar también la relación. Una noche, la segunda de su secuestro, él se

acercó, en silencio, con la intención de tener relaciones con ella. Alma no supo cómo manejar la situación y, ante la insistencia de él, se negó. Dio como excusa que no se sentía bien, que las náuseas, provocadas por el embarazo, la tenían muy descompuesta. Mariano intentó, de todos modos, tomarla. Se puso agresivo y comenzó a romperle la ropa y a hacerla suya por la fuerza. La mano derecha de Alma estaba atada con precinto y él se había puesto entre sus piernas; mientras luchaba con ella, iba sacándose los pantalones.

---¡Quedate quieta, carajo! ---gritaba él---, solamente voy hacerte el amor como tantas veces, te voy a hacer gozar como nadie nunca lo hizo.

Alma lloraba a los gritos y daba patadas, Mariano la abofeteó violentamente en el rostro. Ese golpe la dejó inconsciente. Cuando despertó, él dormía a su lado. Su ropa estaba rota, pero nada indicaba que él la hubiera violado mientras estuvo desmayada. Alma no podía creer lo que estaba viviendo. Debía escapar, Mariano, evidentemente, estaba fuera de sus cabales y era capaz de cualquier cosa.

Cada vez que hacían un tramo del camino, él la dormía. Ponía algo en su comida, en su desayuno, en su agua. Algo que la dormía en cuestión de minutos. Cuando ella volvía a abrir los ojos, se encontraba en un nuevo lugar: habitación nueva, aunque igual de básica y sucia, temperatura distinta, una cama nueva, pero siempre la mano derecha atada a la cabecera de la cama. No podía prever en qué momento le daría el somnífero, había tratado de aguantar la sed y el hambre, evitando comer y beber lo que le pusiera delante, pero él tenía paciencia. Esperaba que ella empezara a sentirse famélica y que volviera a probar un bocado; tal vez no se lo ponía en esa primera comida que volvía a consumir, pero en la siguiente sí. Y ella volvía a dormirse y a despertar en otro lugar. Eso le dificultaba seguir la cuenta de los días que hacía que estaba prisionera. Alma no entendía cómo nadie la veía en el automóvil, cómo la bajaba del automóvil dormida sin ser visto por nadie.

Luego de varios días de viajar, se establecieron en un lugar bastante seco, aunque el frío era muy duro aún en esos días. Alma calculaba que había sido llevada de la boda de Pato y, teniendo en cuenta los días que recordaba que habían pasado, estarían terminando el mes de septiembre. Esa tarde, Mariano estuvo mascullando solo, como enojado. La observaba constantemente. Alma se encontraba atada a la cama. Mariano había empezado a tenerla así con mayor frecuencia y en distintos momentos del día: cuando dormía siestas, cuando salía a hacer alguna compra, cuando se duchaba. Él entró decidido y

Alma creyó que iba a cortar el precinto, que la liberaría, pero al verlo con otro en la mano, perdió la esperanza. Pensó, entonces, que se apiadaba de ella y que iba a cambiar el agarre de la derecha a la izquierda, ya que notaba la sangre seca en la muñeca. Pero se equivocó.

---No voy a cortarlo ---dijo él, adivinando sus pensamientos---. Hoy te veo más repuesta. No te vi con náuseas ni con dolores de ningún tipo. Y me tenés recaliente desde hace días. Se ve que el embarazo te sienta bien, tenés las tetas inmensas y tengo ganas de probarte.

Alma sintió que un frío le recorría el cuerpo. Él no solamente veía una realidad distinta, sino que estaba avisándole que iba a violarla.

---Mariano, por favor, soltame, no me hagas esto. No quiero que lo hagamos así. ---Ella creyó prudente convencerlo de que la liberara y así, tal vez, tendría oportunidad de escaparse o evitar la violación---. Podríamos lastimar al bebé.

---No ---dijo él de modo taxativo---. Esta vez es como yo quiero ---afirmó a la vez que empezaba a sacarse la ropa. Alma se sacudía intentando zafarse, pero era imposible. Estaba atada, de modo que cada movimiento suyo hacía que los precintos se le clavaran más en la carne. Mariano se sacó la campera de lana y la camiseta de un solo movimiento, también el pantalón y las zapatillas. Cuando estaba por sacarse la ropa interior, ella intentó razonar nuevamente.

---Mariano, por favor. No hagas algo de lo que después te vayas a arrepentir. Te lo suplico. Si lastimamos al bebé, ninguno de los dos nos lo vamos a perdonar. ---Alma lloraba. Su voz era casi un suspiro. Mariano sonrió con una mueca que ella no le conocía. Era como si fuese otra persona.

---No te das una idea de lo que soñé con volver a tenerte así, acostada, desnuda, bajo mi cuerpo. ---A la vez que hablaba, le pasó el buzo, que ella tenía puesto, por detrás de la cabeza y lo dejó atravesado entre brazos y nuca, luego comenzó a romper la remera y a bajarle el pantalón con movimientos violentos por parte de ambos. Él estaba totalmente desnudo y la desnudaba con tranquilidad a pesar de las patadas que ella le daba constantemente y de la violencia con la que él la trababa. Pero parecía disfrutar de su resistencia---. Y todo lo que me costó ---seguía él---. El secuestro del tipo ese con el que me cagaste me costó un dineral. Encima los estúpidos que estaban encargados de torturarlo y luego traerlo conmigo, para que yo pudiera tener el placer de matarlo, lo dejaron escapar.

Alma se congeló. Mariano era el responsable del secuestro de Paulo, pero ¿cómo supo? ¿Para qué? Ahí encontró un tema para distraerlo y no desaprovechó la oportunidad.

---¿Vos lo hiciste? --- Por el gesto que hizo Mariano, ella supo que se sentía orgulloso---. Pero, ¿cómo supiste...?

---Alma, hoy en día es muy fácil intervenir teléfonos. El tuyo, el de tu viejo, el de la puta de tu amiga, Amanda. Así de fácil. ---Él sonreía con soberbia, Alma no salía de su asombro---. Es increíble los amigos y los favores que compra el dinero, y por suerte mi familia tiene mucho. Así me enteré de que ese hijo de puta te cagó con otra mina. Mirá que resultó trastornado el galleguito, le gustaba atar a la mina, pegarle, cogerla por todos lados. ---El gesto de Mariano se endureció---. A vos te lo hizo así, ¿no? Sí, seguro. ---Se le notaba el resentimiento.

---No, Mariano, nada que ver. A mí nunca me ató, nunca fue violento conmigo, ese estilo de sexo no me atrae para nada ---contestó ella enseguida, asustada. Mariano ya la tenía casi completamente desnuda.

---Estoy seguro de que con lo turra que sos, calentás a todos los tipos a tu alrededor. Ese hijo de puta te lo hizo. ¿Y sabés qué pensaba yo cuando veía el video? ---Alma no respondía, estaba aterrada---. Pensaba en vos y en mí. Pensaba que nosotros podíamos ser esos dos. Que podía atarte y cogerte por todos lados. ---Mientras hablaba, el miembro de Mariano iba endureciéndose--. Y me calentaba tanto... que terminaba masturbándome y acabando como una fiera. Y mirá, parece que se me cumple el sueño. ---Mariano estaba de rodillas entre las piernas de Alma, desnudo, con su pene erecto. Lo masajeaba con su mano derecha, sacando el glande y volviendo a ocultarlo.

Alma supo que estaba perdida, no había forma de evitar que Mariano la tomara. Seguía atada y nada de lo que le dijera podría sacarlo de su idea. Las lágrimas comenzaron a correr, nuevamente, por sus mejillas, lo único a lo que atinó fue a tratar de convencerlo de que tener sexo salvaje con ella, en ese momento, pondría en peligro al supuesto bebé.

---Marian ---usó deliberadamente el sobrenombre con que lo llamaba cuando eran pareja---, entiendo que hayas pensado en esa fantasía y que quieras hacerla realidad. ---Buscó la forma de sonar lo más casual posible---. Pero no te olvides de que estoy esperando un hijo tuyo, y tener esa clase de sexo ahora podría ser perjudicial, sobre todo para el bebé. ---Por dentro, Alma rezaba para que sus palabras se abrieran camino en la mente perdida y

afiebrada de Mariano.

---Pero... ---parecía que lo habían hecho dudar---, ¿lo podemos lastimar? ¿Y si te doy por...? ---Alma aprovechó esos segundos de duda.

---No, Marian. Cualquier situación violenta puede afectarlo. ---Se sentía victoriosa, el miembro comenzaba a perder dureza.

Mariano titubeó unos segundos y luego arremetió con furia.

---No. ¡Putá! Me vas a dar lo que me corresponde, aunque sea del modo tradicional. Ya tendremos tiempo en Chile de que me entregues lo demás. --- Sin dejar lugar a protestas, se posicionó sobre Alma y la penetró de un solo golpe. Alma, al sentir la intrusión, gritó y, al mismo tiempo, su mente, sobrecargada de dolor, la sacó de su propio cuerpo. La situación no parecía estar ocurriéndole a ella, era como si su espíritu hubiera salido de su cuerpo y observara lo que sucedía en esa cama, con horror, pero sin poder detenerlo. Se veía a sí misma casi sin vida, sin movimientos propios, que era embestido con brutalidad por un Mariano que parecía poseído.

Alma era una marioneta a la que Mariano manejaba a su antojo. Los movimientos de aquel desconocido eran violentos, bruscos, mostraban su desesperación. Estaba encima de ella, cubriéndola completamente, moviéndolo con golpes de su pelvis. Mariano se meneaba de modo de entrar cada vez más en Alma, la mordía en los pechos, los labios y en el hombro derecho, y luego la besaba, pero todo de un modo agresivo, violento. La desesperación lo asemejaba a un animal. El silencio y el cese de resistencia sorprendidos por parte de Alma lo animaron en un principio, pero después de unos minutos lo alarmaron. En el comienzo, tan cegado en su propio placer, no se había percatado de que Alma yacía quieta debajo de él. Seguía invadiéndola, cada estocada le generaba más y más placer, y estaba a punto de llegar al orgasmo cuando notó que Alma no participaba de la situación ni siquiera resistiéndose. De pronto cayó en la cuenta de que podía haberla lastimado, creyó que la había matado. Su miembro se puso flácido en cuestión de segundos y salió de ella enseguida. Se quedó observándola: los ojos vidriosos, casi sin vida, la boca hinchada por los mordiscos y besos que él le había logrado dar, los pechos con marcas de sus dientes; de las muñecas caían pequeñas gotas de sangre. Los precintos se habían clavado en la carne, lastimándola.

La golpeó en la mejilla, asustado, primero de manera suave, luego de forma más violenta. Alma no reaccionaba. Parecía sin vida. Las lágrimas en

los ojos de Mariano le nublaron la vista. Se levantó aterrado y se quedó parado al costado del cuerpo inerte. «¿Qué hago? Alma no puede estar muerta. No pude haberla matado, si tan solo estaba haciéndole el amor». Se recostó sobre ella, estaba algo fría, y apoyó su oreja en el pecho. Escuchó latidos. Se calmó. Seguramente estaría en *shock*. Corrió a la cocina, buscó algo donde cargar agua, una jarra plástica. Y de nuevo corrió a la habitación. Vacío la jarra sobre Alma. El agua helada fue como una corriente que la revivió, y volvió en sí. Todos los alaridos que su mente estaba dando escaparon por sus labios y el silencio, que había extrañado a Mariano, fue atravesado por un rugido desgarrador. El dolor de ese espíritu se vio reflejado en el rostro de pánico de Alma y en los gritos que sucedieron al primero.

---¡Hijo de puta! ¡Hijo de puta! Soltame. ¡Dejame! ¡No me toques! --- Cuando el rostro de Alma logró enfocarse en Mariano, su propio gesto, siempre dulce, se trastocó en uno de odio---. Dios tiene que castigarte, sos la peor mierda del mundo, Mariano. Te maldigo a vos y toda tu familia de mierda. ---Ella exclamaba con furia cada sílaba, parecía poseída por un demonio. Se arqueaba hacia arriba, levantando los brazos como queriendo tomarle el rostro para desfigurarlo, pero las ataduras la limitaban y casi no le quedaban fuerzas, entonces caía sobre el colchón de nuevo.

Mariano se asustó, recordó cuando su madre le decía que muchas mujeres hacían brujerías para hechizar a los hombres y, viendo a Alma como poseída, supuso que era una bruja. Llegar a esa conclusión lo asustó. Se fue moviendo con lentitud, retrocediendo, levantó sus ropas cuando las pisó y siguió caminando, sin sacar los ojos de Alma, hasta que se chocó con la pared.

---¡No me maldigas, hija de puta! ¡No me hagas ningún hechizo! ¡Ni a mí ni a mi familia! ¡Putá! No hice otra cosa que darte lo que a vos te gusta. ---A medida que él también gritaba, liberaba toda su furia---. Te di pija como te dieron los demás, pero a mí me maldecís, y a los otros, ¿les cagaste la vida como a mí? Mi vieja tenía razón, seguro me hiciste tomar algo con tu menstruación y por eso te tengo clavada acá ---decía como un loco a la vez que se tocaba la sien derecha.

---Andate, Mariano, no quiero verte, dejame sola. ---Alma gritaba, aunque ya con menos vigor. La realidad de lo que había pasado la aplastaba---. Sos una mierda, dejame... andate.

---Me voy, pero te vas a comer tus palabras. Me vas a sacar tus maldiciones y el hechizo que me hiciste, aunque tenga que matarte. ---Salió y

dio un portazo.

Alma escuchó que cerraba con llave la puerta.

«¡Dios mío! ¿Por qué Dios me pone en estas situaciones? ¿Cómo voy a seguir viviendo después de todo esto? ¿Cómo hago para enfrentar a mi familia luego de haber sido violada? ¿Cómo enfrento a Paulo? ¿Cómo le explico que no pude defenderme, que me fui y lo dejé hacer a su antojo? ¿Me creerán que fui violada o pensarán que yo quise todo esto?». Pensó en su madre, en que ella siempre creía que estaba cuidándola. «¿Dónde estás, mamá? ¿Por qué me pasan estas cosas?». Lloró amargamente. Con angustia, con congoja, durante un rato largo. El cuerpo le dolía, los brazos le dolían muchísimo y le ardían las laceraciones. Los pechos y el hombro, la vagina y las piernas. Se miró inspeccionando su cuerpo. Vio los moretones, los dientes marcados. Necesitaba bañarse, se sentía sucia, manchada. Luego de un tiempo prolongado en el que lamentó su suerte, comenzó a llamar a Mariano a los gritos.

---¡¡Mariano!! ¡¡Mariano, vení!! ---Sus alaridos se repetían sin cesar. Unos minutos más tarde, se escuchó la voz de Mariano a través de la puerta. Una voz que denotaba enojo.

---¿Qué mierda querés ahora?

---Soltame, los precintos me están matando y necesito bañarme ---expresó ella en el mismo tono elevado.

---No. Te quedás así, por hija de puta.

---Mariano, te lo suplico. ---Su voz se dulcificó---. Necesito lavarme y curarme las heridas. Por favor. Necesito ver si el bebé está bien, lavarme y ver si no pierdo sangre.

---No, ya te dije. ---Se escucharon los pasos de Mariano al alejarse por el pasillo. Silencio absoluto, solo el llanto de Alma, muy suave, como el quejido de un bebé. Luego de unos instantes, se escuchó la llave. Mariano asomó la cabeza con gesto de enojo.

---¿Prometés que no me vas a hacer ningún conjuro o maldición más? ---Mariano estaba asustado.

---Lo prometo ---dijo Alma sorprendida, ese hombre realmente creía que ella tenía algún poder sobrenatural y que lo usaba en su contra. Si así fuera, ¿no hubiera salido de esa situación? Eso cada vez tenía más visos de locura, pero de una locura de la cual no hay regreso.

---No hay agua caliente. Solo fría. Si te querés bañar igual, no tengo

problemas. ---Ella pensó que seguiría torturándola a pesar de haber logrado lo que quería. Necesitaba limpiar su cuerpo, purificarlo---. Te aviso que mientras te bañes, voy a estar en el mismo cuarto. Tengo que vigilarte.

Ella se quedó pensando. «¿Qué es lo que teme? ¿Que le pegue? ¿Que me escape? ¿Con qué fuerzas podría hacer algo de todo eso?». Estaba realmente quebrada.

---Dejame bañarme, no importa nada más ---dijo derrotada, al fin.

---Bien. ---Se acercó con el cortaplumas y cortó los precintos.

La ayudó a levantarse. La ropa rota cayó sobre el piso, hecha jirones. Le sacó de modo brusco el buzo que le había trabado entre el cuello y los brazos. El tirón fue sorpresivo y le dolió bastante a Alma. Tenía los músculos agarrotados, doloridos por sus propios movimientos defensivos. La llevó fuera de ese cuarto y la hizo entrar en un baño diminuto, frío, oscuro. La metió en el sector de la ducha y se sentó sobre el inodoro, como vigilante. No había cortina en la ducha ni mampara, así que cuando Alma logró, casi sin fuerzas ni ánimo, abrir la canilla, el agua comenzó a pegarle en su cuerpo y rebotaba, mojando a Mariano. Alma se puso entera bajo el chorro, estaba helada, pero ya nada le molestaba. Sentía el frío que penetraba en sus huesos, hasta sentía dolor en la piel. La lluvia helada le enrojecía la piel del rostro y del cuerpo. Nada importaba. Cerró los ojos, los apretó tratando de borrar las imágenes que aún la torturaban. Debía pensar en cosas buenas, trataba de imaginar algo que le hiciera bien. Pensó en Paulo, en Lola, en su familia. En todo lo que le daba felicidad: un buen libro, los mates con sus amigas. Solo tenía un jabón para bañarse, no había champú ni acondicionador. Cada uno de sus movimientos significaba una gran cantidad de agua que caía sobre Mariano. Este aguantó lo que creyó suficiente y luego se puso en pie.

---Me voy, me estás empapando. Total, de acá no te vas a ir a ningún lado --concluyó, y se escuchó el portazo que indicó a Alma que estaba sola.

El llanto, nuevamente, la invadió y ella lo dejó salir libremente mientras lavaba todo su cuerpo, refregando, haciendo espuma con el jabón. Friccionaba con fuerza y desesperación sus pechos, su vagina, su abdomen, su rostro. Enjabonó con furia todo, incluyendo su cabello, y se dejó enjuagar por el chorro intenso de agua helada. Su piel blanca como la leche se había vuelto colorada por las fricciones y la temperatura del agua. Unos minutos después de que Mariano escuchara que ella había cerrado el grifo, se acercó a la puerta del baño y le entregó una toalla y ropa. Alma se secó, se vistió y se

sentó sobre el inodoro. Necesitaba dejar de temblar antes de volver a enfrentarlo. Unos minutos después, abrió la puerta. Él la esperaba en silencio. La condujo nuevamente a la habitación. Las ropas que él le había roto ya no estaban en el suelo. La cama estaba nuevamente estirada.

---Necesito vendas para las muñecas, las tengo muy lastimadas ---dijo ella a la vez que levantaba las mangas del buzo para mostrarle las laceraciones---. ¿Podrías dejar de atarme? Aunque sea por unos días, hasta que se curen estas heridas.

---No ---dijo él, aunque no lo hizo en un tono convencido, se notaba que las heridas de Alma le indicaban que debía hacerle caso, pero al igual que un niño que no quiere darle la razón a su madre, insistía en negar la realidad---, no puedo dejarte suelta, te vas a ir.

---¿Cómo lograría irme? Si pusiste maderas del lado de afuera de la única ventana de la habitación. La única puerta está siempre cerrada con llave. No hay forma de que escape. ---Debía darle seguridad, solo cuando él confiara cometería errores---. Además, Marian, ¿para qué me iría? Sos el padre de mi hijo, ¿no? Mi lugar está con vos, vayas donde vayas. ---Esas palabras lo desorientaron, si bien era lo que quería escuchar.

Luego de unos minutos de duda, respondió:

---Está bien. Ahora busco unas vendas y no te voy a atar. Pero si veo que intentás algo raro, te vuelvo a poner el precinto ---amenazó a la vez que cerraba la puerta nuevamente con llave y se iba a buscar las vendas.

Alma se quedó sentada en el borde de la cama, mirando sus muñecas. Unos minutos más tarde, entró Mariano, traía unos trozos de telas que ella podía usar para confeccionarse las vendas.

---No tengo nada para que te desinfectes. Por ahora ponete estas vendas caseras, en un rato salgo y compro algo para que lo hagas ---anunció él rápidamente. Cuando intentaba cerrar de nuevo la puerta, Alma le hizo otro pedido.

---Tal vez necesite toallas femeninas. ---El rostro de sorpresa de Mariano significó una pregunta en sí misma. Alma procedió a responder---. Es probable que tenga pérdidas en los próximos días. Fuiste muy violento a pesar de que te lo advertí. Ojalá me equivoque, pero tal vez le hayas hecho daño a tu hijo ---deslizó con intención de lastimarlo---, si es así, vas a tener que llevarme a un hospital.

---Pero, pero... no, no puede ser, solo estuve dentro de vos un momento, ni

siquiera acabé. ¿Acaso me vas a decir que las parejas que esperan hijos nunca hacen el amor hasta que nacen?

---Seguramente lo hacen, pero no con la brutalidad con que vos te manejaste. ---Por dentro moría por escupirle que él no le había hecho el amor, sino que la había violado. Quería matarlo, tomarlo del cuello y apretar hasta que dejara de respirar.

---Bueno, si veo compro. Igual avísame si sentís algún dolor o empezás a sangrar. ---Ella nunca deseó tanto tener su período. Si comenzaba a sangrar, Mariano debería llevarla a un hospital y podría ser salvada. Salió y cerró la puerta tras de sí. Alma escuchó que nuevamente cerraba con llave. Luego de unos minutos sintió que arrancaba el automóvil. Mariano se había ido.

Se levantó e intentó sacar las maderas que tapaban la ventana. Estaban clavadas y muy bien. No lograba moverlas, solo alcanzó a ver, en un espacio de unión entre dos de las maderas, algo del exterior. Se veía una zona desolada, con poca vegetación. En el piso había hielo; más allá se veían montañas al final del paisaje. Los picos se notaban cubiertos de nieve. «¿Dónde mierda estoy? ¿Cómo hago para pedir ayuda?». Volvió a su cama de tortura. Se puso de costado, en posición fetal. Lloró de nuevo, lloró con amargura y tristeza hasta quedarse dormida.

Mariano, finalmente, volvió con desinfectante, vendas y comida real. Se sentía culpable. La hizo sentar en la mesa por primera vez. Alma estaba como muerta, no podía soportar el pensar en lo que él le había hecho, y encima debía aguantar en esa situación hasta ser trasladada para poder escapar; desde ahí sería imposible. Los días posteriores fueron más tranquilos, aunque ella esperaba, a cada momento, la oportunidad de huir, que nunca se le presentaba. Hasta que una tarde vio que él se preparaba, se disponía a ir de compras a un supermercado cercano, y ella comprendió que era el momento de escapar. Si lo convenciera de que debía acompañarlo para comprar ciertas cosas, tal vez alguien la viera y ella pudiera pedir ayuda.

---¿Puedo acompañarte, Marian? ---dijo con su mejor sonrisa inocente.

Mariano debió sentir una alarma interna, se giró para verla con gesto escrutador.

---¿Venir? ¿Para qué? ¿Para escaparte?

---No, nada que ver, Marian. ---Ella volvía a llamarlo como cuando eran novios, apelaba a darle confianza---. ¿No te parece que si hubiera querido escaparme lo hubiera intentado alguna vez? Teneme confianza, necesito

comprar algunas cositas propias de las mujeres. Vos sabés, cosas femeninas, y quisiera elegir las yo, ¿entendés? Te las pedí hace días y no me las trajiste. Además, tendríamos que ir comprando algo de ropa un poco más grande para cuando me salga la panza, ¿no te parece?

---Sí, pero para eso falta un poco, ¿no? Tal vez te guste más la ropa del lugar al que vamos a ir finalmente ---dijo Mariano entrando en el engaño.

---Dale, Marian, dejame ir con vos. Estoy aburrída acá, siempre sola cuando vos te vas. Así por lo menos veo el sol, respiro aire puro. Al bebé le va a hacer bien ---dijo Alma tentando a la suerte.

---El aire de Neuquén es bueno, en eso tenés razón.

Alma se sorprendió. «¿Neuquén? ¿Estamos tan lejos? ¿Adónde piensa llevarme? ¿A Comodoro?». Recordó que él había mencionado Chile. «¿Planea sacarme del país? ¿Pero cómo tiene pensado cruzar la frontera?». Ella se acordaba del paso en Mendoza, de cuando había viajado con sus amigas. Debería haber otros pasos, más al sur, para cruzar a Chile, pero en todos iba a tener que pasar por una aduana. Trató de controlar sus nervios y continuó fingiendo alegría.

---Sí, el aire de montaña es bárbaro. El médico me lo dijo. Las ciudades tienen mucha contaminación. Dale, Marian, ¿me llevás? Te juro que me quedo a tu lado, sin hacer ningún lío.

---Está bien, pero si te mandás alguna, me vas a conocer ---aseguró amenazante.

Alma fue al baño y se lavó la cara. Cuando se miró al espejo, no se reconoció. Su rostro tenía una coloración blanquecina anormal, casi rozando el gris. Tenía el pómulo levemente hinchado aún por el golpe que él le había dado; un moretón se extendía entre el pómulo y el ojo izquierdo. Tenía el labio partido, ojeras, el cabello sucio y el cuerpo con marcas de las ataduras de la cama, de cuando la trasladaba, y las de la violación. Las lágrimas asomaron a sus ojos. Decidió atarse el cabello en una trenza, para que no se viera tan feo. Se lavó bien el rostro y se refregó intensamente con la toalla al secarlo. Esto le dio algo de color. Salió del baño y él la esperaba. Caminaron juntos hasta la sala que funcionaba de *living* y cocina. Alma recién recorría por primera vez ese espacio con verdadero interés. Prestaba atención a cada detalle. Él se separó para buscar una chaqueta y alcanzarle una a ella del bolso. Alma miró la mesa y vio varios mapas. Allí, Mariano había marcado el camino: pasaban por Neuquén, Plottier, seguían hasta Zapala por la ruta 22 y luego tomaban la

ruta 13 hasta el paso Icalma que los cruzaba a Chile. «¿A qué altura del recorrido estaremos ya? Él mencionó Neuquén, ¿será la provincia en general o la ciudad? Si estamos en la ciudad de Neuquén, Plottier está muy cerca. Lucas podría ayudarme... pero ¿querrá hacerlo?». Tomó un pedazo de papel que estaba en el piso y lo guardó en su bolsillo. Trató de recordar el número telefónico de Lucas, pero no lograba hacerlo.

Mariano se puso su abrigo y la ayudó a ponerse el ella; la inmovilidad y los golpes recibidos le habían endurecido el cuerpo, sola no hubiese podido. Salieron en el automóvil que él tenía, uno que ella no le conocía. Alma se sentó en el lado del acompañante y aprovechó a mirar bien para reconocer el lugar, los peligros, los elementos que podrían ayudarla si lograba salir y escapar. La casita en la que estaban no se encontraba en una ciudad, sino en las afueras, se notaba que era cerca, pero no dentro de una zona urbana. Había una ruta vecina, hacia allí se dirigía el vehículo. Si pudiese ver algún cartel, podría orientarse, pero su vista no estaba bien, hacía días que no veía la luz del sol, se encontraba encandilada. Ambos seguían en silencio. Cuando Mariano acercó la trompa del coche a la ruta, puso el guiñe como si fuera a doblar a la izquierda y esperó que dejaran de pasar automotores. Ella aprovechó a mirar a la derecha, como queriendo fijarse en los que venían para avisarle cuándo cruzar. A la distancia había un cartel, hizo un esfuerzo para leerlo, agudizó lo más que pudo: «Neuquén 12 km». Como si un rayo la atravesara, entendió exactamente dónde se encontraba. Estaba cerca de Plottier entonces. Mariano, ajeno a sus pensamientos, giró hacia la izquierda e inició el camino. Ninguno hablaba. Alma necesitaba confirmar lo que estaba pensando.

---Marian, ¿no nos hubiera convenido ir para Neuquén en lugar de Plottier? Digo, porque es una ciudad grande, hay más negocios y posibilidades de comprar. ---Miró la reacción de Mariano. El tono natural que usó no le encendió ninguna alarma a su captor. Él siguió naturalmente manejando.

---No. ---Fue rotundo---. Odio las mega ciudades. Me siento más cómodo en los pueblos. Además, lo que tenemos más cerca es Plottier, son apenas cinco kilómetros. No te preocupes, que vamos a conseguir todo ---afirmó él, que sin darse cuenta le fue dando información vital---, hay un lugar bastante grande donde venden de todo, y también hay ropa. Ahí algo vas a conseguir.

El corazón de Alma latía acelerado. Su mente armaba formas de escapar o de comunicarse con alguien que llamara a Lucas. Desde que tenía celular, ya

no recordaba de memoria casi ningún teléfono, solo el de Paulo, su padre, sus amigas y su hermana. Pero el de Lucas nunca lo había aprendido de memoria. Llamar a los otros implicaba que tardaran mucho en venir en su rescate. Lucas estaba cerca. Si no podía recordarlo en esos minutos, escribiría su nombre (había guardado un papel y solo debía conseguir una lapicera), además de su calidad de secuestrada y el teléfono de Paulo, para que la localizaran a 5 km de Plottier, camino a Neuquén. Debía poner la mayor cantidad de precisiones. Luego de unos minutos que parecieron eternos, llegaron al lugar mencionado por Mariano. Era una megatienda nueva, al costado de la ruta, entre un pueblo y otro. Mariano estacionó en un sector apartado. Cuando se disponían a salir del automóvil, él la tomó del brazo y le mostró su cinturón. Allí había una culata de arma que se veía claramente.

---No hagas ninguna estupidez o me vas a obligar a usarla. ---Alma abrió grandes los ojos, el miedo la atravesó. Mariano estaba fuera de sí y, aunque por momentos ella creyera que podría manejarlo, la realidad le indicaba que él era quien hacía y deshacía. Y en su locura podría justificar cualquier cosa---. No hables con nadie que no sea estrictamente necesario, la persona de la ropa. Y, por supuesto, no intentes escapar. Si lo hacés, no solamente no vas a volver entera, porque te pego un tiro, sino que, además, no volvés a ver el sol hasta llegar al pueblo donde nos vamos a quedar al final.

---Quedate tranquilo, Marian. Nunca haría algo para alejarme de vos y poner en riesgo al bebé ---dijo a la vez que se tocaba el vientre vacío, simulando los movimientos de las mujeres embarazadas. Por dentro agradecía, por primera vez, a Dios que se hubiese llevado a su hijo: tener como padre a ese loco hubiera sido terrible para el niño, y su familia no era menos escabrosa.

Caminaban a la par. Mariano tomó un carrito de compras y entraron a la tienda sin que les prestara atención el empleado de seguridad. Se lo dio a ella para que lo condujera. Él iba cargando las cosas que creía necesarias. Alma estaba en silencio y miraba hacia todas las góndolas, buscando alguien que reparara en su rostro, para pedirle ayuda. Nadie reparaba en ellos. Ella se dirigió al sector de ropa para mujeres y seleccionó varias remeras y unos pantalones largos con cintura elástica. Se acercó a Mariano y le informó que iría a los probadores. La acompañó y le dijo que la esperaría afuera. Ella creyó que, entrando ahí, luego podría escabullirse. Mariano frustraba sus planes. Una mujer de edad avanzada se encontraba en la puerta de los

probadores de mujeres. Había que darle las prendas y ella anotaba con cuántas se entraba y se fijaba que la persona saliera con la misma cantidad. Cuando la miró y vio las marcas en el rostro, hizo un gesto de sorpresa, luego miró a Mariano y lo hizo con odio. Esa señora podía ser una aliada.

---Son cinco prendas ---indicó Alma con voz apenas audible. La empleada anotó e hizo gesto positivo.

---Pase, si necesita ayuda, me avisa, que yo voy a ayudarla.

Alma se sorprendió porque las prendas que llevaba eran muy grandes y sin inconvenientes para probar. Estaba diciéndole algo más. Ella hizo, a su vez, una señal de que comprendía.

---Gracias ---contestó Alma, y entró. A los dos minutos, fingió tener un inconveniente con uno de los pantalones. Se asomó por la puerta---. Señora, perdón que la moleste. Uno de los pantalones tiene mal puesta la alarma y no puedo meter un pie.

---Bien, ahí voy, déjeme llevar el aparato para sacarla y volverla a poner. ---La mujer miró a Mariano que presenciaba todo en silencio. Le hizo un gesto poco amigable y se metió---. Escuchame, nena, si este tipo te pega hoy, te va a seguir pegando siempre. Tenés que dejarlo. Yo sé que seguro vos querés pensar que cambió, que te pega porque te ama y te cela, pero eso no es amor, es enfermedad. Y de eso no hay cura. Yo te lo digo porque lo pasé, hace muchos años. Tomá ---le dijo y sacó una tarjeta donde se nombraba a una ONG que ayudaba a víctimas de violencia de género---. Siempre tengo de estas guardadas. Llamalos, ellos te van a ayudar. Lo hicieron conmigo.

---Señora ---interrumpió Alma, nerviosa---, no soy su mujer, él me secuestró. Estoy secuestrada desde hace días, me sacó de mi casa, en La Plata. ---La mujer cambió su gesto, la sorpresa era grande---. Me está llevando a Chile. ---El asombro no cambiaba---. ¿Tiene una lapicera? ---dijo, y le mostró el papel---. Así le doy los teléfonos de mi familia para que los llame y les indique dónde buscarme. ---La mujer sacó rápidamente una del uniforme y se la dio. Alma anotó el teléfono de su hermana y de Paulo, con sus nombres, puso el suyo e indicó todo lo que recordaba del lugar donde la tenía Mariano. Anotó a cuántos kilómetros del negocio se encontraba donde la mantenía secuestrada y agregó: «casita pequeña en medio del campo, color beige, techo negro. Tiene dos pinos en la puerta y una ligustrina»---. Por favor, llámelos, yo soy Alma Recabarren.

---¿Alma Recabarren? ¿La de la tele? ¿Sos vos, nena? Todo el país te está

buscando ---dijo azorada. Alma se quedó muda, sospechaba que estarían buscándola, que su familia y Paulo deberían de haber hecho las denuncias, pero no supuso la magnitud de la investigación---. No te reconocí, en la foto de la tele te ves distinta.

---Lo imagino. Hace días que me tiene... Por favor, señora, soy yo. Hable con mi familia. Llámelos en cuanto nos vayamos. No le diga nada a Mariano, si se da cuenta que le hablé... ---En la puerta sonaron unos golpes y se escuchó la voz del secuestrador.

---¿Qué pasa ahí adentro? ¿Por qué no salen? ---preguntó sospechando algo. El rostro de Alma se congeló. Temía que Mariano se diera cuenta y lastimara a esa pobre mujer.

---Dejame que yo salgo y le digo que se complicó al sacar la alarma. Quedate un poco más y salí ---dijo la mujer raudamente. Cuando Alma se sentó un minuto, para salir de la vista al abrir la puerta, ella abrió y cerró con rapidez---. Pero qué impaciente, señor ---le espetó de mal modo---. Tengo dos manos y tuve que cambiar de lugar las alarmas de todas las prendas. Ahora se está probando. Voy a ir a hablar con la repositora de ropa para decirle que hay una tanda de alarmas mal puestas. Si tengo que venir a cada rato al probador para cambiarlas, que me paguen horas extras, che. ---Y se fue hablando sola para disimular.

Mariano no sospechó nada raro, siguió esperando unos minutos.

---¿Te falta mucho, Alma? ---dijo al cabo de unos instantes.

---Ya salgo ---dijo desde adentro Alma, temerosa. Tomó las prendas en su brazo y abrió.

---¿Qué mierda pasó? Tardaste mucho ---se quejó Mariano, como poniéndola a prueba, para ver si ella decía lo mismo que la mujer.

---Lo que pasa es que todas las prendas tenían la alarma mal puesta y no podía pasar un brazo o una de las piernas, habían atravesado el dispositivo por las dos capas de tela, ¿me entendés? ---Alma había escuchado la voz potente de la mujer al darle la explicación a Mariano---. Así que la señora tuvo que sacar una por una y volverlas a poner.

---Bueno, dale. Ya tengo todo lo que necesitamos. ¿A vos te falta algo? Quiero volver a la casa lo antes posible.

---Ya estoy. Me llevo solamente una remera y un pantalón. El resto no me gustó.

---Al final, me hiciste esperar un montón y no llevás nada. Qué tipa

complicada. ---Se dio vuelta y empezó a caminar mientras seguía hablando como si lo hiciera más para sí---. Son todas iguales, complicadas. Mi viejo tenía razón, las minas te complican hasta una compra en el supermercado.

Alma se contenía de contestarle. Había borrado de su memoria cuán insoportable era Mariano. Le parecía curioso que en esos tres años separados hubiera olvidado casi todo lo de su relación con él. No recordaba esos comentarios sexistas. Siempre tenía frases de su padre para traer a colación, y nunca eran agradables. El papá de Mariano debía ser un machista recalcitrante, autoritario y violento, que gobernaba con mano férrea la familia. Se hacía lo que él quería y como él quería. Así había sido con la vida de Mariano, él nunca tuvo posibilidades de elegir nada, solo debía acatar. Alma fue lo único que había elegido, incluso bajo la negativa del padre. Pero su valentía solo había durado el tiempo hasta que ella quedó embarazada.

Ella caminaba dos pasos detrás de él, que se mantenía hablando mientras hacía gestos con los brazos. Alma seguía buscando entre los rostros alguien que la reconociera, pero nadie reparaba en ella. Algunos miraban al tipo raro que parecía hablar solo, pero nadie a ella. Cuando se acercaban a la caja, Mariano se percató de que había olvidado comprar jabón de tocador.

---La puta madre que me parió, me olvidé de agarrar jabón y no tenemos nada. Mirá la cola que se hizo en la caja.

---¿Querés que vaya yo a buscarlo? Vos te podrías quedar haciendo la fila.

---¡No! ---Fue categórico, tal vez temía que ella escapara por atrás---. Quedate haciendo la cola, yo voy a buscar. ---Acomodó el carrito en la hilera de una de las cajas y se giró para ir en busca del jabón.

Alma se quedó silenciosa, mirando al piso, pensando las posibilidades de que saliera bien lo que había hecho con aquella mujer. De pronto, una voz masculina la sacó de sus pensamientos.

---¿Alma? ¿Sos vos? ¿Qué hacés acá? ---La voz de Lucas sonó muy extrañada, Alma levantó la cabeza y quedaron expuestos los hematomas de su rostro---. ¿Qué? ¿Qué te pasó en la cara?

Alma no salía de su asombro, ella lo había llamado con el pensamiento. Lucas, ahí, en el mismo lugar que ella. Debía actuar rápido, debía pedirle ayuda antes de que regresara Mariano.

---¡Lucas! No lo puedo creer. Por Dios. Ayúdame. Me tiene secuestrada. Me va a sacar del país. Está armado. ---Alma vertió una catarata de información en un tono muy bajo para que las personas curiosas de la fila no

escucharan, no quería que se generara una situación al regreso de Mariano. No daba tiempo a que Lucas entendiera todo lo que estaba sucediendo.

---Pará, Alma, que no entiendo nada.

---¿No viste los noticieros? ---preguntó ella extrañada, la mujer le había dicho que ella aparecía en la televisión, que su secuestro era algo que se sabía.

---No, estuve a *full*, trabajando. Debía entregar un laburo y estuve quince días sin mirar otra cosa que la pantalla de mi PC... ---Reaccionó---: ¿¿Entonces el gallego ese...??

Alma lo cortó, quedaban segundos antes de que volviera Mariano.

---¡No! Escuchame: Mariano, mi ex. Está loco. Él me secuestró. Me tiene prisionera. Seguinos con el automóvil. Informá a la policía. Me están buscando por todos lados. No me hables cuando vuelva, tiene un arma. --- Alma vio que se acercaba Mariano con una mueca que cambió totalmente al ver que un hombre le estaba hablando. Los había visto. Apuró el paso y Alma cambió el gesto---. La verdad es que no sé de dónde sacó ese café mi novio --- simuló Alma cuando Mariano llegó hasta ellos---. Ahhh, acá viene, espere que le preguntamos. Marian, este señor quiere comprar este mismo café, ¿en qué góndola lo encontraste?

Lucas se quedó en silencio, demasiada información en poco tiempo. Mariano lo miró con cara de pocos amigos.

---En la góndola que dice «Café» ---le contestó de mal modo. Ese tipejo se había acercado a Alma seguramente para seducirla, esa pregunta por el café no era otra cosa que una excusa, estaba seguro. Si no se alejaba en ese momento, iba a darle un golpe en medio de la cara. Lucas vio la expresión violenta de Mariano y enseguida contestó siguiendo la corriente.

---Es que no soy de por acá, no conozco. Estoy de vacaciones y no tengo una gota de café ---dijo haciéndose el desorientado.

---Yo tampoco soy de acá, pero leo los carteles. Segunda góndola a la izquierda ---siguió con su mal genio Mariano. Alma no podía creer que ese hombre a su lado, que maltrataba a todos, incluida a ella, fuera el Mariano al que ella amó. Porque lo había amado, de un modo distinto al que amaba a Paulo, pero había sido una persona importante en su vida. Era como si algo dentro de él se hubiera liberado, una bestia ávida de sangre.

Lucas se disculpó por la molestia y agradeció el dato para mantener el engaño. Le pidió a la persona que estaba detrás de él que le cuidara el carrito,

que iba a buscar algo, y se encaminó a la góndola indicada. Cuando quedó fuera de la vista de Mariano, tomó su celular y llamó a la comisaría que estaba cerca de su casa. Hizo la denuncia.

Alma seguía mirando el espacio hacia donde se había ido Lucas. Esperaba que le hubiera entendido todo, aunque le había hablado demasiado rápido. Esa locura debía terminar, y debía ser en ese instante. Luego de unos minutos, Lucas regresó a la cola y le hizo un guiño a Alma, que Mariano no vio porque comenzaba a poner todos los productos en la cinta transportadora de la caja. Como Lucas no tenía demasiados, terminó, en la caja de al lado, antes que ellos a pesar de haber empezado después. Se fue al automóvil y esperó en marcha para seguir a Alma y a su secuestrador. Unos minutos más tarde, los vio salir. Se subieron a un vehículo, Mariano cargó las bolsas en el baúl y se sentó al lado de Alma. Ambos arrancaron con lentitud. Lucas se mantenía a unos metros para no ser descubierto. El camino no fue demasiado complicado, salieron a la ruta, hicieron cinco kilómetros y luego giró a la derecha y se metió un kilómetro aproximadamente. La casita estaba bastante oculta y no tenía vecinos. La vivienda más próxima se encontraba a unos setenta metros. Lucas los vio detenerse, él siguió en marcha hacia el fondo de esa calle de tierra, para disimular.

Alma y Mariano bajaron las bolsas de la megatienda. Entraron a la casa. Él dejó todo sobre la mesa y le indicó a Alma que volviera a la habitación donde dormía, y se puso a buscar otro precinto para atarla nuevamente.

---Ay, Marian, no me hagas ir de nuevo a la pieza. Me habías prometido que no me ibas a atar por un tiempo, aún me duelen mucho las muñecas. ¿Me puedo quedar de este lado? Tal vez pueda ayudarte a cocinar.

Mariano evaluaba con gesto serio la situación.

---No, lo mejor va a ser que te acuestes un rato, te levantaste hace mucho y vos en tu estado... Mejor andá. Yo ahora voy.

Alma se dirigió al dormitorio con pocas ganas. Ella no quería contrariarlo, no quería que sospechara nada. Estaba segura de que en poco tiempo la rescatarían. Entró en la habitación húmeda y oscura. Miró todo el entorno. Una cama de dos plazas con un juego de sábanas que estaba sucio y una manta con agujeros. Una mesa de luz destartalada, con una luz de noche muy pequeña. No había armarios ni cajoneras. No había ropa ni cortinas. Sus pensamientos volaron, como cada momento dentro de ese cuarto, a su familia, a Paulo, a sus amigos. Cómo necesitaba un abrazo, cómo necesitaba la sensación de

protección que todos ellos le hacían sentir. Cómo extrañaba a Paulo, su cuerpo, sus frases, sus diálogos; extrañaba no sentir miedo.

Luego de veinte minutos, Alma seguía sentada en el borde de la cama, con la mirada perdida, seria, y de repente esbozó una sonrisa muy sensual. En ese momento, Mariano, que había acomodado ya todos los víveres de la compra, se asomó a la habitación. La observó detenidamente. La vio sonreír. Algo había recordado que la hizo hacer ese gesto de esa manera tan sensual, pero él creyó que lo hacía por él, que ella había sentido su presencia y que lo invitaba. Mariano sintió un tirón en sus pantalones, su miembro reaccionaba de nuevo a Alma. Se acercó en silencio, sin hacer demasiado ruido. Se sentó a su lado y comenzó a acariciarle la espalda. Alma se tensó por completo.

---Alma, quiero hacerte el amor, como antes, como cuando estábamos juntos, antes del bebé. Sin golpearte. No quiero lastimar a mi hijo ni a vos, pero no aguanto más ---dijo a la vez que se acercaba a ella para besarla. Alma trató de no moverse, de soportar con estoicismo el beso que le generaba repulsión. No quería hacerlo enojar. Cuando él cortó el beso, ella notó que se encontraba demasiado excitado.

---Marian, no creo que sea prudente. Hace unos días fuiste demasiado brutal. No sé si el cuerpo está preparado para recibirte ahora. Encima no quisiste llevarme a que me vean a un hospital. ---Mariano estaba pegado a ella, la tenía envuelta con el brazo izquierdo y con el derecho le había tomado la mano y la obligaba, con la suya, a que ella tomara y acariciara su excitación. Luego, mientras ella le explicaba, la abandonó sobre su miembro y le acarició el rostro a la vez que le daba pequeños besos; ella seguía hablando---. ¿Me escuchás, Marian?

---Sos tan hermosa, Alma, tan hermosa. Mi viejo no puede entenderme porque no te conoce, no sabe lo hermosa que sos, no sabe lo que estos pechos me hacen sentir al tocarlos. ---Los tomó con ambas manos---. Él no entiende lo que siento cuando estoy dentro de vos, Alma, nadie lo entiende. ---Él seguía su recorrido con los dedos, llegaba a la vagina y la acariciaba. Alma sentía repulsión, no podía violarla de nuevo. Ella no podía permitirlo.

---Marian, te repito. No sé si es conveniente. Con todo lo que viene soportando este bebé, creo que por lo menos podrías aguantar un poco tus ganas. En unas semanas se va a empezar a mover y vas a poder sentirlo, pero mientras tanto no podemos saber si está todo bien.

---¿Vos me estás diciendo que tengo que esperar semanas para hacerte el

amor? ---Alma sintió una repugnancia muy grande, hacer el amor era cuando había amor, lo que le hacía no era el amor, sino violarla---. ¡No! ¡De ninguna manera! Vos con tus hechizos me hiciste que no pudiera olvidarte. Si este tiempo intenté estar con otras y nunca pude, incluso fui a una puta, no logró ni siquiera que se me parara, ¿entendés? Y acá estás vos, que no me hacés nada, me mirás, me sonreís, apenas me tocás o solamente te huelo y ya la tengo dura como nunca. ---Nuevamente llevó la mano de Alma a su entrepierna para que le tocara el pene y confirmara lo que decía---. ¿Entendés que solo puedo con vos? ¡No puedo esperar más, hace demasiado que te espero!

---Pero, Marian, hace unos días nomás lo hiciste. Me hiciste lo que quisiste. ¿No te alcanza con eso?

---Sos una bruja, sos de lo peor, encima ahora me tomás por pelotudo. ¿Qué mierda te hice? Te empecé a dar y te desmayaste, estuve a punto de acabar a pesar de que no me la hiciste fácil, pero después no llegué. Te tuve que despertar, creí que te había pasado algo grave y resultó que te habías desmayado. ---Mariano se veía enfurecido.

Alma temía que él la hubiese dejado embarazada cuando la violó, no estaba dispuesta a tener en su vientre a otro hijo de ese hombre. Ella solo podría tener hijos con el único hombre que amaba y que la hacía vibrar: Paulo. Pero ¿él volvería a aceptarla ahora que estaba sucia? ¿Él podría aceptar que su mujer hubiera tenido sexo con otro, aunque no hubiese sido consentido? De algún modo oscuro y recóndito, saber que él no había logrado tener un orgasmo la hizo sentirse feliz. Ese energúmeno no había logrado lo que quería y ella estaba un poco más tranquila al saberse libre de la sospecha de un embarazo. El dolor que le generaban sus pensamientos le llenaron los ojos de lágrimas. Mariano seguía expectante.

---Alma, te necesito, entendeme. No puedo esperar semanas. ---La besaba nuevamente, con más necesidad, con más locura---. En todo caso, vos sos la que no puede hacerlo en este momento, yo sí. Me vas a tener que dar lo que yo necesito sin poner en peligro al bebé. ---La acostó de modo brusco y se subió sobre ella. La besaba y la mordía con desesperación, su respiración estaba agitada. Alma trataba de detenerlo, pero no lo lograba.

---Mariano, dejame por favor. No me siento bien. No puedo en este momento. Dejame.

---¡No! ¡Perra! Me vas a dar placer como te corresponde, con lo que puedas. ---De modo repentino, se levantó y se subió por completo sobre el

cuerpo de Alma, se arrodilló sobre el pecho de ella, con las piernas le trababa los brazos, de modo que ella se encontraba extendida, con los brazos a los costados, y él estaba sentado sobre ella, a horcajadas. Mariano la había inmovilizado---. Me vas a dar lo que necesito. Mirá cómo me tenés ---dijo a la vez que sacaba su miembro erecto y lo posicionaba frente al rostro de Alma. Ella intentó zafarse de su prisión y trató de levantar las piernas para golpearlo, pero nada lo hacía cambiar de idea ni distraerlo. Él se sobaba el pene y lo acercaba a la boca de Alma---. No te das una idea lo que extrañé que me la chuparas. Lo hacías tan bien, me succionabas de una manera, como ninguna otra persona. Le pagué a la prostituta, pero no pudo hacer siquiera que se me calentara, después fui a un travesti. Algunos decían que nadie te la chupa mejor que otro tipo. Me banqué que ese esperpento me tocara y se metiera mi pija en su boca, todo para ver si podía olvidarte, Alma. ---Alma no podía creer lo que escuchaba, ese hombre sobre ella no podía ser el que alguna vez había amado. Ese ser trastornado, que había estado con prostitutas y travestis, era un desconocido. No había vuelta atrás. Alma sintió que el estómago se le revolvía y adivinó las arcadas---. ¿Entendés lo bajo que caí por vos? ¡Dejé que otro me la chupara! ¡Pero ni eso sirvió! Nunca más logré acabar, solo cuando me masturbaba pensando en vos. Ahora me vas a dar lo que me merezco. ---Alma movía la cabeza con desesperación, pero estaba trabada. Mariano le tomó el rostro con una mano, le hacía daño por el modo cómo la apretaba---. Me la vas a chupar, y ni se te ocurra morderme, Alma, porque te vuelvo la cabeza ---dijo al tiempo que le mostraba la pistola y la apoyaba en la mesa de luz. Ella lo miraba con ojos suplicantes.

---Mariano, por favor, así no puedo respirar bien, estás encima y no puedo respirar, menos voy a poder hacerte lo que vos querés. ---Sus pensamientos la llevaban a suplicar a todos sus seres queridos muertos, a Dios, a la Virgen. «¿Cuánto más debo soportar? ¿Cuánto más debo sufrir y aguantar las ideas macabras de este loco?». Ella se mantenía con los labios sellados, las mandíbulas apretadas y se resistía con todas sus fuerzas. No quería irse de su cuerpo nuevamente, no quería evadirse, quería defenderse con uñas y dientes. «Si debo morderlo, lo haré; si él me pega un tiro, no me importa, ya nada me importa. Ya no sé si puedo seguir viviendo». Se sacudía para quitarse el cuerpo de Mariano de encima y trataba de golpearlo con las piernas. Él seguía con su mirada fija en la boca de ella. Se acercaba con su miembro erecto a sus labios, le pasaba el glande por ellos, la excitación que tenía Mariano lo hacía

despedir las primeras gotas de líquido preseminal y él aprovechaba para desparramarlo, con su glande estirado, por el rostro de Alma. Ella cerraba los ojos, con asco, los labios sellados, respiraba con dificultad por la nariz.

---¡Chupala! ¡Putas! Te lo estoy ordenando. ¡Putaaaaaaa! Lo mirabas al tipo del supermercado, yo sabía que él quería cogerte, se le notaba en la mirada, y vos, putas, lo mirabas con ganas, yo lo sé. Ahora vas a pagarme esa deshonra. ¡Chupala!, ¡abrí la boca! ---Mariano estaba tan inserto en la situación que no escuchó que se abría la puerta de la habitación. El movimiento fue sigiloso, pero él no se percató hasta que sintió unas manos que lo tomaban de los hombros y lo tiraban.

Capítulo 8

Todo ocurrió de un modo tan sigiloso y rápido que ni siquiera Alma entendió al principio lo que sucedía. De pronto, Mariano ya no estaba encima de ella aprisionándola e intentando introducir su miembro en su boca. Alma volvió a respirar libremente al perder el peso del cuerpo de Mariano. Su captor voló por el aire y cayó al lado de la cama, y se golpeó la cabeza contra la ventana. Todavía atolondrado por el golpe, ya estaba siendo levantado por varios hombres que entraron, en segundos, en la habitación. Todos vestidos de azul oscuro o negro, con chalecos con letras amarillas que ella no lograba entender. Una mujer, vestida del mismo modo, se acercó a ella y, con mucho cuidado, la ayudó a levantarse. Alma miraba todo sin comprender. No escuchaba nada, solo los gritos de Mariano.

---Déjenme, somos marido y mujer. Ella es mi mujer, ¿qué creen que hacen? Estamos en intimidad. Ustedes no pueden caer así y entrar. ¿Quiénes se creyeron? ¿Acaso no saben con quién se están metiendo?

Los policías corrían a su alrededor, lo alejaron del arma; uno de ellos entraba con cámara de fotos para lograr imágenes de lo que encontraran allí dentro.

Todo ocurrió muy rápido, Mariano entendió que estaba perdido, la miró con gesto de odio y quedó luego en silencio. Los hombres de la fuerza policial registraban la habitación, le hablaban a él, le leían sus derechos, lo intentaban sacar del cuarto. Pero Mariano peleaba con todos, tenía mucha fuerza y estaba absolutamente loco, ya nada le importaba.

---Señor Urrutia, tiene derecho a guardar silencio, todo lo que diga será usado... ---Mariano no escuchaba nada, peleaba por liberarse. Forcejeaba con dos de ellos a la vez que un tercero intentaba vestirlo. Su ropa interior seguía en el piso y su miembro, en ese momento flácido, colgaba como una burla. Mostraba mucha energía para luchar, no decía una palabra.

Los gritos que se escuchaban eran de los investigadores que entraban e iban reconociendo espacios. La mujer policía comenzó a mover a Alma, la

ayudó a levantarse y le puso una frazada en los hombros para sacarla. Al fin iba a salir de esa pesadilla.

---Alma, venga conmigo, vamos a llevarla con su familia. Vamos. Camine conmigo. ---Alma se movió lentamente, no entendía lo que la agente le decía. Todos los sonidos entraban en su cabeza como si estuviera dentro de un frasco, le llegaban apagados. Cuando Mariano vio que la retiraban de la habitación, se enloqueció, la llamó a los gritos, ella apenas podía girar la cabeza. No lograba creer en lo que él se había convertido.

---Almaaaaaa, Almaaaaaa, no, no te vayas, vos sos mía, tenés a mi hijo dentro de vos, no me dejes acá. Almaaaaaa. ---Los alaridos desgarradores de Mariano la atravesaban, las lágrimas la invadieron. Bajó el rostro y siguió caminando.

De pronto, como si todo ocurriese en cámara lenta, cuando Alma estaba ya en el marco de la puerta, algo en las voces del interior de la pieza le llamó la atención. Giró la cabeza y alcanzó a ver, antes de que la policía la sacara empujándola. Mariano había logrado tomar el arma de la cartuchera que colgaba en la cintura del policía que intentaba subirle los pantalones, todos lo rodearon apuntándole con las propias.

---Apoye la pistola en el piso, a sus pies, no haga más difícil la situación. Todos lo tenemos en la mira, de esta no sale vivo si continúa ---aseguró el que parecía el jefe.

Alma ya se encontraba en las manos de otra mujer de la fuerza que la llevaba hasta la puerta de la casa, hacia afuera, no tenía visión de lo que ocurría en el interior de la habitación, aunque se escuchaba y se adivinaba perfectamente la situación.

---Tenés razón, de esta no salgo vivo ---dijo a la vez que giraba el arma y la apuntaba a su propia mandíbula. Los policías intentaron acercarse, pero fue tarde. Un estruendo increíble, que se oyó en toda la casa, le dio la pauta a Alma de que Mariano no había errado el tiro. El alboroto de los agentes le confirmó la sospecha. Alma se detuvo y se giró sobre sí misma. Creyó que Mariano habría matado a uno de los policías y que saldría corriendo de la habitación para hacer lo mismo con ella. Se paralizó, cerró los ojos y se encomendó a su madre.

---Central, aquí el agente Suárez, necesito un 10-38 en la dirección a la que fuimos convocados, el detenido se dio un tiro en la boca. La situación es alarmante. Envío urgente de ambulancia, ¿me escuchan, Central? ¡10-38!,

QSQ, ¡médico urgente! ---La voz del agente gritaba códigos y órdenes a través del *handy*, y del otro lado de la línea se escuchaba que enviaban, a su vez, órdenes a otros lugares. Todos corrían y vociferaban. Alma abrió los ojos, sorprendida. Mariano estaba herido, tal vez muerto. Dios... «¿Cómo puede haber llegado a esto?». Sintió que sus pies no la sostenían, que el piso sucio de la casa se acercaba a su rostro y, luego..., oscuridad.

Cuando volvió en sí, Alma se encontraba fuera de la casa, había una ambulancia estacionada en la puerta. Una mujer estaba a su lado, vestida con un ambo de médico. Los demás seguían entrando y saliendo de la vivienda con gestos compungidos. Alma logró enfocar su vista. La doctora estaba tomándole la presión, concentrada en esa actividad; no se había percatado de que ella había abierto los ojos. Alma giró su mirada hacia alguien que no había captado al principio. Al costado, sentado, sosteniéndole la cabeza a Alma, se encontraba Lucas con gesto preocupado. Alma hizo una leve sonrisa y tocó, con el brazo libre, una de las manos de Lucas. Se sobresaltó, estaba muy abstraído en ver los signos vitales de Alma, verla despertar le hizo poner cara de alivio.

---¡Alma! Por Dios, por fin despertaste, pensé que ese tipo había logrado lastimarte en serio, pensé que estabas en coma o algo así.

La médica lo miró con una sonrisa, como expresando la exageración de sus palabras.

---Tranquilo, señor, su novia está bien, solo tuvo una hipotensión, seguramente provocada por la situación. Está bien ---dijo sonriendo.

---No, no es mi novia. Somos ---la voz de Lucas denotaba tristeza--- solo amigos.

---Perdón ---agregó algo sorprendida---, cuando lo vi tan asustado y preocupado por ella creí que eran pareja. ---Luego se dirigió a Alma---. Hola, Alma. Soy la doctora Castelli, la vamos a trasladar al hospital. Queremos hacerle una serie de controles, ¿entiende lo que le digo?

---Sí ---contestó ella con un hilo de voz.

---Bien, ¿de cuántas semanas está? ¿Tuvo algún sangrado? ---preguntó la doctora como siguiendo con el interrogatorio de rutina.

---¿Qué? ---expresaron al unísono Alma y Lucas. Alma lo hizo casi sin fuerzas, como si no hubiese oído la pregunta, pero Lucas estaba verdaderamente sorprendido, la miró con desconcierto---. ¿Estás embarazada? ¿Cuánto hace que te tiene este tipo? ¿Es de él? ¿Te violó? ---Todas las

preguntas de Lucas generaron más confusión y Alma solo podía expresarse llorando.

---No ---respondió al fin---. No estoy embarazada.

---Pero el occiso repetía algo de un bebé que usted y él iban a tener ---adujo, confundida, la médica---. Al menos eso es lo que me transmitió la agente que estuvo con usted hasta que yo llegué.

---No. No. Es... Es que yo estuve embarazada de ese hombre, pero hace más de tres años. Ese embarazo lo perdí. ---El gesto de confusión de la mujer hizo que Alma continuara. Lucas sabía aquella historia---. Ese hombre y yo tuvimos una relación hace más de tres años, el embarazo nos separó, pero no llegué a tenerlo, lo perdí. No lo veía desde aquel entonces. Desde antes del secuestro, Mariano insistía en hablar del embarazo como si aún existiese, nunca me animé a contradecirlo. No tengo idea de cuánto tiempo hace que me llevó, Lucas. ---Alma iba respondiendo a todas las preguntas que le habían formulado, pero cuando tuvo que contestar si había sido violada, se quedó en silencio, las lágrimas anegaban sus ojos y no le permitían decir nada más. Lucas adivinó por qué ella no seguía hablando.

---¿Te violó, Alma? Contestame, ¿te violó? ---Los ojos desencajados de Lucas advertían a Alma lo que le sucedía en su interior. «Si Lucas reacciona de este modo, ¿cómo lo hará Paulo? ¿Le daré asco? ¿Me repudiará?». Alma no necesitó dar esa información, el llanto contenido dio la respuesta---. ¡Hijo de puta! ---Lucas se dio vuelta y comenzó a pegar patadas y piñas a todo lo que se atravesaba en su camino: la pared, un balde, un sillón destartado de madera, las llantas de la ambulancia---. ¡Hijo de puta! ¡Hijo de una gran puta! ¡Ojalá se pudra en el infierno! ---Dos agentes policiales, que se encontraban cerca, corrieron a calmarlo. La doctora miraba a Alma sin comprender del todo la situación.

---Alma, cálmese, por favor, es importante que me responda, ¿la violación fue hoy?

---No, hace dos días... creo. No sé exactamente, ahí adentro yo no podía llevar una cuenta clara de los días ---indicó un poco más calmada, aunque su vista seguía en Lucas que, a su vez, continuaba muy alterado---. Hace por lo menos un día. Hoy estaba tratando de hacerlo nuevamente cuando ustedes llegaron.

---Alma, debemos trasladarla con más razón y hacerle las pruebas necesarias para constatar la violación y prevenir riesgos en su salud.

---Pero... Me bañé. ---Las lágrimas volvían a invadirla---. Necesitaba limpiarme, me sentía muy sucia ---explicaba mientras se rodeaba con sus propios brazos, meciéndose como si durmiera a un bebé---. Igual él me dijo que no llegó al orgasmo, así que no van a encontrar semen.

---Alma, vamos a realizar las pruebas que usted nos permita hacer, quédese tranquila. Por más que no haya habido una eyaculación, tal vez encontremos ADN de todos modos. ¿Se realizó una ducha vaginal? Si realizó solo una ducha regular, aún podemos hallar rastros de los fluidos preseminalales. Además, debe de haberla marcado de algún modo, debe de haber desgarros. ---Alma afirmó con el gesto---. Bien, debemos fotografiar su cuerpo para la causa. Necesitamos realizar el kit de emergencia para evitar problemas mayores. Por lo que me dijeron, ese hombre estaba sobre usted cuando llegó la policía, ¿no es así?

---Sí, quería que le hiciera sexo oral.

---Bien, vamos a tomar muestras de su boca, del interior y el exterior. --- La mujer se giró y tomó un hisopo grande con tapa, lo mostró a Alma y esperó que ella abriera la boca para realizar la prueba. Alma lo hizo. La doctora obtuvo la muestra y cerró el adminículo en un estuche.

---No llegó a meterlo, pero me lo pasó por los labios y casi todo el rostro ---dijo entre lágrimas Alma, reviviendo con vergüenza lo que había pasado tan solo unos minutos atrás.

---Bien, permítame tomar muestras de esos lugares. ---Hizo lo propio con otro hisopo. Luego escribió códigos y llenó una planilla. La mujer seguía un protocolo y se veía muy profesional.

Alma se sentía como en otro mundo, como si todo eso no estuviera sucediéndole a ella.

---¿Qué es el kit de emergencia? ---consultó Alma preocupada.

---Se trata de una serie de medicaciones que se les dan a las personas que han sido violadas, para prevenir embarazos y el contagio de enfermedades venéreas. Usted me dijo, Alma, que hacía tres años que no se veía con este hombre, ¿no es así?

---Sí ---contestó ella asustada, pensando en la cantidad de peligros que corría, aún cuando había salido de esa casa donde el terror había sido protagonista.

---En ese tiempo puede haber contraído cualquier enfermedad. ¿Usted logró ver si él usó preservativo?

Como un rayo en la oscuridad, Alma recordó lo que Mariano le había contado de haber estado con un travesti y una mujer que ejercían la prostitución. ¿Y si le había contagiado alguna enfermedad? Alma escuchaba las preguntas y agradecía que Lucas se hubiera apartado.

---No lo vi con certeza, pero creo que no. No hubo tiempo, se desnudó y no tenía nada, luego empecé a luchar con él. ---La voz se le quebró. La médica apoyó su mano en la de Alma, como dándole fuerzas.

---Tranquilícese, Alma. Es difícil, la entiendo. Tómese su tiempo. ¿Quiere un vaso con agua?

---Gracias. ---Alma respiró hondo y trató de calmarse---. Estoy bien. Y si Mariano tenía alguna enfermedad de esa clase, ¿ya la contraje?

---Por eso hacemos el kit de emergencia, le vamos a dar antirretrovirales, antibióticos y una anticoncepción de emergencia. Mientras no hayan pasado las 72 horas, estamos a tiempo. Cállese y trate de recordar detalles, eso ayudará mucho ---aseguró la médica, y siguió escribiendo. Lucas se fue calmando, los agentes que lo acompañaban le hablaban en un tono bajo, pero fueron logrando que se tranquilizara. Caminó cabizbajo hacia el sector en el que la médica continuaba tomando muestras de Alma---. Bueno, el resto de pruebas las vamos a sacar en el hospital, al igual que las fotografías. ---En ese momento salía del interior de la casita un agente de la policía científica con bolsas de evidencia y, detrás de él, los forenses sacaban el cuerpo de Mariano en una camilla, que se encontraba en un saco con cierre---. Agente, necesito que busque en el interior de la habitación la ropa rota de la señorita, debe de estar tirada en algún lado. ¿Recuerda, Alma, lo que llevaba puesto? ---La doctora la miró porque no respondía y se dio cuenta de que estaba observando la salida del cadáver. Alma empalideció de un modo preocupante y ~~to~~ comenzó a temblar. La médica le tomó la mano y la miró a los ojos---: Alma, tranquilícese. Ese hombre no volverá a lastimarla, usted tiene una vida por delante. Seguramente no será fácil, pero esto ya va a pasar.

Alma tiritaba, pero a la vez respondía a la médica con gestos positivos de cabeza. Lucas, que se estaba acercando, se arrodilló al lado de Alma y le tomó la otra mano. La piel de Alma estaba muy fría y sudada.

---¿Qué día es hoy? ---preguntó Alma de manera automática, su voz sonó sin vida, estaba empalideciendo rápidamente. Quería guardar el día en su cabeza.

---1º de octubre ---respondió Lucas sin comprender qué importaba ese detalle. Alma giró su rostro sorprendida. Habían pasado un poco más de dos

semanas desde la boda de Pato y ella era un despojo de ser humano---. Alma, ¿te sentís bien? ---consultó Lucas a la vez que la miraba; luego apuntó a la doctora, que la tenía de su mano---. Está muy fría, doctora, ¿estará por tener un colapso? ---Se miraban y se hablaban sin esperar respuesta de Alma.

Ella volvió nuevamente el rostro y, con los ojos, siguió el camino del cadáver de Mariano. De pronto sintió una roca en el vientre y, seguido de eso, sintió que subía por el conducto. No llegó a avisar nada, se dobló sobre sí misma y descargó el estómago en el piso. Ver el cuerpo de Mariano la llenó de culpa. «Yo soy la responsable de su locura, el amor que le di lo llevó a la locura. ¿Qué pensarán todos? ¿Cómo reaccionarán los padres de Mariano? ¿Y mi propia familia? ¿Me verán como responsable? ¿Paulo? ¿Él también creerá que yo lo volví loco? ¿Podrá perdonarme? ¿Estará buscándome o me habrá olvidado? ¿Y si Paulo teme que yo le genere la misma locura? ¿Y si Mariano me contagió alguna enfermedad? ¿Y si muero? Tal vez sea lo mejor...». Alma sentía que el mundo giraba en torno de ella, se miró la mano sucia y lastimada, el anillo de compromiso no estaba, había desaparecido el mismo día del secuestro. «¿Y si eso es una señal de que Paulo ya no quiere casarse conmigo? Fui raptada, violada y permití la muerte de otro ser humano. Paulo tal vez ya no me considere digna de él. ¿Podré seguir viviendo con toda esta culpa? ¿Debo seguir viva?». El estómago, aún revuelto, comenzó a hacer nuevamente los movimientos propios del vómito. Su visión se hizo borrosa e intentó avisar que se desmayaba.

La doctora y el enfermero que conducía la ambulancia subieron a Alma y salieron para el hospital. Lucas iba con ellos como acompañante. Mientras la ambulancia corría en dirección a Neuquén, adentro, la doctora iba tomándole los signos vitales y hablando por *handy* con el hospital al que se dirigían, transmitiendo el parte. En un momento cortó y miró a Lucas.

---Necesito saber si usted se comunicó con la familia de esta mujer. Ahora vamos a hacerle un chequeo completo en cuanto lleguemos. Desconocemos el estado en que se encuentra, lo que tenemos claro es que está en *shock* y deshidratada. Necesito saber a quién pueden dirigirse en el caso de que haya que tomar medidas extremas.

---Yo... no... Yo llamé solamente a la policía de Neuquén. No tengo los teléfonos de su familia. Supongo que ellos deben de haberlos llamado.

---Bien, déjeme comunicarme con la delegación para avisarles que la estamos trasladando y que informen a su familia, urgente.

Realizó unos cambios en la frecuencia y habló con la policía. Avisó a cuál hospital estaban llevándola y solicitó que se comunicaran con la familia directa, Alma los iba a necesitar cuando despertara. Del otro lado de la línea, la despachadora les avisó que la familia de la secuestrada ya estaba en viaje, que llegarían en una hora a más tardar, bajarían en el aeropuerto Presidente Perón de Neuquén. La doctora procedió a informar que la mujer sería trasladada al Hospital Provincial de Neuquén y que su familia debía ser llevada hacia allí inmediatamente.

Alma caminaba en un espacio que no comprendía. «¿Dónde estoy? ¿Cómo llegué acá?». Caminaba por el borde de un lago, una orilla con rocas de todos los tamaños, había mucha vegetación, árboles frondosos cuyas ramas se recostaban sobre la margen acuosa, flores de varios colores, un cielo diáfano, celeste intenso, sin nubes. No sentía frío ni calor. No había siquiera una brisa. De pronto, comenzó a sentir una seguridad, una plenitud, una falta de malestares y dolores, una confianza que hacía tiempo no sentía. Avanzaba caminando lentamente, descubriendo cada detalle de ese hermoso paraíso. «¿Dónde quedaron la ambulancia, la doctora y Lucas?». Nada de eso estaba ahí, no había sirenas, gritos, nada. Solo el sonido del agua lamiendo la orilla, las pequeñas olas chocando contra las piedras, algunos trinos de aves que iban de árbol en árbol. Se sentía en armonía total. Cerró los ojos e inspiró fuerte, llenó sus pulmones, los aromas eran intensos. Escuchó entonces el aleteo insistente de un colibrí. Fijó la vista en el punto cardinal de donde creyó identificar que venía y, sobre una planta alta con flores amarillas lo vio. Era un pequeño colibrí, las alas no alcanzaban a verse, se adivinaban en el movimiento rápido y constante; los colores del pequeño pájaro hipnotizaban a Alma. Una voz dulce, familiar, la sacó de su ensimismamiento.

---Una podría pasarse una vida completa viéndolos, son tan hermosos, ¿no es así, hija?

Alma se sorprendió al girar y ver a su madre tal cual como la recordaba, pero sin el color macilento y la delgadez extrema a la que se había acostumbrado el último tiempo debido a la enfermedad. Se la veía sana, rozagante, feliz. Alma corrió hacia ella. Sin mediar palabras, se dieron un abrazo sentido. Alma comenzó a sollozar.

---No, hija. No llores, por favor. Ya sufriste mucho, ahora es tiempo de ser feliz, ¿entendés? Vinimos para decirte que es tiempo. ---Alma estaba muy conmovida, su madre allí delante. Desde su muerte, nunca había soñado

con ella. Si bien se había conectado, siempre había sido a través de los sueños de otros.

---Mami, me pasaron tantas cosas, no doy más... ---dijo ella entre lágrimas.

---Ya está, Almi. Calmate. Dios pone pruebas delante de sus hijos, algunas son muy duras, pero él sabe que podrás seguir adelante, él confía en vos y te acompaña en las partes más escabrosas del camino, nunca lo dudes.

---Pero, mami, Mariano... me... Es... es tan horrible.

---Tranquila, Alma, es una prueba que ya pasaste, de esto también te toca aprender, hija. Él está donde debe, pagará sus actos, y vos debés volver, debés vivir lo que te toca, ahora todo será mejor, creeme.

---No, mami. No puedo seguir. No tengo fuerzas. ---Alma lloraba y Alicia la abrazó fuertemente.

---Alma, vos podés. Tenés a tu familia de allá y de acá, todos estaremos para darte la fuerza que creés haber perdido. Acá tengo a dos que no pueden esperar a darte fuerzas para que sigas, por ellos, por vos.

Levantó el rostro, sorprendida.

---¿Dos? ¿De qué me hablás? ---Por toda respuesta, Alicia dio un paso al costado y liberó la visión de la margen del lago por donde había venido ella. Allí se veían dos figuras robustas, una masculina y otra femenina. Alma no las reconocía aún. Se acercaban lentamente. Por la postura, la robustez y el paso lento, adivinó que eran mayores.

---Dos y medio, me olvidé del porotito ---agregó Alicia. Esa última acotación la llevó a las lágrimas de nuevo. Notó que una de las figuras, la femenina, traía un pequeño bulto en sus brazos. Alma agudizó la vista.

Lentamente sus ojos pudieron distinguirlos, era el abuelo Carlo, el padre de Alicia y el esposo de la nona Donatella, que había muerto cuando Alma era pequeña, pero lo recordaba por algunas escenas de su propia memoria y por todas las historias que la nona le contaba sobre él cada vez que podía. De cuando eran novios, allá en Italia, de cuando se casaron, del viaje inmigratorio, de los comienzos en el frigorífico Swift en Berisso. Estaba igual a como lo recordaba. La otra figura se hacía clara lentamente. La amona. «¿Pero qué hace ahí la amona? ¿La amona?». Intentó hablar, pero las palabras no salían de su boca, hacía un esfuerzo grande, pero ni un solo sonido emergía. Las lágrimas la invadían, miró a Alicia como buscando una explicación.

---La amona no soportó la tristeza cuando supo que te habían llevado. ---

Alma lloraba desconsoladamente. Una pérdida más en su vida---. No llores, Almi, aprovecharé esto que te están dando, nadie puede verse con sus muertos, aprovecharé a disfrutarlos antes de irte.

---¿Irme? Quiero quedarme, mami, con ustedes. Acá no hay dolor, no hay recuerdos dolorosos, los tengo a todos ustedes.

---No, hija. No es tiempo, esto es solo un regalo. Disfrutalo. ---En ese momento, los abuelos llegaban a su lado. Alma se acercó a Carlo y lo abrazó como pudo. Tan alto y robusto era él que Alma quedó en el aire.

---*Bimba, cara mía.* ---La tonada italiana era tan familiar, su voz gruesa y su cocoliche eterno, lo único distinto era que había perdido ese catarro tan característico que siempre tenía, fruto de su trabajo constante, a lo largo de su vida, en las heladeras del frigorífico. La abarcó en ese abrazo protector tan de él---. *Ma ti veo más hermosa, mía ragazza, bellissima.* ---Al ver que Alma no dejaba de llorar, la calmó---. *Calma, bimba, calma o si fa male... andiamo.* --
-Le dio palmadas en la espalda para tranquilizarla.

---No, Almita, lloré tranquila. ---La amona siempre contrariando lo que otros decían, no podía cambiar su esencia---. Te va a hacer bien. Llorar depura el alma ---decía su amona en ese tono dulce que extrañaba---. Lloré ahora, porque tenés que volver y ser fuerte. ---Alma soltó sin ganas a su abuelo, el nono, y se abrazó a la amona.

---Amona, por Dios, por mi culpa estás acá. ¿Cómo hago ahora para volver?

---Almi, vos no tenés nada que ver, hija de mi corazón. Soy yo, que estaba muy débil y no soporté saberte en peligro. Ese malnacido ya está pagando. Pero vos, Almita, vos tenés que volver. ---Ambas hablaban abrazadas, sin poder verse los rostros. El bebé estaba entre ellas, dormido.

---No, amona, no puedo... no quiero. ---Alma se soltó lentamente de su amona y clavó la mirada en el bulto envuelto en una frazadita infantil, era Lucio, su bebé.

---No te asustes, hijita, todo esto va a pasar. Pero vos, ahora que encontraste el amor, tenés que confiar en él.

---No creo poder soportar más dolor, amona. ¿Puedo tomar a Lucio? --- preguntó a la vez que estiraba los brazos. La amona negó con tristeza.

---Vos no podés pensar en morirme, Almi ---continuó---. Vos sabés que Paulito te ama más que a nada y más que nadie. Dale la oportunidad de demostrártelo. Sé fuerte, Almita querida, por vos y el bebé. ---Otra vez el

rostro de Alma mostró sorpresa, dejó de mirar a su hijo.

---¿Qué?... ¿Qué? ¿Bebé? ¿De qué me hablan? ---Alma no salía de su asombro---. ¿Qué bebé? ---Lucio hizo unos sonidos típicos de los bebés y Alma lo miró nuevamente, era un bebé varón muy pequeño, más de lo normal, dormía plácidamente, parecía esas pinturas del renacimiento que muestran querubines, le faltaban los largos rizos enrollados, pero el gesto beatífico de su rostro transmitía paz---. ¿Mariano? ¿Otra vez?

---El amor, hija ---dijo Alicia con una sonrisa---, Paulo. ---Las imágenes de sus seres queridos se iban borroneando.

---¿Qué? No, no se vayan. No quiero irme...

---Hija, lo que debe ser hecho debe ser hecho. Tenés que volver. Nos dieron este ratito para que sepas que debés seguir. Ya tuvimos nuestro momento. Recordá, mi niña: la vida puede ponerte muchas pruebas, pero solo aquel que confía en su propia fuerza y es, a la vez, humilde va a poder salir airoso. Y vos, hija mía, sos una gran persona, ya llegará el tiempo de cosecha. Te amo, hija. ---Las cuatro personas que Alma amaba comenzaron a desaparecer de su vista, todo el paisaje se iba borrando, como cuando se pinta con óleos y se mezclan los colores en una paleta.

---Y yo a vos, mami. ---Nuevamente respondía con la voz quebrada y con lágrimas---. Los amo... a todos. Lucio, te amo.

Alma de pronto sintió que el suelo no la sostenía y que el agua de la orilla la cubría por completo. Sintió el ahogo, le faltaba el oxígeno, se desesperó, revivió esa noche en la inundación cuando creyó que moriría y, como un rayo que atraviesa la negrura de la noche en una tormenta, recordó que estaba entre los muertos y no podía, entonces, morir. Acto seguido se relajó, distendió todos los músculos y se dejó llevar. De pronto, un relámpago en medio del celeste etéreo.

Capítulo 9

Cuando abrió los ojos, se encontraba en un *shock room*. Todo a su alrededor le era desconocido. Había varias personas: médicos y enfermeras a su alrededor. Se escuchaban varias alarmas insistentes. Al poder mirar, varias de esas alarmas cesaron. Alma tomó una bocanada de aire como cuando se sale de una inmersión prolongada. Todos se quedaron estáticos ante el sonido de su respiración. El médico de la emergencia tenía en sus manos las paletas del desfibrilador que habían preparado y no habían llegado a usar. Todos estaban asombrados y se miraban sin poder creerlo. Alma lo miraba, a su vez, asustada, ~~en la~~ agitada. Una de las enfermeras fue la que reaccionó primero y le puso la mascarilla que le daría un flujo de oxígeno continuo. Los enfermeros y médicos retomaron la actividad y le fueron haciendo preguntas y solicitando datos de los demás que estaban alrededor.

---Quiero todos los signos vitales, temperatura, presión, frecuencia cardíaca, quiero saber si la saturación es correcta. Lucy, haga una muestra de sangre y envíela a laboratorio, análisis completo.

---Sí, doctor. Enseguida la tomo. ---A la vez que empezaban a ponerle nuevamente todos los cables que le habían sacado para realizar la resucitación, algunos ya gritaban los datos. Lucy, la enfermera que había vuelto a ponerle la mascarilla enseguida, se giró para tomar una aguja y una jeringa para la extracción. El médico anotaba todo lo que iban diciendo en unas planillas.

---Temperatura, 36 grados ---indicó el enfermero que le había puesto un termómetro digital.

---Presión, 10-6 ---dijo otro que le tomaba la presión en el brazo derecho.

---Está baja aún, pero subió bastante ---analizó el médico que aún estaba extrañado de lo que había sucedido en esa sala. Se acercó al rostro de Alma y le habló---: Hola, Alma, ¿me escucha bien? ---Ella hizo un gesto positivo con la cabeza---. Perfecto, soy el doctor Mazachezzi, estamos en el hospital de Neuquén. ¿Recuerda algo de lo que le sucedió? ---Alma hizo nuevamente la

señal de que sí lo hacía y pronunció desde su mascarilla, la voz se escuchó atenuada.

---Me secuestraron, me rescataron, él murió. Tuve un desmayo y luego... aparecí acá.

---Bien ---asintió el médico, conforme con la respuesta. Alma no tenía pérdidas de memoria a corto plazo, habría que ver si no las había en la memoria a largo plazo---. Eso es correcto. Su presión bajó demasiado en el lugar de los hechos, la ambulancia la trasladó hasta aquí, llegó deshidratada y con un cuadro de hipotensión alarmante. Al comenzar las tareas de rutina para la reanimación, se produjo una bradicardia y desembocó en un paro cardíaco súbito. Una enfermera le realizaba masaje cardíaco, RCP, mientras nos preparábamos a reanimarla con desfibrilador, pero usted volvió sola. Algo médicamente imposible, debo agregar ---explicó Mazachezzi, aún extrañado---. En los segundos que se produjo el paro, no hubo oxigenación, es probable que sienta mareos y confusión, y obviamente dolor en el pecho, por la RCP.

---Estoy bien, doctor. Le pido que tenga precaución, es probable que esté embarazada ---dijo Alma en tono seguro.

---¿Embarazada? Pero... ---A la vez que mostraba sorpresa, revisaba los protocolos que había completado la doctora de la ambulancia que la había trasladado---. Acá pusieron posible embarazo y luego lo tacharon, ¿cómo es esto?

---Cuando la doctora me preguntó en la casa, yo no sospechaba nada de un embarazo, ahora estoy casi segura, aunque no tengo explicaciones médicas para esta certeza, como tampoco mi forma de volver a la vida.

---Bien, es importante saberlo lo antes posible. Usted estuvo médicamente muerta menos de un minuto, no sabemos cómo pudo afectar la falta de oxígeno al feto, si es que lo hubiere. Lucy, urgente. ---La mujer estaba a punto de pinchar a Alma y lo miró---. Incluí el análisis de la beta-BCG.

---Bien, doctor. Si quiere puedo pedir el ecógrafo transportable. Creo que está en el segundo piso, están haciéndole una ecografía a una paciente que no puede levantarse.

---Perfecto. Vamos a hacerlo también. Ahí nos aseguramos y, si está embarazada, vemos las señales del feto y confirmamos que todo sea correcto. ¿Recuerda cuándo fue su última menstruación?

---No, estoy muy confundida. Estuve un tiempo sin tomar las pastillas, y luego retomé. Desde que volví a tomarlas no tuve mi período.

---¿Cuánto tiempo estuvo sin tomarlas? ---Alma se quedó en silencio unos segundos, pensando, intentando hacer las cuentas.

---Un mes o dos, no más de eso.

---¿Cuáles tomaba? ¿Qué tipo de píldoras: monofásicas, bifásicas, trifásicas, cuatrifásicas o de ciclo continuo? ---Alma estaba confundida y no respondía---. ¿Son veintiún activas y siete inactivas, en total veintiocho? ¿Son de veintiuno?

---No sabía que existían tantas. Tomaba veintiún píldoras activas y siete de placebo, pero de lo otro no tengo idea. ---Y acto continuo le indicó la marca comercial que usaba.

---Y cuando las retomó, ¿usó ese primer mes otro sistema de protección?

---¿Además de las pastillas? ¿Para qué? ---Alma contestaba con la mascarilla aún puesta.

---Ahí tengo mi respuesta y su explicación, que termina siendo médica nomás, Alma. Las píldoras anticonceptivas son muy efectivas pero cuando se las toma sin ningún error. Cuando las dejó de tomar, el ciclo se cortó, de modo tal que, al comenzar de nuevo el uso, debía utilizar otro método alternativo para asegurarse de no correr riesgos; sobre todo los primeros siete días. ¿Lo habló con su ginecóloga?

---No ---respondió con simpleza Alma, confirmando sus sospechas. En el tiempo de la separación de Paulo, las había dejado. Cuando volvieron a estar juntos, había comenzado a usarlas nuevamente, sin cuidarse de otro modo. El médico le confirmaba que no era un milagro, sino un error de ella.

---Vamos a esperar, entonces, la ecografía. Es lo que nos dará la respuesta más rápida. ---Mientras aguardaban al ecógrafo, fueron curándole todas las heridas; fotografiaron cada parte de su cuerpo que presentaba hematomas y laceraciones.

El doctor se retiró un momento para darle espacio a la doctora que debía realizar los testeos de violación. Alma se sintió avergonzada, dolida. La mujer fue muy profesional y le fue anticipando cada una de las pruebas que efectuaría, se las explicaba y esperaba el consentimiento de Alma. Ella los dejó hacer, sabía que eso era lo mejor. Cuando tomaron las fotografías, debieron desnudarla por completo. Lucy, la enfermera, se había quedado para ayudar a la doctora que sacaba las fotos y las muestras. Se sentía muy cerca de Alma, había vivido una violación cuando tenía veinte años, y esa experiencia traumática la había decidido a estudiar enfermería. Quería infundirle fuerzas a la

joven. Cuando lograron sacarle la poca ropa que llevaba Alma, vieron el cuerpo totalmente marcado. Los brazos mostraban las laceraciones que habían dejado los precintos, se observaban impresiones dentales en los pechos y el cuello de Alma, en el interior de los muslos se veían las marcas de las manos de Mariano cuando luchó para separarle las piernas. La doctora realizaba las fotos y hablaba con Alma y con Lucy para mejorar las tomas.

---Lucy, ayude a Alma, necesito fotografiar las piernas, los muslos internos, debo captar las improntas digitales. ---La enfermera esperaba que Alma le indicase que estaba lista. Abrió la pierna derecha, la doctora sacó la fotografía, y luego la izquierda. Ella seguía su *racconto* en voz alta a la vez que grababa un archivo de audio como testimonio del análisis del cuerpo de Alma---. Lesiones externas evidentes, equimosis en muslos internos y zona vaginal, hematomas en rostro y abdomen. Petequias en los ojos indican corte de oxigenación. ---Cuando terminó de captar todo, apagó la grabación y se dirigió a ambas mujeres---. Voy a entregar las muestras al laboratorio. Enseguida realizo el informe para poder presentarlo a los fiscales lo antes posible. Gracias por su cooperación, Alma. ---Se acercó como queriendo decirle algo más personal---. Sé que esto es lo más duro que ha tenido que vivir. Piense que, al menos, está viva. Ese tipo ya no podrá lastimar a nadie más. En este hospital hay un grupo de ayuda para mujeres que vivieron lo mismo que vivió usted. Si le interesa, puedo contactarla.

---Gracias, doctora, por ahora necesito estar sola y digerir todo esto. Si me decido, le voy a avisar ---contestó Alma conmovida.

---Bien, hágamelos saber. Yo estoy todos los días a esta hora en emergencias. ---Le pidió a Lucy que por favor se quedara con Alma hasta que llegase el doctor Mazachezzi. Eso era una formalidad. La doctora y Lucy formaban parte de ese grupo de autoayuda y sabían que la enfermera iba a quedarse para socorrer a Alma, pero querían que confiara en ella.

---Por supuesto, doc, acá me quedo. ---La doctora salió. Lucy se sentó al lado de la camilla---. Alma, sé que en este momento necesita estar sola, analizar lo que vivió. Pero quisiera decirle algunas cosas para que tenga en cuenta. ---El silencio de Alma habilitó a Lucy a continuar. Miraba el techo, silenciosa, y unas lágrimas corrían por sus mejillas hacia la almohada que le habían puesto---. Ante todo, debe entender que usted no es culpable de nada --aseguró Lucy, como leyendo la mente de Alma, que cerraba los ojos como si esas palabras la hubieran tocado profundamente---. Usted no es ni fue culpable

de la enfermedad de ese hombre, de que sintiera derechos sobre usted, de que la tomara del modo en que la tomó. Nada de eso es su culpa, como tampoco lo es su muerte.

---¿Cómo no sentirme culpable? ¿Él estaba loco? ¿Y si esa locura empezó cuando yo lo alejé? ¿No soy culpable de la bestia que yo misma creé? ¿No fue mi rechazo el que generó todo esto? Y ahora... él está muerto y yo, muerta en vida. ---Alma hablaba llorando.

---Nada de eso es cierto, Alma. Usted habrá tenido sus razones para dejarlo en aquel momento, pero él ya estaba enfermo. Es evidente que el rechazo alimentó un odio y una necesidad de posesión que lo llevó a hacer todo lo que hizo y a suicidarse al final. Él tenía una patología psiquiátrica, y ahí radica todo esto. Pero aunque él no tuviese ese estado de enajenación, nadie puede tomar a otra a otra persona cuando una deja en claro que no quiere. Usted lo dejó en claro, su cuerpo lo muestra, él no tenía derecho.

---No sé, Lucy. Me siento tan vacía, tan sucia, tan... triste.

---Lo sé. Sé exactamente cómo se siente, Alma. Yo estuve en ese lugar, tuve ese mismo sentimiento, hace mucho. ---Alma mostró un gesto de sorpresa al entender lo que le decía Lucy y giró su rostro para verla a los ojos---. Sí, yo también fui violada. Hace casi diez años. Al tipo nunca lo agarraron. Pero nada me hizo bajar los brazos, estudié para enfermera y aquí estoy, fuerte, segura, trabajando y ayudando a mujeres como yo y como usted. El grupo del que le habló la doctora Shaeffer, ese grupo está a cargo de ella y de mí. Nosotras lo llevamos adelante. Quiero que sepa que cuenta con nosotras. ---Las manos de ambas mujeres se unieron en un apretón que significaba mucho---. Confíe en mí, Alma. Usted es fuerte, debe serlo. Esto no es un final ni algo que la vaya a definir como persona. Usted es más que esto que le pasó. Luche. No se deje caer. ---Lucy sacó de su bolsillo unos pañuelos descartables y le dio a Alma. En ese momento, se escucharon unos golpecitos suaves en la puerta. Lucy se asomó, era Mazachezzi---. Me retiro, voy a buscar los resultados de los análisis y vuelvo. El doctor Mazachezzi ya está en la puerta con el ecógrafo.

---¿Volvés, no? ---preguntó, algo insegura, Alma. Entre esas dos mujeres se había instalado una relación de confianza.

---Obvio, voy por los resultados, tenemos que darte el kit de emergencia, el doctor no quiso hacerlo antes hasta confirmar tu embarazo. Quédate tranquila, Alma. Vuelvo en unos minutos.

Alma afirmó con un gesto.

Ninguna se percató de que habían abandonado el trato formal. Lucy salió del cuarto. Unos minutos después, entró el doctor Mazachezzi con un ecógrafo. Ambos se acomodaron a los lados de la camilla.

---Alma, él es Julián Novoa, es el ecógrafo. Vamos a realizarte la ecografía para confirmar o no el embarazo. ---El médico quería ser prudente, esa mujer había padecido maltratos durante casi dos semanas, era posible que lo hubiera perdido---. Su familia está afuera, esperando para verla. ---A Alma se le aceleró el corazón. Estaban ahí afuera, solo una puerta la separaba de sus seres queridos---. No los dejé aún entrar, quiero tener un panorama completo de su salud para darles el parte. Luego de eso la trasladaremos a una habitación en piso, se quedará en observación, en principio, por 48 horas.

---Bueno ---accedió Alma, emocionada. Recordó de inmediato a Lucas. «¿Y Lucas? ¿Dónde se habrá metido? ¿Estará afuera, con mi familia?». Recordaba haberlo visto antes del desmayo. «¿Estará Paulo?». El doctor le dio lugar al ecógrafo para que comenzara su trabajo.

---Hola, Alma. Vamos a empezar ---anunció a la vez que ponía los datos que necesitaba ingresar en la máquina---. ¿Recuerda cuándo fue su última menstruación?

---No ---dijo Alma, sintiéndose una adolescente descuidada.

---Bien. No importa. Nos las arreglaremos con la información que tenemos. Le voy a poner un gel que se va a sentir frío. ---Esperó que ella reaccionara y aceptara ser tocada.

Las mujeres que habían sido atacadas no podían soportar que un desconocido se acercara, menos aún que la tocaran. Novoa esperaba su consentimiento. Alma levantó, como temerosa, la ropa descartable con la que la habían cubierto y descubrió su vientre. El doctor le mostró un pote que contenía un producto sin color con textura gelatinosa. Y ella asintió con un movimiento de cuello. Él le puso una porción de gel transparente, que se sentía muy frío, y a continuación apoyó el ojo que permitiría ver el interior del útero de Alma. Casi de manera inmediata se vio un porotito, que se distinguía perfectamente, y, en su centro, una lucecita que se encendía y se apagaba con insistencia. Al mismo tiempo se escuchó un sonido parecido a un latido humano, pero con una frecuencia más acelerada a la de una persona adulta.

---Acá está ---aseguró el ecógrafo tocando la pantalla y girando su rostro con una sonrisa---. Alma, está embarazada, de aproximadamente... ---puso

unos datos en la máquina, midió y mantuvo el suspenso un poco--- siete semanas. Es una suerte que le hayamos hecho hoy la eco, recién en esta semana se puede ver y oír el corazón. ---Alma no hablaba, estaba conmocionada. Tenía delante de sí la imagen de su hijo, de ella y de Paulo. Las lágrimas comenzaron a caer silenciosamente.

---Alma, ¿se encuentra bien? ---preguntó, preocupado, Mazachezzi ante su silencio y sus lágrimas.

---Sí, sí. No puedo creerlo... Estuve prisionera, sin comer, soportando golpes y vejaciones, mucho miedo, y a pesar de todo ahí, está... mi hijo, el hijo del hombre al que amo... ---Ambos hombres entendieron la magnitud de lo que esa mujer estaba viviendo---. Eso sí es un milagro... ---Su voz se quebró de la emoción.

---Alma, usted debe estar tranquila ante todo. Esto va a pasar, las heridas y las marcas van a desaparecer, pero esto que ve acá recién comienza ---dijo señalando a su hijo---, y usted debe estar bien por él, ¿entiende?

---Sí, sí ---dijo, conmocionada, Alma.

---Voy a hablar con Lucy, necesito que le den el kit de emergencia. Ahora que sabemos que está embarazada debemos cambiar el antibiótico, le vamos a dar una única dosis de azitromicina. Con los retrovirales no hay problema, los tomará. Envié a hacer un test rápido por infectología, para saber si adquirió HIV, hepatitis B. Debemos saber todo eso para seguir cuidándola a usted y al bebé.

---Lucy me explicó, me dijo que iba a buscar los resultados ---señaló Alma preocupada.

---Bien, en cuanto me los traiga, voy a hablar con su familia, ya pido que la trasladen al piso así los recibe usted más tranquila. La noticia del embarazo, ¿prefiere darla usted?

---Sí, gracias, doctor.

---Bien entonces. ---En ese momento, se asomó Lucy con los análisis. Los entregó al doctor en mano y él los leyó en silencio. Lucy, que ya los había espiado, miró a Alma, le hizo un guiño y puso su pulgar hacia arriba sin que la vieran los médicos, como dándole a entender que todo había dado bien. Mazachezzi bajó los papeles y miró a Alma---. Está todo bien, Alma, todos los resultados son negativos. De todos modos, con el tema del HIV, deberemos repetirlo en unos meses. Si me permite, busco a su familia y ya me los llevo a mi oficina, así pueden acomodarla. ---El médico agradeció al ecógrafo Julián

por tu trabajo profesional, el cual elogió. Ambos se dieron las manos y Mazachezzi salió del *shock room* rápidamente. Novoa empezó a desconectar el ecógrafo. Lucy también salió.

---Sea fuerte, Alma. Nadie puede imaginar por las cosas que tuvo que pasar, pero si este bebé es fruto del amor, entonces nada debe lastimarlo, usted debe protegerlo por sobre todo.

---Gracias, doctor. Estoy feliz, a pesar de estar saliendo de una pesadilla, esta noticia me da fuerzas.

---Así debe ser. Lucy, que la lleven a la habitación y asístala para que orine. Le dimos mucha agua para la eco. ---En ese momento, entraron dos camilleros y la llevaron al tercer piso para darle comodidad en una habitación.

Luego vinieron dos enfermeras que le cambiaron los sueros, que le habían colocado en la sala, y le dieron un camisolín de tela para que estuviera más cómoda. La habitación era doble, pero en la cama de al lado no había ningún paciente aún.

---Cuando su familia le traiga su propia ropa, nos avisan y la ayudamos a cambiarse. Evite levantarse por hoy, puede tener mareos y caerse. ---Todo el hospital ya conocía la historia del secuestro de Alma, pero sobre todo, lo que se había desparramado como pólvora era la historia de su resucitación milagrosa luego de un ataque cardíaco súbito. Ella era para todos «La joven del milagro».

---Gracias, chicas, ¿alguna de ustedes podrá averiguarme algo?

---Sí, por supuesto, díganos ---respondió una de las dos enfermeras, la más jovencita.

---En la casa donde me tenían, cuando me sacaron, estaba un amigo mío que se quedó conmigo hasta que me desmayé. Cuando desperté acá, ya no lo vi. Creo que fue él quien se comunicó con la policía para el rescate, y todavía no pude agradecerle. ¿Podrán decirme si sigue en el hospital como yo?

---Sí, en unos minutos me acerco a los policías que están con el doctor Mazachezzi y les pregunto. Quédese tranquila, ahora descanse ---contestó, nuevamente, la enfermera.

---Gracias, de pronto estoy muy cansada, siento mucho sueño.

---Es normal, Alma, después de tanta adrenalina, y cursando un embarazo de tan pocas semanas, es normal que sienta tanto sueño ---explicó la enfermera mayor.

Alma recordó súbitamente que Mariano le había dado unas cuantas pastillas para dormirla.

---La persona que me secuestró me dio varias veces somníferos cuando me trasladaba de un lugar a otro, ¿esto puede afectar a mi bebé?

---¿Tiene idea qué clase de somnífero era? ---preguntó la enfermera mayor, algo preocupada.

---No, nunca vi ni una caja. No sé si eran pastillas o gotas. Solo sé que de pronto me dormía y, cuando despertaba, estaba en otro lugar, sin entender cómo me había movido y yo no me daba cuenta.

---Alma, no se preocupe. Ese bebé debe estar sano si logró sobrevivir a ese horror. Lo peor que puede hacer es ponerse nerviosa, porque eso lo afecta a él. Usted debe estar tranquila. Ya se llamó a la obstetra de turno para que haga los controles correspondientes. Ni bien venga, le transmitiremos sus preocupaciones. Vaya haciendo una lista mental de las preguntas que quiere hacerle. De todos modos, en los laboratorios que se hicieron, si hay residuos de somníferos, va a saltar qué droga utilizó. Usted descanse tranquila.

---Está bien ---dijo Alma tratando de calmarse. Las dos enfermeras se retiraron, le dejaron solo una luz de noche. Era muy tarde, casi medianoche. Alma se durmió enseguida.

Sintió una mano que se apoyaba en su frente. La mano algo fría la despertó de manera brusca, se asustó. Imaginó que era Mariano que venía a tomarla nuevamente. Abrió los ojos asustada y corrió la palma que la tocaba de modo agresivo. Cuando logró enfocar la vista, los vio: su padre, su hermana y Paulo. Allí estaban los tres, con ojos llorosos, con mirada que denotaba cansancio, pero con una sonrisa. La mano que había golpeado Alma era de Paulo. Él estaba más cerca de la cabecera. Cuando ella los reconoció, sus ojos se dulcificaron y comenzó a llorar. Paulo se tiró encima de ella y la abrazó.

---Pequeña, por Dios, dime que estás bien. Ese hijo de una gran puta debe estar pagando en el infierno. Ojalá se pudra allá.

---Amor, cielo... ---Ella lo abrazaba con desesperación y él a ella. Se besaban, hablaban, se tocaban, todo a la vez.

---Bueno, bueno, che, gallego, dejanos un poquito de mi hermana ---dijo Karen emocionada. Paulo, a regañadientes, se corrió para dar espacio a Jorge y a Karen---. Hermanita, qué susto ---expresó Karen, y se puso a sollozar. Ambas, abrazadas, lo hicieron sin consuelo---. Qué reverendo hijo de puta resultó ese bicho de mierda, mirá cómo te dejó. ---Karen se separó para verle

las heridas en el rostro y los brazos. Los tres habían sido advertidos por el médico sobre el estado de Alma, sabían que había sido violada y golpeada. Cuando el médico lo dijo sin más anestesia, Karen se había puesto a llorar. Jorge se congeló en el lugar y Paulo comenzó a pegarse en la cabeza. No podía imaginar a ese tipo haciéndole eso a Alma. No soportaba la idea. Mientras subían por el ascensor, habían acordado no mencionarlo, que fuera ella la que se los contara, si es que se sentía segura de hacerlo. Sabían, por el médico, que se había enviado a hacer toda clase de análisis para asegurarse de que ese hombre no le hubiera contagiado ninguna enfermedad venérea---. Nena, ya está... está donde tiene que estar. Tranquila, no te angusties. Ya estamos con vos. ---Volvió a abrazarla.

---Karen, la amona, ¿qué vamos a hacer ahora? ---Karen se separó de ella y fijó sus ojos asombrados en Alma. Los tres se quedaron helados ante el comentario de Alma; en el viaje en avión, se habían puesto de acuerdo en no contarle que la amona había fallecido al otro día de conocerse su secuestro. No podían generarle más tristeza y dolor, no sabían en qué estado la encontrarían. Pero el hecho de que ella ya lo supiera los descolocó. Ante la sorpresa de los tres, Alma estiró los brazos para abrazar a su papá---. Papi, la amona se nos fue, me siento tan culpable... ---Jorge la rodeó con firmeza, llorando a su vez.

---Almita, tranquila, hija. Te va a hacer mal. Vos no tenés nada que ver, ¿por qué te vas a sentir culpable?

---Se murió por mí, papá. ---Sollozaba desconsoladamente. Karen y Paulo estaban parados a los costados de la cama. Él le acariciaba las piernas, como queriendo que ella sintiera su presencia constante.

---No, hija, se murió porque era una mujer mayor y con un corazón cansado. Mamá luchó mucho en su vida, hizo frente a muchas injusticias, como la vasca cabeza dura que fue siempre, dio batalla. Pero cuando te supo en peligro, no lo soportó más.

---Papi, ¿cómo está el aitona? ---Miró a todos esperando respuesta.

---Está, bueno... como es de esperarse. Lloro, la extraña, está muy triste. Pero ahora que te recuperamos se va a poner feliz de nuevo ---aseguró Jorge más animado.

---Todos estamos tristes, Almi. La extrañamos un montón, con el pasar de los días, en lo cotidiano, ahí se siente ---siguió Karen---. Lola está irreconocible. No canta, no baila, pregunta por ella, pregunta por vos.

---¡Mi hermosa! Me mata su grado de sensibilidad ---dijo Alma conmovida.

---Sí, es muy perceptiva. Sabés que volvió a soñar con mami. Nos lo contó unos días después del entierro. ---Alma prestó atención---. Nos dijo que vio a mami y a la amona en un lago, que las dos le decían que estaban bien y la iban a cuidar. ---Alma comenzó a llorar, emocionada nuevamente. Karen también lo hacía a la vez que hablaba---. Y le pidieron que, como prima mayor, cuidara a un porotito. ---Alma se sorprendió---. Pero esa parte no la entendimos, seguro mezcló el sueño que tuvo hace unos años de Lucio ---dijo Karen, como quitándole importancia al comentario. mientras pronunciaba las palabras, se secaba con un pañuelo descartable las lágrimas.

---Vamos, chicas, no lloren, que les va a hacer mal ---intervino Jorge. Paulo se mantenía en silencio, observando a Alma. Ella giró el rostro y lo miró sin pestañar, cuando habló, lo hizo con una voz segura.

---No ---dijo sin dejar de mirar a Paulo.

---¿No qué, Almi? ---preguntó, confusa, Karen.

---No, no se confundió con el otro sueño. ---Se hizo un silencio en la habitación. Todos esperaban una aclaración. Alma se tomó unos segundos, aclaró la garganta y, sin titubear, les dio la noticia---: Estoy embarazada. ---El gesto de sorpresa de los tres fue elocuente, los ojos de Paulo se llenaron de lágrimas, pero volaba en el ambiente la pregunta que nadie se atrevía a hacer. Si Alma había sido violada, podía ser que ese hijo fuese fruto de la violación. Alma se dio cuenta de que los tres sabían lo que había padecido. No dudó en dar la respuesta---. No es de Mariano, cuando me secuestró, yo ya estaba embarazada. Estoy de siete semanas aproximadamente.

Los tres rompieron a llorar. Paulo volvió a tirarse encima de ella para abrazarla con fuerza mientras lloraba. Le habló muy bajo, para que solo ella lo oyera.

---Pequeña, no tienes idea de las veces que le supliqué a Dios que te devolviera sana y salva, que me dejara volver a verte, y ahora no solo estás tú, sino que vas a darme un hijo. No te puedes imaginar la alegría que siento. Te recuperé y me darás un hijo, nada más importa. ---Paulo lloraba, su voz se cortaba por los sollozos, pero intentó que ese último mensaje llegase claro. Alma lo separó un poco para poder mirarlo a los ojos.

---¿Estás seguro de que nada más importa? ¿Me vas a seguir viendo como la Alma que conociste, después de haber vivido yo este infierno? Yo misma no

me siento igual ---afirmó con mucha tristeza.

---Alma... ---dijo Paulo, calmándose, recuperando su tono de voz---, nada ni nadie podrá lograr que te ame menos. Ese hombre tomó algo que no le correspondía, que es mío, si yo tuviera la posibilidad de tenerlo frente a mí, le arrancarí la vida con mis propias manos, pero ya no está. Como bien dije, pequeña, «es», tú eres mía y así va a seguir siendo mientras tú me sigas aceptando a tu lado. Lo que tú quieras contarme de lo que has vivido, yo estaré ahí para escucharte y darte apoyo. Y si no quieres hablarlo, te respetaré. Pero ten por seguro que de aquí nadie me mueve. Eres mía, y ese hijo que llevas en las entrañas es mío. No dudes de mí. ---Alma lo miraba sollozando. Jorge y Karen estaban abrazados al costado, en silencio. Entendían que ese momento tan íntimo era necesario lo antes posible y decidieron pasar inadvertidos. Cuando Paulo hizo un silencio, Alma lo acercó y lo besó con pasión---. Te amo, pequeña, más que a mi vida. Por eso te pedí matrimonio. Eres la mujer de mi vida y, cuando volvimos a estar juntos, nos prometimos que no habría mentiras entre nosotros. Entonces no dudes de mí. Yo estoy ---dijo, y esa vez fue él quien la besó.

---Te amo... te amo ---repetía ella entre besos.

---Chicos... ---dijo Karen sabiendo que era inoportuna---. Perdón que los moleste. Pero no podemos quedarnos los tres tanto tiempo. El médico fue claro ---recordó a la vez que miraba a Jorge y a Paulo---. Alma debe descansar y debemos evitarle emociones fuertes.

---Sí, es cierto ---concedió Jorge.

---Yo me quedo, Karen, vayan ustedes a descansar. Mañana por la mañana venid uno de vosotros a reemplazarme, ¿os parece?

---Está bien. Dale. Vengo yo ---agregó Jorge decidido.

---No, papi, vengo yo. Vos quedate descansando un poco más. Sos una persona mayor e hicimos mucho viaje, además de la tensión. Tenés que cuidarte vos también. Yo vengo ---sostuvo mirando a Alma y a Paulo---. ¿Tipo ocho estará bien?

---Perfecto ---acordó Paulo---. Tiene razón Karen, Jorge. Será mejor que descanse.

---Me tratan como a un viejo, che. No soy tan mayor, y es mi hija al fin y al cabo ---expresó, algo enojado, Jorge.

---Hagamos esto, papi. Te levantás tipo diez, desayunás y te venís y te quedás con nosotras. Pero te levantás más tarde ---trató de conciliar Karen.

---Está bien ---acordó a regañadientes. Cuando empezaban a moverse para irse, Alma les preguntó: ---¿Alguno tiene idea de dónde quedó Lucas? ---No pudo dejar de consultar, debía agradecerle a su amigo---. Papi, ¿vos lo viste? Fue él el que me descubrió. En un supermercado. Le pedí que nos siguiera para que supiera adónde enviar a la policía.

---Hija, nosotros supimos que estabas acá en principio por una llamada de una mujer, una empleada del supermercado ---contó Jorge.

---Sí, me llamó a mí, a mi celular, me dijo que vos estabas prisionera de un hombre y que a ella le habías dado un papel con este teléfono ---cortó Karen a su padre.

---Ah, sí, ahora recuerdo... Antes de ver a Lucas en el supermercado, le di a esa mujer del probador los datos. Estaba tan desesperada...

---Lucas llamó a la policía y los acompañó a realizar el rescate --- continuó Paulo---, estuvimos con él hace un rato. Ya se fue a su casa. Nos dejó su número de teléfono y su dirección para que le avisemos cómo sigues. --- Alma recordaba que Paulo no tenía particular simpatía por Lucas debido a su declaración de amor, pero, en ese momento, se lo escuchaba hablar de él en tono neutro, casi agradecido.

---Cuando la policía se comunicó con Paulo ---siguió Jorge---, nosotros tres ya estábamos abordando un avión hacia acá. Por eso llegamos tan rápido.

---Almita, nos vamos, mañana te damos más detalles ---dijo Karen, y guiñó un ojo.

Besaron a Alma y a Paulo. Comenzaron la retirada. Alma estaba agotada. Apenas se hizo silencio en la habitación, sintió que el cansancio la ganaba de nuevo. Paulo se acomodó en la cama con ella, que se puso de costado, y él hizo lo mismo, ambos ocupando los espacios que el otro dejaba libre, cóncavo y convexo. Él le acarició el rostro y luego la abrazó fuertemente, pasando su mano por el vientre donde, sabía, estaba su hijo. Sentía una alegría tan grande en el pecho que casi había olvidado la furia de saberla violada, aunque esa luz de alarma seguía prendida.

Capítulo 10

Tal y como lo había dicho el doctor Mazachezzi, Alma estuvo dos días internada, en observación. Al término de ese lapso, se trasladaron a un hotel. Pasaron allí casi una semana, tratando de calmar los nervios. Alma no podía subir a un avión ni enfrentar un viaje tan largo en automóvil sin tener el permiso médico. Los días en Neuquén sirvieron para bajar el estrés de Alma, reencontrarse con Paulo y con su padre. Karen debió regresar cuando Alma salió del hospital. Guille y Lola la extrañaban y su permiso laboral terminaba.

Cuando los médicos vieron que Alma recuperaba el color saludable en su rostro, las ojeras desaparecían y todas las heridas cicatrizaban del modo esperado, decidieron darle el permiso para viajar. Le habían dado todos los antibióticos y retrovirales necesarios. Empezaron el regreso tomando todas las precauciones del caso. La policía los acompañaba en cada momento, la obstetra del Hospital de Neuquén le había dado unos complejos vitamínicos para tomar, ácido fólico y hierro, porque estaba algo anémica. Alma había sido sometida a toda clase de pruebas médicas y de laboratorio. Estaba sana, no había más consecuencias de su secuestro que las marcas externas, que tardarían un tiempo en desaparecer, y las huellas en su interior, que tal vez se prolongarían un poco más en el tiempo. Se había confirmado el embarazo, de ocho semanas al momento del alta, y se había dado fecha probable de parto en abril.

El vuelo de regreso no tuvo complicaciones y, en cuestión de horas, todos se encontraban cómodos en sus propias casas. Alma y Paulo, al llegar al departamento, hablaron por teléfono con Valentina para que escuchara a su nuera sana y salva, y para darle la noticia de que sería abuela.

---Ayyyyy, mis niños... ¡¡¡Qué alegría tan grande me estáis dando!!! Al fin tendré un nietito para malcriar. ---Se escuchaba el llanto del otro lado de la línea, ambos adivinaban que, mientras hablaba con ellos, Valentina lloraba--. Pero, niños, que vosotros no dejáis de darme sorpresas. ¿Es que queréis que caiga redonda de un infarto? Fijaos qué alegría me dais, ya necesito

que me deis las fechas, debo calcular bien.

---Nacerá para abril, mamá ---adelantó Paulo, adivinando a qué se refería su madre.

---*Excelente, será Aries. Excelente signo. Es de fuego. Ya veremos ascendente. En el horóscopo chino será... dejadme buscar. Tengo mi ordenador aquí cerca. Me esperáis ahí hasta que encuentre el archivo. ¡Uyyyy, mis niños!* ---Paulo y Alma sonreían ante la obsesión de Valentina---. *Qué hermoso, mi nieto será Aries, con todo el fuego que esto implica, pero además será...* ---dijo estirando el suspenso--- *¡¡caballo de madera!!*

---Y eso es bueno porque... ---agregó Paulo riendo, dejando la frase inconclusa adrede para darle la oportunidad de explicarse a su madre.

---*Ay, hijo, el caballo es un animal fuerte y, como todos los caballos, será una persona popular y mentalmente rápida. Los caballos de madera son muy sensuales, sociables y cálidos, observadores y muy habladores. Como buenos caballos, son muy cambiantes e impulsivos en sus modos de actuar. Impredecibles, los caballos suelen enamorarse y desenamorarse con facilidad, tienen un gran sentido del humor, son divertidos. El hecho de que su elemento sea madera nos dice que le dará estabilidad y fuerza, será muy trabajador, eso sí. Este niño, Almita, nos dará mucho trabajo, estoy segura. Dejadme averiguar más de esto y os hago un informe completo* ---dijo Valentina ya emocionada con darles un panorama de cómo sería ese bebé que ella ya había asumido como varón. Paulo y Alma reían.

---Está bien, mamá. Arma el dichoso informe si eso te hace feliz, pero debo avisarte que no nos importa qué animal sea ni qué signo, es nuestro hijo --concedió mirando a los ojos a Alma---, y solo eso ya lo hace perfecto.

---*Ayyyy, Paulito, me haces tan feliz, hijo mío. Qué bien me hace oírte así. Creí que nunca te llegaría el momento, la persona indicada. Estoy feliz, mis niños. Os amo, y me hacéis tan feliz. ¿Cuándo es que os venís para Madrid? Os estoy esperando con ansias, necesito abrazaros a ambos.*

---Gracias, Valentina, por tus palabras. Me hacés feliz con tu alegría ---dijo Alma con un dejo de tristeza en la voz.

---*Alma, criatura. Sé que no es momento, pero quiero que sepas que me tienes a tu lado para hablar todo lo que has pasado, cuando tú te sientas con ganas y ánimo. Sé que aún es muy pronto, pero deberás hacerlo. Será necesario para curar esa alma tan buena que tienes. Debes hablar y sacar el dolor para que eso que viviste no te afecte más de lo que ya te ha afectado.*

Recuerda, querida, Dios no te pone delante una prueba que no puedas superar.

Alma reconoció las palabras de su propia madre en las de Valentina, sonrió. Dios tenía caminos misteriosos para comunicarse con ella.

---Lo sé, Valentina. Te agradezco mucho que estés ahí para mí. Te quiero mucho.

---*Y yo a ti, mi vida. Me cuidas a ese padre primerizo y a mi nietito que llevas en el vientre. Estoy a una llamada nada más, recuérdalo.*

---Gracias ---expresó Alma emocionada.

---Mami, te amo, belleza. Gracias por apoyarnos, vamos a necesitarte seguramente. Por ahora no podemos viajar. El embarazo es muy reciente y pasaron muchas cosas difíciles. Cuando pasemos al segundo trimestre estaremos en condiciones de viajar, pero solo si los médicos lo autorizan.

---*Está bien, hijo. Lo entiendo. Lo más importante ahora es que estéis tranquilos, sobre todo Alma. Duerme, hija; come, descansa y duerme, que es lo que se necesita para tener un hijo sano. Mira, si no, al que tienes a tu lado. Yo debí enfrentar sola la peor situación que hubiese imaginado, la muerte del amor de mi vida, y escapar. Se puede, Alma. Aquí estamos Paulo y yo para dar fe. Todo lo que te pasó será solamente un mal recuerdo, doloroso siempre, pero recuerdo.*

---Mamá ---expresó Paulo con precaución, Alma estaba en silencio y con la cabeza gacha, adivinó que lloraba---, han sido demasiadas emociones por hoy. Entiendo tus buenas intenciones.

Alma levantó la cabeza y le tocó la mano para detener a Paulo.

---Gracias, Valentina ---pronunció con la voz tomada por el llanto---, sé que será difícil, pero mi hijo necesita a su madre. Y yo voy a estar cien por ciento con él. Debo recuperarme para él. Con mi familia, Paulo y vos estoy segura de que podré hacerlo. Gracias.

---*Así es, mi niña. Todos estaremos para ti, no dudes en acudir a nosotros, no te aísles.*

---Mami, Alma está muy cansada. Quiero que se acueste a dormir. Hablamos esta noche por Skype, ¿te parece?

---*Bien, hijo. Acompáñala. No me la desatiendas. Cuidaos. Os amo. Bye.*

---Adiós, mamá. Vamos, pequeña, debes dormir. ---Alma y él se dirigieron a la habitación.

Era el primer día que volvía a estar en su propia casa. Amanda y Pato

habían hablado por teléfono con ella y habían arreglado que ese mismo día irían a verla por la tarde. Paulo preparó la cama para que ella hiciera una siesta. Alma se fue a dar una ducha y, al salir, se encontró a Paulo acostado, esperándola. Sintió nervios, como si fuera inexperta, como si fuese la primera vez que tenía a un hombre delante de ella. Paulo estaba escribiendo un mensaje en su celular y ajeno a la turbación que estaba sintiendo Alma. Ella se recostó, apenas vestida con una camiseta y ropa interior, se tapó con la sábana y el acolchado. Paulo estiró el brazo y la envolvió, y dejó el celular en la mesita de noche.

---¿Cómo se siente esta hermosura que es solo mía? ---preguntó estrechándola.

---Bien, cielo. ---Ella lo abrazó a su vez, sintiendo el aroma tan característico de él, que la hacía sentir tan cuidada---. Algo cansada, pero bien. Me encanta estar en casa.

Sentía un nudo en el estómago, tenía en el pecho la certeza de que debía hablar con él, explicarle todo lo que había pasado con Mariano, darle los detalles que en las conversaciones que habían tenido no había podido darle. Adivinaba que él los precisaba y necesitaba ella, a su vez, decirlos para aliviar su propia alma. La psicóloga, con la que había hablado por teléfono desde Neuquén, se lo había advertido: «Alma, Paulo va a necesitar esos datos, debe armar su propia imagen de lo sucedido para luego romperla y poder olvidar. Mientras vos no le des la imagen completa, es algo que le quedará clavado como duda y no podrá dejarlo ir. A la larga, eso terminará por separarlos. Cuando vos estés lista, cuando te sientas segura, hablá con él. Dale la información que puedas, respondé a sus preguntas, será doloroso seguramente, pero a la vez sanador». Esa conversación rondaba la cabeza de Alma y había buscado el momento para hacerlo. Se dio cuenta de que era tiempo de aclarar. Se sentó en la cama, como chino, y lo invitó a hacer lo mismo. Paulo se quedó mirándola extrañado, hizo lo que ella le pedía, se sentó del mismo modo. Ella comenzó muy seria.

---Necesito que hablemos, cielo. Necesito contarte para poder empezar a olvidar.

---¿Estás segura, pequeña? ¿No crees que es demasiado pronto? Tal vez después de que descanses un poco y bajes la tensión...

---No, estoy preparada. No me siento bien si no te cuento, tengo esta sensación acá ---dijo tocándose el pecho---. Es como si tuviera una roca de

nervios, si lo saco, si lo expreso, voy a poder desanudarlo.

---Aquí estoy, princesa. Para escucharte ---indicó él serio a su vez. La mandíbula estaba tensa, sabía que no le iba a gustar lo que iba a escuchar, pero debía hacerle frente a la situación.

---Mariano, como sabés, era el padre de mi otro hijo, el que murió. Por algún motivo, él volvió a querer saber de mí, me hizo seguir y, cuando no aguantó más, volvió a La Plata. Al verme, tuvo, no sé cómo explicarlo, como... ---Se quedó pensativa eligiendo las palabras. De pronto las encontró---. Tuvo un brote psicótico. Volvió en el tiempo, en su mente, a la época en la que estaba embarazada de él.

---Pero él supo que vuestro hijo se había malogrado, ¿o no?

---No quise ponerme en contacto con él cuando perdí al bebé, estaba aún enojada. Pero Amanda lo hizo, le envió un *mail* donde le explicaba todo.

---Bien, así que el tipo sabía que tú ya no le darías ningún hijo.

---Sí, pero cuando regresó, tuvo esta especie de regresión en su mente, no sé, no lo entiendo bien aún. Me veía embarazada y siendo aún su pareja. Y creyó, en su locura, que yo le estaba siendo infiel con vos. Fue el primero en notar los cambios de mi cuerpo, cambios generados por este embarazo, pero que él asumió como el suyo. En medio de sus diálogos caóticos, difíciles de seguir, me confesó que fue él quien te hizo secuestrar cuando volviste de Madrid.

---¿Él? Pero... No puede ser, no puedo creerlo, Alma. Pero los tipos, no los vi nunca... Además, siempre me preguntaban por mi investigación. ¿Por qué? ¿Para qué?

---Desconozco las razones completas, sé que fue él. Con su dinero pagó para *hackear* mi celular, el de papi y el de Amanda. Así supo de nuestra separación, del video... ---Alma bajó la cabeza al recordarlo.

---Y supo de mi regreso por el móvil de Amanda. Solo a ella le dije cuándo llegaba ---dijo él, sacando la conclusión. Alma afirmó con la cabeza.

---Supongo que lo de los interrogatorios eran para que no sospecharas nada, pero para darles la excusa perfecta para torturarte. Todos saben que los periodistas cuidan a sus fuentes, tu negativa a dar datos era lo que necesitaban para lastimarte. La idea era que te llevaran herido pero con vida ante él, y él mismo matarte, pero te escapaste. No sé si esos tipos sabían realmente las razones del secuestro, tal vez pensarán que Mariano era alguien del gobierno.

---Hijo de puta, qué enfermo... ---Paulo se quedó pensativo, los puños

mostraban su tensión, tenía marcados los nudillos.

---Desde que llegó me empezó a seguir. En un momento, hasta creí que estaba volviéndome loca, creí verlo en varios lugares y, cuando fijaba la vista, ya no estaba. No era locura, él estaba ahí, acechando. Me fue diciendo cada una de las cosas que hizo para llevarme. ¿Te acordás lo de la goma pinchada el día del casamiento de civil de Pato?

---Sí, nos retrasamos bastante por ese motivo.

---Fue él ---dijo contundentemente---, no pudo llevarme en ese momento porque había mucha gente cerca. Iba a hacerlo cuando volviéramos de la boda. Las llaves las robó de mi cartera en la fiesta. Entró a la casa y armó un bolso. La idea era dejar todo revuelto, golpear a vos y llevarme cuando entráramos. Nos iba a esperar adentro, se había hecho una copia. Pero se atrasó y no pudo devolver la llave. Nos esperó en la calle.

---Sí, Eduardo confirmó que escuchó la puerta y algo de ruidos temprano, antes de que regresáramos nosotros ---recordó él.

---Me durmió con algo en un trapo que me puso en la nariz y, como me resistí, me golpeó, yo ni siquiera lo vi. Cuando desperté, había perdido la noción del tiempo, no tenía la misma ropa ni el anillo ---expresó mostrando el dedo vacío---. Cada vez que estaba despierta, aparecía en un lugar nuevo, me ponía somníferos en la comida o en el agua cuando tenía pensado trasladarme. Así fuimos alejándonos de la provincia, pasando a otras. Él me hablaba como si nunca nos hubiéramos separado, como si no hubieran pasado tres años sin vernos.

---Absolutamente enajenado, por Dios. De todos modos, no es excusa, lo que hizo es imperdonable. Qué increíble la cabeza de un hombre, cómo puede perderse y armar una realidad alternativa ---observó Paulo más como una conclusión para él mismo.

---Y en ese pensamiento, lo más normal para él era tener relaciones conmigo. ---Sintió el peso en el pecho---. Yo... logré, por unos días, mantenerlo alejado usando su realidad alternativa. Le decía que para el bebé no sería bueno, que corría peligro. Y aceptó no hacerlo, pero una tarde, algo en su cabeza lo hizo recordar tu video.

---¿Él había podido verlo? ---preguntó sin comprender.

---Él pudo ver todo lo que entraba en nuestros celulares, Paulo. Lo tenía guardado y lo veía cada vez que quería.

---Dios mío. ---No dejaba de sorprenderse.

---Algo le recordó el video y comenzó a decirme que seguro yo te había dejado hacerme esas cosas, las posiciones, y que entonces él tenía el mismo derecho. ---Alma bajó la vista, avergonzada. Paulo le tomó el rostro y la obligó a mirarlo.

---Nada, Alma, puede hacerme pensar mal de ti ni hacerme amarte menos. ---Esas palabras le dieron algo de ánimo---. Si tú pudiste perdonar y hacer a un lado esas imágenes tan terribles, cómo no entender lo que viviste, cuando ni tú misma consentiste.

---No, no consentí, pero de algún modo lo dejé hacer, no pude... ---Su voz se quebró, tomó aire y continuó---: Me ató, siempre me tenía atada con unas tiras de plástico para sujetar cables. Siempre el brazo derecho. Esa tarde me ató los dos. Y ahí fue que... ---La mandíbula de Paulo estaba tensa y oprimida, si hubiera apretado un poco más se habría roto todos los dientes, incluso se los oía rechinar.

---Pequeña, necesito... ---Los ojos de Paulo, a pesar de la furia, estaban llenos de lágrimas---. Perdóname, pero necesito saber. Por favor, continúa, no te detengas a pesar de mis lágrimas, necesito saber.

Ella tardó unos segundos para tomar aire. Cerró los ojos y se calmó, luego prosiguió: ---Fue muy violento, yo lo pateaba, le gritaba, lloraba, pero él tenía tanta fuerza... Estaba como ido, no había nada que lo detuviera. ---Alma lloraba a la vez que contaba, sus brazos, de manera automática, se habían acomodado alrededor de su propio cuerpo y se abrazaba, meciéndose---. Me arrancó la ropa. ---Un sollozo de Alma cortó el relato. Se quedó unos segundos en silencio y retomó---. Y cuando supe que estaba perdida, sentí como si el alma se me saliera del cuerpo. Y me quedé como muerta, ¿entendés? Lo dejé hacer, me fui, no podía seguir ahí. ---Ella lloraba desconsoladamente, Paulo permanecía frente a ella y estaba congelado. Los puños apretados, la mandíbula a punto de romperse---. Perdón, perdón, yo entiendo si vos pensás que lo dejé hacer conmigo lo que quería, que no pude detenerlo. Me fui, me escapé como una cobarde. Y él... no se dio cuenta de lo que me había pasado y me trató como un salvaje. ---El llanto de Alma era desgarrador y se mecía aún más---. Perdón, sé que no vas a poder perdonarme, sé que es terrible, sé que no vas a poder seguir conmigo, yo misma no puedo perdonarme, no puedo entender cómo lo dejé hacerme todo eso. ---Paulo estaba como ausente, las imágenes en su cabeza lo habían llevado a un espacio de furia y de impotencia, las palabras de Alma le llegaban como desde lejos,

apenas las escuchaba---. Yo sé que no podés seguir conmigo, te entiendo. --- Esa última frase lo sacó de la ausencia, lo volvió a la realidad como un balde de agua fría que se le hubiese echado en el rostro.

---¿Qué? ¿Qué estás diciendo, Alma?

---Eso, que te entiendo si no querés seguir conmigo. ---Lo miró con los ojos anegados en lágrimas---. Que lo dejé hacer como la cobarde que soy, que no le di pelea. Yo no puedo perdonarme. ¿Cómo voy a esperar que vos me perdones? Sé que no soy digna de vos, que no debo obligarte a seguir al lado mío.

---Alma...

---Sé que vos te quedás por este bebé.

---Alma, escucha. Detente. ---Paulo se iba acercando a Alma, abrazándola.

---Pero quiero que sepas que vos vas a ser el padre, siempre, aunque no estemos juntos, y que te entiendo. ---Paulo la tomó de la mandíbula para que ella se callara y lo mirara. Fue un movimiento casi violento.

---Silencio ---ordenó---. Entiendo lo terrible que es todo eso que viviste. Sé que no hubieras podido detenerlo, ni siquiera estando con ambas manos libres. Te entiendo, pequeña, no te juzgo a ti. Solo le pido a Dios que ese hijo de puta tenga su merecido, que se queme en el infierno, por tomar lo que ya no era suyo. ---Paulo se quebró y se puso a llorar a la vez que hablaba---. Por hacerte todo el daño que te hizo y por poner en riesgo a mi hijo. ---Cortó la frase queriendo contener el enojo que estaba ganando espacio en su interior. Se mantuvo en silencio y con los ojos cerrados, como queriéndose concentrar en algo. Estuvo así unos segundos, pero las imágenes de la violación volvían a atacarlo, no le daban paz. De pronto, la furia que venía dominando se desató. Paulo comenzó a pegarle con el puño al colchón sobre el que estaba sentada, aún, Alma. Él, arrodillado al lado de Alma, descargaba la frustración y la ira que tenía guardada desde hacía días; en cada golpe, imaginaba el rostro de Mariano. Golpeó varias veces, Alma lo miraba asustada, enmudecida, paralizada. La mirada de terror de Alma y los movimientos que hizo para alejarse lo volvieron a la realidad. De pronto la vio y percibió el miedo en su rostro, se había replegado, se había hecho un ovillo en la cabecera de la cama. Él se congeló.

---Pequeña, perdóname ---dijo acongojado, dándose cuenta del temor que le había generado a Alma con su reacción---. Lo siento, lo siento, por favor, pequeña, no te alejes, no me temas, jamás sería capaz de lastimarte. ---

Intentaba acercarse a ella y Alma, a su vez, se alejaba---. Te suplico me perdones tú, tengo mucha furia contenida. Maldita sea mi suerte. ---Se golpeó la cabeza a sí mismo, como llamándose la atención---. No debí explotar delante de ti.

---Yo... ---Alma seguía con una mirada aterrada.

---Pequeña, cálmate, yo ya lo he hecho, te prometo que esto nunca volverá a ocurrir ---decía a la vez que intentaba tomarle las manos para transmitirle calma---. La furia, la ira de saberte en esa situación, las imágenes en mi cabeza... Me volví loco. Estuve hablando esto con Germán. Creo que removí demasiado. Mi mente me tortura con todo lo que sucedió, arma un filme que no puedo detener. ---Paulo se golpeaba en la frente, como si existiera un botón allí que le permitiera borrar eso, y lloraba. Alma se fue acercando entre tanto dolor.

---Cielo. ---Paulo la miró---. Sé que esto te afecta tanto como a mí.

---Perdón, te suplico que no me tengas miedo. Jamás te lastimaría, lo juro.

---Lo sé. Yo... ---intentó decir Alma, pero él la calló, ya recompuesto.

---No me voy a alejar de ti. Que te quede claro, pequeña. Eres la mujer de mi vida y voy a hacer lo que sea necesario para que lo entiendas, y no desconfíes de mí, ¿entiendes? ---Alma lo miraba con los ojos aún llorosos---. Te amo, no puedo vivir sin ti, no quiero vivir sin ti. Lo que no puedo perdonar es haber dejado que ese hijo de puta te llevara. No puedo perdonarme el no haber conseguido detenerlo. Yo no me puedo perdonar, tú eres la más inocente en todo esto.

---Paulo ---ella comenzó la frase, pero luego quedó en silencio.

---Estoy aquí, feliz porque me darás un hijo. Pero estoy aquí por ti. No me quedaría contigo si no te amara y si no estuviera seguro de lo que siento. Desde el momento en que te vi aparecer, flotando, la noche de la tormenta, lo supe. Mi vida cambió totalmente desde ese instante, y mi forma de apreciar todo. No puedo estar sin ti, me niego a vivir un minuto en este mundo sin ti. Eres mi otra parte, eres quien me completa, eres mi hilo rojo, ¿o acaso lo olvidas? Hay maneras de ser padre sin estar contigo. Pero no quiero eso. Quiero el paquete completo. Quiero a mi mujer junto a mi hijo, quiero a mi familia, y nadie me va a arrebatar eso, ni siquiera un hijo de puta que, además, está muerto. ¿Soy claro?

---Te amo. ---Se abalanzó sobre él y lo abrazó mientras lo besaba emocionada---. Te pido que me tengas paciencia, estoy muy nerviosa, no me

siento yo misma aún.

---Tenemos toda la vida por delante, necesito que te sientas bien de nuevo, aunque nos tome tiempo, quiero que seas tú otra vez ---dijo él muy cerca de su rostro---. Te amo.

---Yo te amo más, cielo.

Ambos se fundieron en un beso apasionado, pero a pesar del tiempo que hacía que no se tocaban, y de la necesidad que tenían uno del otro, Paulo no intentó tocarla. Sabía que ella no estaba preparada. Se abrazaron con fuerza y volvieron a acostarse. Así, juntos, se durmieron.

Pato había regresado de la luna miel. Todos habían acordado no contarle el secuestro de Alma hasta que no regresara. Los recién casados habían viajado a Brasil, como viaje de recién casados, y allí pasaron diez días. Cuando regresaron, Pato se enojó muchísimo con toda su familia y con Amanda. No podía creer que ante una situación tan seria la habían mantenido afuera, aislada. Se puso a investigar junto con Amanda ni bien regresó. Todo las llevaba a pensar en Mariano, pero no tenían forma de encontrarlo. Cuando supieron que Alma había aparecido en Neuquén, sintieron el alivio. Sabían, porque Karen las había mantenido informadas, todo lo que Alma había sufrido. Habían llorado juntas, pensando en el dolor de su amiga. Esa tarde volvían a reunirse. Tocaron el timbre de la casita. Se escucharon pasos que se dirigían a la puerta. El rostro sonriente de Paulo las recibió.

---Hola, bellas, qué bueno que estéis aquí, os necesita. ---Amanda se adelantó y se abrazó a Paulo. Luego Pato hizo lo mismo.

---Hola, galleguito. Tu primo te está esperando en el automóvil, nos trajo hasta acá y ahora te lleva un rato a lo de tus tíos. Así nos quedamos un ratito con ella.

---Hola, Paulo ---dijo Pato conmovida---. Quedate tranquilo, nos quedamos con ella hasta que vuelvas, tomate tu tiempo.

---Gracias, chicas. Debo hacer algunas compras. No quiero dejarla sola, pero casi no tengo nada en la heladera.

---¿Cómo está? ---averiguó Amanda, preocupada.

---Sorprendentemente mejor de lo que yo esperaba. Bastante entera. Necesita mucho amor, chicas, está lastimada física y psicológicamente. Pero el amor es el mejor remedio.

---Gracias a Dios que te tiene, Paulo ---dijo Pato---. Estamos todos y estás vos. Amor es lo que le sobra. Va a estar bien. Vamos, Amandita, entremos.

---Gracias, chicas, os aviso cuando esté llegando. ---Las hizo entrar, cerró la puerta detrás de ellas y se dirigió hacia el automóvil de Germán.

Amanda y Pato entraron en la casa y fueron a la cocina, donde se escuchaban movimientos. Alma estaba allí preparando el mate. Había puesto sobre la mesa el termo con agua caliente y estaba terminando de completar la calabacita con yerba. Pato y Amanda se quedaron paradas en el resquicio de la puerta.

---Almita ---dijo Pato con voz quebrada.

Alma se dio vuelta, emocionada. Las tres corrieron y se unieron en un abrazo grupal.

---Chicas, no se dan una idea... No sé cómo... Dios mío. ---Lloraba sin consuelo.

---Amiga, shhhhh, tranquila... Bicho del orto. Ojalá se cague quemando en el infierno. Mirá que Dios es bueno porque lo dejó irse sin pagar de este lado. Si yo lo hubiera agarrado, amiga, lo dejaba sin pija. Se la cortaba de a poco, para que le duela mucho, y después se moría desangrado.

---Amanda, por favor. Eso no ayuda a Alma. Cuidá lo que decís, nena.

---Fue siempre un sorete, Pato, hasta el momento en que se murió, fue una mierda de persona. Si en el infierno hay un castigo justo para él, espero que esté sintiendo un dolor indescriptible y eterno. ---Amanda hablaba enojada. Alma seguía llorando.

---Por favor. Le prometimos a Paulo que la íbamos a cuidar. ¿Te parece que esto es cuidarla? ---reprochó, enojada, Pato. Amanda se calmó.

---Perdoname, amiga. Me dejé llevar por la bronca. Perdoname. --- Volvieron a abrazarse.

---Almi, calmate, si no Paulo no nos va a dejar volver a verte ---repitió Pato.

---Ya estoy mejor ---dijo Alma, aún agitada por el llanto, pero intentando calmarse---. Siéntense. Preparé el mate.

---Dale, dejame que yo cebo ---dijo Amanda---. A vos siempre se te lava enseguida. Además, no hay mates más ricos que los míos. Así que dejá el termo en mis manos. ---Amanda imponía un clima distendido con su buen humor.

La ronda de mate comenzó y ese ritual las relajó. Alma se sintió con mejor ánimo, preguntó por la luna de miel, por las playas de Brasil. Cuando todas estuvieron listas, Alma les relató la serie de situaciones que había vivido

desde la madrugada en que terminó la fiesta de bodas hasta el suicidio de Mariano.

---Ay, amiga, menos mal que te encontraste a Lucas ese día. Por Dios, si él no te hubiera visto, a lo mejor todavía hubieses estado prisionera ---reflexionó Pato asustada.

---De todos modos, chicas, en el supermercado le di mis datos a una mujer. Ella me vio golpeada, asumió que Mariano era un hombre golpeador y que yo era víctima de violencia de género ---explicó Alma.

---Bueno, tan equivocada no estaba, ese bicho te lastimó toda, y eso que cuando fueron novios no mataba una mosca. ---Se quedó pensativa Amanda.

---Tenía mucha furia contenida, chicas. Yo creo que algo le pasó, y eso desató al animal enjaulado. No lo reconocía cuando me insultaba, cuando me hablaba con odio, cuando me maltrataba. Era como si estuviese poseído y... en otros momentos volvía a ser el tipo inseguro que yo conocía.

---Por más loco que estuviese, Almi, nada justifica lo que te hizo ---dijo Pato.

---Chicas, él me... ---Alma sintió que las fuerzas la abandonaban. Aún no podía hablar de eso sin quebrarse, pero debía aclarar su verdadero estado.

---Tranquila, amiga. El gallego nos puso al tanto. Por eso lo odiamos aún más al bicho, porque lo que hizo fue de poco hombre. ---Ambas amigas le tomaron sendas manos para infundirle ánimo, y ellas también se pusieron a llorar.

---Fue tan... No puedo recordarlo y no sentir ganas de vomitar, chicas. Fue violento, fue animal, me golpeaba, me ató, yo... yo... ---El llanto la embargaba--. Hice fuerza para soltarme, para pegarle con las piernas, quería zafarme, pero él tenía tanta fuerza y yo estaba agotada. ---Ambas amigas guardaban silencio, estaban tensionadas por el relato---. Solo quería morirme, que me matara en ese momento.

---Alma, por Dios, no digas eso ---reaccionó Pato.

---Es así, Pato. No quería seguir viva después de eso. Me fui, me evadí de la situación. Me quedé como muerta.

---¿Te desmayaste? ---preguntó Amanda.

---No sé si fue un desmayo, creo que fue algo similar. Yo sentí que me salía de mi cuerpo y pude ver la situación desde otro lugar. Es difícil explicarlo, no entiendo bien lo que pasó.

---¿Y él? ¿Qué hizo cuando vos ya no te moviste? ---siguió Amanda.

---Al principio no se dio cuenta, siguió siendo brutal. Pero después notó mi silencio. Según me dijo él después, no llegó al orgasmo, pero no confié en él.

---Puta madre, amiga. ¿Te dieron el anticonceptivo del día después en el hospital? Sé que a las mujeres que vivieron lo que vos viviste se los dan.

---Me dieron todo lo necesario para evitar enfermedades de transmisión sexual. Tomaron muestras para el fiscal, para comprobar la violación, pero no pudieron darme el anticonceptivo.

---¿Qué? ---Amanda se quedó en silencio.

---¿Qué querés decir, Almi? ---preguntó Pato asustada---. ¿Te dejó embarazada?

---No. Mariano no me dejó embarazada.

---Ahhhhh ---respiró Amanda---. Amiga, estos suspensos me están matando. ¿Entonces por qué no te la dieron?

---Porque el que me había dejado embarazada era Paulo. ---Las dos amigas se quedaron mudas, con los ojos grandes de la sorpresa---. ¿Entienden?

---¿Cómo? ---dijo Pato.

---Paulo y yo estábamos esperando un hijo cuando Mariano me secuestró. Ninguno de los dos sabía nada, pero por la cantidad de semanas que tengo de embarazo es de él. ---Las tres se levantaron y, entre risas y llantos, se abrazaron, gritaban y reían. Luego de unos instantes volvieron a sentarse.

---Ayyyyyy, amiga, no puedo creerlo, cómo puede ser que entre tanto dolor y tanto maltrato ese bebito siga ahí, protegido ---agregó, conmovida, Pato.

---Pero, Almi, vos siempre tomaste píldoras anticonceptivas. ¿Cómo pudo pasar esto? No me digas que pueden fallar porque me mato, yo me cuidó con el mismo sistema ---repuso, preocupada, Amanda.

---Es que las dejé de tomar cuando Paulo y yo nos separamos, y cuando volvimos, las retomé, pero al hacerlo debía de haber usado, ese primer mes, otro sistema de cuidado. Y no lo hice. Fue mi culpa.

---Ay, nena, menos mal que me lo aclaraste, ya me estaba dando un ataque ---respiró, aliviada, Amanda.

---Ay, Amanda, no seas tan exagerada, de última, vos estás por primera vez en pareja, estable, con un hombre como la gente, que te cuida, te ama, tiene su propio trabajo, no te vive. ¿Tan malo sería quedar embarazada en esta situación?

---Ah, Pato, dejate de decir boludeces, ¿querés? Germán y yo hace unos meses que nos conocemos, estamos rebien, sí. Él es un tipo distinto a todos los que tuve en mi vida. Estoy haciendo el intento de tener una relación con alguien por primera vez en mucho tiempo. ¿Te parece que me haría bien quedar embarazada?

---¿Por qué no? No me parece nada grave, además, tal vez eso te ayude a decidirte y a lo mejor perdés todas tus dudas ---siguió Pato.

---A mí dejame tranquila, en esto soy más tradicional.

---¿Amanda una *tradicional*? ---dijo Pato riendo y haciendo con los dedos el gesto del entrecomillado---. Esto es mucho.

---¡Pato!, sé que no soy muy tradicional, pero en estas cosas creo que sí. Dejame que me sienta segura con él, que vivamos juntos y solos un tiempo, y luego, si los dos estamos de acuerdo, buscaremos un hijo.

---¿Huelo miedo al compromiso? ---siguió afilada Pato.

---Che, nena, ¿qué te agarró hoy? Ya te dije, si las cosas se dan despacito, sí, de a poco, hablando. Pero que me llegue de sorpresa, ni en pedo. ---Cuando terminó de decir todo eso, Amanda se percató de que el panorama que había descripto también se refería a la vida de su amiga. Enseguida cambió el gesto y se disculpó con Alma---. Ay, amiga, perdón, perdón, no me di cuenta de que vos estás en la misma situación que yo, con una diferencia, Paulo ya te había pedido matrimonio. Qué animal soy, te pido que me perdones, amiga, no quise...

---No te preocupes, nena, entiendo tus miedos. Y sé que en el fondo comparto algunos. Pero Paulo me habló con tanta claridad, está tan feliz de que vamos a tener este bebé.

---Me imagino, Almi. Esto es algo que debemos festejar, amigas ---propuso Pato feliz.

---No sé cómo, chicas ---dijo Alma volviendo a su tono triste---. No me siento preparada para salir a ningún lado, tengo miedo, veo en todos lados a Mariano, es como si no hubiera muerto.

---Alma, pero vos tenés que superar a Mariano, no puede que gobierne tu vida aún muerto ---reflexionó Pato preocupada.

---Ya sé, trato de que no sea así. Pero el miedo está ahí, agazapado, para hacerme temblar, o verlo en rostros por la calle.

---¿Le dijiste eso a Paulo?

---No.

---¿Y a tu psicóloga?

---A ella sí. Me explicó que lo que viví con Mariano fue tan intenso, tan fuera de lo normal, que mi mente no puede aceptar así de fácil que ese hombre haya desaparecido.

---Bueno, muy fácil no fue, hubo todo un movimiento policial, judicial, y se pegó un tiro, digamos que no la hizo demasiado fácil ---dijo Amanda con gesto de ironía.

---Ya sé. Pero me dice la psicóloga que no pude ver a Mariano muerto, y eso es lo que me hace desconfiar, inconscientemente, claro.

---¿Verlo? ¿Era necesario verlo? ---preguntó, extrañada, Pato.

---Parece que sí. La psicóloga dice que para eso sirven los velatorios. En un primer momento, hace más de cien años, eran necesarios porque muchas personas padecían una enfermedad rara que los hacía tener desmayos y respiraban tan despacito que no se escuchaba, y el corazón también se ponía muy lento. ---Alma se quedó pensando---. No recuerdo el nombre de la enfermedad.

---Era catalepsia ---afirmó Pato.

---Eso. Entonces a muchos los enterraban vivos y se daban cuenta después, cuando volvían a abrir las tumbas y estaban en otras posiciones. ¿Se acuerdan en Literatura Inglesa, que leímos un cuento así, de Poe?

---Sí, recuerdo. Qué feo que te pase eso. Horrible. ---Amanda se quedó pensativa.

---El punto es que los velatorios eran para darle tiempo al enfermo a despertar en el caso de tener catalepsia. Hoy ya no se hacen por eso, se hacen para que los allegados comiencen a realizar el duelo, ver al muerto te pone de frente con la realidad, no te queda otra que entender que esa persona se fue.

---Claro, al no poder ver el cuerpo sin vida, tu mente teme que él vuelva a aparecer; aunque tu cerebro sabe que es imposible, te faltó verlo ---analizó Amanda siguiendo los razonamientos de la psicóloga---. Cuando te sientas mejor, podríamos ir a su tumba, te acompañaríamos.

---No, la familia se llevó el cuerpo. Lo iban a sepultar en Comodoro Rivadavia. No puedo ni quiero viajar hasta allá.

---Está bien, Almi. Lo mejor será volver a terapia, confiá en el tiempo --- planteó Pato, segura de que decía una obviedad.

---Sí, lo estoy haciendo. Pero no ayuda mucho ---dijo como ausente.

---O podemos viajar nosotras, Pato. Vos y yo nos vamos a Comodoro,

buscamos la tumba y tomamos una foto. Cada vez que desconfíes, podés mirar la lápida ---propuso Amanda.

---Podría ser. Dejame hablar con Martín, a ver si él nos acompaña.

---Dale ---dijo Amanda.

---No sé si me va a ayudar eso, amigas, pero les agradezco el intento.

---Lo hacemos, no se hable más ---afirmó, decidida, Amanda.

---Chicas, hablemos de cosas lindas, por favor. Almi, pensemos en positivo. Es la única forma de salir adelante ---insistió Pato.

---Sí, tenés razón. Mariano fue ---dijo Amanda.

---Tienen razón. ¿Cómo siguen sus vidas? ---preguntó Alma intentando cambiar el ánimo.

Las tres amigas comenzaron una charla que fue distendiendo lentamente el clima. La mente de Alma entendía que, si bien lo sucedido era difícil, la gente que la rodeaba no hacía otra cosa que darle ánimos, y no la juzgaban. Si ellos no lo hacían, ella misma debía dejar de hacerlo. Nada en su conducta pasada o presente había habilitado a Mariano a hacer o pensar ni un ápice de lo que hizo ni pensó. Seguramente, le llevaría tiempo superar esa situación traumática, pero no le sería imposible. Sus amigas, su familia y el hombre al que amaba estaban ahí para ayudarla.

Capítulo 11

Paulo regresó cuando casi era de noche, había hecho compras para alimentar un batallón durante unos quince días aproximadamente. No quería tener que salir y dejar sola a Alma.

---¿A cenar a la casa de la amona? ---preguntó sorprendida.

---Supongo ---dijo Paulo---, siempre que se hace reunión familiar es allí, ¿no?

---Sí, es que... ---El tono de voz denunció nerviosismo---. Entrar a la casa de la amona sin que esté ella cocinando, no sé... No sé cómo me voy a sentir --anticipó Alma estrujando sus manos, nerviosa. Paulo se sentó frente a ella y la miró a los ojos.

---Pequeña, tu aitona necesita verte, saber que te recuperó. Está muy decaído desde la muerte de la amona. Lola necesita verte también, y Guille. En estos momentos de dolor, lo mejor es unirse para pasarlos juntos. ---La tomó de la mano---. Yo estaré contigo todo el tiempo.

---Está bien ---asintió no muy convencida---. ¿A qué hora nos vamos?

---En unos minutos, no te cambies, así estás hermosa. ---Se acercó y la besó con dulzura.

---Qué lindo que sos ---dijo ella, halagada.

---¿Tú crees?

---Estoy segura ---aseguró ella, respondiendo a su beso. Paulo la besó con un poco más de efusividad. Al principio Alma se sintió bien, pero luego una sensación de ahogo, de temor y de rechazo la invadió, y, de pronto, oscuridad. Se sentía rodeada por oscuridad y, como un rayo, el rostro retorcido de Mariano se le apareció. Hizo un solo movimiento brusco y se alejó de Paulo casi sin pensarlo. Este se quedó sorprendido por el rechazo. Alma, con gesto compungido, volvió a acercarse---. Perdón. ---Cubrió su boca con una mano, como sorprendida de sí misma---. Perdón, cielo, es... de pronto... Mariano...

---Tranquila, pequeña. Sé que no será fácil. Entiendo, es que necesito tanto tu contacto.

---Lo sé, me pasa lo mismo. Te juro que también quiero estar con vos, pero recién... me sentí tan mal, una sensación de ahogo, y, de pronto, la cara de Mariano se me hizo presente.

---Te suplico. Ese hombre no puede seguir presente entre nosotros. Destiéralo, sácalo de tu cabeza. Yo esperaré lo que sea necesario, pero no le des el poder de gobernar en tu cabeza.

---Te prometo que voy a hacer todo lo posible. ---Alma estaba compungida, no quería lastimar a Paulo, aspiraba a sentirse como siempre se había sentido a su lado: plena, feliz, completa, segura.

---Él ya no está, su fantasma debe irse también. Prometo darte todo el tiempo que requieras. Necesito a mi Alma de vuelta. Esperaré que seas tú la que me digas que estás lista. Creo que tengo algo que puede ayudarnos para comenzar el camino. Esto ---dijo Paulo a la vez que sacaba un estuche de su bolsillo, el rechazo sorpresivo de Alma había roto el clima en el que Paulo quería darle esa sorpresa, pero necesitaban algo que los llevara lentamente al punto del camino donde se habían quedado casi un mes atrás, aquel punto donde debían retomar el paso, juntos---. Es para renovar el voto. Él te robó el anterior, pero mi amor sigue aquí ---sostuvo a la vez que tocaba el dedo donde había colocado el anillo de compromiso anterior---. Y aquí. ---Le tocó el pecho a la altura del corazón---. Este espacio vacío ---dijo señalando nuevamente el dedo desnudo--- te lo va a recordar. Por eso lo vamos a reemplazar por otro. ---Y abrió el estuche. Alma hizo un gesto de asombro---. Pero este es mucho más especial porque simboliza un amor que nace del fuego corporal, un amor adulto, maduro, con toda la pasión y con toda la vida por delante. ---Alma estaba emocionada---. Este anillo simboliza tradición, historia, compromiso para siempre.

---Paulo... ---Su voz demostró la emoción que la embargaba.

---Este no es cualquier anillo, es uno que debería de haber puesto en ese dedo desde el primer momento. Pero quiso Dios que no me llegara la encomienda a tiempo. ---Alma hizo gesto de no comprender---. Este anillo es el que mi padre le dio a mi madre cuando ellos se comprometieron. Cuando hablamos a Valentina para contarle que íbamos a casarnos, ella luego me llamó por privado para decirme que quería darme esta sortija. Tardó unos días en enviar la encomienda y por eso llegó tarde. Eso nos jugó a favor, porque si lo hubieras tenido en tu mano, ese tipo te lo habría sacado. Gracias a Dios, fue el otro. ---Paulo lo tomó y lo puso lentamente en su dedo---. Llegó hace días,

pero tuve que enviarlo a una joyería para que lo hicieran un número más pequeño. ---La argolla calzó en Alma de modo preciso. Ambos se quedaron mirándose como embelesados---. Te amo, pequeña, nunca lo dudes. Mi vida eres tú... ah, y ese pequeño que crece dentro de ti ---Alma se acercó, lo besó con dulzura, lo abrazó y se quedaron así unos instantes.

---Vamos, belleza, debemos salir para la casa de tus abuelos. Nos deben de estar esperando. ---La abrazó con dulzura y la obligó a moverse.

---Bueno ---consintió ella, aún con los ojos húmedos por las lágrimas.

Subieron al automóvil e iniciaron el camino para llegar a casa de Jorge y los abuelos vascos. Cuando Paulo estacionó, desde el fondo de la casita del aitona salió como un rayo Lola. Gritaba con júbilo, estaba feliz por encontrarse con su mamá.

---Maaaaaammmmmiiiiiiiiinnnnnaaaaaaa ---vociferaba a la vez que corría. El sobrenombre de su tía se estiraba en sus labios. Cuando llegó a la reja de la entrada, Jorge salió de la casita con las llaves para abrirle a los recién llegados.

Alma estaba emocionada de ver a su familia.

---Lolita, hermosa de la tía. Calmate, belleza. La mamá está bien. Calmate. --- Paulo y ella ya estaban del otro lado de la reja, la niña saltaba y gritaba esperando que su abuelo abriera.

---Dale, abuelito, apurate por favor. Abrí la reja así entra la mamá, daleeeeeee, apurateeeee. ---Saltaba con las manos juntas a la altura del pecho. Jorge caminaba con su paso cansino pero seguro, con una sonrisa en los labios.

---Princesa, tu tía no puede ponerse nerviosa ni levantarte ---explicó Paulo antes de que la niña se abalanzara sobre su mujer---. Cálmate, bonita.

---Palito, te juro que no la lastimo. Yo la quiero a mi mamá, no le voy a hacer mal. Te lo juro ---decía la pequeña a la vez que se besaba el dedo índice poniéndolo perpendicular a sus labios y luego lo giraba completando la forma de una cruz. Jorge terminó de poner la llave en la cerradura y, apenas dio las dos vueltas, la pequeña se tiró sobre la reja para abrazar a su tía---. Mamá, ¡te extrañé mucho! Te fuiste y no te vi por muchos días. ¿Por qué Mariano hizo eso? ¿No sabe que vos ahora sos novia de Palito? A él ya no lo querías más vos, ¿no? ---Lola hablaba en forma de catarata, no dejaba que su tía respondiera. Ambas se habían fundido en un abrazo y Alma estaba arrodillada, siguiéndola, con los ojos cerrados y algunas lágrimas de emoción que se

deslizaban por sus mejillas.

---No, Lolita. Él no sabía que yo no lo quería más. Pensó que seguíamos siendo novios.

---Pero, ¿está loco? Si cuando se fue yo era así de chiquitita ---señaló separándose de su tía para hacer una marca de altura ridícula.

---Parece que se olvidó ---dijo Alma riendo amargamente, secándose las lágrimas.

---Pero mirá que es tonto, menos mal que Palito, el abu y mami te encontraron. ¿Ya le hicieron entender que no lo querías más? ---Alma miró a su padre buscando respuestas, no sabía hasta dónde le habían contado a Lola sobre lo sucedido.

---Sí, Loli. Ya le explicamos. Vamos, dejá entrar a la mamina, que hace frío ---apuró Jorge ayudando a Alma a ponerse de pie, luego la abrazó fuertemente y le dijo al oído---: Fuerza, hija. Todo va a salir bien.

Paulo abrazaba a Lola y, cuando terminó, cerró la reja, puso llave y la entregó a Jorge, que le dio un abrazo. Lola tomó a Alma de la mano.

---Vamos, mamina. Vení, entremos, que te tengo que contar algunas cosas. En este tiempo que no te vi, mi amigo Milo se rompió un brazo, le pusieron un sello, ¿así se dice, abu? ---dijo a la vez que se giraba para hablar con su abuelo Jorge.

---No, Lolita, le pusieron un yeso, no un sello ---aclaró Jorge riendo.

---Bueno, eso. Y me dejó hacerle un dibujo. Yo le hice una flor porque no se me ocurría qué hacerle. La señorita nos hizo hacer un experimento, a mí me gustó, nos pusimos unos anteojos grandes y unos pintores para no mancharnos, estuvo bueno, tenía olor feo, pero me gustó. Y me *peleé* con Carlina, mi amiga.

---Alma hizo gesto de pregunta y Lola comprendió que su tía le iba a preguntar las causas---. Sí, ya sé, mamina, somos amigas desde la primera salita, pero me robó mi lugar en la mesa del jardín y me empujó---. Lola puso trompita de enojada.

---Seguro que lo hizo sin darse cuenta, Loli, no creo que lo haya hecho a propósito. Ella te quiere mucho.

---No sé, mamina, pero todavía estoy enojada.

---Qué lástima, Loli. ---Alma caminaba de la mano de su sobrina.

---Ah, y cuando vos te fuiste, la amona se fue al cielo, ¿sabías? Yo la extraño mucho, pero todos me dicen que era muy viejita y que está mejor allá ---dijo señalando el cielo. Alma se sorprendía de la naturalidad con que Lola

vivía todas las cosas que les estaban sucediendo. Su hermana había hecho un buen trabajo con Lola, era una niña sana, que sufría las mismas cosas que otros niños, pero con una sensibilidad distinta.

---Sí, Loli. Ya me lo habían dicho. Yo también la extraño mucho, todos la extrañamos, pero seguro fue lo mejor para ella ---opinó, conmovida, Alma. Se acercaban a la puerta de la casa.

---Sí, eso dice mami. Así que ahora está con la abuela y el porotito, seguro. ---La mención a su madre y a Lucio, su primer hijo, la hizo detenerse. Su quietud abrupta preocupó a Paulo.

---Pequeña, ¿te sientes bien? ---preguntó con gesto afligido.

---Sí, sí... Vamos, Lolita, entremos.

---Dale, mamina. Entremos, el aitona está muy triste hace mucho, seguro que ahora te ve y se pone contento. ---Lola tiraba de la mano de Alma, haciéndola entrar.

Traspasar la puerta de la casa y recibir un abrazo de oso fue todo uno. El aitona estaba mirando por la ventana hacia la calle y los vio llegar. Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras esperaba la entrada. Recuperar a Alma, en medio de tanto dolor, era como encontrar una isla en medio del océano.

---Almita, ¡qué alegría!... No te das una idea, tenerte en mis brazos, hija, después de tanto dolor ---Sabino hablaba a la vez que lloraba.

La abrazaba fuerte y Alma no podía responder. El llanto contenido por la amona se liberó. Ambos se envolvían, parecían un nudo. Los sollozos de los dos eran el único sonido que se escuchaba en el comedor. Jorge se acercó lentamente, temía por la salud de esas dos personas tan queridas para él.

---Aita, por favor. Te va a hacer mal. Calmate un poquito ---dijo a la vez que apoyaba la mano sobre la espalda de Sabino, que temblaba por los sollozos.

---Aitona, vamos a sentarnos, vení. ---Se metió Lola---. Vení, aitona, te digo. Haceme caso. Te podés caer vos que sos tan viejito, y ya se me fue la amona, no quiero que te vayas vos también. ---Lola lo había tomado de la mano y tironeaba para que se sentara en los sillones que estaban cerca de la entrada. Paulo le hizo un guiño con el ojo y le indicó que hiciera silencio, que él se encargaría.

---Sabino, vamos a sentarnos, os acompaño hasta los sillones. Usted está muy débil y Alma también. Hágame caso, seguirá abrazándola allí, no se preocupe, no se la voy a alejar. ---En ese momento, ambos comenzaron a

destrabar el nudo humano---. Pequeña, hazme caso tú también. Me preocupa que ambos os descompenséis. Calmaos, por favor.

---Sí, tenés razón. Esperá que lo ayudo. ---Alma tomó a Sabino del brazo y caminaron con cuidado hacia los sillones.

---Paulo, Paulo... Nunca creí que fuera a querer tanto a un madrileño en mi vida. ¡Hostias! Pero es que me cuidas a esta niña, que es mi corazón. Cómo no quererte, muchacho ---decía Sabino a la vez que avanzaba y miraba a Paulo, que lo sostenía junto con Alma---. Si me la has salvado ya dos veces. ---Sabino tomó la mano de Paulo, la misma con que lo sujetaba para llevarlo al sillón, la asió con fuerza, como llamando su atención---. Gracias, muchacho --dijo con una honestidad que se le traslucía en los ojos---. El destino se ha ensañado con mi niña, pero gracias a Dios has aparecido en su vida. Gracias.

---No es nada, Sabino, no debe agradecerme nada a mí ---respondió Paulo algo incómodo por no sentirse totalmente merecedor del halago. Haber facilitado de algún modo que Mariano la secuestrara aún lo tenía mal---. Cuando uno ama de verdad y sin egoísmos, la vida de la mujer a la que amas es lo máspreciado. ---Miró a Alma con intención---. Y en esa persona que tiene usted a su lado, están las dos que amo más en este planeta. La salvaría del mismísimo diablo, son todo para mí. ---Sabino dio un apretón a Paulo, sentía la sinceridad de aquel al decir esas palabras y mirar a su Alma como lo hacía---. Lamento no haber podido impedir el secuestro, muchas de estas cuestiones que hoy nos entristecen no hubieran ocurrido ---dijo con tono afligido.

---Nada de eso, muchacho, tú no eres responsable de eso. Mi esposa, el amor de mi vida, vivió muchas situaciones duras a mi lado, las transitó con la tristeza que merecían, pero con ganas de salir adelante. Es evidente que había llegado su hora de partir. Y aunque me duela cada día más su ausencia, casi como una daga clavándoseme en el pecho, debo creer que era necesaria en aquel lugar y que allí está mejor. ---La voz se cortó por la emoción. Ya habían llegado a los sillones y los tres estaban parados esperando que pasara la emoción de Sabino para ayudarlo a sentarse.

---Es así, aitona. La amona está feliz del otro lado. No solo estoy segura porque creo eso, sino que la he visto. ---La mirada sorprendida de Sabino se posó en Alma---. Vení, sentate. Necesito contarte. ---Paulo quedó sorprendido también. Ayudaron a Sabino, que tomó asiento en el sillón de dos cuerpos. Alma lo hizo a su lado y tomó su mano derecha. Paulo se acuclilló frente a

ambos. Todos en la casa se acercaron; Karen y Guille, que habían permanecido en la cocina en silencio, junto a la nona Donatella, se aproximaron lentamente y ayudaron a la nona a acomodarse en un silloncito pegado, emocionados por el momento. Jorge lo hizo en el sillón de un cuerpo y Lola, arriba de su abuelo. Alma vio entonces a Karen, Guille y a la nona. Los abrazó de a uno.

---Nona, ¿cómo estás? Te extrañé tanto.

---*Tutto bene, bimba. Ti veo bene a te.*

---Estoy bien, de a poco volveré a ser yo, nona. Escuchá esto que tengo para contar, a vos te incluye ---dijo, y volvió a su asiento al lado de Sabino. De pronto se formó una atmósfera de intimidad y amor que podía percibirse. Alma pensó bien lo que iba a narrar---. Siempre estuve algo enojada con mami porque, desde que se fue, solo ha elegido comunicarse a través de Lola, que es la única que la ha soñado. ---Todos giraron a ver a Lola, que hinchó el pecho orgullosa de ser la que recibía ese honor, aunque sin comprender, de manera acabada, de lo que hablaban---. Le pedí siempre que se me apareciera en sueños, pero nunca lo hizo. Cuando la policía me sacó de la casa donde Mariano me tenía, tuve una descompensación seria. ---Sabino miró a su hijo, que en silencio hizo gesto positivo---. Los doctores dicen que, al trasladarme, tuve un paro cardíaco y estuve técnicamente muerta por unos minutos. Cuando llegué al hospital, estaba en paro y comenzaron a reanimarme. Hicieron todo lo posible, pero yo no volvía. De pronto, sin que mediara ninguna acción por parte de ellos, volví.

---*Dio, mia figlia* ---dijo, asombrada, la nona.

---Cuando empezó el paro, yo desperté en un lugar desconocido donde me esperaban mamá ---miró con intención a Jorge y Karen---, el abuelo Carlo ---miró la sorpresa en el rostro de la nona--- y la amona. ---Volvió a mirar a Sabino, que tenía los ojos repletos de lágrimas. ---Los tres me esperaban con Lucio. ---Al nombrarlo, cerró sus propios ojos, como si la mención de su nombre le doliera en el alma. Cuando abrió los abrió, miró a Paulo---. Lucio es el bebé que perdí, el hijo de Mariano. ---La voz de Alma se quebró, Paulo le tomó con fuerza la mano para darle ánimos---. Todos ellos me esperaban para decirme que ese no era mi momento de morir. Yo no tenía energías. ---Miró a Paulo como pidiendo disculpas---. Con todo lo que había pasado, ya no sabía cómo seguir. Pero ellos me hablaron, me dijeron que estaban cuidando a mi Lucio, que yo debía volver para seguir con mi vida y que,

cuando fuera mi momento, todos me estarían esperando. La amona estaba bien, cuidando a mi Lucio, a mi mamá y peleando con el nono ---dijo, y miró a Donatella, que sacaba un pañuelito de tela guardado en la manga derecha. Se secó las lágrimas y la miró a su vez, con una sonrisa---. Por ellos supe que tenía a este otro hijo en el vientre, el hijo del amor, el hijo de Paulo y mío. --- Alma tocó su vientre aún plano---. La amona me dio fuerzas, me dio el empuje necesario para volver. Y acá estoy, aitona.

---Mi nena... Tu amona siempre fue una mujer fuerte, siempre cuidó a todos a su alrededor, tuve el honor de ser el hombre al que eligió para compartir su vida. ---Sabino miró hacia arriba, como hablándole al cielo---. Gracias, amor de mi vida, por todos estos años de amor y felicidad. Sé que con mi sufrimiento no te estoy dejando ir, pero es que me resulta tan difícil no tenerte.

---*Ti capisco, Sabino, non so come... Quando il mio Carlo se fue, creí que non avrei mai ridere, eh... sono cui. Cuestas bimbas mi ravivare* ---dijo Donatella con sinceridad y lágrimas.

---Lo sé. Sé que debo permitirle irse. Pero me cuesta mucho ---expresó Sabino, triste.

---Te entiendo, aitona. Pero ahora todos te necesitamos fuerte, de a poco, no te apabulles. Lentamente dejará de doler tanto.

---Eso espero, espero poder recordarla con amor, con alegría, no con este dolor que tengo acá ---pronunció a la vez que se tocaba el plexo---, pienso en ella y me da una puntada fuerte.

---Aitona, calmate. Es la tristeza. Acá estamos todos para ayudarte. Apoyate en nosotros ---acotó, a su vez, Karen.

---Sabino, vosotros sois una gran familia, muy unidos. No dudo que en un corto tiempo esta tristeza va a menguar. Usted deberá ayudarnos en estos meses, en el nacimiento de nuestro hijo, usted es un eslabón muy importante en nuestras vidas, debe hacer lo necesario.

---Aita, la ausencia de ama va a doler siempre. Pero de a poco nos haremos a la idea.

---Tenés razón, Jorgito. Todos la sienten. Perdónenme. La extraño tanto, he pasado más años de mi vida junto a ella que sin ella, y yo siempre creí que yo iba a irme primero, con mi hipertensión, mis comidas y panes, sin registrar lo que me indican los médicos. Estaba seguro, ella siempre fue tan correcta, hacía caso de los médicos, me retaba todo el tiempo. ---Las lágrimas volvían a surgir---. Nunca me preparé para perderla.

---*Nessuno, Sabino. Lo hemos hablado. Nessuno é preparado per la morte del suo amor. Carlo sigue doliendo quí.* ---Se tocó su pecho---. *Ma a volte mi hago la stupida, trato de no sentire.*

---Aitona ---volvió a hablar Karen---, ella no querría verte así, no te permitiría dejarte morir de tristeza. Te hubiera hecho reaccionar con uno de sus retos característicos. Fuerza, aitona.

---Sí, sé que todos tienen razón, pero... ---Sabino miraba el suelo, Alma le tomó la mano.

---Aitona, mi bebé te necesita.

---Y voy a estar, mi niña. Te lo prometo. ---La frase de Alma pareció una inyección de vida---. Vamos, familia, tenemos que sentarnos a comer. Mi mujer no nos hubiera perdonado que se enfriara la comida. ---Se levantó como si tuviese un resorte y comenzó a organizar, igual que lo solía hacer la amona.

---Así me gusta ---dijo Guille, abrazando a Sabino, cuando pasó a su lado--. Ella nunca nos perdonaría que la olvidáramos ni que no la nombráramos para no sufrir. Ella debe seguir viva en nuestras vidas, en las charlas, en las comidas.

Sabino le dio unos golpes en la espalda.

---Gracias, Guille. Lo sé. ---Se pusieron a armar la mesa, Donatella se dirigió a la cocina y sirvió los fideos a la carbonara que había preparado---. Lamento decirles que no he preparado ninguno de mis panes ---anunció Sabino a la vez que ponía un vino tinto en la mesa---. Prometo volver a hacer mis famosos panes. Este de hoy lo hizo el panadero de la esquina, no es gran cosa, pero... es pasable.

Todos rieron.

---Aitona ---dijo Lola a la vez que le tiraba de la manga de la campera de lana---, te quiero mucho.

---Y yo a vos, belleza. Vos y ese bebito que tiene la mamina en la panza son mi gasolina, son mis ganas de vivir.

---Mirá, aitona, yo coche no soy, pero si no vas a estar tan triste, le digo a mami que me haga un disfraz de micro o de avión.

Todos rieron ante la ocurrencia de la pequeña Lola, tan sabia para su corta edad. Se fueron sentando y disfrutando la cena un poco más distendidos. Paulo se acercó por detrás de Alma y la ayudó a tomar asiento, le habló al oído: ---No fue tan difícil, ¿no? ---concluyó al oído, y le dio un besito en la mejilla.

---Te amo. Gracias por tu apoyo.

---Siempre.

Se sentaron a la mesa y comenzaron la comida. Los ánimos fueron mejorando lentamente, Lola siempre era un motivo de risas con sus ocurrencias.

Capítulo 12

Valentina traía en su valijita la poca ropa que iba a necesitar en esa estadía corta, pero lo más importante, cargaba el informe que había preparado para su Paulito y Alma acerca de la personalidad del bebé que estaban esperando. Había agregado uno extra, aunque ese iba a dárselo solo a Paulo, no quería generar problemas, pero su hijo debía saber eso también.

Desde aquella noche en que subió al avión de Iberia, a escondidas, para escapar de un gobierno de facto que le había arrebatado al amor de su vida, no había pensado en regresar. Sin embargo, era la segunda vez que lo hacía en menos de un año. Esta vez era por una noticia feliz. Volvía para participar del casamiento de Alma y Paulo. Llegaba a Argentina unos días antes, necesitaba estar con su hijo el día de su cumpleaños, y luego ayudar a preparar la boda que ocurriría una semana después, el 8 de noviembre. En la penumbra de la cabina del avión, mientras los demás pasajeros dormían, ella seguía pensando en todos los acontecimientos que habían vivido ella, su Paulito y Almita en ese tiempo. Hizo un *racconto* de lo acontecido y de cómo habían cambiado sus vidas en tan poco tiempo.

Escuchar y ver a Paulo tan enamorado, tan feliz, le daba una sensación de plenitud. Lo había visto en pareja, con muchas mujeres en su vida. Nunca lo vio realmente enamorado, entregado a una persona. Alma había sabido tocar en él unas fibras que estaban ocultas y que nadie supo encontrar antes. Alma, Almita... esa pobre niña, había sufrido mucho dolor en su vida. Alma había perdido a muchos de sus seres queridos, demasiadas pérdidas, esas ausencias dolían mucho más al pasar el tiempo. Gracias a Dios, Alma y Paulo habían logrado encontrarse, el hilo rojo nunca se cortaba. ¿Y qué mejor elemento para unirlos que el agua? La astróloga que vivía en ella analizaba todo a su alrededor y no le había pasado inadvertido ese elemento que llevó, literalmente, el cuerpo de Alma (quebrado, destruido por las pérdidas) a las manos sanadoras de Paulito. Valentina lo razonaba, lo ensayaba para explicarles a ambos: «El agua es energía en estado puro, se relaciona con las

emociones, los sentimientos, la profundidad, la calma, la reflexión. El agua es creadora de vida, como la bolsa uterina en la que se gestan los niños, es símbolo de transición y transformación. Justamente Alma y Paulito vivieron esta transformación, estos cambios. Sus vidas tranquilas se volvieron un remolino, el amor los sacudió con sentimientos tan profundos que ellos no creyeron sentir nunca, y, luego de aceptar la nueva realidad, la calma y la reflexión se hicieron presentes. Ellos mismos se transformaron a partir de su unión, eran otras personas». Valentina concluía: «Aquella noche, en la que el agua fue el hilo conductor, sus vidas se hicieron una. El universo siempre conspira para unir a las almas, o para recordarles a los espíritus enamorados que el amor está cerca».

En ese mismo vuelo, Valentina traía consigo a personas muy queridas para Paulo. La decisión de celebrar la boda fue muy rápida y, debido al estrés que había vivido Almita, querían evitar un vuelo para celebrarla en España. Se decidió realizar la boda civil y por iglesia en La Plata, ciudad que los reunió. Pero habían prometido repetir una bendición en la iglesia San Antonio de los Alemanes, en Madrid. En esa misma iglesia, Paulo había sido bautizado y el padre Julián esperaba darle la bendición a ese matrimonio que comenzaría, y al bebé. Allí había sido el primer refugio adonde Valentina había corrido a descargar su sufrimiento y su enojo por la muerte de Alejandro en un país convulsionado.

El padre Julián, el párroco de esa iglesia tan querida, había sabido hablarle como para calmarla y encontrar juntos la resignación y el perdón necesarios para sobrevivir. Fue el mismo sacerdote quien tuvo varias charlas con Paulo acerca de su padre, de su crecimiento, de lo que Dios esperaba de él. Le había dado todos los sacramentos, el matrimonio no podía faltarle. El padre Julián había sido su puerto seguro todos estos años, con él, Valentina había hablado sus miedos, sus teorías sobre su hijo, había hablado acerca del temor durante las misiones que Paulo debía cumplir en puntos riesgosos del planeta, su secuestro en Colombia, su secuestro en Argentina. Ella entraba a la casa parroquial y pasaban horas hablando.

Valentina cerró los ojos (viajar en avión aún la asustaba; luego de su huida, nunca pudo recuperar la tranquilidad para volar) y comenzó a visualizar esa iglesia que tanta paz le había dado: su fachada sobria, tanto que pasaría inadvertida en el bullicio normal de la Gran Vía; su forma elíptica, su pintura al fresco; su interior, con una arquitectura barroca; las esculturas de los

retablos, que creaban un efecto de lujo, movimiento y colorido; los muros curvos cubiertos de pinturas de los milagros de San Antonio. Toda la imagen que recordaba Valentina le transmitía paz. Luego visualizó el rostro sonriente del padre Julián, apenas si la aventajaba en unos años. Julián había sabido ayudarla y apoyarla en la crianza de Paulo. Ese rostro, siempre que lo evocaba, le generaba paz. Paz y algunos sentimientos que ella misma se negaba. En ese momento, mientras recorría mentalmente el rostro de Julián, una pregunta se colaba en sus pensamientos: «¿Cómo sabrá un beso de Julián?». De manera instintiva, casi como si alguien del resto del pasaje adivinara sus pensamientos, abrió los ojos sorprendidamente, como queriendo explicar lo que había pensado. Se calmó al mirar alrededor y comprobar que nadie reparaba en ella: «Valentina, Valentina..., esos pensamientos impuros te llevarán al infierno. Julián es un hombre de Dios y está vedado, maldita mi suerte», se repetía en su mente como un mantra, mientras respiraba profundo e intentaba volver a sus visiones de paz. Pero apenas cerraba los ojos, su cerebro volvía a traicionarla proyectando imágenes, como si fueran las de una película, en la que Julián se despojaba de su camisa y del cuello de cura, la tomaba en sus brazos y la besaba con una suavidad increíble, la tocaba, como si ella fuera de cristal. Sintió de pronto el cosquilleo en sus pezones y un latido en la vagina. Julián la desvestía justo cuando algo la desconcentró. Un ronquido fuerte la volvió a la realidad.

El hermano de Valentina, Fernando, iba sentado en el asiento de la ventanilla, al lado de ella. Estaba profundamente dormido; era evidente, a él no lo afectaba la altura ni el avión. Viajaban, además, uno de los primos de Paulo, con su esposa, era uno de los hijos de Fernando. El resto de la familia, por cuestiones laborales o de salud, no habían podido asistir. El ronquido de Fernando sacó a Valentina de su visión. Molesta, le pegó un codazo para que dejara de bramar. El roncador no solo no se despertó, sino que se acomodó mejor en el asiento para continuar con unos ruidos un tanto más suaves. Borja, sentado en la misma hilera que Valentina, pero dos asientos más atrás, notó su molestia. Se acercó para ofrecerle ayuda.

---Valentina, si te molestan los ronquidos de don Fernando, permíteme cambiarme de asiento.

---Gracias, hijo. Te agradezco. Estoy acostumbrada. No puedo dormir por otra causa.

---Lo imagino. Es que esta boda tan apurada no os ha dado tiempo de

prepararse para la idea de perderlo. ¿A que sí?

---Tampoco, hijo, gracias a la Virgen que Paulito encontró a Alma y que ambos se adoran. Sé que no lo pierdo, sé que gano una hija. Ellos viajarán y se quedarán a vivir una vez al año en mi departamento.

---Pues entonces, ¿qué te tiene en vilo, por qué no descansas?

---Es este miedo a volar, hijo, que me quedó desde mi vuelo de regreso a Madrid cuando estaba embarazada de Paulito. Nunca he superado este temor.

---Valentina, no imaginaba que tuvieses esta fobia. Debes relajar el cuerpo y visualizar algún lugar que te dé paz.

---Eso intentaba, hijo, pero este Fernando me cortó la paz con sus sonidos. Despreocúpate. Ya pasará.

---¿Qué hacemos, Valentina? ¿Le contamos a Paulo la novedad de María de los Ángeles? No quiero pasar por chivato, pero no creo que sea buena idea que se entere en Madrid cuando se vean cara a cara.

---No estoy segura aún, Borja. No tengo claro qué es lo mejor, si decirle o esperar. ¿Tú crees que haríamos bien en decirle en este momento? ¿Y si esperásemos a la vuelta de la luna de miel?

---Yo creo que sería mejor darle la noticia lo antes posible. Ella puede aparecer o lograr comunicarse por algún medio, y lo mejor es que él esté al tanto. Además, no quiero que nos culpe de ocultarle algo tan importante.

---Sí, entiendo por dónde vas. Pero es que ella misma no se acercó hasta muy tarde. De todos modos, esto no hubiera cambiado nada entre ellos. Mi hijo es un hombre de bien.

---Lo sé. Y porque conozco a Paulo, sé que mi amigo necesita saberlo cuanto antes.

---Sí, creo que llevas razón. Déjame hablarlo con él en el momento que crea oportuno.

---Bien, sabes que puedo asistirte en esa charla. Conozco a mi amigo. Cuenta conmigo, Valentina. ---Borja se quedó pensativo, acucillado en el pasillo.

---Gracias, hijo, sé que cuento contigo y que mi hijo también. Ve a descansar. Mañana cuando lleguemos será un día de mucho trajín, y si no descansas ahora, y con el cambio de horario, te me vas a dormir estando de pie.

---Está bien, Valentina. Pero si cambias de idea, me dices y me vengo a dormir con el roncador oficial de Madrid ---dijo a la vez que se levantaba

para dirigirse a su asiento. En la misma hilera de Borja estaban sentados dos amigos más de Paulo: Manuel y Santiago. Ellos pensaban tomarse unos días para conocer Argentina.

El rencuentro de Paulo con sus amigos y su familia fue muy emocionante. Valentina, Fernando, el primo Víctor y su esposa Raquel fueron los primeros en saludarlo, también a Alma, a la familia Girat y a toda la familia Recabarren; luego Borja, Santiago y Manuel. Ese primer día, todos lo pasaron conociendo La Plata. Adrián, Germán y Paulo los hicieron pasear y conocer la ciudad donde Paulo había encontrado a la mujer de su vida y donde Valentina había amado y perdido el amor. Se realizaron comidas en los días previos a la boda. Todos los viajeros se habían hospedado en el bonito hotel donde, cada año, paraba Paulo cuando venía al país a visitar a su familia.

El jueves 31 de octubre, el día del cumpleaños de Paulo, todos se dispusieron a festejarlo a su modo y con sus propias sorpresas. Alma se despertó esa mañana y le preparó un desayuno que le llevó a la cama. Lo despertó con unos besos suaves por todo el rostro y, cuando Paulo intentó adentrarse en su boca, Alma le dijo: ---Feliz cumpleaños, caballero de la noble armadura, abra bien los ojitos porque hoy será un día repleto de sorpresas. ---Acto seguido, le puso delante la bandeja con el desayuno: un café cargado y aromático, como le gustaba a él, un jugo de naranjas recién exprimidas, unas tostadas tibias, unas medialunas, manteca, dulces, fiambre y un paquete. Paulo se sentó en la cama con una amplia sonrisa, casi juguetón, y la invitó a hacer lo mismo a su lado.

---Pequeña, me has sorprendido, no esperaba iniciar el día de este modo --
-exclamó revisando todo lo que contenía la bandeja.

---Ay, cielo, ¿me vas a decir que tu mamá no te preparaba desayunos así en tus cumpleaños?

---Sí, cuando era un crío. Ya de grande no vivía con ella, y la mayor parte de las veces estaba en algún viaje por mi trabajo, así que todo era por teléfono o Skype.

---Espero ---dijo ella tocando su vientre que comenzaba a abultarse--- que este caballero o princesita no me haga lo mismo a mí. Flor de castigo si no me deja estar con él el día de su cumpleaños ---expresó como retando a su pancita.

---Pues, pequeña, seremos dos. Ahora que estoy por ser padre entiendo lo difícil que ha sido para mi madre. Sé que me ama como nadie, y yo a ella,

pero me doy cuenta de que no le he permitido estar cerca en situaciones importantes.

---Por suerte tenemos todo el tiempo ahora para remediarlo. Este mediodía te vas a ir con ella a almorzar, y con tu tío.

---¿Cómo es eso? ¿Y tú? ---dijo sorprendido.

---Yo voy a estar ocupada organizando la cena con tu familia, tus amigos, mi familia y mis amigas.

---Dios, es que el día recién comienza y ya me has dado tantas sorpresas.

---Tendríamos que ir pensando nombres para el bebé, ¿no te parece?

---Pues sí, yo estaba esperando a saber qué será para buscarle el nombre. Te aviso, pequeña, que para mí es muy importante, estoy seguro de que el nombre imprime carácter.

---Totalmente de acuerdo, pienso lo mismo.

---No será fácil ponernos de acuerdo, pero debemos empezar a buscar.

---Dale, pero hoy tenemos otro tema, también importante. ---Y ante el gesto de duda de Paulo, ella aclaró---: Tu cumple, amor. ---Él rió divertido---. Bueno, desayunemos y abrí este regalo ---dijo ella a la vez que le daba el paquete.

---Pequeña, no deberías...

---Paulo Girat, ni se te ocurra terminar la frase. Sos el amor de mi vida, el hombre con el que voy a tener un hijo y compartir la vida, cómo no voy a llenarte de regalos. Te amo, te adoro con todo mi corazón, esto es solo una pequeña muestra de mis sentimientos.

Paulo, aún con la sonrisa, rompió el papel que tapaba el regalo. Cuando lo descubrió, lo miró con ojos de niño feliz. Se trataba de un Vitorinox Swiss Army Chrono Classic Watch. Un reloj simple en aspecto, pero elegante, sobrio, con muchas funcionalidades, pulsera de acero, cuadrante en tonalidad azul noche; contaba con cronógrafo y taquímetro y era resistente al agua. Germán la había ayudado a elegirlo. Alma estaba orgullosa de su obsequio.

---Pequeña, ¿cómo supiste? Este reloj...

---Te escucho, siempre te escucho. Has mencionado algunas veces que este reloj te gustaba. Además, recordé que llevabas el de tu papá hasta el secuestro. Y bueno...

---Pero... te debe de haber salido una barbaridad.

---Qué fea actitud, caballero, en lugar de agradecer está preguntando el costo de su presente---dijo Alma haciéndose la ofendida---. Espero sea de su

agrado, como lo es del mío. El costo es nada, ¿en quién puedo gastar mejor? En el amor de mi vida, y en este porotito, pero hasta no cumplir los tres meses, ni mis abuelas ni mi mamá me permitirían comprarle nada; así que aproveche mi generosidad, caballero.

---Gracias, hermosa, gracias. ---La abrazó con fuerza y la besó con premura. Fueron corriendo la bandeja a medida que su beso se fue haciendo más exigente. Paulo la fue acostando y ella fue dejándose llevar hasta que un rostro, ya conocido, hizo su aparición. Ella se puso tensa en segundos y Paulo notó ese cambio. Quería hacerle el amor, moría por estar dentro de ella, pero necesitaba que fuera ella la que lo pidiera, que fuera ella misma la que alejara ese fantasma. No quería forzar nada. Fue besando más levemente, subió su rostro y la observó con una sonrisa---. Eres lo más hermoso que he visto en mi vida, pequeña. Pero vamos a desayunar, que no quiero que se desperdicie nada de este sabroso desayuno que has preparado. ---En su interior estaba tratando de pensar en cosas que lo ayudaran a bajar la tremenda erección que tenía. Alma se levantó, casi tan aturdida como Paulo, ella también se estremecía con cada roce, aunque percibió algo de alivio. Se sentía mal por no poder darles rienda suelta a sus necesidades ni a las de Paulo. Con su psicóloga estaban trabajando estrategias para sepultar en su mente a Mariano.

---Volviendo al tema de los nombres ---retomó Alma---, tengo unos en la cabeza, de nena y de nene, a ver qué te parecen.

---Dispara ---dijo él, estaba contento.

---De niño me gustan Gael y Alejandro. De niña no tengo tantas opciones, me gusta Florencia. Antes de que digas nada, dejame explicarte por qué cada nombre. ---Alma se adelantó cuando vio que Paulo intentaba dar su opinión.

---Adelante, dime.

---Gael es un nombre sofisticado, es celta, una cultura que me apasiona, significa «señor generoso», y me encanta. Es una característica que definitivamente me gustaría que tuviera nuestro hijo: generoso de corazón, que ame y sea amigo sin límites, pero que también sea generoso en dar ayuda. Me encanta.

---Llevas razón, pequeña. Me gusta. No lo había pensado. Continúa.

---Alejandro. Bueno, en primer lugar, porque tu padre se llamaba así, pero es un nombre griego que significa «el protector», y también quiero esa característica en nuestro hijo.

---Me gusta su significado y me honra que lo pensaras por mi padre. Pero

en este caso voy a disentir contigo. Mi padre fue un gran hombre, pero su vida se truncó muy temprano. No quiero eso para mi hijo y, como te dije antes, para mí el nombre imprime carácter, y si le ponemos Alejandro por mi padre, temo que le suceda algo parecido. ---El rostro de Paulo expresaba, en su gesto, el dolor que había significado no tener a su padre y lo que podría representar perder a su hijo---. No quiero heredarle esa carga.

---Entiendo, te entiendo perfectamente, cielo. Alejandro queda afuera entonces.

---Propongo otro nombre de varón: Gabriel. Es, como seguro sabes, un nombre hebreo, cuyo significado es «la fuerza y el poder de Dios».

---Me encanta, cielo. Me gusta mucho el significado. Está en la lista, definitivamente.

---Bien, vamos con el de niña.

---El de niña, Florencia, es un nombre latino que significa «bella como una flor», y espero que nuestra hija lo sea, pero más que una belleza física espero una belleza interior y una profundidad que luego se transparente en su rostro. Además, bueno, para ser honesta, mi escritora favorita se llama así.

---Pequeña, no dejas de sorprenderme. Eres tan profunda en todo. Me encanta ese nombre. Me encanta Florencia. La verdad es que hemos hablado mucho, de tantos temas, pero no sabía que tuvieras una escritora favorita.

---Sí, lamentablemente los libros que tenía de ella los perdí en la inundación, pero es genial. Es argentina, Florencia Bonelli. Escribe dentro del género romántico-histórico. Es... increíble.

---Pues ya creo que me has convencido del todo, amor. Y ve pensando qué libro de esa autora vamos a comprar, que ya quiero leerlo contigo y compartir esa pasión.

---Ufff, te va a gustar; además de que escribe historias divinas, hace unas investigaciones geniales. En la última trilogía que sacó, *Caballo de fuego*, habla del mundo del petróleo, de la guerra de guerrillas en Congo, de la eterna pelea en Gaza...

Siguieron hablando de los libros. Desayunaron juntos, Paulo se puso su regalo ni bien terminó de ducharse y se preparó para el almuerzo con su madre y su tío, que le había organizado Alma. Ella se quedó en casa de su padre para terminar los arreglos de la reunión de la noche.

Paulo, Valentina y Fernando fueron al restaurante donde Alma les había hecho reserva. Un restaurante especializado en parrilla argentina, en las

afueras de la ciudad. La idea era que no tuvieran problemas con el estacionamiento y, además, poder probar de todo un poco de la famosa parrilla. Se acomodaron y Valentina le dio a su hijo su regalo: una cadena de oro con un dije de San Benito.

---Este, mi niño, es el regalo que decidí este año. ---Viendo el gesto de no comprensión de Paulo, aclaró---: Sé que no eres de practicar efectivamente la religión, pero este año la vida te ha dado muchos reveses, mi niño, y he conversado con Julián este tema. Temo por ti, por Almita y por mi nieto, así que le consulté cómo podía acercarte más protección, y él no dudó. Me dijo: «San Benito es el indicado». Se lo encargó a un orfebre amigo suyo, que es quien le confecciona los cálices. Es de oro y está bendecido, hijo. No puedo darte más protección que esta, y creo que no es poca.

---Belleza, mamá, me hace feliz que pienses tanto en mí, en nosotros, pero quiero sacarte un poco de temor. ---Se puso la cadena y, al terminar de abrocharla, la besó---. Ya nada ni nadie podrá hacernos daño, estamos muy unidos por el amor.

---Cuánta alegría me da escucharte, hijo. Pero uno nunca debe bajar las defensas. Desgraciadamente, siempre hay gente mala o con malos pensamientos.

---Le agradeces al padre Julián de mi parte. En cuanto podamos regresar a Madrid, iré a hacerlo personalmente. ---Paulo le dio un beso a su madre con un abrazo grande. Estaban sentados del mismo lado de la mesa.

---Ala, ala, basta ya de estas cuestiones melodramáticas, ahora es el turno de tu tío favorito ---dijo Fernando haciendo uso de su buen humor---. Que te he traído un regalo de infarto, sobrino. Toma. ---E hizo entrega. Paulo demostró su alegría, con un brillo especial en sus ojos, al ver el símbolo de la bolsa: el escudo con el círculo, la corona y las tres letras características: MFC. Se trataba de una camiseta original del equipo de fútbol de Real Madrid. En realidad dos: una del tamaño de Paulo y otra para un bebé. Paulo levantó la mirada con una amplia sonrisa---. Conste, sobrino, que es el último modelo, la que salió para la temporada 2013-2014: blanca con rayas en negro y naranja, con el nuevo sponsor: Fly Emirates.

---Tío, coño, muchas gracias, es que entiendo lo que debe de haberte costado conseguirla, si casi no se ha visto en los locales aún este modelo.

---Pues llevas razón, sobrino. He tenido que hablar con algunos contactos del club, pero ya ves, una para ti y otra para el niño. ---Paulo se levantó y le

dio a su tío esos abrazos bien masculinos con golpes en las espaldas. Volvieron a sentarse.

En mitad del almuerzo, cuando Valentina creyó conveniente, sacó un tema escabroso que debía comunicarle a su hijo.

---Paulito, mi niño, tengo una noticia para darte, que te impactará. No había encontrado el momento de decirla, pero creo que este es el adecuado.

---No me digas, mamá, que tienes un novio. Eso, más que impactarme, me pondría muy feliz ---dijo él con su tono jocosos. El gesto grave de Valentina lo llevó a guardar silencio.

---Hijo, ojalá fuera algo así. Pero no. Desde que te fuiste de Madrid, no volvimos a saber nada de María de los Ángeles. Hace un mes, Borja la cruzó por la gran Vía, la vio... distinta. Ella se puso nerviosa. En cuanto lo supe por Borja, la busqué, nos sentamos a hablar y es lo que quiero contarte.

Un frío se extendió desde la nuca de Paulo hacia toda su espalda. Sabía que lo que iba a escuchar no sería bueno.

---Mamá, me estás empezando a preocupar.

---Escucha. María de los Ángeles está embarazada. ---Paulo sintió que el frío lo cubría completamente, se puso pálido---. Paulito, cálmate, por favor.

---Pero yo. No puede ser mío, yo...

---Escucha primero, y luego saca tus conclusiones. Ella dice que antes de tu viaje a Argentina, en marzo, estuvieron juntos. Que tú te habías cuidado porque ella había dejado el sistema anticonceptivo por unos meses, por un problemilla de salud.

---Es cierto. Lo recuerdo. Yo me cuidé en ese momento.

---Pues bien, ha debido fallar. Luego vino tu viaje, que se extendió más de lo esperado. Cuando decidiste cortar con ella, María aún no sabía del embarazo. Lo descubrió la semana que regresaste a Madrid. Se desesperó, ella sospechaba que estabas con otra mujer, pero no quería tenerte a su lado por obligación. Te quería con ella por ella, no por el bebé. ---Paulo no emitía palabra, había vuelto a guardar silencio---. Todo lo que hizo para recuperarte, si bien reconoció que estuvo mal, lo hizo guiada por la desesperación. Incluso había acordado con su amiga de la aerolínea que no te consiguieran el tiquete para volar a Argentina, ¿recuerdas? Bien. Luego tú te fuiste de Madrid y ya no la atendiste. Dice que intentó comunicarte esta noticia, pero ya no respondías.

---Es cierto. Primero, estuve secuestrado, cuando recuperé la libertad y el teléfono, nunca más atendí sus llamadas.

---Bien, ella no iba a molestarte por un tiempo, y cuando hubiera nacido la niña...

---¿Niña? ¿Ya sabéis que es niña? ---exclamó aún más sorprendido.

---Sí, Paulo. Ya sabemos que es niña porque nacerá en un mes y medio ---intervino Fernando.

---¡Mes y medio! ¡Dios mío! Alma, ¿cómo se lo diré? Sigo insistiendo que no confío en María de los Ángeles. Después de lo que nos hizo, ¿cómo confiar en su palabra?

---No debes confiar, por supuesto. Cuando lo hablé con ella, ofreció realizarle un estudio de ADN luego del nacimiento.

---Y ten por seguro que lo voy a hacer. No confío en ella.

---Entendemos cómo debes sentirte, sobrino, pero ponte en su lugar. Ha de ser difícil enterarse de esto estando sola. ---Paulo intentó hablar, pero Fernando lo interrumpió---. Eso no la disculpa, entiendo que lo que hizo no estuvo bien, todos estamos de acuerdo con eso, pero la desesperación nos lleva a comportarnos de modos inexplicables.

---¿Por qué Borja no me lo ha dicho?

---Borja habló con nosotros primero. Fue en el momento en que habían secuestrado a Alma. Yo no lo dejé decírtelo. No era el momento.

---Bien. Pero ¿cómo puedo decirle esto a Alma sin lastimarla?

---Hijo, sé que esto va a doler. Pero Alma es una buena mujer. Debe entender que sucedió antes de que vosotros os conocierais y que tú estabas en pareja con María. Lo de vosotros, lo de Alma y tú, es mucho más profundo, eterno. Blanca solo vendrá al mundo para sumarse a vuestra familia.

---¿Blanca? ¿Así la llamará?

---Así será. Blanca Girat si tú decides reconocerla ---dijo Fernando.

---Si es mi hija, lo haré. Soy un hombre de bien, jamás castigaría a la niña por los errores de la madre y míos.

---Con Almita, hijo, te aconsejaría que esperases a la luna de miel. Creo que la tranquilidad de unos días alejados, de todo y todos, os sentará de maravillas, sobre todo a ella ---opinó Valentina, más esperanzada que convencida.

El resto del almuerzo ya perdió el tono festivo. Paulo estaba pensativo. La tarde giró en torno a los preparativos de la cena familiar. Adrián quiso que se realizara en su casa. Tenían un fondo bastante grande, parquizado, con una gran parrilla. El menú lo habían decidido con Germán, harían pollo al disco, con

salsa de crema y vegetales. Alma notó algo distante a Paulo, supuso que era el cansancio. La cena estuvo perfecta. Asistieron todos los familiares madrileños de Paulo, los argentinos, los familiares de Alma y sus amigas. Todos agasajaron a Paulo con regalos, pero el que se llevó los elogios de la mayoría de los invitados fue el dibujo con muchos colores que había realizado Lola. La ilustración era de Paulo, según como lo veía Lola, salvando del agua de la inundación a Alma, que se veía acostada sobre una superficie oscura. Paulo era un superhéroe, casi flotando por sobre el río negro, y Alma, un ángel.

---Princesa, es una belleza tu regalo. Voy a ponerlo en un marco y estará colgado en nuestra casa.

---¿Te gustó, Palito? Me costó mucho hacerlo. Yo sabía que vos habías salvado a la mamina y que la sacaste del agua.

---Así fue, princesita.

---Pero mirá. ---Señaló el dibujo, donde se veía a Paulo tomar de la mano a Alma---. Parece que estás volando, ¿no?

---Sí, así parece.

Lola lo acercó tirándole de la manga.

---Pero, shhhh, no digas nada. Vamos a decirles a todos que vos volabas, pero mirá. ---Señaló una línea casi imperceptible que se veía por detrás de Paulo---. ¿Ves esa rayita?

---Sí, ahora que la señalas, me doy cuenta de que hay algo allí detrás, ¿qué es?

---¡Una sogá, Palito! ¿Cómo ibas a volar? Si vos no tenés súperpoderes, no podías volar de verdad ---le explicó riendo.

---¿Cómo que no? Ahora vas a ver los poderes que tengo ---dijo Paulo entre risas y tomando a Lola por la cintura; le hizo cosquillas, luego la levantó por sobre su cabeza y comenzó a caminar rápidamente con ella extendida con los brazos abiertos, como si volara---. Ahora, Lolita, yo me hago invisible y todos van a creer que tú vuelas sola, ya verás.

---Lolita, ¿estás flotando en el aire? Eyyy, vengan todos a ver cómo vuela Lola ---dijo Amanda, que estaba a unos pasos de ellos y entró en el juego. Todos la felicitaban, la aplaudían y Lola sentía que realmente estaba volando.

---Palito ---dijo susurrando para que ningún espectador se diera cuenta---, te guardo el secreto de los poderes. Total, en el dibujo no se nota.

---Bien dicho, princesa.

Capítulo 13

Los días pasaron de modo rápido. Paulo y Alma fueron teniendo reuniones juntos y por separado. Despedidas de solteros con amigos y comidas familiares. Todos, parientes y amistades más cercanas, querían ayudar en la organización y en la realización de la boda, y cada uno asumió una responsabilidad. La idea era evitarles a los enamorados cualquier estrés.

Paulo y Alma habían organizado el casamiento en menos de un mes. Pato había ayudado con muchos elementos que ella tenía en claro por la preparación de su propia boda. El lugar del evento lo habían conseguido Adrián y Matilde. Ellos eran socios del Club Universitario de La Plata, que disponía de un lugar para eventos en el mismo predio que llamaban el «Tercer Tiempo». Ese lugar era un salón muy cálido, con apariencia de estancia rural y de estilo rústico. En medio de un parque cuidadosamente trabajado, entre canchas de rugby y hockey, subiendo una escalinata, se accedía a un *hall* de entrada donde se preparaba la recepción. El edificio tenía ladrillos a la vista y amplios ventanales que dejaban disfrutar de la naturaleza que lo rodeaba. Esa antesala tenía las islas con diferentes temáticas de comidas (mexicana, sushi, fiambres criollos). Una vez que se ingresaba al salón propiamente dicho, una mujer indicaba a qué mesa dirigirse. Las mismas estaban vestidas con manteles color manteca, y cada una contaba con un camino rústico que repetía el color manteca con dibujos en turquesa. Las sillas estaban vestidas con telas en mismo color y los respaldos tenían una cinta ancha también en color turquesa. Valentina y Raquel se habían hecho cargo de la decoración del salón. Raquel era *wedding planner* y tenía muchos conocimientos en el tema, que fueron aceptados por los novios. El salón había sido decorado con columnas de globos perlados en color manteca y turquesa, y telas que adornaban y caían con gracia desde el techo hasta acomodarse en los ventanales.

La ceremonia había sido muy emotiva. Lola había entrado delante de su mamina, llevando, en un almohadoncito, las alianzas y el anillo de compromiso. Paulo y Valentina estaban parados en el altar, ambos con una

sonrisa en sus rostros. Valentina había traído un hermoso vestido negro largo y angosto, con un corte debajo del busto, y un saco igual de largo que el vestido, en encaje, también negro. Su impecable cabello estaba recogido en un *chignon* deliberadamente desprolijo, con algunos mechones que caían a los costados y le daban un aire jovial. Paulo esperaba a su mujer muy nervioso. Quería verla, saber que todo estaba bien. La charla con Valentina lo había dejado preocupado, intranquilo. Debía hablarle, sabía que habían prometido no tener secretos, pero no sabía cómo encarar el tema. El traje que Paulo tenía era negro, con una corbata turquesa que le hacía resaltar los ojos. En el rostro se le veía una amplia sonrisa, pero en algún gesto, que pasaba inadvertido para muchos, se adivinaban sus nervios.

El padre Marcos estaba en el altar, esperando la entrada. Los primeros acordes indicaron el ingreso inminente. Todos se pusieron de pie. Las puertas se abrieron y la imagen de Alma, del brazo de Jorge, sobrecogió a los presentes, principalmente a Paulo. Estaba bellísima, casi angelical. Parecía que emanaba luz de todo su cuerpo. Su rostro mostraba una alegría suprema. El vestido era color marfil, con estilo sirena. El embarazo apenas comenzaba a notarse, así que la línea del vestido ceñido resaltaba las curvas de Alma, las partes que el embarazo había redondeado: el busto, las caderas. A la altura de la pelvis tenía una cinta gruesa de gasa drapeada que le disimulaba la incipiente pancita. El cabello estaba recogido en un peinado griego, con bucles que caían sobre un velo que arrastraba. El ramo de liliun, que llevaba en el antebrazo, estaba a tono con la imagen de luz que emitía ese bello ángel. La alegría de Alma se traslucía en la belleza, casi hipnótica, que emanaba. A su lado estaba Jorge, muy emocionado, llevando a su hija. Lola caminaba con su natural desparpajo, saludando a los conocidos que iba viendo en los bancos. Tenía un vestidito en color marfil que le llegaba casi hasta el piso, ceñido en el torso y luego vaporoso en la caída, y un lazo con un moño en color rosa intenso terminaba el atuendo. Una corona de pequeñas flores rosadas (en el mismo color que el lazo) adornaba la cabecita que giraba a uno y otro lados de la iglesia. Ella caminaba con un ritmo rápido, saludando a todos, distrayéndose, pero en cuanto vio a Paulo le sonrió y se dirigió directamente a él. Alma y Jorge venían más rezagados, con un ritmo que denotaba la emoción que los embargaba.

Paulo le hizo una sonrisa cómplice a Lola y luego fijó la vista, orgulloso, en la mujer que caminaba por el pasillo central hacia él. La mujer con la que

iba a vivir su vida, la mujer que iba a darle un hijo, su mujer.

Alma llegó al altar, Jorge le dio un beso en la mejilla y le entregó su mano al novio. Paulo le dio un abrazo rápido a Jorge y tomó a Alma. Acarició con sus labios el dorso y la trajo hacia sí. La ceremonia comenzó cuando el sacerdote se dispuso a hablar con su acostumbrado tono de reflexión. Luego de colocarse las alianzas, el padre Marcos le pidió a Valentina que hiciera entrega de lo que le había traído a Paulo. Valentina se acercó al sacerdote, abrió su *clutch* y sacó una bolsita bordada. Era algo que habían usado con Alejandro.

---Lo que ven aquí son las arras, son trece monedas de oro que la madre de Paulo, Valentina, usó en su propia boda, y antes que ella, sus propios padres. Las arras significan la promesa de compartir y cuidar los bienes futuros, es la aceptación de responsabilidades por parte de Paulo y Alma para que nunca falte nada en el futuro hogar que están formando. Son trece porque simbolizan los doce meses del año, y hay una más como acto de generosidad para compartir con los más desfavorecidos. Una vez bendecidas ---el padre realizó la consagración en voz baja, haciendo la señal de la cruz sobre las arras y luego continuó--- Valentina se las entregará a su hijo. ---Valentina hizo lo propio, entregó el puñado de monedas a Paulo, que las recibió con ambas manos formando un cuenco---. Y luego él deberá dárselas a Alma. ---Paulo a su vez las pasó a su mujer siguiendo la misma forma que su madre con él.

---Alma, recibe también estas arras: son prenda del cuidado que tendré de que no falte lo necesario en nuestro hogar.

Alma las tomó y respondió:

---Yo las recibo en señal del cuidado que tendré de que todo se aproveche en nuestro hogar.

---Oremos a Dios ---propuso el padre--- para que estos hermanos nuestros, Alma y Paulo, que hoy se unen en matrimonio, alcancen la felicidad en esta vida y en la otra.

Cuando el padre Marcos los declaró marido y mujer, una música celestial, instrumental, llenó toda la parroquia. Una sensación de alegría y emoción los invadió. Paulo y Alma se besaron, emocionados, y, al terminar el beso, se dijeron «te amo» casi al unísono, en voz muy baja, en una acción que más pudo leerse en sus labios que escucharse. Saludaron a todas las personas que estaban en la iglesia y que quisieron compartir con ellos ese momento tan especial de sus vidas. Luego todos se dirigieron al salón.

La fiesta fue un evento sencillo. No era mucha la gente, pero todos los invitados eran muy cercanos a Alma y Paulo. Además de a sus familias, habían invitado también a dos personas con las que habían establecido un vínculo especial desde la misma noche en que se habían conocido: Mauro y Mónica. Ambos habían sido testigos del *flash* que los había obnubilado a ambos. Mónica seguía intentando convencer a Mauro de sentar cabeza y lo apremiaba a que bailara con varias amigas de Alma, para ver si alguna lo aceptaba. Mauro aprovechaba a bailar con varias, fiel a su estilo de seductor. Luego de la primera tanda de música, los amigos de Paulo ya estaban agazapados como tigres sobre sus presas, las amigas de Alma. Borja era uno de ellos y, mientras bailaba haciendo piruetas, se acercó a su amigo de toda la vida y le habló en secreto: ---Es que estas argentinas, colega, sacan fuego. Una más bonita que la otra, ¿a que sí? Pero son difíciles de roer, chaval, es que tienen unas respuestas tan acertadas para todo.

---Exactamente esa fue una de las primeras cosillas que me atraieron de Alma, colega.

---¿Cómo has hecho para no caer en sus brazos antes?

---¿En brazos de Alma?

---No, zopenco, mira que eres lerdo tú, me refiero a que no hayas caído en brazos de otra antes. Es que están de puta madre.

---Pues, alelado, es que ninguna me atrapó antes de ella ---dijo haciendo cara de enojo---, sus salidas inteligentes, además de su belleza, que salta a la vista, me atraparón por completo. Dime ---le dijo a la vez que pasaba su brazo por el hombro de su amigo; si se los miraba atentamente, parecían dos adolescentes contándose secretos, abrazados---, ¿cuál de todas ellas te ha colado?

---Pues, chaval, la rubita que está con ese vestido ceñido de infarto, la de colorado ---respondió señalando a Amanda---, quisiera llevarla ya mismo a mi hotel.

---¿Estás de coña? Joder, mira que tienes mujeres para elegir, hombre. Pues justamente Amanda no podrá ser. Es que ella está con mi primo Germán. Son pareja hace unos meses ---le contó, apenado, Paulo.

---La madre que me parió, la he visto todos estos días, colega, y me trae loco. Pero siempre está cerca Germán y, pues bien, me he quedado a la espera, no quiero salir cagando leches de este país y que el que me haga ir sea tu primo, colega. Pero mira que tengo un ojo crítico.

---Vale, tranquilo, tampoco es que le hayas tocado el culo, simplemente le has echado el ojo. ¿Y alguna otra?

---Pues sí, tampoco es que me haya enamorado hasta las trancas de ella. Pero definitivamente es una que llama la atención. Sí, sí hay otra.

---¿Cuál? Tal vez pueda darte buenas noticias ---dijo, emocionado, Paulo.

---Pues, cabrón. No sé si te caerá bien la noticia, pero tu prima Marcelita es muy atractiva también y he estado conversando con ella todos estos días. --- El gesto de felicidad de Paulo se cambió a uno de sorpresa.

---Anda, Borja, chaval. Tú sí que me la estás poniendo difícil. Mi prima Marcela es como mi hermana, no es mujer para una noche y luego adiós. Te conozco, te vuelves un capullo con ella y deberás vértelas conmigo y con mi primo Germán.

---Hostias, ¿es que estoy destinado a salir cagando leches de este país? --- dijo Borja haciendo aspavientos con sus brazos, sobreactuando.

---Venga, hagamos un trato. Eres claro con ella, le dices qué intenciones tienes, sin mentir, y si ella acepta estar contigo, pues yo aceptaré.

---Tenemos un trato, colega ---dijo Borja.

Los hombres siguieron bailando en medio de la muchedumbre que danzaba sobre la pista. Borja lentamente se fue acercando a Marcela, que bailaba sola en un grupo de mujeres. La tomó de la mano y comenzaron a danzar. Un momento después se sentaron a charlar en el *living* que se encontraba al costado del salón, ajenos por completo de la fiesta que los rodeaba. Paulo buscó de nuevo a su flamante esposa y la llevó a la pista. Ambos se movían tomados de la mano, felices, radiantes. Valentina se les unió y los abrazó a ambos.

---Mis amores, os veo tan felices. Me alegro tanto por vosotros y por ese niño que va a nacer. Y debo reconocer que soy un poquito egoísta y me alegro por mí. Me hacéis tan feliz también a mí, chavales.

---Mamá, eres tan hermosa. Gracias por acompañarnos en todo.

---Valentina ---dijo Alma mirándola a los ojos---, quiero agradecerte tus palabras, tu compañía en los momentos difíciles, tu cariño. Estoy feliz de tenerte tan cerca.

---Ayyy, mi pequeña Almita. No tienes idea de cuánto bien nos has hecho a mi niño y a mí. Yo soy la agradecida, no me alcanzará la vida para agradecerlo. Eres la única persona en el planeta que ha despertado este corazón que estuvo dormido siempre ---le confió Valentina a la vez que tocaba

el pecho de Paulo---, y lo haces feliz, así que cómo no quererte, niña. Y me darás un nieto. Dios mío..., yo debo darte gracias a ti. ---Ambas mujeres se dieron un abrazo.

Jorge se acercó a ellos, dio unas palmadas en el hombro a Paulo y le dijo en voz baja: ---Me la cuidas, muchacho. Por favor, no le digas nada hasta tenerla en las sierras. Que el aire serrano y la tranquilidad ayudarán a que lo tome bien.

---Tranquilo, Jorge, así lo haré. Espero que no se enfade por no habérselo dicho antes, pero temía que con todo el estrés se descompensara. Lo hablé con usted, Jorge, por eso.

---Hiciste bien, Paulito. ---Luego giró la cabeza y, en voz más alta, pidió-- -: Si me permiten, me llevo a Valentina a bailar. Para ser la envidia de todos los hombres de mi edad en esta fiesta ---continuó mientras le tomaba la mano para irse al centro de la pista.

---Pequeña, vamos a sentarnos un rato, no quiero que te canses demasiado en tu estado ---dijo Paulo algo preocupado.

---Tonto, estoy embarazada, no enferma. Me siento genial. ---En ese momento, algo llamó la atención de Alma, algo que se movió detrás de uno de los cortinados. Se puso pálida y caminó decidida hacia allí. Paulo la siguió unos pasos detrás, sin comprender. Cuando llegó al cortinado, Alma tomó la tela con decisión y la corrió con un movimiento seco. A la altura de su cadera se revelaron Lola y un amigo que jugaban. El corazón de Alma latía acelerado, emitió un suspiro audible y les dijo a los pequeños que habían sido sorprendidos---. Lolita, vayan con tu amigo a jugar al salón. No se metan en los cortinados, que pueden enredarse y terminar tirándolos al piso.

---Bueno, mamina. Vení, Theo, vamos a los sillones, podemos armar un castillo con los almohadones. Las cortinas no sirven. ---Los niños salieron corriendo, ajenos al temor que habían infundido a Alma. Amanda y Pato habían visto toda la escena, se acercaban con el celular de Amanda en la mano. Alma se giró y se encontró con Paulo, que la miraba sorprendido, sin comprender.

---¿Qué pasa, pequeña? ¿Por qué te has puesto tan nerviosa? ---preguntó pasándole el dedo índice por el hombro y el brazo. Pudo notar que Alma temblaba.

---No, nada, es que... ---No llegó a contestar. Amanda y Pato llegaron a rescatarla.

---Hola, galleguito lindo ---dijo Amanda en su tono festivo, pero sus ojos miraron a Alma como indicándole que sabía lo que ocurría---. Te vamos a robar un minutito a la novia, tenemos que preparar lo de las ligas, ¿me la dejás?

Paulo, que aún no entendía nada y miraba a Alma esperando una respuesta, dijo: ---No tengo problemas, chicas. Alma, ¿te sientes bien? ¿Quieres ir a sentarte? ---Y un poco más cerca, para que solo ella escuchara---: ¿Por qué tiemblos, pequeña?

---Estoy bien, cielo. Es solo un poco de frío. Ya va a pasar.

Paulo se quedó en silencio, mirándola, para ver si podía leer en su rostro lo que ocurría.

---Bien ---dijo Paulo; se giró para mirar a Pato y Amanda---. Se las entrego solo unos minutos. Está con frío y solo yo puedo darle el calor que necesita.

---Uhhh, gallego acaparador, dejate de bobadas. Te la traigo en un ratito. --
-Las tres fueron, rápidamente, hacia el *hall* de entrada, donde no había gente. Cuando estuvieron allí y se aseguraron de que no hubiera nadie más, Amanda sacó su celular y buscó una imagen. Pato buscaba en una bolsita de tela todas las ligas que debían ponerle en los muslos a Alma. Amanda hablaba mientras buscaba, Alma seguía sorprendida---. Como te conocemos, amiga, sabemos que cuando fuiste hacia la ventana creíste ver un fantasma. Nosotras te prometimos que cada vez que eso pasara, te íbamos a mostrar esto ---dijo a la vez que giraba el celular y lo ponía de frente al rostro de Alma. La imagen que se veía era la de un mausoleo con un apellido tallado en la piedra, en letras grandes---. Te dije que íbamos a ir.

---Amiga, fuimos el fin de semana pasado. ¿Viste cuando te dijimos que íbamos a comprarte tu regalo a Capital? En realidad, nos tomamos un avión a Comodoro ---explicaba Pato mientras sacaba las ligas de la bolsa y miraba a Alma a los ojos---. Tardamos un día completo. Llegamos a Comodoro, el taxista nos llevó directamente al cementerio. Tomó un poquito de tiempo convencer al encargado de que nos indicara dónde encontrar su tumba. Tuvimos que explicarle que éramos tus hermanas, que él se había suicidado en tu secuestro y que, como no habías visto el cuerpo, no creías que estuviera muerto y que por eso tenías pesadillas todas las noches.

---Cuando le contamos todo eso, el cuidador se ablandó. Nos dijo que había seguido la noticia por la tele y que lo que te había hecho Mariano era

imperdonable. No solo nos llevó al mausoleo familiar de los Urrutia, sino que abrió con la llave y nos dejó fotografiar esto. ---Amanda buscó otra foto y se la puso a la vista de Alma. Se trataba de una del interior del panteón, se veían estantes libres, algunos estaban ocupados por féretros y el que ocupaba el centro de la imagen tenía una inscripción sobre el borde del estante que rezaba «Mariano Urrutia - 1980-2013».

---Sabemos que esto puede parecer algo de mal gusto justo hoy, amiga, en tu fiesta. Pero tenés que dejar de buscarlo en todos lados. Se fue. Ya no está y no podrá lastimarte nunca más ---aseguró Pato a la vez que le apretaba el hombro y la miraba directo a los ojos.

---Así es. El cuidador nos dijo que él mismo lo puso en la bóveda, no pudieron abrir el cajón nunca, puesto que la autopsia y el tiro del suicidio hacían imposible verlo, pero ha visto a su madre venir a llorarlo cada día, a la tarde. Media hora antes del cierre. Quería que te quedaras tranquila también él.

Alma lloraba en silencio. Miraba la foto y a sus amigas alternativamente.

---Gracias, chicas ---dijo al fin. Las abrazó fuertemente y lloró en silencio---. Gracias por conocerme y saber lo que necesito, por entender mi miedo, por haberse ido hasta el fin del mundo para traerme esto.

---Amiga ---dijo Pato enfrentándola---, ¿para qué están los amigos si no es para respetarse, conocerse y protegerse? Te quiero mucho, te queremos mucho ---agregó a la vez que volvía a abrazarla.

---Sí, y ya es hora de que empieces a ser feliz. Los muertos, al cementerio; los vivos, a vivir. Viví amiga, que la vida es corta ---acotó Amanda.

---Las adoro, chicas. ¡Gracias! ---Las tres se volvieron a abrazar y luego se dedicaron a la tarea de poner cada una de las ligas en los muslos de Alma.

Una vez que el cielo empezaba a clarear, la gente de a poco se fue retirando. Alma, Paulo y sus familias despedían a todos al lado de la puerta de salida. Karen y Guille saludaron a todos. Guille a su vez cargaba con Lola, que se había quedado dormida hacía un rato.

---Los esperamos a almorzar, no se levanten tan tarde, ¿sí? ---dijo Karen mirándolos a ambos al mismo tiempo---. Digo, así almorzamos todos y luego los llevamos al aeropuerto para que embarquen a tiempo.

---Está bien, hermanita ---dijo Alma---, vamos ni bien nos levantemos.

---Dale. Vienen todos a casa. La familia de Paulo y nosotros. Guille los lleva cuando terminamos. ¿A qué hora tienen que estar? ---Alma miró a Paulo

para esperar su respuesta. Paulo le había dicho que debían abordar un avión pero no sabía el destino.

---Deberíamos estar en Aeroparque a las diecisiete ---dijo Paulo, sonriendo, sin decir nada más.

---¡Malo! ---dijo Alma, dándole un pequeño golpe en el hombro.

---Este hombre malo va a tenerte para él solo durante siete días, y ahora unas horitas ---dijo Paulo tomándola de la cintura y acercándola para besarla.

---Pero primero, la vas a compartir un ratito, cuñado. ---Se saludaron---. Nos vemos, chicos.

Paulo y Alma fueron llevados por Germán y Amanda al hotel donde ellos, junto a Pato y Martín, les habían regalado la noche de bodas. Se trataba del hotel Corregidor, un hotel muy lujoso, de cuatro estrellas, ubicado en el casco urbano de la ciudad de La Plata. La habitación que les habían regalado era una suite ubicada en el décimo piso. Contaba con un estar en la entrada, muy cómodo y lujosamente amoblado, un dormitorio íntimo, con detalles de calidad y estilo, un baño principal increíble, un vestidor espejado y enormes ventanales que daban a la plaza San Martín, un pulmón verde de la ciudad. Paulo y Alma se cambiaron la ropa de la ceremonia por una ropa más común.

La noche de bodas se convirtió, en realidad, en mañana de bodas. Paulo y Alma ingresaron al hotel, para hacer el *check-in*, a las sies de la mañana. Agotados como estaban, entraron, se sacaron la ropa y se acostaron abrazados. En cuestión de minutos, Alma comenzó a respirar de modo lento y profundo, lo que le dio la pauta a Paulo de que se había quedado dormida. Y en cuestión de segundos, también él se había dormido.

Cuando el sol estaba llegando al centro de la esfera celeste, un rayo se coló por el *blackout* de uno de los ventanales. Alma se despertó primera. Miró a Paulo, que estaba a su derecha, profundamente dormido. Sintió orgullo al ver a ese hermoso hombre dormido a su lado. Ese hombre era su hombre, era su esposo ante la ley y ante Dios. La había elegido, la amaba, la deseaba, la cuidaba, la celaba. Era suyo.

---¿Le gusta lo que ve, *my lady*? ---dijo Paulo, sorprendiéndola, él se había despertado y Alma no lo había notado, tan ensimismada estaba observando el cuerpo de Paulo.

---Me encanta ---contestó ella con una sonrisa, y se acercó a besarlo. El beso fue siendo cada vez más exigente por parte de Alma.

---Pequeña, no sé si estás lista para hacer algo en este momento, ¿estás

segura de esto? ---preguntó, con precaución, Paulo. No quería apurarla, quería que ella superara ese trauma sin presionarla.

---¿Acaso vos no querés? ¿Ya no te excito? ---consultó ella algo desilusionada, deteniendo las caricias que le hacía en el pecho.

---Pequeña, ¿me estás preguntando eso en verdad o estás de coña? ---dijo a la vez que llevaba la mano derecha de Alma hacia su erección para que ella comprobara cuánto lo excitaba. El gesto de Alma se calmó al comprobarlo---. Nunca dejarás de excitarme, eres la única mujer del planeta que me pone así con solo mirarme. Pero no sé si tú estás preparada, no quiero que sientas obligación de cumplir conmigo porque es nuestra noche de bodas. Prefiero esperar a que realmente te sientas bien.

---Cielo ---lo calmó ella, con una sonrisa en el rostro, emocionada por tanto cuidado por parte de su flamante esposo---, nada en el mundo me haría fingir algo con vos. ---Tomó una de las manos de él y la llevó hasta su ropa interior, corrió el borde y le hizo tocar su vagina. Enseguida Paulo notó la viscosidad y humedad características. El gesto de Paulo se cambió, se notó la urgencia de sentir ese cuerpo tan amado, de estar dentro de ella, de sentir todo aquello que durante meses no habían tenido.

---Pequeña, ¿estás segura? ¿Te sientes preparada? ¿No podríamos hacerle daño al niño? ---La cabeza de Paulo tenía mil interrogantes que expresaba con rapidez.

---Cielo ---pronunció Alma a la vez que comenzaba a besarlo muy sensualmente---, estoy lista.

---Sí, sí, pero... ---Alma cortó las palabras de Paulo con un beso profundo que le quitó las pocas barreras que aún tenía en pie, y la tomó con fuerza y la apretó a su cuerpo, respondiendo a su intensidad---. Pequeña, tengamos cuidado, tengo tanta necesidad de ti, tanta... No quiero lastimarte, asustarte o lastimar a nuestro hijo.

---Amor, la obstetra me dijo que no hay peligros para el bebé, que debemos hacerlo con tranquilidad, pero físicamente no podrías lastimarlo a él si no me lastimás a mí, y sé que no lo vas a hacer.

---Jamás, antes de lastimarte me mato, pequeña.

---No seas tan exagerado, cuando el bebé esté afuera, tal vez un poquito más rudos nos podemos poner, ¿no te parece?

---Pequeña, pequeña, eres increíble, me pones a mil. Estoy duro como un tronco y me dices estas cosas y logras ponerme más duro aún.

---Es lo que quiero ---agregó ella con una sonrisa pícaro---. La obstetra dijo que la mejor posición para el bebé es que yo esté arriba, así no corremos riesgo con tu peso encima de mí ---le explicó ella mientras se acomodaba, dejando al descubierto un camisolín de seda casi transparente que había comprado para la ocasión. La ropa interior era diminuta y muy sensual.

Alma se puso arriba de Paulo, mientras lo besaba con insistencia, y se acomodó a horcajadas. Luego siguió acariciando con sus labios el cuello, el pecho y bajando por su cuerpo. Lentamente fue tocando y mordisqueando cada centímetro de piel, Paulo se estremecía con cada beso, la piel se le erizaba. Estaba muy excitado, pero trataba de controlarse. No quería asustar a Alma ni quería que ella se sintiera agobiada, como les había sucedido en las ocasiones que lo habían probado. Se mantuvo quieto, con los ojos cerrados, disfrutando todo lo que Alma le hacía sentir. Había decidido que la vez que lo volvieran a intentar la dejaría a ella tomar el control, tal vez sentirse dueña de la situación le diera la confianza suficiente. Alma lo observada cada tanto, veía sus reacciones, se daba cuenta de lo mucho que le gustaba a Paulo todo lo que le daba. Fue acercándose al miembro erecto. Siguió besando y lamiendo todo lo que encontraba a su paso; cuando llegó al pene, lo sintió aprisionado dentro de la ropa interior de Paulo. Le indicó que se levantara un poco, le quitó el calzoncillo y finalmente quedó libre. Cuando ella posó su mirada en el miembro, quiso tenerlo dentro de ella, pero un segundo después tuvo un *flash*, un rostro que se apareció en su mente de modo abrupto. Se asustó y se congeló. La quietud en la que quedó llamó la atención de Paulo, que notó el cambio.

---Pequeña...

---Estoy bien, estoy bien ---susurró para calmarlo, cerró los ojos para apaciguar su pulso, que se había disparado. Centró su visión interior en el rostro de Mariano, que había irrumpido en la intimidad. Trató de concentrarse en él y le habló en su mente. A la vez que hacía eso, con los párpados bajos, masajeaba de a poco el miembro de Paulo con su mano, de arriba abajo, de manera intensa, fuerte. Paulo comenzó a gemir y volvió a recostarse. Alma mantuvo la cerrazón de su vista y le dijo al Mariano que no la dejaba ser la mujer de Paulo: «Hoy te vas, hoy elijo hacerte a un lado, elijo ser feliz. Te vas. No vas a manipularme desde la tumba, bastante me lastimaste ya... Te vas». Y acto seguido, con decisión, abrió los ojos y tomó con su boca el pene erecto de Paulo. Lo repentino de la acción sorprendió a Paulo, que emitió un

gemido fuerte.

---Dios, ¡oh! Dios mío, pequeña. Esa boca, ¡Dios! Cómo te he extrañado... qué bien me la chupas, pequeña.

Alma succionaba, hacía entrar y salir el pene en su boca. Disfrutaba porque sabía que lo estaba haciendo gozar, pero disfrutaba más porque sabía que estaba ganando la batalla. Mantuvo sus ojos en el rostro de placer de Paulo, una de sus manos acariciaba los testículos. Dejaba los ojos abiertos porque temía cerrarlos y ver nuevamente a Mariano. Luego pasó a sentir su propio placer, su propia excitación. Tenía al hombre al que amaba en su boca, le estaba dando placer. Escucharlo gemir, además de las frases inconclusas de Paulo, la iba excitando cada vez más. Casi sin darse cuenta fue cerrando sus propios ojos y el rostro de Mariano no apareció. Solo fueron imágenes de placer, de ella y Paulo. Eso la motivó a succionar con mayor fuerza y a hincar levemente los dientes sobre el glande, acción que, ella sabía, enloquecía a Paulo. El pene comenzó a endurecerse aún más. Alma supo que Paulo no estaba lejos del orgasmo. Lo sacó de su boca de manera tan sorpresiva como lo había puesto, se levantó y se posicionó hasta estar a unos centímetros del rostro de Paulo, que abrió los ojos.

---Soy yo de nuevo. Soy libre, amor ---dijo con una sonrisa en los labios, se puso a horcajadas de Paulo y, mientras él la tomaba y la besaba, ella corrió su ropa interior hacia un costado y se sentó sobre el miembro, sin dar aviso. El gemido de ambos fue estremecedor. Paulo se incorporó y la abrazó con firmeza.

---Dios mío, Alma... Te amo. ¡Dios!, cuánto te amo. ---Debieron quedarse inmóviles y abrazados unos segundos. Sus cuerpos habían estado separados tanto tiempo que el sentirse unidos los estremeció a ambos hasta lo más profundo.

---Yo también, cielo, te amo más que a mi vida ---murmuró Alma con un hilo de voz, totalmente conmovida.

---No quiero que vuelva a pasar un minuto sin poder tocarte, eres una adicción para mí, te pienso y necesito penetrarte, sentirte mía, sentir que soy tu dueño. ---A la vez que la abrazaba, ambos realizaban una danza con sus cuerpos. Paulo la subía y la bajaba sobre su pene, y ella se refregaba hacia atrás y hacia delante. La desesperación de ambos, de sentirse unidos, los llevaba a moverse cada vez más rápido. Paulo le quitó el camisolín casi de un solo movimiento. Los pechos de Alma se movían al ritmo en que sus cuerpos

se prodigaban placer. Desde que Alma había sido rescatada, Paulo la había visto varias veces desnuda, había contemplado esos pechos, pero se notaban mucho más grandes y turgentes, los pezones habían cambiado levemente de color, de un rosado lívido habían pasado a uno mucho más intenso. No los había tocado, los había deseado con intensidad, pero no había intentado tocarla para que ella no lo rechazara. Alma pareció leerle los pensamientos. Mientras se movía, le estiraba el pezón izquierdo y, cuando lo tuvo erecto, lo acercó a la boca de Paulo, invitándolo a succionarlo. Paulo la miró sorprendido, era real que Alma se había liberado de su fantasma. Sin darle un segundo para que se preparase, se dedicó a besar y chupar el pecho y, con la mano derecha, tomó el otro e inició unas caricias para prepararlo también. Los gemidos de Alma se hicieron más intensos y sus movimientos sobre el pene de Paulo, cada vez más profundos y seguidos. La boca de Paulo alternaba un pezón y el otro, el que quedaba libre era estirado por los dedos pulgar e índice. Ella se movía de manera frenética, Paulo supo que estaba llegando al orgasmo. Dejó de controlar su propio clímax, que venía retrasando desde que la penetró, y, en cuestión de segundos, ambos emitieron el grito triunfal que los elevó metros sobre la humanidad. Luego, se unieron en un abrazo repleto de temblores y estremecimientos.

---Te... amo. Dios, no sabés cuánto, cielo. ---Alma temblaba y las palabras salían de sus labios entre respiraciones profundas para bajar la agitación---. Dios, vos no sabés lo profundo que fue esta vez para mí, amor. Hacer el amor con vos siempre es una experiencia increíble, de otro mundo, pero hoy... ---Su voz se entrecortó, Paulo aflojó el abrazo que la mantenía unida a su cuerpo, la miró para comprender qué le sucedía. Alma le tomó la mano derecha y la apoyó en su pecho, a la altura de su corazón, para que él sintiera el latido acelerado---. ¿Ves? Esto sos para mí, un fluir constante, una aceleración del corazón, sos lo puro, sos la vida. Hoy le dije adiós al fantasma, lo saqué de mi vida ---se corrigió---, de nuestras vidas.

---Pequeña, agradezco al cielo y a Dios que te hayas liberado, nadie te retenía más que tú bajo ese poder que nos lastimó tanto.

---Lo sé, y quiero pedirte perdón por todo este tiempo que no pude darte el placer que tanto amo darte, que te mezquiné esta unión tan necesaria para nosotros. Pero es que con todo lo que viví, me sentía poco merecedora de vos, de esta felicidad. Y de algún modo, me autocastigaba.

---Creo que no tienes real magnitud de lo que siento por ti, pequeña. Siento

que he caminado como un zombi toda la vida, buscando a esa persona ante la cual mi alma estuviera desnuda y encontrar en ella un alma desprovista de mentiras y secretos. Caminé sin prestar real atención, hasta que te vi; en ese momento, mi visión se agudizó, te vi y lo supe, supe que tu alma y la mía estaban unidas. Es tan extraordinario encontrar a ese alguien, encontrarte, que me conozcas tal y como soy, que me aceptes con mis errores y aciertos. Conocerte y adorarte sin poder encontrarte ni un solo defecto. Creo que no tienes verdadera dimensión de cómo has cambiado mi vida. Tú y mi hijo sois mi única razón de existir en esta tierra. No me alcanzará la vida para devolverte la alegría que me has dado al decir anoche «Sí, acepto». No podría existir sin necesitarte.

---Paulo, cielo, lo que decís... ---Los ojos de Alma se anegaron.

---Pequeña, no llores, por favor, me destroza verte llorar.

---Pero es de emoción, cielo. Tus palabras me conmueven.

---Tú me conmueves, pequeña, tú eres mi corazón. No existen obstáculos que no pueda vencer por estar contigo. ---Las lágrimas de Alma no dejaban de caer---. Ahora entiendes cómo me siento, ahora entiendes que, cuando nuestros cuerpos se unen, es como si se produjera una súper nova, porque con solo mirarte, pequeña, puedo hacerte mía. Tú eres el principio y el final de mi vida. Tú eres mi hogar.

Ambos se abrazaron, emocionados, conmocionados. Ella, por entender realmente la magnitud de los sentimientos de Paulo. Él, porque expresarle todo eso lo dejó como una persona que es operada a corazón abierto, estaba sensibilizado, verbalizar todo eso lo hizo razonar hasta qué punto su vida y la de Alma estaban conectadas. Entendía qué lucha había librado esa mujer que temblaba en sus brazos, su mujer, durante todo ese tiempo. Entendía que el amor había triunfado por sobre la culpa, la mentira, el miedo, la muerte. Alma había luchado por ellos siempre, y él debía cuidarla y protegerla.

Germán y Amanda se habían ofrecido para llevarlos al aeropuerto, también Guille y Karen, así que decidieron ir en varios vehículos, en una caravana. Todos querían acompañar a los recién casados. Terminado el almuerzo y la sobremesa, fueron repartiéndose en los automóviles disponibles para recorrer el camino. Alma y Paulo se acomodaron con Germán y Amanda. El camino se hizo entretenido, Amanda siempre generaba un clima distendido, divertido, donde ella se encontraba.

---Me parece, señoras y señores, que hubo *noche de bodas* a full. Que mi

amiga, aquí presente ---decía Amanda hablando como si lo hiciera para un auditorio televisivo y ella fuera movilera---, tiene una sonrisa especial, de esas amplias que se cuelgan de oreja a oreja. ---Paulo y Alma sonreían ante la ocurrencia, pero ninguno intentaba desmentirla---. Sí, sí. Confirmamos la noticia, esta sonrisa en el rostro de mi amiga solo puede haberla provocado el gallego con su habilidad amatoria. Sin más novedades, puesto que los mencionados no quieren dar declaraciones ni compartir más detalles con el público, volvemos a estudios centrales.

Llegaron al Aeroparque Jorge Newbery, se dirigieron a hacer el *check in*. Ahí, Alma se enteró de adónde viajaban. Paulo se acercó a la empleada de la línea aérea, entregó los comprobantes de los pasajes aéreos, su documentación y la de Alma. La mujer confirmó el vuelo a Córdoba Capital, que se encontraba en horario.

---¿Córdoba? ---preguntó Alma sorprendida---. Pensé que, como vos no conocías mucho de mi país, querrías ir a algún lugar más estrafalario, cielo ---aseguró ella con una sonrisa.

---¿Acaso no te gusta? ---dijo él, algo pensativo.

---Me encanta, es una de las provincias de mi país que más me gusta, lo sabés, lo hemos hablado. Las sierras, el aire puro, la gente, la tonada, todo.

---¿En serio? No tenía idea. Bueno, entonces ha sido un acierto. Además, sé que cierta autora de novelas románticas e históricas ha nacido justamente en esta provincia. ---Paulo se hacía el desentendido. Alma lo miraba con una sonrisa. Evidentemente, Paulo no mentía cuando le decía que recordaba cada cosa que habían hablado, que prestaba atención a todo lo que tuviera que ver con ella. Una alegría infinita le colmaba el pecho---. De todos modos, *my lady*, la sorpresa continúa. Puesto que nuestro destino final no es la ciudad de Córdoba ---informó con una sonrisa de autosuficiencia.

---¿Adónde vamos? Decime, por favor ---pidió ella queriéndole sonsacar más datos.

---*My lady*, deberá esperar. ---Paulo largó la carcajada al ver el enojo de Alma. La abrazó, tomándola por la parte baja de la cintura, y la acercó a su rostro---. Esa boquita enojada es una invitación, no puedo resistirme. ---Y la besó con una suavidad increíble. Alma sintió que todo su cuerpo se aflojaba.

---Está bien, voy a aguantar la incertidumbre. Me tenés loca con este tema ---confesó cuando finalmente él apartó su boca de la de ella y la dejó aún toda enloquecida.

Se fueron despidiendo de todo el tropel de personas que había querido acompañarlos. Abrazos y besos se repartían en una coreografía casi graciosa. Jorge le habló a Paulo, muy despacito, a la vez que lo abrazaba.

---Hijo, te pido que dejes pasar uno o dos días antes de hablar con ella, dejala aclimatarse. Y tené cerca los teléfonos por si se descompensa. Ya pasó los tres meses de embarazo, pero estas cosas pueden generar una situación fea. Hablale con el corazón, mi hija es una buena persona y va a entender.

---Espero que entienda, Jorge. No podría perdonarme que esto nos alejara, ella es lo que más quiero en este mundo, ella es mi mundo. ---Se abrazaron. Luego fue el turno de Valentina.

---Hijo, te me cuidas y me cuidas a Almita. Cuando regreséis, os estaré esperando para despedirme antes de volver a Madrid. Aprovecharé esta semana para ver la tumba de tu padre. ---Los ojos de Valentina se anegaron en lágrimas---. Es que ha pasado una vida y, pues, mira aún cómo me afecta. ---Tomó un pañuelito de su cartera y se secó el llanto.

---Eres tan sensible, belleza. Ahora entiendo que aún te sientas unida a papá. Si a Alma o a mi hijo les pasara algo, no sé cómo podría seguir viviendo. Ahora te admiro más, mamá. ---Ella lo abrazó emocionada---. Entiendo que te afecte tanto ir a ver a papá, no viste nunca su tumba. La vez anterior que estuviste en este país, cuando me repuse, no quisiste que te llevara.

---Es cierto, no estaba preparada, y esa vez vine por ti, pero asustada por tu secuestro. Cuando te supe a salvo, toda la tensión y el miedo acumulados me agobiaron. Me fui rápidamente de este país, no podía afrontar la visión de la tumba que me confirmaba todo lo que por años supuse.

---Tal vez ahora, mamá, puedas liberarte del fantasma y rehacer tu vida. ---Valentina iba a protestar y Paulo le apoyó el índice en los labios para callarla--. Tal vez no vuelvas a enamorarte del mismo modo que con papá, ni con la misma intensidad. Pero sí puedes encontrar a alguien que te acompañe, que comparta contigo la vida.

---Lo dudo, hijo. ---Valentina recordaba a Julián, sabía de su vocación y jamás se hubiera animado a confesarle lo que él despertaba en ella---. Pero como dices, no voy a cerrarme.

---Mejor así, bonita, ven, dame uno de esos abrazos que me llenan el corazón. ---Se abrazaron con fuerza. Paulo cubría casi totalmente el cuerpecito de Valentina con el suyo.

Unos minutos después, subían al avión. El vuelo duró casi una hora y cuarto, habían salido a horario y no había habido inconvenientes mientras viajaban. Las azafatas estaban algo alteradas por la presencia de Paulo y Alma en el avión. Los secuestros de ambos habían sido televisados y habían estado presentes en las noticias durante el tiempo que había durado cada uno. Pero, sobre todo, las excitaba la presencia de Paulo, se desvivían por atenderlo, su masculinidad, su belleza exótica, su presencia, su trato ameno, todo las atraía. Alma presenciaba todas las atenciones con una sonrisa, pero se sentía picada por los celos.

---Paulo, aquí le dejo un juguito de naranjas ---se presentó la azafata por cuarta vez.

---¿Mariela, no es así? ---La mujer afirmó con una sonrisa, le daba satisfacción que ese hombre impresionante recordara su nombre---. Te agradezco tu gesto, pero aquí se lo doy a mi mujer, que está esperando a mi hijo y seguro le viene de maravillas ---dijo a la vez que entregaba el vasito a Alma. Esta lo recibió con una sonrisa leve y mirando a la azafata que, al caer en la cuenta de que esa mujercita que pasaba inadvertida a su lado ya no era una novia (como se había dicho en los noticieros), sino que era su esposa, se había sonrojado y puesto nerviosa.

---Por supuesto, perdónenme. No me había dado cuenta de su estado ---se excusó confusa y avergonzada.

---No es nada, apenas se nota ---dijo Alma posicionando sus manos en el vientre de cinco meses que comenzaba a abultarse.

---Permiso, voy por otro jugo, y otra vez le pido disculpas ---dijo la azafata, y se retiró raudamente.

---Parece que voy a tener que acostumbrarme a que todas la mujeres del planeta se derritan en tu presencia y hasta casi se saquen la bombacha ---acusó Alma en tren de broma, pero se notó en la inflexión de su voz que los celos la estaban acicateando.

---Mmm, pequeña, tú sabes que me excitas de cualquier modo. Pero verte así me pone a mil, ¿son celos eso que detecto en su voz, *my lady*?

---Nada que ver ---se apuró a aclarar ella---, no soy una mujer celosa, odio a la gente celosa. ---Bajó la vista, sabía que si él la miraba a los ojos podría leerle que sí eran los celos. Paulo acercó su rostro al de ella, tomó el de Alma con su dedo índice y la obligó a mirarlo.

---Podrán hablarme, intentar seducirme, hasta desvestirse. Nada ni nadie

hará que me aleje de ti, pequeña. Soy tuyo, de nadie más, y que eso te quede bien claro. No existe en este mundo otra mujer que me haga sentir como lo haces tú. ---Alma sonrió---. Recuerda que mi vida era un camino oscuro, sin intereses, sin emociones, hasta que te crucé. Ahí mi vida se volvió luz, sentimientos, pusiste mi mundo patas para arriba, Alma Recabarren.

---Espero que te sigas sintiendo así siempre, porque yo me siento igual. --- Se abrazaron y se besaron con pasión. En medio del beso, se acercó la azafata y se quedó parada, sorprendida por la expresión de amor y pasión de esos dos. Envidiaba a Alma, quería un hombre como ese para ella. Tosió levemente para demostrar su presencia allí. Los besadores cesaron y ambos la miraron risueños.

---Le dejo el segundo juguito ---indicó a la vez que le entregaba el vaso a Paulo, mirándolo fijamente.

---Gracias, me viene bien. Esta mujercita que ves a mi lado me vuelve tan loco que casi me olvido de todo. Un juguito nos vendrá bien.

La mujer se quedó con su sonrisa congelada, hizo un asentimiento con su cabeza, se dio vuelta y se marchó.

El descenso en la ciudad de Córdoba tampoco tuvo inconvenientes, retiraron su equipaje y se dirigieron a una casa de alquiler de vehículos. Paulo ya tenía reservado el de un automóvil económico pero cómodo. Se trataba de un Renault Clío, que ellos abordaron rápidamente. Alquiló, además, un GPS y, cuando puso la dirección y la localidad, Alma supo cuál era su destino final.

---¿Villa Giardino? No conozco, es cerca de La Falda, ¿no? ---dijo emocionada.

---Así es, bella esposa. Estaremos a unos kilómetros de La Falda. En unas cabañas de ensueño.

---Genial, cielo, me encanta esta provincia y que eligieras un lugar que no conozco, me encanta que pienses en todos los detalles. Te amo. ---Se acercó a él, antes de que pusiera en marcha el vehículo, y lo besó. La electricidad que los recorrió a ambos fue intensa.

---Pequeña, agradece que solo tenemos una hora y unos minutos de viaje restante, que no es mucho. Te haría el amor aquí mismo, en presencia de todos. Me detiene, únicamente, que no soportaría que otro hombre te viera y gozara de tu cara de placer cuando te corres.

---¡Tonto! ---dijo ella acariciándole la mejilla---. Vamos, tengo muchas ganas de llegar y hacerte el amor.

Paulo puso en marcha el automóvil y arrancó. La ruta a Villa Giardino era fácil de transitar, aunque ya empezaba a oscurecer. Paulo quería llegar antes de que se hiciera noche cerrada.

Capítulo 14

La luna de miel era en un lugar que parecía sacado de un sueño, un paraíso en medio de las sierras. El complejo de cabañas se encontraba dentro de la ciudad de Villa Giardino, pero a unos metros del casco, retirado en medio de la sierra; estaba construido en madera de lenga y piedras, en un predio muy amplio y pintoresco. Las cabañas se encontraban a orillas del río Grande de Punilla. La que les había tocado era para dos personas, muy cálida. El frente presentaba todas las paredes con piedras a la vista, hasta casi un metro del piso, y el resto de la pared y las aberturas eran de madera de lenga natural. Cada tabla era una lonja de tronco, con la corteza incluida, en el color natural de esa madera, un amarillo claro, barnizada. Constaba de dos pisos: en el superior, la habitación principal con una cama inmensa con dosel, cortinados rústicos y muchos almohadones. Todo en una tonalidad manteca. El baño, amplio y confortable, tenía un *vanitory* de la misma madera de lenga, y una bañera con hidromasaje. El piso inferior contaba de una cocina-comedor pequeña, muy acogedora, y un *living* con una estufa hogar a leños y unos sillones frente a él. Todo el amoblamiento era de la madera que caracterizaba a la cabaña; la estufa hogar era de piedra. En la entrada de la cabaña, se veía una galería pequeña donde había sillones de exterior, cómodos, para admirar el paisaje.

Alma se levantó, como cada mañana desde que se encontraban en ese lugar soñado, hacía tres días ya, y se dispuso a preparar el desayuno. Puso la cafetera en funcionamiento y el aroma del café pronto inundó la estancia. Las tostadas aportaban su perfume. Ella estaba concentrada en preparar todo y no se percató de que Paulo bajaba, con cara de dormido y el cabello revuelto, por las escaleras, descalzo. Se quedó mirándola en su labor. Esa mujer hermosa, que preparaba un succulento desayuno, era suya. Era su mujer. Con ese rostro angelical, moviéndose con parsimonia, con esa barriguita que comenzaba a delinearse en la parte baja de su vientre, toda ella, era suya. La observó en esos menesteres, concentrada, vestida solamente con una remera grande, de él,

color blanco, el cabello revuelto que caía sobre el pecho, iluminada por la luz que entraba por una de las ventanas. Parecía un hada, un ser mágico. La melena, alumbrada de pronto por el sol, pareció abandonar su color castaño natural y potenciar los reflejos rojizos, de modo tal que toda la cabellera parecía fuego.

Esa hada, mágica y angelical, era la misma que la noche anterior lo había amado, con ansias, tres veces. Era la misma mujer que le había confesado que quería entregarse a él de todas las maneras posibles, porque ya le pertenecían su alma y su cuerpo. Ella le había dicho que quería entregarle la única parte de su cuerpo que seguía inexplorada, esa era su sorpresa. Paulo se había sorprendido y excitado a la vez. Su cola lo excitaba muchísimo, pero había temido ir demasiado rápido para pedirlo. La había tocado, la había penetrado con el dedo, en juegos eróticos, pero hasta ahí habían llegado. Con todo el cuidado del que podía ser capaz, como si ella fuera de cristal, lo habían logrado. Sus orgasmos explotaron con una intensidad sorprendente. Siempre habían sentido que, cuando sus cuerpos se unían, el mundo parecía desaparecer; pero desde que estaban en Córdoba, la intensidad de sus encuentros era mayor. Sintió que se ponía duro al recordar todo eso, se quitó el bóxer ajustado, que dejó tirado en el primer escalón, se acercó lentamente por detrás de ella y la abrazó con fuerza, apoyándola en su pecho y acercando la erección para calzarla en las nalgas de Alma. Ella saltó por la sorpresa, no lo había escuchado.

---Cielo, qué susto me diste ---dijo mientras él posicionaba su mano en el pecho de Alma.

---Buenos días. Y muy buenos, debo agregar, verte aquí preparando nuestro desayuno es una visión celestial. ---Comenzó a besarla lentamente en el cuello y la mejilla derecha.

---Amor..., si seguís en ese camino, las tostadas se me van a quemar y el cafecito con leche se nos va a enfriar. ---Cerraba los ojos mientras Paulo acariciaba, en ese momento, ambos pechos, retorciendo levemente los pezones. Sintió la urgencia que solía invadirla cada vez que él la tocaba. Un latido en la entrepierna que era imposible de calmar. Paulo seguía concentrado en excitarla y ella iba cediendo a sus caricias. Le levantó la remera, se la sacó por arriba de la cabeza y la dejó sobre la mesada. Alma quedó desnuda, aprisionada por Paulo, contra la mesada. Él la mantuvo de espaldas, la urgió a recostarse levemente sobre la tabla de la mesada y se dedicó a pasear su

glande por toda la abertura de Alma, haciéndole desear estar dentro de ella.

---¿Cómo se siente, *my lady*? ¿Acaso le duele alguna parte de este hermoso cuerpo? ---dijo a la vez que pasaba las manos acariciando los cachetes de la cola y acercando los dedos a la entrada del ano. Alma tuvo un escalofrío cuando un dedo de Paulo pasó suavemente sobre la entrada, y se estremeció. Si bien sentía algo de molestias y ardor, sentir que él la tocaba en ese lugar con una mano la hizo excitarse más. Paulo seguía pasándole todo su pene erecto y sentía cuán húmeda estaba esa vagina que era suya.

---Estoy algo ardida, nada más ---dijo ella en un hilo de voz.

Paulo bajó el dedo, lo metió lentamente en la vagina y el gemido de Alma lo endureció más. Sacó el dedo pringado y lo posicionó en el ano, y su glande en la entrada de la vagina. Empezó a penetrarla lenta y profundamente en ambos lugares. Lo hizo de un modo pausado, haciéndola enloquecer. Alma sintió las penetraciones y solo pudo gemir y acercar más su cuerpo al de Paulo. Los movimientos fueron haciéndose cada vez más hondos y rápidos. Los gemidos de ambos inundaban la cocina-comedor. El sol tibio de la mañana los bañaba y les sumaba calor. Alma se incorporó, apoyó su espalda sobre el pecho de Paulo y pasó el brazo derecho por detrás de la cabeza de él. Giró la cabeza de manera de alcanzar su boca para besarlo. La lengua de Paulo la penetró con la misma urgencia que su miembro y su dedo se movían dentro de ella. La mano de él, que estaba sobre un pezón, viajó hasta el clítoris y se dedicó a realizar masajes. Ambos sentían el cosquilleo previo al orgasmo, los gemidos de Alma se hicieron más audibles. Los movimientos se volvieron más frenéticos, más profundos. Segundos después, ambos alcanzaron el orgasmo juntos, entre temblores, los gritos de Alma y el sonido gutural de Paulo. Alma sintió que las fuerzas la abandonaban, lamentó estar de espaldas a Paulo, adoraba verle el gesto cuando alcanzaba el clímax. El rostro de Paulo se contraía en un gesto que parecía de dolor, con ojos cerrados y apretados, los tendones y arterias del cuello se le marcaban. Ella lo veía en ese momento, como desnudo de todas las convenciones morales y sociales. Le veía la esencia. Se mantuvieron en la posición, abrazados, conmovidos. Las piernas de Alma se habían aflojado y Paulo la mantenía de pie, sosteniéndola.

---Dios mío, pequeña, me resulta imposible separarme de tu cuerpo, eres una adicción ---dijo sin salir de ella, apoyando su frente en la parte posterior de la cabeza de Alma.

---Me pasa lo mismo, me tocás y parece que encendieran un interruptor

que me pone como loca.

---¿Habrá algún peligro para el bebé? ---dijo, aún sin moverse de su posición.

---La obstetra dijo que lo que me hace bien a mí, a él también... a él o ella, todavía no sabemos. ---La piel de Alma se erizó por el frío. Paulo salió del interior de Alma, a desgano.

---Tienes frío. Cúbrete, no quiero que te enfermes. ---Paulo, que aún la sostenía con sus manos, fue apoyándola mientras comprobaba que ella podía mantenerse en pie. Cuando vio que sí lo hacía, estiró el brazo y tomó la remera, la levantó por encima de ella y se la colocó. Ella se giró sobre su eje y lo enfrentó con una sonrisa sensual.

---Hola, hermoso. Buen día. ---Lo besó con intensidad---. Sentate, que el desayuno debe de haberse enfriado.

Ambos se sentaron a la mesa y se pusieron a desayunar mientras charlaban animadamente. Paulo se había puesto una remera que había dejado la noche anterior sobre el sillón y el bóxer con el que había bajado, el que se había quitado con rapidez. Terminaron y Paulo lavó todo. Se ducharon y decidieron, mientras se vestían, ir a caminar por la ciudad de La Falda y conocer un viejo hotel de fines del siglo XIX, el hotel Edén, un lugar repleto de leyendas y relatos. Se cambiaron, se subieron al automóvil y partieron. La visita guiada resultó muy entretenida, supieron que en ese hotel habían estado alojados los presidentes Julio Argentino Roca, José Figueroa Alcorta, Agustín P. Justo y Roberto Marcelino Ortiz; también se alojaron Rubén Darío, Arturo Toscanini, Berta Singerman, Eduardo de Windsor, por ese entonces Príncipe de Gales, y Humberto II de Italia, duque de Saboya y heredero al trono de Italia. También pasaron (aunque no se habían alojado) Ernesto Che Guevara y Albert Einstein. Había sido inaugurado en 1898. El hotel original era inmenso y con comodidades para 250 personas. Desde dos balcones se apreciaba el parque donde se exhibía una fuente de mármol con una estatua de león a cada lado y miles de árboles traídos desde Europa. Era un emprendimiento novedoso para su época, casi una ciudad en pequeño. Se abastecía completamente solo; contaba con usina eléctrica propia, calefacción central, talleres, quinta y corrales para el suministro y procesado de todos los alimentos que se consumían. También poseía caballerizas que aprovisionaban los animales para las cabalgatas y «cacería del zorro». En sus terrenos, se emplazaba un campo de golf de 18 hoyos, una pileta de natación con aguas renovadas por una

vertiente, canchas de tenis y hasta una dependencia bancaria. Luego les contaron cuáles eran las creencias en relación con la conexión nazi de ese hotel, la relación del matrimonio dueño, Walter e Ida Eichhorn. Alma sintió que la piel se le erizaba al oír hablar de esa parte de la historia.

Los sorprendió que semejante construcción estuviera desatendida, que no se hubiese cuidado ese pedazo importante de historia. Ya no funcionaba como hotel, sino más bien como espacio turístico. Les contaron de varios proyectos para remodelar y volver a su esplendor el hotel, pero por el momento solo habían puesto en condiciones una de las posadas antiguas del hotel, donde se habían vuelto a recibir turistas en enero de ese año.

Disfrutaron la visita y, cuando finalizó, caminaron con tranquilidad por todo el centro. Luego decidieron ir a almorzar a una parrilla, que les habían aconsejado, en la ruta nacional 38, volviendo de La Falda a Villa Giardino. Comieron con avidez, disfrutaron de las carnes asadas, los vegetales a la chapa con aceite de oliva y ajo. Luego, un rico flan casero con crema y dulce de leche. Paulo estaba hecho un experto en comidas y postres criollos. Alma se sentía repleta, nunca comía tanto. Volvieron a la cabaña y decidieron tirarse a descansar en los sillones que se encontraban en la pequeña galería. Paulo preparó un té para cada uno y tomó coraje para decirle a Alma lo que hacía días intentaba decirle. Se sentó al lado de ella, le dio su taza y respiró profundo.

---Pequeña, hace días que necesito contarte algo y no encuentro el modo ni el momento.

---Cielo, ¿qué pasa? No me asustes, por favor.

---No es para asustarse, pero es un tema delicado. Ni bien lo supe quise hablarlo contigo, pero mi madre y tu padre me lo impidieron. Me dijeron que esperara a verte más tranquila y menos estresada. ---El gesto de Alma denotaba preocupación.

---Paulo, ¿mi papá y tu mamá? ¿Me podrías decir ya mismo de qué se trata?

---Tranquila. Se trata de María de los Ángeles.

---¿Sigue intentado comunicarse? ¿Qué intentó ahora?

---Ella ha intentado comunicarse conmigo desde que regresé de España, varias veces. Luego hubo un silencio de mucho tiempo. Nunca la atendí, como se lo advertí a ella, antes de volver, y como te lo había prometido a ti.

---¿Entonces? ---Alma estaba muy ansiosa.

---Ella se comunicó con Valentina y Borja porque yo no la atendía. Les explicó que entendía mi enojo, que ella había estado mal en su comportamiento, pero que tenía un motivo muy importante para haber hecho todo lo que hizo para recuperarme. ---Paulo bajó la vista, la voz se le puso temblorosa.

---No... No. No puede ser. ---Alma suponía lo que Paulo estaba por decir. Sintió que las manos se le enfriaban, el corazón se aceleró y un temblor la recorrió---. No lo digas, por favor.

---Está esperando un hijo mío ---dijo finalmente, casi sin voz. Se acercó a Alma al verla palidecer---. Pequeña, te suplico que te calmes. Necesito que lo tomes con calma, por nuestro hijo te lo pido. ---La aferró de las manos y ella retiró las suyas como si hubiera tocado un hierro candente.

---¿Cómo? Es que... ¿Cómo es posible? Quiero decir... ---La confusión y el dolor se hacían presentes en su rostro y en su discurso---. Sé cómo ocurrió, lo que no entiendo es cuándo. Me dijiste que cuando volviste no la habías tocado, que ella había intentado seducirte. Pero que vos... no habías participado. ¿Me mentiste? ¡¿Cómo pudiste mentirme de ese modo?!

---Alma, no. No, no hagas esto. No armes una historia que no existió. Te pido que me des la oportunidad de explicarme. María de los Ángeles está embarazada de casi treinta y seis semanas ---se lanzó a explicar de modo apresurado, sin darle oportunidad de hablar---. Quedó embarazada cuando aún éramos pareja. En los días previos a mi viaje de abril. Ella no lo supo hasta que yo volví a Madrid. Los días sin mí, la separación posterior, los nervios, su falta de regularidad, todo eso la confundió al principio. Cuando logró confirmarlo, ya estábamos peleados. Yo regresaba a buscar mis cosas y se enteró de ti. ---Alma lloraba en silencio, sin bajar el rostro, mirándolo sorprendida---. Todo lo que hizo fue para lograr que regresara a ella POR ella, no por el embarazo. Todo lo que sucedió luego la hizo arrepentirse. Pero debía decírmelo, hacérmelo saber.

---¿Desde cuándo lo sabés? ---preguntó ella enojada.

---El día del almuerzo con mi madre, en mi cumpleaños, me lo...

---¿Desde ese día? No puedo creerlo, hace más de diez días que me lo ocultás ---dijo cortando la frase que Paulo estaba diciendo, aún enojada.

---Alma, te suplico que me escuches, entiendo tu enojo...

---¿Entendés mi enojo? ¿Ah, sí? ¿Me entendés? ¿Entendés lo que es que alguien más haya tocado a mi hombre, que lo haya alojado en su cuerpo, que lo

haya amado y que fruto de todo eso ahora esté por darle un hijo? ¿Podés entender eso? ---Alma se puso de pie. Hablaba llorando---. ¿Qué hubieras sentido vos si este hijo ---se tocó el vientre--- no fuese tuyo, sino de Mariano? ¿Cómo te sentirías, eh? ---Estaba furiosa.

---Tienes razón, pequeña. No lo había puesto en esos términos. Creo que estaría destrozado si ese fuera el caso. Sé que no puedo sentirme como tú, pero quiero que entiendas que esto no cambia nada entre nosotros. Eres mi mujer, eres mi esposa, eres la mujer que elegí para compartir la vida. ---Se puso de pie y se acercaba a Alma intentando abrazarla. Ella se corría hacia atrás---. A ti, Alma, te elegí antes de saber que esperábamos un hijo, no me casé contigo por ninguna obligación moral, me casé porque te amo, más de lo que he amado a alguien en mi vida. Y así hubiera sabido lo del hijo de María de los Ángeles antes, nada hubiera cambiado, me hubiera casado contigo de todos modos.

---Me dijiste que siempre te habías cuidado, que nunca habían corrido ningún riesgo con ella. Cuando empezamos a tener relaciones, me dijiste eso, ¿me mentiste? ---Seguía dolida.

---No. No te mentí, Alma. Siempre nos cuidamos, en algún momento ella dejó de tomar la pastilla para anticoncepción por un problema de salud y me cuidé yo. No sé qué pudo haber pasado. El tema hijos era un tema hablado. Ninguno de los dos quería tener un hijo.

---Qué ironía. Vos ahora vas a tener dos con meses de diferencia. --- Comenzó a caminar hacia la escalera que salía al parque, ofendida, Paulo le salió al encuentro y trató de abrazarla.

---Pequeña, por favor, no te alejes de mí. Cuando hicimos nuestros votos matrimoniales, prometimos «en las buenas y en las malas», nos tocó una mala ahora. Demos pelea juntos, no entre nosotros.

---Dejame pasar, por favor. Necesito tomar distancia de vos en este instante. Dame espacio. Cuando me sienta mejor, volvemos a hablar. ---La dureza en la mirada de Alma lo convenció de que no era un buen momento para seguir hablando.

---Está bien. Pero no salgas de la cabaña, temo que la presión nos juegue una mala pasada y te descompenses ---dijo abriéndole el camino hacia el interior de la cabaña. Ella subió la escalera hacia la habitación, con aire cansino, agobiada.

Alma no bajó para cenar esa noche, le dijo a Paulo que se sentía

físicamente bien, pero que necesitaba dormir. Cuando él subió a acostarse, ella estaba hecha un nudo en la cama, de espaldas al lugar que ocupaba Paulo. Dormía, pero no de manera plácida; en la respiración agitada, la nariz y las mejillas enrojecidas, se adivinaba que había llorado mucho hasta dormirse. Él tardó bastante en conciliar el sueño, estuvo dando vueltas todo en su cabeza varias veces. «No tendría que haberle hecho caso a mi madre ni a Jorge. Ni bien lo supe debería habérselo dicho a Alma. Además, debí llamar a María de los Ángeles, ¿cómo puedo estar seguro de que ese hijo es mío? Nosotros siempre nos cuidamos, ¿cómo pudo haber pasado esto?». Alma había sido clara en su dolor, y él la entendía. Si fuera ella la que esperara un hijo con otro, él estaría destruido, debía ser honesto con él mismo y, sobre todo, con ella.

A la mañana siguiente, cuando Paulo abrió los ojos, enseguida se percató del vacío al lado suyo. Bajó esperando encontrarla en la cocina, preparando el desayuno. No había nadie. La cocina estaba fría. En la mesa, detectó una nota, la leyó con un leve temblor en sus manos. Temía lo que ella podría haber escrito: «Fui a caminar. Necesito pensar». El corazón desbocado de a poco se fue calmando. «¡Coño! Está alejándose de mí más y más». Estaba asustado por la reacción de Alma, temía que quisiera dejarlo. No podría perdonarse perderla. «No puedo imaginar una vida sin ella, todo tiene sentido si ella es parte. Ni siquiera pudo pensar en asumir la paternidad de Blanca si Alma no está a mi lado para enfrentar todo». Se preparó un café negro, bien fuerte. No tenía ganas de comer nada, solo quería tenerla en sus brazos, sentir que todo seguía igual entre ellos, que nada ni nadie podría separarlos. Buscó entre las cosas de Alma, quería asegurarse de que ella se hubiera llevado el móvil consigo. Como no lo encontró, dio por sentado que así lo había hecho. Decidió darle unas horas para que pensara, sin molestarla, le daría espacio, aunque su cavernícola interior lo instaba a salir a buscarla, oliendo el viento, encontrarla y convencerla con besos y caricias de que nada en él había cambiado.

Al caer la tarde, Paulo ya no soportaba más su ausencia ni la preocupación propia, oteó el horizonte por milésima vez con la esperanza de distinguirla. Solo sierras, árboles, plantas. Decidió telefonarle. Ya no le importaba si ella se enojaba por haberla llamado. A lo largo de la tarde había estado revisando el móvil y custodiaba cada hora que Alma hubiera usado el WhatsApp. Cada tanto le indicaba un cambio en la última hora de conexión. Ella se conectaba. Estuvo, como un animal salvaje, caminando dentro de la cabaña, mascando su

enojo consigo mismo, insultándose por haberla llevado a esa situación. No quiso alertar a la familia ni a las amigas para evitar preocuparlos, tampoco quería salir a buscarla por temor a que ella regresara y no lo encontrara. Trató de entretenerse y no pensar, pero el silencio de la cabaña no hacía otra cosa que recordarle, con gritos, su ausencia. «Cómo ha cambiado mi mundo en tan poco tiempo... Esta mujer se volvió el centro de mi universo. Mi vida ha sido arrasada por un tsunami de sentimientos, que se llama Alma. Seré padre, por partida doble, y ahora soy el esposo de alguien». Se sentó en el sillón y se quedó horas rearmando la historia, la suya y de Alma; miraba el hogar en silencio, sentía un vacío increíble en su interior. Buscó leña y encendió el hogar. Estaba anocheciendo, ya no soportaba más no saber nada de ella. Buscó su móvil y salió a sentarse a la galería. Buscó el contacto para realizar la llamada, el corazón le latía acelerado. Miró hacia el horizonte nuevamente para calmarse. Y la vio venir caminando desde la sierra. Con su pasito característico, sus cabellos que volaban por la brisa. «Mi hada regresa». Salió como eyectado a su encuentro y marchó rápidamente hasta alcanzarla. Ella venía a ritmo lento, concentrada, mirando el suelo. Se asustó al escuchar unos pasos casi encima de ella y se sobresaltó.

---Soy yo, pequeña. No te sobresaltes. Por Dios, Alma, me has tenido en vilo todo el día.

---Ahhh, hola. Me asustaste.

---Y tú me alarmaste a mí. Me tienes desde ayer sin saber nada de ti. --- Paulo hablaba y seguía acercándose, ella se quedó parada, esperando que él la alcanzara---. Pequeña, sé que te debes sentir terrible, yo no podría soportar el dolor que seguro estás sintiendo, quiero... ---Alma le apoyó el dedo índice sobre los labios y le pidió silencio.

---Vamos a la galería, necesito sentarme, estoy cansada. ---Avanzaron en silencio, uno al lado del otro. Cuando ya habían subido los escalones, Paulo le cedió el paso a ella para que tomara asiento. Ella lo hizo en un silloncito individual que enfrentó al de dos cuerpos. Paulo se sentó en el más grande y esperó que ella comenzara a hablar---. Estuve toda la noche pensando, y todo el día. Estuve evaluando toda la situación. Incluso en un momento, hoy a la mañana, cuando pasé caminando por la terminal de micros de Villa Giardino, pensé en subirme a uno e irme.

---Dios, pequeña, te supl... ---Lo volvió a interrumpir con una seña de mano. Él quedó sorprendido y la dejó seguir.

---Lo pensé. Seriamente. Estaba... estoy ---aclaró, mirándolo a los ojos--- muy dolida, un dolor muy profundo ---dijo a la vez que se tocaba el pecho---. Entiendo que estos accidentes pueden pasar, entiendo que no tenés la culpa de no haberlo sabido antes y que las cosas se enredaron de una manera increíble. Pero ayer no podía pensar en otra cosa que en el dolor que me genera. Soy una egoísta, lo sé. Pero no puedo dejar de pensar que ella te tocaba, que ella te hacía el amor y que va a darte un hijo que será tu primogénito. ---Levantó las manos para acallararlo---. Me duele, tengo que ser honesta. Me duele y mucho. Mientras caminaba, pensaba todo esto. Alejarme del dolor era lo único en lo que pensaba. Hablé con Amanda y Pato. Les conté. Ellas me dijeron que lo que me estaba moviendo era el orgullo, que vos me habías elegido a mí sin tener en cuenta el tema de los hijos, que lo que habías hecho primar, ante todo, eran los sentimientos. Que no eras el primero ni el último hombre al que le aparecían hijos de una vida anterior. Y que lo que me dolía a mí era «el qué dirán» de la sociedad. Y que yo debía dejar a un lado ese pensamiento, en rigor a la verdad, Amanda, con su verbosidad acostumbrada, me dijo: «Mandá a la mierda a todos, amiga, dejate de joder» ---citó impostando la voz, intentaba simular el tono de Amanda. Paulo agradeció mentalmente a Amanda y a Pato---. Y creo que, en algún momento, me cayó la ficha, que tenían razón. Me duele, me resulta difícil pensar que vas a tener un vínculo con ella para toda la vida, me da muchos celos.

---Pequeña ---Paulo siguió sentado, pero se acercó y le tomó sus manos entre las suyas---, te amo, te amo más que a nadie en este mundo. Nadie, antes de ti, me hizo pensar en casarme ni en tener hijos, solo tú. Nunca dependí de nadie como dependo de ti. Si hay algo que he cuidado en mi vida, fue siempre mi libertad, mi profesión, mis ganas de ir por el mundo sin nada que me detenga. Y luego irrumpiste en mi vida y todo cambió. Ya no puedo ir por el mundo si no estás conmigo, no puedo pensar en disfrutar de nada si tú no estás a mi lado. No quiero hacer nada si no puedo compartirlo contigo. No siento que haya perdido mi libertad, siento que soy libre solo contigo, y eso me hace plenamente feliz. María de los Ángeles será madre, yo seré padre, pero nuestra relación se va a resumir a ponernos de acuerdo con respecto a ese bebé, nada más. Ella lo tendrá en claro y debes tenerlo tú. Ni siquiera puedo pensar en ser padre si tú no estás a mi lado, acompañándome, enseñándome. Te elijo siempre a ti, frente al mundo, a la vida. Eres tú, pequeña. Eres mi vida, eres mi cielo, mi tierra, mi principio y mi fin.

---Paulo ---dijo ella al borde de las lágrimas. El mentón le temblaba, las ganas de llorar la asaltaban.

---No. Ahora me escuchas tú. Te di tiempo para pensar, y, en este lapso, también yo pensé mucho. Quiero compartirlo contigo: sé que fue un error ocultarte, estos días, la noticia. Mi mamá y tu papá me aconsejaron, desde la preocupación por ti, por el niño, que dejara pasar el estrés de la boda y que, cuando estuviéramos tranquilos, en las sierras, lo habláramos. Debo confesarte que no sabía cómo decirlo, en qué momento hablarlo contigo. Sabía que esta noticia te iba a afectar y que nos iba a cambiar el modo en el que estábamos, por eso no me atrevía a decirlo. Estos días contigo han sido los más felices de mi vida, hemos vivido más conectados que nunca, pero esta novedad te ha alejado de mí. ---Ella intentó hablar, pero él no le permitió---. Es así, pequeña. La noche de ayer dormí a tu lado, pero te sentí a kilómetros de distancia. Hoy te levantaste y te fuiste. Entiendo lo que sientes, quiero que lo sepas, sé lo doloroso que es. Pero te suplico que esto no nos aleje, que no te sientas lejos de mí, que hablemos todo para que nada nos afecte. Sé, con certeza, que si la situación fuera al revés, si tú estuvieras esperando un hijo de otro, yo no lo soportaría, contigo me pongo territorial, no tolero que otros se acerquen y te toquen. Sé que soy un cavernícola, pero así es como me siento contigo. Sé que eres una mujer valiente y te admiro por eso. Te amo aún más. - --Paulo besaba las manos de Alma a la vez que hablaba---. No dudes de mi amor, no dudes de que te elijo y te seguiré eligiendo, no te alejes ni me alejes. No soporto tenerte a mi lado sin poder tocarte, sin sentirte mía. ---Se abrazaron intensamente. Paulo la apretaba tan fuerte que Alma sentía que le costaba respirar.

---Ayúdame, cielo. No quiero sentirme así. No quiero sentir celos y no quiero tener sentimientos feos con una criatura que no tiene ninguna culpa. --- Paulo la fue soltando con lentitud y la enfrentó, teniéndola aún en sus brazos.

---El solo hecho de que pienses en cuidar a Blanca, en no lastimarla con tus sentimientos, es prueba suficiente de que eres una gran mujer. Lo único que puedes sentir es amor, y ella sentirá lo mismo por ti, estoy seguro, y por su hermano.

---¿Blanca?, ¿es una nena?

---Así me dijeron mi mamá y mi tío. ---Alma se quedó en silencio analizando esa nueva información---. Quiero que sepas, pequeña, que ni bien nazca la niña voy a hacerme un ADN para establecer, sin lugar a dudas, que

soy el padre. En caso de confirmarlo, la reconoceré.

---Me parece bien. Yo quiero acompañarte. ¿Cuándo tiene fecha probable de parto?

---Tiene fecha para mediados de diciembre.

---En cuanto regresemos a La Plata, voy a hablar con mi obstetra. Necesito su permiso para viajar a España. Si Blanca nace en diciembre, allí debemos estar, nos quedan tan solo unas semanas para llegar a la fecha probable de parto. ---Paulo se quedó sorprendido de la reacción de Alma, no solo ya le había dado entidad a la bebé al hablar de ella con su nombre, sino que se ponía manos a la obra para ser parte de esta situación---. ¿Qué? Te quedaste mudo, ¿pasó algo, dije algo fuera de lugar?

---Es que simplemente me has sorprendido, no creí que pudieras pensar los pasos de manera tan práctica, cuando aún no pasó demasiado tiempo del cimbronazo que significó enterarte de esto.

---Quedarme sufriendo y llorando no ayuda a nadie, ni a vos, ni a mí, ni a nuestro hijo. Y como te dije, Blanca no tiene culpa de nada, es una parte tuya, así que voy a amarla, como te amo a vos y a nuestro hijo.

---Pequeña...

---Dame tiempo, debo acostumbrarme a la idea. Sobre todo deberé ir pensando de qué manera voy a tratarme con María de los Ángeles. Nuestra única comunicación no fue muy agradable.

---Lo sé. Estuve pensando que, en cuanto regresemos, voy a hablar por Skype con ella. Voy a poner en claro dónde están los límites y hasta dónde vamos a estar presentes.

---Necesito que me abracés, necesito sentirte.

Precisaba confirmar que su nexo, su conexión, seguía intacto. Paulo la abrazó, se fue poniendo de pie y buscó sus labios con desesperación. La noche sin poder tocarla le había hecho sentir que la estaba perdiendo, quería recuperarla con sus besos, con su cuerpo. Los labios de ella le salieron al encuentro. Se saborearon con locura, las lenguas de ambos recorrían la boca del otro, acariciaban dientes, encías, bailaban entrelazándose. Paulo comenzó a avanzar con ella abrazada, sin dejar de besarla. Ella caminaba de espaldas, él la guiaba y ella se dejaba llevar. Entraron en la casa y cerraron la puerta, en el mismo lugar fueron quitándose la ropa, mutuamente, con urgencia. El hogar seguía encendido, en esa localidad refrescaba bastante de noche. Corrió la mesita de café que estaba frente a la chimenea, arrojó los almohadones del

sillón y una manta que siempre estaba apoyada en uno de los silloncitos. Se giró y buscó a Alma, le estiró la mano y la atrajo hacia él. La recostó con cuidado y la besó con intensidad. Estaba más que preparado para penetrarla y, cuando se aprestó a posicionarse, ella le habló con una voz atravesada por el deseo.

---Te quiero en mi boca, adoro apoyar mi lengua sobre vos.

---Así no, Alma. Dime cómo le dicen los argentinos, cómo lo mencionan de modo grosero. ---Alma se quedó mirándolo, estaba indecisa, no sabía si mencionar el modo burdo, le daba vergüenza. Luego se dio cuenta de que, con Paulo, se despojaba de todo prurito, por qué no hacerlo en su lenguaje también.

---Quiero esa pija enorme y hermosa, que es mía, y sentir cómo empieza a latir cuando estás por acabar. ---Sintió vergüenza al comienzo, luego vio el efecto que ejercía en Paulo y le encantó.

---Pequeña, por Dios, cuando me hablas así, me enloqueces. Háblame sucio, por favor. Necesito follarte sin ninguna barrera y que te liberes en lo que dices; es algo que me enloquece.

---Dejame chuparte, quiero esa verga ya. ---De manera obediente, Paulo se acostó sobre la manta y ayudó a Alma a levantarse. Ella fue besándolo, acariciando y estirando ambas tetillas, enloqueciéndolo. La derecha se cerró de golpe sobre el pene erecto. Paulo dejó escapar un gemido bajo. Ella se dedicó a subirla y bajarla apretando alrededor del falo mientras mordía los pezones. Siguió masajeando mientras bajaba con su boca. Cuando llegó a los testículos, los acarició con la izquierda, los sintió tensos, duros, pesados, acercó su boca y los comenzó a acariciar con su lengua. El glante estaba repleto de gotitas seminales, ella sintió, en su mano, que Paulo no iba a aguantar mucho más. Mordisqueó un testículo y lo abandonó para lamer el pene. El sonido que emitió Paulo fue rudo y fuerte. Siguió hasta el glante y luego lo hizo entrar en su boca, que ajustó para que él la sintiese apretada mientras bajaba, succionó al sacarlo, y al llegar a la cabeza hincó levemente los dientes. Sintió que Paulo estaba por llegar al orgasmo.

---Pequeña, oh, Dios mío, qué bien me la chupas, chupas la polla como nadie... Oh, oh, estoy por correrme. Ven, estoy... ---Alma seguía succionando y mordisqueando. Lo sintió empezando a temblar, Paulo se levantó y fue besándola hasta rotar lugares. Controlaba su orgasmo que estaba a punto de invadirlo. Alma se acomodó debajo de él, relamiéndose los labios.

---Sos tan rico, me encanta saborearte, cielo. ---Ella se removía, pidiendo más profundidad, más velocidad. Él no lo hacía, la penetraba un poco y salía, haciéndola desear. Esperaba que ella le pidiera, de modo salvaje, que fuese más fuerte. Ella pareció leerle los pensamientos---. Dame fuerte, necesito que me la des más adentro, más fuerte... ---Era lo que Paulo necesitaba, se puso sobre ella, le tomó las manos y las llevó encima de su cabeza, las sostuvo con la derecha y la penetró con fuerza y profundidad a la vez que su izquierda masajeaba el clítoris. Los gemidos de Alma fueron creciendo en intensidad hasta el punto en que, con sus ojos cerrados, podía distinguir cientos de puntos de luz que iban concentrándose para formar una gran explosión. Cuando Paulo supo que el orgasmo se avecinaba, dejó el pezón que succionaba y se acercó al oído de Alma. Con una voz ronca por el deseo, le dijo: ---Voy a follarte siempre, fuerte y profundo, por donde tú me lo pidas, porque eres mía y de nadie más, este cuerpo que adoro es mi terreno, mi hogar; pero aunque hablemos de modo rudo atravesados por la pasión y el juego, quiero que recuerdes que yo siempre, escúchalo bien, SIEMPRE te hago el amor, nunca es solo sexo contigo, mi corazón es tuyo y está en cada movimiento que hago y te da placer. Te amo. ---Esas palabras susurradas al oído, más el pene enhiesto que entraba y salía sin piedad, la elevaron a una explosión intensa. Los gritos de Alma debieron escucharse en todo el predio. Paulo, orgulloso de los gritos de su mujer, la besaba para absorberlos. Segundos después de que ella se calmara, Paulo sintió, desde su centro de placer, una energía que se irradiaba hacia sus miembros y explotaba en medio de su cuerpo. Sus embestidas se hicieron más profundas y rápidas, como si pudiera entrar en ella más de lo que ya estaba. Su orgasmo lo dejó agotado, apoyado de costado sobre uno de sus brazos para no aplastar a Alma con su peso.

---Cielo, fue tan... ---Alma buscaba las palabras--- tan sublime. ---Lo abrazó fuertemente, como queriéndole dejar un rastro. En realidad, ya lo había hecho. El hombro de Paulo ostentaba una marca de los dientes de Alma, ella lo había mordido en algún momento.

---Pequeña, te amo tanto, no tienes idea, te amo más que a mi vida. Si llegara a pasarte algo, yo... no podría, no puedo seguir viviendo si tú no estás en mi vida.

---Shhhh, no digas eso. Nada ni nadie nos va a separar. No pienses eso.

Se abrazaron con fuerza. Luego de unos minutos, Paulo la ayudó a levantarse, la cubrió con la manta y acomodaron los almohadones para

sentarse en los sillones. Se acostaron abrazados y se durmieron, agotados.

Los tres días restantes en la cabaña pasaron del mismo modo. Amándose, saliendo a caminar y a conocer lugares hermosos en la sierra, y también durmiendo. Habían ido a conocer la casa de un escritor que Alma admiraba, Manuel Mujica Láinez. La casita, llamada El paraíso, se encontraba a tres kilómetros de La Cumbre, en Cruz Chica. Hicieron la visita guiada y quedaron asombrados del sentido estético de ese escritor, la construcción en sí misma, casi laberíntica, las decoraciones con murales, los muebles, las obras de arte, su ropa y sus pertenencias que aún se exhibían. Los jardines estaban impecablemente diseñados y decorados con estatuas muy significativas. El lugar era bellísimo y enigmático a la vez. Manuel Mujica Láinez había estado muy interesado en el esoterismo y eso se notaba en su decoración, incluso los había sorprendido el baño. Se decía que Manucho, como lo llamaban, se sentía desprotegido en el baño y colgó, a modo de protección, veintiocho figas, amuletos en forma de manos de madera, que aprisionan el dedo pulgar entre el índice y el mayor. Se trataba de talismanes de la alquimia brasileña y que servían para conjurar fuerzas de luz y evitar la acción de fuerzas negativas o desarmonizantes. Alma quedó impresionada con ese temor que se notaba en la profusión de talismanes. Recordó lecturas que había hecho de ese autor, como *El escarabajo*, y entendió hasta qué punto ese tema lo había marcado.

En su estadía en las sierras cordobesas, Alma fue recuperando peso, su barriga fue haciéndose más notoria con el pasar de los días. Paulo y ella se turnaban para cocinar sabrosas comidas caseras y algunos días degustaban platos típicos de la zona en restaurantes pintorescos. La mañana que debían partir, mientras preparaban todo para irse, ella percibió algo extraño. Guardaba ropa en la pequeña valija cuando sintió un movimiento que le recorría la barriga. Fue una sensación rara, primero, como si un pez recorriera el abdomen y con su aleta tocara la pared de la panza, y seguido a esa sensación, un golpe rotundo.

---¡Paulo! Dios mío, vení. ---Ella se sentó emocionada. El grito asustó a Paulo, que se encontraba en el piso de abajo. Subió corriendo, pisando escalón por medio. Al ver a Alma sentada tomándose el vientre, pensó lo peor.

---¿Qué pasa? ---gritó con miedo---. Pequeña, ¿qué sientes? Dime, ¿qué te duele? ---Alma lo miraba con ojos llenos de lágrimas, sin decir palabra---. ¡Por Dios! Dime, ¿qué sucede?

---Se está moviendo ---dijo ella emocionada. Le tomó la derecha y la

posicionó donde ella había sentido el golpe. Paulo la miraba aún asustado, no lograba dilucidar si era algo bueno o malo, no entendía bien lo que estaba esperando con la palma ahí. En ese momento, ambos en silencio, con la mano de él sobre la pancita y la de Alma sobre la suya, sintió desde dentro de la barriga un golpe seco y suave a la vez. Sus ojos se agrandaron en gesto de sorpresa.

---¿Es él? ¿Es mi hijo? ---Alma afirmó con un movimiento de cabeza, conmovida. Paulo acercó su rostro a la panza y le habló---. Hola hijo, soy tu papá. ---Nuevo golpecito. Alma saltaba cada vez que el niño pateaba, y se sorprendía. Ambos se miraban sonrientes y emocionados---. Aquí estamos con mamá tratando de elegir tu nombre. Tenemos problemas con el de varón, el de niña está decidido. Tal vez puedas ayudarnos. ---Miró a Alma con una sonrisa---. Nos gustaría llamarte Gael o Gabriel. Si te gusta Gael da una patada. --- Esperaron y no hubo respuesta---. Si te gusta Gabriel, da una patadita. --- Nada. Paulo levantó el rostro desilusionado, dejó su mano apoyada en el vientre---. Tenía que intentarlo. Parece que no le gusta ninguno de los dos nombres.

---Así parece, o tal vez está distraído ---dijo ella riendo.

---No lo sé. Tal vez hemos buscado nombres por lo que significan y nos olvidamos de pensar en lo que nos gustaría ver en él. Digo, quiero que mi hijo sea una buena persona, querido por todos, valorado, pero también quiero que sea fuerte, con carácter, protector, que cuide a sus amigos. En fin, que sea bravo, valiente, como... un león. ---En ese momento, ambos sintieron otro golpecito y se miraron atónitos. Alma observó su barriga y le habló con dulzura.

---¿Ese es el nombre que te gusta? ---Esperaban otro golpe, pero no se movía. Ella intentó con la voz un poco más fuerte---. ¿León? ---Y, de pronto, otro golpe se hizo patente.

---Creo, pequeña, que este niño, además, tiene una personalidad definida. Nos queda claro que ese nombre le agrada. León... no lo había pensado, es un nombre poco común, pero me gusta. Habla de un hombre con fuerza, de valentía, pero también con mucho corazón. ---Miró a Alma, decidido---. Me gusta.

---A mí también. Me encanta. No lo había pensado tampoco yo, pero tenés razón. Bueno, León o Florencia ---dijo hablándole a su barriga---, todavía no sabemos cuál de los dos serás, deja que mamá termine de armar la valija así

podemos volver con los abuelos, los bisabuelos, los tíos y la prima.

Se pusieron en marcha hacia Córdoba capital. Se fueron del predio agradeciendo a los dueños del complejo por la excelente atención y por haber pasado unos días hermosos en ese lugar. Devolvieron el automóvil y tomaron el avión que los llevaría al aeroparque Jorge Newbery. Al descender contrataron un transporte que los llevaría hasta La Plata. En casa de Karen y Guille, los esperaban para cenar.

Capítulo 15

Llegaron a la casita cansados, por la tarde. Se ducharon y prepararon los alfajores que habían traído para todos. A Lola le habían comprado, además, una muñeca artesanal. Estaba confeccionada en tela, con ojos y labios bordados y una melena rojiza de lana. Alma acomodó todo y esperó, sentada, que Germán y Amanda los pasasen a buscar. Cuando Paulo salió del baño, ella estaba apoltronada con los regalos a un costado. Se quedó mirándola con una sonrisa. Estaba bellísima. Tenía un pantalón suelto, con cintura elástica en color azul marino, una blusa blanca con canesú, entallada, que le marcaba la pancita, y unas sandalias franciscanas blancas. El rostro estaba levemente bronceado, ya casi no se notaban las marcas del secuestro, solo quedaban las cicatrices de las ataduras de las manos. Los moretones y marcas dentales habían desaparecido. Las mejillas, levemente sonrosadas, daban idea de un estado de salud bueno. Leía un libro en silencio, concentrada, sin darse cuenta de la observación de la que era objeto.

Alma levantó la vista cuando de pronto tuvo la sensación de que la miraban. Ahí estaba él, ese hombre que le aceleraba el pulso con solo estar cerca. Lo vio parado en el umbral del baño, detenido, mirándola con dulzura. Estaba hermoso, una remera blanca con escote en V que delineaba los abdominales y oblicuos, un *jean* ajustado azul que le marcaba la cadera, tenía el cabello húmedo y despeinado. Hacía tiempo que no lo cortaba, y a ella le parecía muy seductor que estuviese tan largo que las puntas le llegasen a los ojos. Hacía constantemente ese movimiento, tan característico, para sacarlo de ese lugar, corriendo el jopo con ese gesto que a ella tanto le gustaba. Una barba de un día le oscurecía las mejillas y el bozo. Los ojos grises resaltaban sobre el rostro bronceado. De pronto sintió esa puntada en la vagina que sentía cada vez que él estaba cerca. Una urgencia por sentirlo dentro de sí. Ella se había visto en el espejo y se había descubierto gorda. Se miró las mejillas, la barriga, las manos algo hinchadas. No se veía bien, y el escrutinio al que la sometía Paulo no la complacía. Imaginaba que él estaba viéndole esos detalles

y perdía sensualidad a sus ojos.

---¿Por qué me mirás así, cielo? Estoy muy gorda, ¿no? Sí, ya sé. Debería empezar a cuidarme un poco, seguro que engordé un montón estos días. Mañana mismo saco turno con la obstetra.

---¿De qué hablas, pequeña? Estás hermosa, no puedo dejar de admirarte. El embarazo te ha redondeado en los lugares justos. ---Paulo se acercó y se sentó en el sillón junto a ella, mientras hablaba la miraba directo a los ojos---. Estoy flipao' ---dijo, y le pasó su mano por la cola y ambos pechos, y luego la depositó sobre la panza abultada. Ella apoyó la suya sobre la de Paulo, que descansaba en su vientre. Él la tomó y la llevó hasta que tocara su pene en erección---. ¿Ves cómo me flipa este cuerpo que tienes ahora? Me enloquecen tus pechos abundantes, que rebalsan la copa de tu *soutien*, adoro ese culo, que tiene un único dueño, y que se ve grande y respingón, como una invitación constante. Amo ese vientre donde descansa mi hijo. Te amo tal cual eres, y amo cómo me seduces hasta en este estado y que tengas las ganas y los ánimos para complacer mi libido todo el tiempo.

---¿Cómo no complacerte? Si vos me generás esta necesidad de sentirte adentro con apenas mirarme. ---Paulo se acercó para besarla con dulzura pero a la vez con pasión y urgencia. Ella comenzó a masajearle el pene erecto, provocándolo.

---Pequeña... ---dijo él a la vez que dejaba escapar un suspiro audible---, Dios, no puedes volverme tan loco. Debemos hablar con tu doctora, estamos todo el día haciendo el amor y yo no me doy cuenta, pero por momentos me pongo algo brusco. Temo lastimar al bebé. No sé qué tan bueno puede ser esto para el niño.

---Cuando la veamos, le preguntamos. Pero mientras tanto... ---Alma dijo y lo miró con rostro pícaro, bajó hasta su pantalón y con sus dedos liberó de la prisión del *jean* el miembro erecto de Paulo---. Ufff, este amigo está triste porque hace unas horas que no le hago ninguna caricia. Me parece que necesita atención, ¿no te parece? ---dijo a la vez que masajeaba el pene, haciendo salir y entrar el glande. Se puso de pie y lo besó intensamente. La voz de Paulo salió distorsionada por la pasión.

---Ven, quiero penetrarte, necesito hacerlo. ---Alma se deshizo del pantalón y de su ropa interior, lo hizo sentarse y ella se puso a horcajadas. Paulo se recostó sobre el respaldo del sillón y le abrió la blusa. Sacó los pechos que se movían con cada subida y bajada que realizaba ella.

Mordisqueó un pezón mientras torturaba el otro con sus dedos. Alma llevaba un ritmo acelerado, subiendo y bajando, y luego se refregaba hacia adelante y hacia atrás. Los gemidos iban subiendo la intensidad. Alma enredó sus dedos en el cabello largo de Paulo y buscó con desesperación su boca---. Estás tan hermosa, Alma. Y eres mía, solo mía.

Esa necesidad de Paulo de marcarla como su propiedad excitaba a Alma. En otro momento y con otra persona, seguramente, esa actitud la hubiera enojado, pero con él todo era distinto. Incluso ella misma, que nunca había sido celosa, que odiaba sentir celos, con Paulo no podía contenerse. Las mujeres lo miraban fueran a donde fueran. Algunas lo hacían con disimulo, embelesadas por su rostro bello, su cuerpo impecable, su porte y altura. Pero otras, bastantes, lo miraban con deseo, sin ocultarse, con desparpajo, siendo evidentes en su intento por seducirlo: la enfermera, la azafata, la moza de un restaurant. Ella apenas lograba contener la furia en esas ocasiones. Paulo siempre hacía notar que estaba con ella, la mostraba como su mujer, orgulloso, y eso la calmaba. Pero entendía la necesidad de Paulo de gritarle al mundo que ella era solo suya. Ella sentía la misma necesidad. Tal vez por esa razón lo mordió fuerte en el hombro cuando estaban en Córdoba. Pensar que su exnovia iba a darle una hija le hizo sentir también a Alma la extrema urgencia de decirle a quien fuera que ese hombre le pertenecía y que no iba a compartirlo con nadie. Tocó, con una de sus manos, el hombro donde se veían aún los dientes marcados y pasó el índice por la cicatriz. Como si él leyera sus pensamientos: ---Y yo soy solo tuyo, pequeña. Nunca lo dudes. No existe mujer en el planeta que me haga sentir lo que tú aquí. ---Alma sintió acercarse el orgasmo y cerró los ojos. Paulo adivinó que se encontraba al borde del abismo. Succionó y mordió con suavidad ambos pezones alternativamente. El grito de Alma lo enloqueció. A la vez que ella se refregaba con locura, como queriendo estirar los rezagos del orgasmo, él sintió su propio éxtasis atravesándolo como una saeta. Y cuando dio en el blanco, el placer se extendió desde su pelvis, por su sistema nervioso, a todo el cuerpo, en una especie de tsunami de placer. Su cabeza estaba apoyada en el pecho de Alma, con un pezón aún en su boca; la apretó contra sí, como queriendo fundirla a su cuerpo. Desde esa posición, habló sin moverse---. Creo que no voy a apoyar tu elección de amamantar a nuestro hijo. Tus pechos son míos y no sé si quiero compartirlos con este gañán que me quitará, además, tu atención ---dijo con tono ofendido aunque bromeando.

---Bueno, pero podemos darle a él un poquito cada dos horas, y el resto del tiempo, hasta la siguiente toma, se lo damos al padre, ¿qué te parece? --- Paulo no despegaba el rostro del pecho izquierdo de Alma, lo lamía, acariciaba con la punta de su lengua el pezón completo mientras la abrazaba con una fuerza increíble.

---No sé, me lo pensaré, ¿vale? Esto es demasiado mío y demasiado hermoso para querer que alguien más lo toque, aunque sea mi hijo ---expresó él, aún en plan de broma.

---Dale, pensalo. Además, será solo un año o poco más que lo compartirás, ya después volverán a ser de tu exclusividad. ---Alma sonreía abrazando la cabeza de Paulo.

---Te equivocas en eso, es que voy a hacerte todos los niños que Dios me permita, porque no voy a dejar de follarte ni cuando tengamos noventa años, te lo voy advirtiendo.

---¿Noventa años? ¿Vos decís que para esa edad se te va a seguir parando? ---comentó ella divertida.

---No lo dudes, pequeña. Esta polla tendrá vida mientras lata mi corazón y tú estés cerca. Y si la naturaleza me la pone difícil, pues, ¡joder!, haré uso de la industria farmacéutica. No lo dudes. Este coñito será atendido cada vez que lo requiera ---agregó riendo y separándose del pecho, al que abandonó enrojecido por las acciones conjuntas de lengua, dientes y barba.

---Te amo, tanto, tanto. ---Lo besó con suavidad.

---Pequeña, sabes que podría quedarme haciéndote el amor hasta la madrugada. Pero nos están esperando para cenar. Germán y Amanda deben de estar al llegar.

---Uhhh, tenés razón.

Se levantaron lentamente, casi sin ganas, fueron al baño para asearse y volver a vestirse. Cuando ya terminaban, sonó el timbre. Paulo atendió el intercomunicador e indicó que ya salían. Lo hicieron con varias bolsas donde llevaban los regalos para todos. Amanda y Germán los abrazaron con alegría: ---Amigueta, ¡estás hermosa! Mirá esa pancita, está enorme, ¡cómo te creció en estos días! ¿Todo bien? ---preguntó Amanda con su acostumbrado buen humor.

Paulo la abrazó y le contestó.

---Gracias, rubia, a ti y a Pato. Os debo mucho. Pero lo que hicisteis por teléfono hace unos días no me alcanzará la vida para agradecerlos.

---Galleguito, vos hacela feliz a mi amigueta, que con eso saldás todas las deudas.

---Gracias, amiga ---indicó Alma a su vez---, ustedes siempre me hacen bajar a tierra. Me calman, me hacen ver la realidad desde otro ángulo. Gracias. Estamos rebien.

A su vez, Germán se saludó con su primo y le preguntó por el viaje y el lugar. Mientras iban subiendo al automóvil, fueron narrando y describiendo esos diez días en que se mantuvieron alejados del mundo. Al llegar a la casa de Karen y Guille, se encontraron con la algarabía de ambas familias. La primera en saludarlos fue Lola. Corrió a la puerta y les ganó la carrera a todos.

---Palitooooooooo ---gritaba, saltando en la puerta, mientras ellos se acercaban al portón---, maminaaaaaaaaa, ¡cómo les extrañé! No sabés, mamina, quise dibujarlos muchas veces, pero no me salían bien las cabezas, me salían todas chuecas, y me ponía a llorar. ---Guille, que intentaba destrabar la puerta con reja, puso los ojos en blanco, recordaba las tardes de llantos y no le parecía muy gracioso. Además, Lola, colgada de la reja, no le permitía cumplir con su tarea fácilmente.

---Lolita, bajate, te podés lastimar y, además, no me dejás abrirles a los tíos.

---Mirá qué poder tenés sobre las mujeres, cielo. Cuando llegábamos, antes, ella siempre me nombraba primero a mí, ahora soy un agregado detrás de vos, ¿viste? ---comentó Alma en voz bajita, haciéndose la celosa.

---Mi pequeña hermosa siempre será la mujer número uno para mí --- aseguró él abrazándola por detrás y besándole la mejilla---. Salvo que nazca Florencia, en ese caso, no sé quién tendrá el primer puesto. ---Ante la cara de asombro de Alma, la abrazó más fuerte y le hizo cosquillas. La puerta, finalmente, se abrió---. Hola princesa, te hemos extrañado mucho---dijo al ponerse de rodillas y abrazar a la niña, que se había colgado del cuello de Paulo.

---Palito, qué suerte que volvieron, los extrañé mucho. Ahora seguro las cabezas de los dos me salen bien.

---Pues si no es así, podemos ayudarte con tu mamina.

---Hola, Loli. ¿Ya no me das bolilla a mí? ---consultó Alma bajando a la altura de los otros dos para saludarla.

---Hola, mamina. ---La niña la abrazó con fuerza, al notar la panza, se

abrió camino entre la ropa de su tía---. Hola, primito, ¿cómo estás? Creció mucho, mamina.

---Sí, tesoro. El primito o primita está haciéndose grande. ---En ese momento, Alma sintió un golpecito del bebé, le tomó la mano a la niña y la posicionó donde estaban los movimientos. Lola la miró sin entender hasta que el bebé le dio una patadita. El gesto de sorpresa de Lola fue impagable.

---¿Qué fue eso, mamina?

---Eso fue tu primito o primita diciéndote «Hola, Lola».

La niña cambió su gesto preocupado a uno de felicidad, y se puso a saltar y gritar.

---¡Me saludó, me saludó, papi! ---Saltaba a la vez que gritaba---. ¿Viste? Mi primito me saludó, así. ---Tomó la mano del padre y le dio un golpecito con la suya---. Me saludó así, me chocó los cinco ---gritaba mientras brincaba.

---Menos mal que volvieron, chicos, nos tuvo días llorando y esperando que regresaran ---comentó Guille, saludándolos a ambos.

Germán y Amanda que ya habían estacionado y se acercaban caminando.

---¿Y sabés una cosa, Loli? El primito o primita te compró un regalito en Córdoba. ---Alma buscó en la bolsa grande el paquetito que habían traído para la niña.

---¿Y cómo te lo dijo, tía? ¿Habla? ---preguntó sorprendida, ladeando la cabeza como cuando algo estaba fuera de su comprensión y haciendo montoncito con los dedos de su manito derecha para darle énfasis a su pregunta.

---Todavía no habla, pero se hace entender, como ahora que te saludó. Cuando pasamos por lo de una artesana que hacía unas muñecas, se empezó a mover como recién. Y yo le dije a Paulo: «Este bebé quiere que llevemos una muñeca, seguro que para Lola», y Paulo sin pensarlo la compró. ---El gesto de sorpresa y felicidad de Lola bien habían valido el invento de la historia.

---Mamiiiiiiii, mirá. Palito y la mamina me trajeron un regalo del primito. ---Salió corriendo para el interior de la casa.

---Gracias, chicos, no tenían que traerle nada, la están mal acostumbrando ustedes ---expresó a la vez que saludaba a Germán y a Amanda, que entraban. Cerró la puerta.

---Nos encanta verla así de feliz, Guille. Me disculpo si os hemos generado disturbios con este torbellino que es Lolita, la adoramos.

---Paulo, no te preocupes. Esta nenita nos tiene a todos en su puño, ya les

va a pasar. ---Se giró y miró a Alma señalando la panza---. ¿Cómo viene? Se nota que creció bastante.

---Todo viene de maravillas ---dijo Paulo mientras abrazaba a Alma---. Creciendo y pateando. Como es de esperarse.

Todos se adentraron en la casa. La familia completa les salió al encuentro. Abrazos y besos sonoros daban la pauta de que estaban felices.

---Mis niños, os he extrañado tanto, casi os llamo por celular todos los días ---expresó Valentina, con ojos repletos de lágrimas de emoción, mientras los abrazaba a ambos---. Debéis agradecer a Jorge y a Matilde, aquí presentes, que me han escuchado y contenido todos estos días. ---Los aludidos sonrieron.

Se fueron acomodando en las sillas. Alma y Paulo saludaron a todos y cada uno, y, a medida que terminaban los abrazos, se iban sentando; a la nona Donatella y al aita se acercaron ellos para evitar que se movieran. Todos sorprendidos por el tamaño de la panza de Alma. Pato abrazó a su amiga con mucho sentimiento.

---¿Todo bien, amiga? ---consultó mientras la abrazaba, aprovechando la cercanía. Habló en susurros.

---Sí, gracias a vos y a Amanda. Te quiero, amiga ---respondió ella también en susurros. Karen entró en el comedor, venía de la cocina con el paquete de Lola en las manos.

---Hija, dame un minuto. Quiero saludar a Paulito y a la tía. Ya te abro el regalo ---pronunció a la vez que los veía---. Hermanita, qué hermosa estás, mirá el tamaño de mi sobrinito ---señaló a la vez que abrazaba a Alma y besaba la panza---. Hola, Paulito, bienvenidos. ---Lo besó y, al acercarse su boca a su mejilla, le preguntó bajito---: ¿Bien? ---Paulo le dio un apretón de manos y, al separarse, bajó los párpados, asintiendo.

---Os agradezco a todos por este recibimiento y por haber cuidado a mi madre, que seguro os ha dado bastante trabajo ---supuso, y todos rieron. Valentina le dio un codazo en las costillas a modo de reto---. Dame, Karen, si quieres, puedo abrirlo por ti ---propuso a la vez que tomaba el paquete. Abrió el papel mientras Lola saltaba a su alrededor---. Pero mira qué belleza de muñeca, princesa, fijate el vestido, es muy parecido al que usaste el día de nuestra boda ---le comentó señalando el color del vestido, la corona de flores, el lazo. Todo era igual a lo que Lola había llevado el día del casamiento. Lo habían encargado así a la artesana, mostrándole una foto de Lola. El gesto de

sorpresa y felicidad de la pequeña persistía.

---Mami, mami ---llamaba a Karen, mostrándole la muñeca---, mirá, tiene el mismo vestido y las flores. Igualita a mí.

---¿Viste, Loli? ¿Qué se les dice a los tíos?

---No, mami. A los tíos, no. A mi primo. Él les dijo que me compraran la muñeca, vos no entendés. ---Se acercó a Alma y le habló a la panza---: Gracias, primito, me gustó mucho, pero mucho, ¿eh? Lástima que no tenga el pelo del mismo color que yo ---murmuró y se quedó pensativa.

---Pero, princesa, fijate que tiene un color similar a tu tía. Cuando a tu tía le da el sol de lleno en la cabellera, pareciera ponerse así, como una remolacha ---dijo Paulo riendo.

---Esooooo, Palito. Mi muñeca se va a llamar así, Remolacha. Es la princesa Remolacha, y yo, la princesa Lola. ---Todos rieron con la ocurrencia. Lola no se separó de su muñeca en toda la noche y se durmió con ella abrazada.

La cena estuvo entretenida, Guille y Karen habían preparado unos pollos deshuesados y rellenos al horno de barro con varias verduras (papas, batatas, calabazas, cebollas, morrones, zucchinis). Marcelita había hecho un tiramisú enorme, Matilde había llevado unas bombas rellenas de dulce de leche y crema pastelera, bañadas con caramelo, unas y otras en chocolate. Valentina había llevado, junto al tío Fernando, unas botellas de champagne; Jorge había llevado vinos y el aitona había hecho sus panes. La nona había ayudado en armar los pollos y cocer los vegetales. Todos y cada uno habían puesto su granito de arena para que la noche fuera especial.

Alma y Paulo fueron describiendo la cabaña, el complejo, los paisajes, el camino de los artesanos (donde habían disfrutado del trabajo de muchos de ellos y habían comprado la muñeca de Lola), La Cumbre, Los Cocos con su laberinto, la casa de Mujica Láinez en Cruz Chica, Capilla del Monte y el resto de los bellísimos lugares que conocieron. Todos hacían preguntas y los españoles, que estaban armando un recorrido para conocer Argentina, fueron los más interesados en los detalles. Víctor y Raquel tenían proyectado viajar unos días al glaciar Perito Moreno; Borja había planeado conocer Mendoza y San Luis, y dejar el sur para otra ocasión. La idea era viajar con Santiago y Manuel, pero ellos ya habían partido a los destinos cuyanos. Borja quería reencontrarse con Paulo, ver cómo había tomado la noticia Alma y quedarse unos días más, cerca de Marcela. La prima argentina de su amigo le estaba

gustando más de lo que quería reconocer.

Al levantarse para llevar la vajilla a la cocina y preparar el postre, se armó un desorden de personas. Alma con Karen y Raquel se fueron a lavar los platos. Alma lavaba, Raquel secaba y Karen iba guardando. Marcela fue preparando, junto a su madre, el postre. Cortaron porciones, llevaron platos y cubiertos de postre, y las bombas presentadas en dos fuentes. Valentina se acercó a su hijo, junto a Jorge y Fernando. Todos esperaban saber cómo había tomado Alma la noticia de la existencia de Blanca.

---Al principio fue un golpe duro. Entender que una bebé nacería, de verdad, le dolió mucho. Pero algo que la hizo sentirse muy mal fue que yo supiera esto y hubiera tardado tanto en confiárselo.

---Hijo, en ese tema, la responsabilidad es toda nuestra, nosotros te aconsejamos eso. Te pido disculpas ---comentó Valentina, preocupada.

---Lo sé, mamá. Pero yo no debería haberos escuchado. Conozco a mi mujer, Alma es transparente. Y yo le prometí serlo cuando pasó lo que pasó. No le he cumplido. Mi responsabilidad.

---Hijo, dejame que hable con mi hija. Yo le voy a decir lo preocupados que estábamos por su salud y la del bebé ---propuso Jorge serio.

---Le agradezco, Jorge. Este tema ya lo hemos aclarado. Al comienzo se ofendió, se enojó, con razón. Estuvo casi dos días sin hablarme. Luego mis ángeles de la guarda, aquí presentes ---dijo señalando a Pato y Amanda---, hablaron con ella y la hicieron entrar en razón.

---Galleguito, de esta te zafamos porque el hecho ocurrió antes de que conocieras a nuestra amiga. Si te mandás una ahora, olvidate, te cazamos entre las dos para entregarte a la furia de Almita.

---Eso descontalo, Paulito ---expresó Pato acordando con Amanda.

---Os quiero, majas. Me encanta veros defenderla así. Sé que mi mujer tiene familia y amigas que la quieren bien, y yo seré el primero de la lista en amarla y cuidarla. Chicas... ---Paulo miró hacia la cocina, espionando que Alma no volviera y lo escuchara---, como en dos días es el cumpleaños de Alma, necesito que me ayudéis a comprar sus regalos, ¿podrías hacerme el favor?

---Obvio, Paulo. ¿Qué tenés pensado? ---preguntó, en secreto, Pato.

---Pues, verán... ---Paulo explicó las opciones que había pensado y todos a su alrededor dieron sus opiniones.

La mañana del 25 de noviembre Alma abrió los ojos al sentir los labios de Paulo que la recorrían. Primero, el rostro, luego el cuello, le levantó el

remerón, que usaba para dormir, y siguió besándole los pechos, cada vez más sensibles, por el embarazo. Luego besó la panza con mucho cuidado. Cuando llegó a la vagina, Alma se había despertado y gemía casi como un ronroneo. Le sacó la ropa interior y se puso a lamer los labios exteriores, abriendo los pliegues para llegar a zonas más profundas. Paulo sentía a Alma moverse al compás de sus lamidas, ella lo había tomado por el cabello y lo llevaba hacia los lugares donde más placer le generaba. Paulo metió uno de sus dedos en la vagina y lo pringó con la excitación de ella. Mientras succionaba y acariciaba, con la punta endurecida de la lengua, el clítoris de Alma, introdujo en la vagina el índice y el mayor, a los que hacía entrar y salir a la vez que la excitaba con su lengua. El pulgar, que había sido humedecido con los fluidos de Alma, rodeaba la entrada del ano. Alma supo que no podría retrasar la explosión. Sentía crecer en su interior una bola de luz y calor que se iba a estrellar sobre ella. Adivinaba que tendría una intensidad increíble. Sus gemidos se fueron haciendo más intensos y los movimientos de su pelvis le indicaban a él con claridad que el clímax estaba llegando. Paulo llevó su mano libre a uno de los pechos de Alma y acarició el pezón sin estirarlo, pasándole la palma, insistentemente, sobre la punta, que se encontraba erguida. Las areolas habían crecido bastante desde que Alma estaba embarazada. Ese masaje insistente más el trabajo sobre clítoris la elevaron y la hicieron descender hasta un abismo de placer en el que cayó perdida. El alarido que acompañó al éxtasis fue estremecedor. Alma gritó su nombre de manera tan intensa que Paulo se asustó. Temió haberla lastimado. Los estertores y temblores que continuaron le indicaron que todo estaba bien, o más que bien. Cuando Alma cayó en esa especie de sopor que sobreviene a los espasmos del placer, Paulo se irguió sobre ella, lamiéndose los labios, y se acercó a su rostro: ---Feliz cumpleaños, amor de mi vida. Espero que haya sido un orgasmo para recordar ---dijo él con una sonrisa socarrona que indicaba que así había sido.

---Gracias, cielo... ---Ella apenas podía articular las palabras, el corazón aún latía aceleradamente y la agitación aún persistía---. Fue hermoso... increíble.

---Pues, pequeña, este amigo que ves aquí se siente desatendido y espera que le des su amor ---comentó Paulo apretando su pene en erección sobre la pelvis de Alma. Ella sonrió, abrió los ojos y lo besó con profundidad. Lo llevó a acostarse y se subió sobre él.

---Es mejor si yo estoy arriba ---musitó a modo de explicación. Lo posicionó sobre su entrada y, sin darle aviso, bajó de un solo movimiento sobre él. Paulo emitió un gruñido y casi se sentó. Se puso a la altura del rostro de Alma y, mientras ella subía y bajaba, besaba con suavidad y lamía ambos pechos; con la barba incipiente rozaba las areolas sensibles y ella gemía. Paulo le clavaba los dedos en la cadera, en la cola, la apretaba como si pudiera así hacerla bajar más sobre su miembro. Los movimientos de Alma se hicieron más rápidos cuando comenzó a percibir los latidos del miembro de Paulo. En cuestión de segundos, sintió cómo liberaba su simiente en su interior, y sentirlo eyacular, del modo brutal en que estaba haciéndolo, la condujo de manera directa a su propio orgasmo. Se descolocó, porque estaba ocupada en darle placer, y sentir nuevamente un placer tan grande, cuando hacía unos instantes había tenido uno demoledor, la asombró. Lo abrazó fuerte, lo acercó a su cuerpo y cerró los ojos cuando la intensidad la apabulló, la aturdió, la dejó sin visión ni audición.

---Pequeña, cada vez es más intenso, ¿estás bien? ---consultó algo preocupado cuando vio que ella se mantenía con los ojos cerrados.

---Estoy bien... un poco mareada, pero bien. ---Fue abriendo lentamente los ojos y vio el gesto preocupado de Paulo---. Tranquilo, cielo. Estoy bien.

Se abrazaron con intensidad, en silencio. Ella pasó sus piernas alrededor de él, y lo circundó, además, con los brazos, alojándolo aún en su interior.

---Te amo, cielo. Me hacés tan feliz ---expresó ella emocionada.

---Y conste que aún no te he entregado tus obsequios, pequeña. Yo creo que cuando los veas, me vas a amar mucho más ---comentó él con gesto pícaro.

---¿Más? ¿Vos creés que sea posible?

---Pues podemos hacer el intento, ¿no crees? ---invitó, y se levantó de la cama. Se puso su bóxer y levantó la persiana de la ventana de la habitación. Abrió el placar y, de detrás de una serie de cajas donde guardaban los zapatos, trajo una bolsa---. Sé lo que te ha dolido perder en la inundación los libros que habías podido comprar en papel, y perdiste también la tablet. Así que pensé en regalarte algo que te permitiera cargar, sin demasiado peso, todos los libros que quieras leer. Un universo literario en tus manos.

---¿Qué es? ---preguntó ella tomando la bolsa y rompiendo el papel de la caja. Leyó en voz baja y luego lo miró con un brillo en los ojos---. ¿Kindle Fire HD?

---Así es. Es un lector digital que tiene una gran capacidad para guardar libros, y la pantalla de siete pulgadas es de alta definición.

---Amor, es una belleza ---dijo emocionada---. Gracias. Ahora debo bajar de internet los libros, ¿no?

---Pues, ciertas amigas se han tomado el trabajo de bajar la colección de literatura romántica que te gusta, así que tienes guardada una gran variedad de autores.

---Amanda y Pato, ¡cómo las quiero!

---¿A ellas? ¿Y a mí? Yo tuve la idea ---expresó haciéndose el celoso.

---A vos, te amo, con todo mi cuerpo y mi alma, pero ya te amaba antes de esto, ¿eh?

---Menos mal, pensé que me había casado con una tía interesada.

Se levantaron para desayunar. Paulo había preparado uno succulento, al estilo americano, con huevos revueltos, panceta, bollos tibios de pan, queso crema, frutas, mermeladas, medialunas, café con leche y jugo exprimido de naranjas. Comieron charlando sobre los planes para ese día.

---Pequeña, habrá muchas sorpresas. Mi madre, mi tío y toda tu familia nos esperan a almorzar. Iremos a casa de tu padre. Por la tarde, tus amigas, Pato y Amanda, te llevarán a tomar el té para festejar vosotras solitas. Y por la noche iremos a cenar a un lugar sorpresa, pero solos tú y yo.

---Amor, no dejás de sorprenderme. Tenés todo organizado. ¿Y tu trabajo? Hace dos días que volvimos de la luna de miel.

---Ya he hablado con el jefe de redacción. Tengo unos temas para trabajar, que me ha pedido que investigue. Ya me he puesto manos a la obra. He comenzado a armar un mapa conceptual para organizar mis ideas. Te he invadido la habitación donde haces vitrofusión. He usado la placa de alcornoque para poner ideas.

---No invadiste nada, cielo, esta casa es tuya y mía, y cada espacio de ella es tuyo. Me encanta que te sientas cómodo y ocupes más espacios. Vos lo único que invadiste... ---buscó palabras amables--- fueron mi vida y mi corazón. Y para eso fuiste, sos y serás bienvenido ---aseguró mientras se acercaba para besarlo con dulzura---. ¿Entonces no tendrás problemas?

---De ningún modo, es un tema sobre guerrillas. Como supo que yo estuve a punto de ser secuestrado por una en Colombia, decidió darme el tema. Debo investigar un poco más y relacionar con las noticias actuales. Me llevará unos días. Pero él confía en mí, sabe que cumpliré con los plazos de impresión. De

todos modos, aprovecharé esta tarde para dedicarme a escribir algo.

Se cambiaron. Alma estaba terminando de acomodarse cuando sonó su celular. Al tomarlo y ver la pantalla, supo que era Lucas. Hacía tiempo que no sabía nada de él, desde que había vuelto de su secuestro. Con la noticia del embarazo y el casamiento en puertas solo habían cruzado unos mensajes sin demasiada importancia.

---¡Hola, Lucas! ¿Cómo estás?

---*Hola, Almi, feliz cumple.* ---El tono de voz no tenía la alegría acostumbrada.

---Gracias, Luquitas ---dijo ella, trató de sonar normal, pero notarlo tan distante le dolía.

Lucas y Alma habían sido muy cercanos, en un momento, Lucas se había convertido en una extensión suya. Hablaban todo el tiempo, se escribían mensajes a cada rato, se comentaban todo. La confesión de Lucas, tiempo atrás, la había desarmado. Ella quería seguir siendo su amiga, pero (en eso debía darle la razón a Paulo, aunque de manera consciente nunca se lo dejaría saber) Lucas necesitaba estar lejos de ella, aplacar el dolor de su rechazo. No iban a poder seguir siendo amigos, si es que alguna vez él la había visto de ese modo.

---Pensé que no te ibas a acordar, qué lindo detalle que lo hayas hecho, y que te hayas animado a llamarme ---probó ella con intención. No podía tener una charla intrascendente con él, a quien le había abierto su corazón y le había contado sus peores temores.

---*¿Cómo iba a olvidarme, Almi? El hecho de que no seamos pareja, como yo ansiaba, no me cambia en mi esencia. Vos fuiste, y sos, muy importante para mí, vos me hiciste dar el primer paso en mi recuperación. Te confieso que me cuesta muchísimo hablar con vos, sigo necesitando más tiempo, pero no quería dejar de saludarte.*

---Entiendo. Te pido disculpas de nuevo por no poder corresponderte del mism... ---Lucas la interrumpió, no quería que su charla, después de tanto tiempo de silencio, derivara para ese tema que tanto le dolía.

---*Alma, hoy es tu cumpleaños, ese es el tema que nos reúne. Lo demás... ya habrá tiempo de hablarlo. O no, ya veremos.*

---Bueno, tenés razón, es que...

---*¿Cómo están todos en tu familia?* ---volvió a cortarla él.

---Bien, todos están bien, bueno... no recuerdo si supiste lo de mi amona.

La verdad es que los días posteriores a mi rescate son bastante confusos.

---Sí, lo imagino. Paulo y tu padre me lo dijeron cuando vinieron a agradecerme lo que había hecho por vos. Lamento mucho que la hayas perdido. Sé, porque te conozco bien, lo que significa para vos cada miembro de tu familia. Sé que tiene que haber sido un dolor muy grande.

---Gracias, Lucas. Es así. Todos son indispensables en mi vida. Todavía hoy sufro por su ausencia. Especialmente en estos días. ---Su voz se cortó por la emoción.

---Alma, tu amona vivió una hermosa vida, las disfrutó a vos y a tu hermana, y a esa personaje que tenés como sobrina. Vivió al lado del hombre al que amaba hasta el día en que se fue, ¿qué más se puede pedir?

---¿Tenerla un poquito más? ---dijo con su voz tomada por el llanto.

---Uno no va a estar nunca preparado para dejarlos ir. Los quisiéramos con nosotros eternamente, pero las leyes de la vida nos recuerdan que no somos nosotros los que tenemos ese control. Lo aprendí de la peor manera, pero lo aprendí.

---Lo sé. Sé que me entendés en este dolor.

---Sí, te entiendo. Pero también sé que quedarse en el dolor no ayuda. La vas a seguir extrañando, eso es seguro, pero tenés que reponerte y ser feliz. Es una deuda que tenés con ella, con tu vieja y con Lucito.

---Sí ---concedió con un dolor que se traslucía en su tono---, pero a veces me siento mal por sentir felicidad.

---Alma, en la vida hay un momento para todo, vos llegaste al tiempo donde tenés que disfrutar de la felicidad. El destino se había emperrado en hacerte sentir tristeza, dolor, pérdidas, soledad, temor, miedo. Ya se terminó. Aunque me cueste reconocerlo, el español te ama mucho, se le nota. Te va a hacer feliz, dejá que lo haga. Te merecés toda la felicidad que puedan darte.

Paulo iba a entrar en la habitación y se quedó detrás de la puerta. Escuchó un sollozo y, luego, que Alma continuaba hablando. «¿Quién carajos está haciendo llorar a mi mujer en el día de su cumpleaños?». Iba a entrar y arrebatarse el teléfono, tomó el picaporte para hacerlo, pero algo en su interior lo detuvo y lo compelió a quedarse escondido, oyendo.

---Gracias, Lucas, por estas palabras ---agradeció con la voz tomada por el llanto. A la mención de ese nombre, el gesto de Paulo cambió. Unos celos increíbles lo acometieron, tenía ganas de entrar, de reclamarle y cuestionarle por qué hablaba con ese hombre, de increpar a Lucas. «¿Con qué derecho

llama a *mi* mujer? ¿Acaso no ha entendido que ella es mía?». Paulo sabía que había sido claro en la última conversación que habían tenido en Neuquén, le había agradecido su ayuda para salvar a Alma, pero le había dejado claro que sabía de sus sentimientos para con ella, y le había pedido que se mantuviera al margen, que Alma y él estaban por casarse, y que él no entraba en esa historia ni siquiera como amigo---. Me hacen mucho bien. Creo que, además de Amanda y Pato, vos sos una de las únicas personas del planeta que me conoce tan bien. ---Un dolor atravesó el pecho de Paulo. Se sintió traicionado. ¿Ese tipejo la conocía más que él, más que su propio esposo, el padre de su hijo? Paulo se quedó escuchando, solo oía las respuestas de ella, por eso debía imaginar lo que ese tipo le decía.

---*Me hubiera encantado ser la persona elegida para compartir esa felicidad que los dos nos merecemos, pero me quedo tranquilo viendo que Paulo es buena gente y te ama bien.*

---Sé lo difícil que debe ser para vos reconocer esto. Aprecio muchísimo este esfuerzo que estás haciendo. Te quiero mucho.

Paulo estaba furioso.

---*Gracias, Alma, sé que sos honesta, siempre lo fuiste conmigo. Quiero aprovechar para disculparme por las frases poco felices que te dije en la casa de tu viejo. Estaba dolido, en carne viva. Quería lastimarte, como sentía que me estabas lastimando vos a mí, y dije algunas cosas que no sentía realmente.*

---Te entiendo. No tenés que disculparte.

---*Quiero compartir algo con vos. Vos me animaste siempre para que comenzara a enfrentar mis miedos. El hecho de viajar hasta La Plata a buscarte fue un paso difícil pero necesario para mi recuperación.*

---Sí, lo imagino. Todavía recuerdo cómo temblabas esa noche que nos vimos. --- Paulo se quedó sorprendido. «¿Temblaba? ¿Qué noche? ¿Ha habido algo entre ellos que los había dejado temblando?». Los celos no lo estaban dejando pensar con claridad, todo se volvía rojo y las imágenes que generaba su mente lo atravesaban como flechas en el pecho. La imaginaba en brazos de ese tipo, gozando. Una voz lejana le decía que se calmara, que Alma había vuelto a hacer el amor con él, después de su aborto nadie más la había tocado. «Pero ¿y si me hubiera mentido? ¿Y si ese tipo la ha tocado, la ha penetrado? ¿Y qué podría cuestionarle si eso pasó antes de estar conmigo? ¿Acaso yo no tendré un hijo con otra que fue mi pareja antes que Alma?». Cerró los ojos y

respiró profundamente, debía calmarse.

---*Sí, es así. Temblé todo el viaje, pero fue necesario. Cuando volví, a pesar del enojo con vos, me obligué a salir todos los días en la bicicleta. Iba hasta la ruta y pedaleaba hasta que el corazón parecía que iba a estallarme. Y cada día adelantaba un poco más. Para el momento en que te encontré en ese supermercado, ya podía manejar el automóvil por ruta hasta Neuquén sin problemas. Fui superando mi fobia de a poco.*

---Es una excelente noticia, Lucas, realmente me alegro muchísimo. Me hace mucho bien saber esto.

Paulo seguía detrás de la puerta, torturado, imaginando qué era lo que ese tipo le decía a Alma, quería adivinarlo al escuchar sus respuestas. «¿Qué le habrá dicho ahora que ella se alegra? ¿Vendrá a verla? ¿Será eso lo que la pone feliz?».

---*Sí. Me siento mucho mejor. Todavía no puedo hacer grandes viajes, pero puedo moverme por la zona. Y, además..., estoy conociéndome con alguien* ---dijo eso como sin darle importancia.

---¿En serio? No te puedo creer, Lucas, qué buena noticia. Me hace tan feliz. El amor cura todas las heridas, vas a ver.

---*Es muy pronto para hablar de amor, por ahora estoy abriéndome a la idea de compartir mis pensamientos y mis sentimientos con alguien nuevo, que no sos vos. Es difícil, pero lo estoy intentando.*

---¿Quién es?

Paulo se desorientó. «¿Quién es? ¿De quién hablan?».

---*Es una secretaria de la empresa para la que trabajo. Ella es el nexo con mis superiores. Esta fobia, que me mantuvo alejado hasta de mi propio trabajo, que me hacía permanecer en mi casa, trabajando desde allí, me obligaba a tener a una persona en la oficina con quien referenciarme cada día. A ella le contaba de los adelantos y de los inconvenientes cada día. Ella luego hablaba con mis superiores. Cuando regresé de La Plata y tuve que volver a mi rutina, ella notó mi cambio y me llamó por Skype, fuera del horario laboral, porque estaba preocupada.*

---Lucas, lamento mucho que hayas estado mal y que haya sido por mi culpa.

---*Lo sé, pero le doy gracias a eso y a vos. Celeste nunca se hubiera atrevido a conversar conmigo fuera del horario y de los temas laborales si no me hubiera oído muy mal. Ella confesó que yo le interesaba desde el*

comienzo, pero que nunca se había animado a mencionar sus sentimientos. Arrancamos a charlar esa noche sobre vos, sobre todo lo que había vivido. Me abrí con ella como lo hice con vos.

---Eso es muy bueno, Lucas.

---*Sí, y comencé a confiar en ella, a tener sentimientos confusos. Una tarde la quise contactar y me dijo que estaba preparándose para salir, que si podíamos charlábamos a la noche, cuando regresaba. Y en ese momento lo supe, supe que esta fobia me alejaba de todas las personas, me aislaba, y que las perdía. Te había perdido a vos y no quería perderla a ella también.*

---A mí no me perdiste, Lucas.

«¿No la perdió? ¿De qué habla Alma? Esto debe terminar». Sus nervios no podían resistir más.

---*Sí, Alma, te perdí. Estoy seguro de que hubiéramos podido ser felices juntos, pero no pude ir a verte, no pude salir de mi lugar seguro para enamorarte, y me ganaron de mano.*

---Yo siempre voy a estar cerca para vos, eso nunca lo dudes.

Paulo no podía creer lo que escuchaba. «¿Lo invita a verse? ¿Debo entrar? ¿Debo armarle un escándalo? No, esperaré, veré si ella me cuenta esta conversación. Debo saber si ella confía en mí». Siguió escuchando.

---*Lo sé. Y yo también voy a estar cerca, quiero que lo sepas, aunque aún me duela verte y escucharte.*

---Gracias, aprecio mucho que me digas eso. No sé si será posible vernos de nuevo. Paulo... no sé si...

---*Entiendo, si yo fuera él, no te dejaría. Estaría muerto de celos. Dejémoslo así por ahora.*

---Está bien. ¿Así que ella sabe todo?

---*Bueno, sí, todo... Algunos detalles los obvié, pero prácticamente sabe lo más importante.*

---Seguro no me quiere ni un poquito.

Paulo no soportó más y se retiró sin hacer ruidos, fue hacia el baño y se apoyó sobre el lavatorio, se miró en el espejo. Tenía el rostro cambiado, una mirada dura. Se lavó la cara y se secó. No escuchó más. Pero tampoco aguantaba quedarse allí. Salió del baño e hizo sonar el tiraje del inodoro para darle a entender a Alma que se encontraba a poca distancia, quería ver cómo reaccionaba, si se ponía nerviosa.

Alma oyó el sonido del baño y adivinó que Paulo estaba por ahí. Se puso

algo nerviosa. Paulo había dejado en claro que no le gustaba que Lucas estuviera cerca, teniendo en cuenta el beso que habían tenido y que él estaba enamorado de ella. Decidió que no era momento de contarle, no quería tener una discusión en su cumpleaños.

---Bueno, te dejo. Te mando un beso enorme.

Paulo entró justo cuando ella cortaba la comunicación, las manos de ella denotaron el nerviosismo, temblaban levemente.

---Ah, estabas al teléfono. ¿Con quién hablabas?

---Una compañera del secundario ---se apuró a decir Alma---, me llamó para saludarme por mi cumple.

---Ah, qué atenta, ¿alguna de tus amigas que fueron a la boda? ---Paulo sentía que la sangre le hervía en las venas, Alma le estaba mintiendo.

---No ---se apuró a decir---, ella vive en otra provincia desde hace años. No la invitamos.

---Vamos, debemos llegar a la casa de tu padre. ---Se dio vuelta, ofendido, y se fue.

Alma lo notó distante y frío, pero intentó convencerse de que no era algo que tuviera que ver con ella.

El viaje a la casa de Jorge fue silencioso. Y el almuerzo transcurrió de manera tranquila. Todos le entregaron sus regalos a Alma. Fernando y Valentina habían sido los cocineros, habían preparado una paella riquísima. Extrañamente, Paulo había decidido pasar tiempo con todos, menos con ella, no la tocaba, no la miraba. Al momento de sentarse, lo hizo al lado de Lola, que había pedido a gritos que él fuera su compañero de asiento.

A la tarde, Patricia y Amanda la habían llevado a tomar el té a un local en City Bell. Habían comido unas tortas exquisitas y charlado acerca de todo. Alma les contó la llamada de Lucas y lo feliz que la hacía que él estuviera probando suerte con una mujer. Sus amigas le habían regalado ropa de maternidad.

---Ustedes siempre son mis ángeles de la guarda. Siempre estuvieron conmigo y me bancaron. Ustedes son mis hermanas de la vida, son las dos personitas que el universo ~~la vida~~ me ha dado para compensar tantas pérdidas. ¿Qué hubiera sido de mí sin ustedes, chicas? Estaría muerta, seguro. --- Patricia estaba emocionada y Amanda aguantaba las ganas de llorar, pero tenía un temblequeo en el mentón que denotaba su esfuerzo para evitar el llanto---. Son parte importante de mí, sin ustedes no me hubiera animado a ser feliz con

Paulo ni hubiera podido superar lo de mi vieja, lo de Lucio y lo de Mariano. Amigas, las adoro, las amo.

---Ay, Almita, me emocionaste. ---Pato se secaba las lágrimas con un pañuelito descartable mientras tomaba la mano de Alma.

---Che, mirá que sos boluda, Almi. La idea era que vos te emocionaras, no que nos hicieras llorar a nosotras. Puta madre... y yo que me maquillé con esmero los *smockey eyes*, ahora debo parecer un mapache ---se quejó Amanda a la vez que se levantaba y abrazaba a su amiga. Patricia hizo lo mismo, las tres se fundieron en un abrazo grupal.

---Ayyyyy, Amandita, ¿a quién se le ocurre venir pintarrajeada como una puerta a una reunión de amigas? ---la retó, entre risas y lágrimas, Patricia.

---A mí, querida, yo seré muy sensible, pero ante todo tengo glamur. Muerta antes que sencilla, una nunca sabe con quién se va a encontrar. Si venís hecha un escracho, de eso no hay regreso, linda.

Las tres rieron y aflojaron la tensión del abrazo conjunto. Un momento después, las tres volvieron a sentarse, repartieron pañuelos descartables y todas secaban sus lágrimas. Amanda sacó un espejito de su cartera y trató de arreglar el maquillaje de sus ojos.

---Chicas, tengo que preguntarles algo ---comentó, como distraída, Alma---. No le dije nada a Paulo de la llamada de Lucas, ¿hice bien o creen que debo decirle?

---¿No estaba cuando llamó? ---Amanda pasaba el delineador negro por debajo de las pestañas inferiores del ojo izquierdo.

---Estaba, pero en la cocina, creo, y yo sola en la habitación. Él no escuchó. Cuando entró, me preguntó con quién había estado hablando... y le mentí.

Las dos amigas dejaron lo que estaban haciendo. Amanda cerró el espejo y la miró fijamente. Pato apoyó en el plato la porción de *lemon pie* que estaba por llevarse a la boca.

---¿Cómo que le mentiste? ---Patricia no salía de su asombro.

---Sí, es que terminé de hablar y apareció él enseguida. Y tuve miedo de que se enojara. Ya tuvimos varias discusiones por Lucas. Y el hecho de que fuera justamente él quien me salvó de Mariano no le hace mucha gracia a Paulo.

---Almita, ¿vos sos boluda natural o te vas perfeccionando? El gallego te adora, te idolatra, ¿por evitar una pelea estúpida le mentís? ¿Y si te estuvo

escuchando hablar con él? ¿No pensaste eso? ¿Y si ahora está pensando que lo engañas por algo?

---Ayyy, Amanda, no lo pensé de ese modo. Solo quería evitar una discusión. No pensé que él pudiera desconfiar de mí. No debería. Yo nunca le mentí ni lo engañé.

---Amiga, los hombres no razonan tanto como nosotras. Si es como dice Amanda, si él tal vez estaba cerca y escuchó algo, tu mentira lo va a hacer sospechar algo que no existe.

---Sí, pero tampoco puedo ir ahora y decirle: «Paulo, te mentí», ¿qué hago?

---Rezá, Almita. Yo he usado la mentira muchas veces en mi vida, y ustedes lo saben. Nunca me fue bien. Rezá, amiga, para que él no haya escuchado y no sospeche nada malo.

Durante la cena de festejo, Paulo no se acercó mucho a Alma, ella lo notaba frío. No le gustaba sentirse así con él. Temía que las sospechas de sus amigas fueran ciertas, pero no se atrevía a enfrentar a Paulo.

Durante la tarde del día siguiente, tuvieron cita con la obstetra. La doctora la revisó y la encontró en perfecto estado. Le dio la orden para realizarse una ecografía que ya les indicaría, entre otros datos, el sexo del bebé. Paulo estuvo atento en todo momento, pero seguía distante. Alma le había preguntado varias veces qué le sucedía, pero él evadía la respuesta.

Paulo sometía a análisis cada llamada, cada conversación de Alma, buscaba indicios, algo que demostrara que estaba viéndose a escondidas con Lucas. Ella no salía de la casa si no era con él, su padre o Karen. Alguna tarde salía con Patricia y Amanda. «¿Se escapará para verlo? ¿El tipo estará en La Plata?». La cabeza le estallaba de teorías y preguntas. No podía ver nada claro, solo recordaba con cuánta rapidez y frialdad ella había respondido que hablaba con una amiga. Le había mentado con descaro, y eso tenía que ser por una razón importante.

Capítulo 16

Era la primera vez en su vida que no iba a pasar las fiestas de Navidad y Año Nuevo con su familia. Los primeros días de diciembre se habían instalado en España para esperar la llegada de Blanca. Tenían todo organizado, aguardarían el nacimiento, pasarían las fiestas junto a la familia de Paulo y luego volverían poco antes de la fecha de parto de Alma. Ella quería estar cerca de su hermana y sus amigas para atravesar ese momento.

Paulo seguía extraño. Hablaba con ella, pero no lo hacía con la soltura de siempre. Incluso le extrañaba que él ya no la buscara para hacerle el amor. Él adjudicaba su falta de interés en tocarla con el temor de lastimar al bebé. Ella se sentía desilusionada, creía que ya no era lo suficientemente atractiva para él, pero el orgullo no le permitía decírselo. Temía pensar que estuviera buscando en otros brazos el placer que le negaba a ella. Por las noches la torturaban imágenes, en sueños, de Paulo con otras mujeres. Durante el día, simulaba que todo eso no le importaba, que no la lastimaba, aunque sentía la amenaza candente de que esos sueños fueran premonitorios.

Alma abrió la ventana de su habitación. Esa mañana despertaba sin ningún resabio de pesadilla. No recordaba qué había soñado, y eso la hacía levantarse de mejor humor. Se desperezó y posó su visión en la calle. Esa calle semipeatonal de Madrid era tan hermosa... Cada vez que la veía no dejaba de sorprenderse. El departamento de Valentina era bonito y cómodo. Cuando planearon pasar parte del año con ella, en España, Alma creyó que iban a invadirla, que los espacios en los apartamentos eran reducidos. Cuando entró por primera vez, no lo podía creer. La ubicación era inmejorable. Estaba situado en el barrio entre la Puerta del Sol y el Palacio Real. Un apartamento en un segundo piso, con ascensor, repleto de ventanales a la calle, muy luminoso, con techos altos, con un balcón y unas vistas preciosas, que asomaba a la calle Arenal y que dejaba ver el Teatro Real.

La habitación de Paulo, que se había convertido en la habitación de la pareja, era muy amplia y confortable. Valentina la había decorado de un modo

exquisito. Las paredes habían sido pintadas en una tonalidad beige muy suave, y habían puesto una moldura plana que recorría toda el cuarto a la altura de la cintura, en color aguamarina. La cama, *kingsize*, al igual que el resto de los muebles del dormitorio, era de madera oscura, con diseño moderno. La cabecera era alta y contenía varios estantes donde ambos dejaban sus libros. Las líneas eran rectas, los cajones de las mesas de noche, el *chifonier*, el escritorio y las puertas del placar tenían manijas rectas en plateado. Las cortinas eran de tela vaporosa en blanco, y la cama estaba cubierta con un edredón en la misma tonalidad de las paredes y una manta, a los pies, en color aguamarina, al igual que varios almohadones. Las luces de noche salían de la pared y eran bastante modernas. Valentina había reutilizado las lámparas y los muebles de la pieza original de Paulo, habían pintado y cambiado el tamaño de la cama, el resto era nuevo.

A la derecha de la cama, y en la pared contraria al ventanal, ya se acumulaban elementos que iba a utilizar el bebé cuando naciera: coche, cuna, ropa, peluches. Alma se acercó y tomó una jirafa de tela polar que ella había comprado. Estaba enamorada de ese peluche, tan suave, tan dulce se veía. Lo pasó por su mejilla y disfrutó la suavidad del tacto. Posicionó la mano sobre su vientre abultado y lo acarició con ternura. Su hijo, hacía ya unos días que habían confirmado con la ecografía que era varón, comenzó a moverse a la par de sus caricias.

---León, despacito, que a mami le duele la pancita si te movés muy rápido
---dijo en voz alta, hablándole a su hijo, como cada día.

Se vistió lentamente, la panza ya pesaba y sus movimientos se habían lentificado. Salió de la habitación y, como era costumbre, Valentina se encontraba en la cocina, leyendo las noticias. A pesar de que su hijo trabajaba en un periódico de formato digital, ella no se acostumbraba a leer en la pantalla. Necesitaba tocar el papel, sentir el olorcito a tinta de la impresión. En cuanto vio aparecer a Alma, se puso de pie, se acercó y la abrazó.

---¡Almita! Belleza, buenos días. ¿Cómo dormisteis anoche? ¿Te ha dejado dormir ese travieso de León?

---Buen día, Valentina. ---Alma se había habituado ya a las demostraciones de cariño de Valentina. Era una mujer muy cálida, la tocaba y la abrazaba todo el tiempo, sin llegar a ser pesada. La cuidaba, respondía a las preguntas de madre primeriza que todo el tiempo se le ocurrían a Alma. Tenía mucha paciencia y se preocupaba de que Alma estuviese tranquila---. Estoy perfecta,

este niño es un santo, como su padre ---dijo a la vez que se acariciaba nuevamente la panza.

---No creas, mi niña. Ese muchacho me hizo sufrir bastante, si hasta creí que me había salido un jugador de fútbol. Me pateaba la panza de una manera... ---Valentina se quedó pensativa, con una sonrisa dibujada en el rostro---. Qué hermosa sensación, Almita, sentir una vida dentro de ti. Disfrútalo, hija, tan pronto estará fuera, se hará grande y te traerá una novia.

---Ayyy, Valentina, apenas está creciendo en la panza, para eso falta mucho, por suerte. Espero ser tan buena suegra como una que yo conozco ---comentó mientras la abrazaba.

---Ay, Almita, que me vas a emocionar. Sabes, lo bueno de tener hijos varones es que, a la larga, si eres buena gente, ganarás una hija.

---A mí me tenés para siempre, Valen. Y a Leoncito también ---aseguró, y le llevó la mano de Valentina a su vientre. Al contacto, el niño pegó una patada.

---Digno hijo de su padre, Leoncito. Mira qué potencia en sus golpes. ---Acercó su rostro a la panza y siguió hablando casi en susurros---. Hola, Leoncito, aquí la abuela Valentina. Me dejás de pegar esas patadas, que pobre tu madre debe soportar las molestias. Ya jugaremos al fútbol, al básquet o a lo que más te guste cuando salgás, bonito. Esta abuelita está esperándote ansiosa. ---Como si León entendiera lo que su abuela le decía, comenzó a moverse en la panza, sin pegar ya patadas. Ambas mujeres se reían al ver el movimiento del niño calcado en la piel de la panza y en la remera ajustada que tenía Alma--. ¿Qué pasa, mi niña? Tienes ese gesto triste en el rostro desde que habéis llegado a Madrid, ¿extrañas mucho a tu familia?

---No, Valentina, no es eso. Sí los extraño, mucho, pero no es por eso. ---Dudó en contarle lo que la preocupaba, al final se convenció de que Valentina era una mujer y que nadie mejor que otra mujer para entenderla, aunque fuese la madre de Paulo---. Lo que me pasa es que, desde hace días, incluso antes de viajar a Madrid, noto raro a Paulo. Está como frío, distante. No quiere tocarme. ---Unas lágrimas rodaban por las mejillas de Alma.

---Alma, criatura... ---dijo y se acercó a abrazarla---. Pero mira que es puñete este hijo mío. Sabes, Almita, no tuve la suerte de llegar a un embarazo avanzado con Alejandro. Él desapareció antes. No sé cómo hubiera reaccionado él ante la panza. Tú tienes una panza muy abultada y tal vez le dé temor generar algún inconveniente a Leoncito. Para serte sincera, yo también

lo he notado extraño. Pero no creo que sea nada grave. Piensa que en unos días nacerá Blanquita, y luego vendrá Leoncito. Son muchos cambios en la vida de mi hijo, que nunca pensó en casarse y menos, en ser padre.

---Sí, entiendo. Yo no pensé que iba a volver a enamorarme y que en meses estaría casada y embarazada. Pero eso no me quita las ganas de estar con él, de tocarlo, de besarlo.

---Lo sé, hija. Las mujeres somos mucho más racionales que los hombres, ellos son puro sentimiento, y a veces la mezcla de muchos sentimientos los embota. Hoy debéis ir a la iglesia del padre Julián, ¿recuerdas? Hoy les dará la charla previa a la bendición que les dará mañana.

---Sí, lo recuerdo.

---Pues bien, en ese encuentro puedes aprovechar a preguntarle, digo, si es que sospechas que le sucede algo más. Cuando se fue a la redacción hoy temprano, me pidió que te acompañara a la iglesia, a las cuatro de la tarde.

---Sí, tenés razón. Podría hacerlo, pero no sé... delante del padre Julián... no tengo tanta confianza con él.

---Pero mi Paulito sí. El padre Julián lo ha acompañado toda su vida. Delante de él no podrá mentirte. Julián lo conoce bien y él sabrá si está diciendo algo que no es cierto.

---Bien. Tal vez lo haga.

---¿Pudieron ver a María de los Ángeles?

---Paulo fue ayer a verla. Ella sigue sin querer verme. La entiendo, por eso no quiero forzar nada. Saber que soy la culpable de que Paulo la haya dejado no me convierte en buena opción para tener delante de la vista, encima embarazada.

---A ver, Almita. Que Paulo la dejara no fue tu culpa. La relación entre ellos ya no funcionaba desde hacía mucho. En realidad, creo que nunca hubo verdadero amor. Era cuestión de tiempo. María de los Ángeles es una buena mujer, pero el dolor no la deja ver. Debes darle tiempo, ya sanará las heridas.

---Lo sé, sé que pasará. Ojalá así sea. Ayer Paulo fue al control con ella. La doctora le dijo que todo está perfecto. Que es solo cuestión de tiempo.

---Bien. A mí me pidió que hablara con nuestro abogado. Quiere reconocerla ni bien obtengan el resultado de ADN y pedir la custodia compartida. Así, cuando vosotros estáis en Madrid, la niña vive con vosotros, y cuando debéis volver a Argentina, se queda con su madre.

---Sí, algo me dijo. Te juro, Valentina, que no quiero sentirme así, pero me

dan unos celos... Sé que es su hija, sé que debe ir, pero...

Valentina le tomó una mano y la apretó.

---Alma, te comprendo. Es una situación difícil. Pero piensa que mi hijo está enamorado de ti. Eso está más que claro. ---Alma trató de ocultar su mirada, ella estaba teniendo sus dudas al respecto, lo notaba demasiado alejado de ella, demasiado diferente al hombre que no podía dejar de tocarla o besarla cuando estaban cerca. Ya no le enviaba mensajes de texto durante el día para decirle que la extrañaba. Algo no iba bien, lo sentía en el pecho.

A las cuatro de la tarde, tal como habían acordado, Valentina acompañó a Alma a la iglesia de San Antonio de los Alemanes. Era un trayecto de diez minutos a pie. Como Alma caminaba un tanto más despacio, salieron quince minutos antes. La fachada inconfundible de la iglesia era imponente aunque simple. Valentina la hizo rodear el templo para buscar la entrada a la casa parroquial. Allí encontraron a Julián.

---Ave María Purísima ---saludó el padre con una sonrisa en su rostro.

---Sin pecado concebida ---contestaron ambas mujeres a coro. Alma aún no se habituaba al modo de saludo del padre Julián. Ella recordaba que ese saludo en su país se usaba, pero más que nada en el ámbito rural, incluso lo consideraba de épocas pasadas. Luego vino el saludo madrileño, un beso en cada mejilla.

---Buenas tardes, hermosas damas. Qué buena suerte veros tan bien.

---Buenas tardes, padre ---contestó Alma entristecida.

---Buenas tardes, Julián ---dijo Valentina a la vez que se sonrojaba levemente. Aún recordaba el sueño erótico que había vuelto a tener la noche del último sábado, y tenía la sensación de que Julián podría leerle la mente.

---Valentina, ¿estás algo agitada? ---La mencionada hizo gesto de no comprender la pregunta---. Es que tienes las mejillas algo coloradas, parece que han caminado con mucha energía.

---Sí, sí, es que temía que llegáramos tarde ---aclaró enseguida.

---Me has fallado a la misa del domingo, ¿te ha sucedido algo?

---Nada grave, Julián. Es que la noche del sábado algo me cayó mal, y pues el domingo me sentí algo descompuesta. Pensaba venir a la misa de hoy de las siete de la tarde.

Alma la observó algo sorprendida. La noche del sábado se había acostado perfectamente y la mañana del domingo, si bien les había extrañado que no hubiese asistido a la misa, no habían notado ningún problema de salud, ni ella

lo había comentado.

---Está bien, Valentina. No te preocupes. Te espero entonces en misa hoy.

Alma presenciaba el intercambio sin emitir palabras.

Estaba sorprendida por la familiaridad que se notaba entre el padre Julián y Valentina. Ella imaginaba al padre, cuando le hablaban de él, como un hombre mayor, de cabello muy canoso, con una abultada panza y sotana negra. Julián distaba mucho de esa foto inventada por la mente de Alma. Se trataba de un hombre que apenas pasaba los cincuenta años, estaba en buen estado físico, se notaba que practicaba deportes porque sus bíceps se marcaban en las mangas de la camisa y no mostraba un gramo de panza; tenía el cabello castaño oscuro, abundante, que apenas clareaba en canas a la altura de las sienes. Poseía una mirada fuerte de ojos color café, con unas pestañas largas y arqueadas. Alma imaginó que debió ser muy difícil para Julián convertirse en sacerdote de joven, siendo un hombre atractivo como era, seguro hubieron muchas admiradoras. Alma observó las mejillas de Valentina, levemente teñidas de un color rosado. Si bien habían caminado un largo rato, tampoco el ejercicio ameritaba que tuviera agitación. Y como un rayo le cayó una idea que la hizo sonreír al principio y, luego, apenarse. Valentina se sentía atraída por el padre Julián. Después de perder a su amor, volvía a fijarse en alguien, solo que ese alguien no podía corresponderle.

---Perfecto, Julián. Vendré unos minutos antes para ayudar en la preparación de la misa. ¿Necesitas alguna ayuda extra?

---Nada, con tu presencia me basta ---dijo, y sonrió mirando hacia el lado de Alma---. Bueno, Alma querida. Estás algo callada hoy, ¿no es así?

---Es que no quería interrumpirlos, nada más ---respondió ella con una tímida sonrisa; sintió que podría delatar el descubrimiento que acababa de hacer, así que evitó los ojos del padre.

---Nada de eso, mi niña. Aquí la que no debe interrumpir soy yo. Os dejen tranquilos, y tú, Almita, te quedas en las mejores manos. ---Se acercó a Alma y la besó. Luego enfrentó a Julián---. Paulito debe estar al llegar. ---Y saludó al padre.

---Perfecto, Valentina. Nos vemos más tarde. ---Valentina salió de la casa y Julián volvió la vista de nuevo a la joven.

---Cuéntame, Almita. Ya sé cómo os habéis conocido tú y mi Paulito. Cuéntame ahora de ti, de tu vida antes de él.

Mientras esperaban la llegada de Paulo, Alma le hizo un *racconto* de su

historia al padre Julián. No ocultó nada, le contó de su familia, de lo importante que todos ellos eran en su vida, de sus amigas, del sufrimiento de su madre hasta la muerte, la pérdida de su primer embarazo, su soledad hasta el día en que conoció a Paulo. Los detalles de su secuestro le eran conocidos, puesto que Valentina lo había mantenido al tanto. Ambos se encontraban tan a gusto e inmersos en la charla que, cuando sin anunciarse Paulo apareció por la puerta que daba al templo, se sobresaltaron. Se dio un abrazo con Julián y se acercó a Alma para darle un beso en los labios, que fue apenas un roce.

---Bienvenido, hijo. Aquí estamos con tu mujer, hablando. Me ha contado todas las pruebas que Dios, en su sabiduría, ha puesto en su vida. Eres muy afortunado con Alma, es una mujer fuerte que ha sobrevivido a cosas durísimas.

---Sí, lo sé. La admiro por su fortaleza. Se ha repuesto a pérdidas muy grandes ---dijo Paulo sin mirarla, con un tono seco. El padre Julián se sorprendió, a su vez, al escucharlo tan frío. Paulo mantenía una mirada dura.

---¿Te encuentras bien, hijo? Te noto algo... severo para lo que es tu gesto normal.

Alma se asombró al escuchar al padre hablar de lo que ella venía notando desde hacía días.

---Estoy bien, padre. Todo perfecto. ---La misma respuesta rápida y sin sentimiento que había estado recibiendo ella.

---Bien, como tú digas, hijo. Dime cómo te sientes con esta nueva vida que estáis comenzando.

---Pues, debo confesar que es bastante difícil imaginarme como padre. Tú sabes, no he tenido al mío, si bien he contado con imágenes de padres que lo sustituyeron. El nacimiento de Blanca me toma por sorpresa. León lo vengo procesando desde el comienzo, ha sido una noticia que me hizo feliz, aunque no esperaba tenerlo tan pronto. Lo de Blanca fue inesperado totalmente y no he logrado hacerme a la idea. El hecho de que las relaciones con María de los Ángeles estén tan tirantes no mejora mi sensación. Entiendo su dolor, su enojo. Es razonable. Pero Blanca debe venir al mundo en un clima de amor, cooperación, paz.

---Entiendo. María de los Ángeles sigue con sus reproches.

Alma se sorprendió, Paulo no le había contado que María de los Ángeles le hiciera ningún cuestionamiento. Ella los imaginaba en paz, unidos para recibir a su hija.

---Sí. Está cada vez más exigente. Si bien hemos aclarado desde el principio que nuestra relación se limitaría solo a lo que refiere a la niña, cada vez que tenemos la oportunidad de vernos, por algún estudio o control, no pierde ocasión de echarme en cara mi matrimonio con Alma, el supuesto abandono del que fue objeto, e intenta decirme que si no estoy cien por ciento con ella, su hija no podrá reconocirme como padre.

Alma mantenía el silencio, la asombraba escucharlo tan dolido, confundido, a la vez la enojaba que hubiera mantenido todo eso en secreto. No soportó la distancia. Paulo se había sentado a su lado. Ella posó su mano sobre la de él, que giró su rostro y la miró.

---Siento mucho que estés pasando por esta situación y que no hayas confiado en mí. Podría haberte ayudado, hablando con vos, con ella, podría haberte ayudado a relajar tanta tensión. No quiero estar al margen de nada en tu vida.

El padre Julián se quedó en silencio observando la dinámica de la pareja.

---¿No quieres estar al margen? Pero tú sí me dejas al margen de la tuya, yo solo devuelvo lo que recibo ---dijo Paulo serio, pero con dolor en la mirada, endurecido.

Alma sintió que un frío recorría su espalda.

---¿Paulo? ¿De qué me hablás? Yo no te dejo al margen. Vos sos todo para mí, sos el centro de mi vida.

---¿Sí? ¿Estás segura de que sientes eso? ¿Estás segura de que me quieres en tu vida o es solo que no sabes cómo volver a tu vida de antes y te dejas arrastrar?

---¿Qué? ¿De qué hablás? No entiendo nada ---dijo ella, confusa.

---Te pregunto porque tal vez te hayas arrepentido de no comenzar una relación con alguien que tú ya conocías, por el que seguramente tendrías algunos sentimientos, pero aparecí yo en medio. Tu salvador. Tal vez estás conmigo solo por agradecimiento, y a escondidas intentas restablecer ese nexo. ---El dolor, las lágrimas de Paulo marcaron el sufrimiento al que había sido sometido todo ese tiempo. Y como un dique que contiene un lago cuando las compuertas se abren, el agua se precipita desordenada, en torrente. Así Paulo miraba con frialdad a Alma, le hablaba con rencor, con dolor, su cuerpo se arqueaba intentando acercarse de modo de sacarle la verdad.

---Paulo, no entiendo nada de lo que decís. Yo no empecé ninguna relación con nadie antes de vos. El que estaba en pareja eras vos, y no me lo hiciste

saber sino hasta cuando ya estábamos juntos. Yo no sentí esto que siento por vos por nadie más en mi vida. Te lo he dicho un millón de veces. Te he dicho que te amo más que a mi vida, que no podría vivir sin vos, que esa sería una prueba que no podría superar. Siento agradecimiento, sí ---el rostro de Paulo mostró sorpresa---, ¿cómo no sentirla? Me salvaste de morir ahogada, pero además me devolviste a la vida. Antes de vos... ---Las lágrimas de Alma rodaron por sus mejillas, su voz se notó tomada, pero ella no dejó de hablar. Había callado durante mucho tiempo, lo entendía. En su afán por no parecer molesta o repetitiva en sus dudas, había dejado que Paulo tuviera una idea equivocada y que sufriera por eso---. Antes de vos ---repitió para ordenar sus pensamientos---, yo no vivía, solo subsistía. Respiraba, comía, trabajaba, todo eran cuestiones mecánicas, sin voluntad. Las pérdidas en mi vida me habían convertido en una mujer rota, me sentía incompleta. Y cuando creí que era mi hora, que iba a encontrarme con mis muertos, apareciste vos. Me salvaste, literalmente, en todos los aspectos en que puede salvarse a una persona. Verte, hablar con vos, tocarte, necesitaba tenerte cerca, como necesito el oxígeno para respirar. ¿Cómo no estar agradecida si le diste color a una vida repleta de grises? Pero el agradecimiento fue siendo tapado por otros sentimientos mucho más fuertes y arrasadores. Amor, pasión, conexión. Vos me hacés sentir viva, completa, sana. ---Paulo lloraba enmudecido, sin bajar la vista. Ambos se miraban de un modo intenso, casi hipnótico. El padre Julián observaba también en silencio---. No entiendo de dónde provienen estas acusaciones, no hice nada para merecerlas.

---¿Mentir no es suficiente para dar a sospechar? ---acusó Paulo de pronto, golpeando con el puño la mesa. Alma se sobresaltó ante el golpe y se alejó instintivamente. El padre Julián también, temió que Paulo se pusiera violento, nunca lo había visto de ese modo. Se preparó para intervenir---. ¡Coño! ¡Coño! ¡Coño! ¡Y la madre que me parió! ---Paulo se percató de que sus movimientos violentos habían asustado a todos. Se retrajo en sí mismo. Se tomó el puente de la nariz con el dedo pulgar y el índice de la mano derecha. Intentaba calmarse y acallar las voces que le gritaban en su cabeza, que le decían que ella lo traicionaba.

---Yo no te mentí, Paulo. Sé más claro. No sé de qué me hablás ---expresó ella en tono suave, pero seguro.

---¿Hablaste con Lucas en este tiempo? Mírame a la cara y dime la verdad. ---El frío en la espalda de Alma se acentuó. Su temor de que Paulo hubiera

escuchado su conversación con Lucas, que hubiera malinterpretado algo, se hacía realidad. Pero en aquella conversación, poco más de unas semanas atrás, no recordaba haber dicho nada que pudiera ponerlo de ese modo. Patricia y Amanda tenían razón. No había habido razones que justificaran su mentira, y el hecho de haberlo hecho la hacía verse como culpable. Lo miró con entereza, seria, sin pestañar y habló de modo seguro: ---Sí ---aceptó rotunda---, he hablado con él. ---Paulo esperaba que ella siguiera mintiendo, no esperaba su honestidad. Primero sintió alivio, ella dejaba de falsear, pero luego sintió dolor. Su mujer lo engañaba con otro hombre---. Charlé con él la mañana de mi cumpleaños, hace casi quince días.

---Me dijiste que habías hablado con una compañera del liceo.

---Es cierto, te mentí. Pero no lo hice porque tenga una relación con Lucas ni porque desee estar con él. Nada me acerca a Lucas, solo amistad. No hay nada que me ate a vos más que el amor. No me importa el qué dirán, no me importa un papel que diga que somos esposos, ni siquiera me importa que nos hayamos prometido frente al altar cuidarnos y amarnos hasta que la muerte nos separe; si yo no te amara como lo hago, si yo no te adorara como lo hago, nada me retendría a tu lado.

---Alma, yo te escuché... tú le dijiste... ---ella lo interrumpió.

---No recuerdo con exactitud todo lo que dijimos con Lucas. Fue la primera y única vez que hablé con él luego de que se fuera de mi casa aquella noche que me confesó lo que sentía. Nunca más habíamos hablado, excepto cuando me salvó de mi secuestro. Pero en ese momento no lo hicimos de nosotros, sino de la situación en la que estaba. Yo le agradecí su colaboración en mi rescate, le expresé que siempre iba seguir queriéndolo ---Paulo iba a hablar y ella se adelantó--- como a un amigo. Se lo aclaré en cada momento. Incluso me alegré muchísimo cuando me confesó que está mejorando en sus fobias y que está de novio con una chica. ---Paulo sintió que el alivio le aflojaba de a poco todo el cuerpo. Sintió que un cansancio enorme lo invadía a la vez que la tensión de todos esos días lo abandonaba, hacía días que no podía dormir bien. Cada vez que intentaba hacerlo, cerraba los ojos y no podía evitar ver a Alma desnuda dándole placer a otro. La imaginaba entregada al cuerpo de otro hombre, que siempre estaba de espaldas y al que no podía verle el rostro, pero que sabía, con certeza, que no era él---. Te mentí, tenés razón. Pero no lo hice por las razones que vos pensás. Supe que te pusiste agresivo con el jardinero de mi papá, te vi enojarte por Lucas, te vi

enloquecer cuando te conté todo lo que pasó con Mariano. Realmente temí que malinterpretaras la charla con Lucas y que te enojaras, que me reclamaras por atenderlo. Era mi cumpleaños y no quería pelear con vos. Fui una cobarde, lo sé, pero no quería enojarte. Me equivoqué. Lucas es y será un amigo, me ayudó en uno de mis peores momentos, no puedo dejarlo a un lado porque a vos te dé celos. Entiendo que te sientas así porque él me dijo que estaba enamorado, pero tenés que confiar en mí. Yo te fui siempre de frente, nunca te dije una cosa y era otra. Sé que me mandé una grande con esto, pero fue desde la inocencia, desde mi temor, no fue desde la malicia o de preparar un engaño mayor.

Paulo seguía en silencio, mirándola como hipnotizado. No respondía, era como si su cabeza estuviera tramitando todo lo que ella acababa de revelar.

El padre Julián decidió intervenir, pero lo hizo diciendo unas palabras en un tono muy bajo, como intentando llegar al cerebro recargado de Paulo. Si conocía en algo a su discípulo, era en la intensidad de sus sentimientos. Si durante días se había convencido de que Alma lo engañaba, en ese momento, que entendía que había estado equivocado, debía acomodar su cerebro a esa novedad y hacerlo con la misma intensidad. El padre se puso de pie, rodeó la mesa y se colocó al lado de ellos dos, les tocó las cabezas y recitó un pasaje de las escrituras: ---«El amor es paciente, es servicial; el amor no es envidioso, no hace alarde, no se envanece, no procede con bajeza, no busca su propio interés, no se irrita, no tiene en cuenta el mal recibido, no se alegra de la injusticia, sino que se regocija con la verdad. ---Comenzó a articular la última frase con lentitud, para remarcarla---. El amor todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor no pasará jamás». Corintios 13:4-8. Hijos míos, creo que no hay nada más para hablar, esta charla prebendición matrimonial, en lo que a mí concierne, ha terminado. Delante de mí habéis dicho todo lo que necesitaba escuchar. El amor que os une es más fuerte que el mundo que os rodea, pero debéis confiar en el otro, confiar y hablar con la verdad. El maligno siempre intenta meter la cola, siempre intenta sembrar desdicha, y todo comienza siempre con un engaño, con una mentira. Lo que hoy sucedió aquí es otro triunfo de Dios sobre el maligno, de la verdad sobre la mentira, del amor sobre el odio. ---Alma miraba al padre Julián emocionada, con lágrimas cayendo por sus mejillas. Paulo aún tenía sus ojos fijos en ella, no los había quitado de Alma en ningún momento---. Quiero que recordéis lo que hoy pasó aquí, debéis recordar que hasta la más mínima

mentira puede lograr separaros. De esto debéis aprender también. Mañana os espero para bendecir esta unión y a ese niño que estáis por traer al mundo. Os bendigo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. ---A la vez que pronunciaba la bendición, movía el brazo derecho realizando la señal de la cruz---. Podéis quedaros todo lo que necesitéis. La casa del Señor es vuestra casa. ---Julián tomó su Biblia, que se encontraba en una mesita auxiliar, y se dispuso a realizar confesiones en la iglesia. Cerró tras de sí para darles intimidad. Ante el sonido del pestillo de la puerta, Paulo pareció despertar de un sopor.

---Alma, yo... ---Los ojos de Paulo estaban nuevamente repletos de lágrimas que comenzaron a caer por las mejillas algo barbudas. El mentón le temblaba por el esfuerzo que realizaba para no caer en un llanto abierto. La nuez de Adán subía y bajaba intentando tragar el nudo que sentía en la garganta. Alma mostró una sonrisa dulce, de entendimiento. Comprendió plenamente el sufrimiento que había estado pasando su hombre, el miedo que había sentido a enfrentar una realidad que lo atormentaba, el dolor de pensarla con otro. Lo miró con dulzura, le acarició la mejilla izquierda. Al contacto con su mano, Paulo cerró los ojos con dolor, esa acción hizo caer más lágrimas que mojaron la mano de Alma. Ella se acercó y lo abrazó.

---Tranquilo, amor. Nada ni nadie me va a alejar de vos. Soy tuya, de nadie más. No podría soportar que nadie más me tocara. Te lo juro. Soy tuya, de nadie más.

---Mía. Eres mía, pequeña. ---Mientras hablaba, él la acercaba más, la apretaba contra su cuerpo con mucha fuerza. La hizo levantarse y sentarse en sus piernas para poder abrazarla más enérgicamente. La panza de Alma se encontraba entre ambos cuerpos, rodeada de amor---. Creí... creí que te había perdido. Creí que... Perdón, perdón.

---Shhhh, tranquilo. Nunca me vas a perder, ¿cómo podrías perder a tu Alma? ---Ella lo abrazaba y hablaba con los ojos cerrados, sobre su hombro.

---Perdón, perdón por todos estos días de frialdad, de no tocarte. Es que... me moría de las ganas, pero a la vez sentía un dolor tan grande aquí dentro del pecho. ---Se miraron, ambos con ojos acuosos. Ella le acariciaba las mejillas, que hacía días él no afeitaba, y lo besaba recorriendo el camino de sus manos--. El orgullo no me dejaba pensar.

---Tranquilo, cielo. Acá estoy, acá estoy y voy a estar siempre para vos. Nunca más desconfiemos del otro. Ante cualquier cuestión que nos ponga en

duda, hablemos, digámonos todo. Yo te juro que no te voy a mentir nunca más. Ni siquiera en lo más mínimo. Como dice el padre Julián: acabamos de ver cómo algo sin importancia se hizo una bola de nieve y casi nos lleva a separarnos.

---Sí, tienes razón. Yo también lo prometo ---dijo él. La necesidad de saborearla lo ganó. Arremetió contra la boca de Alma, posicionándose sobre ella, invadiéndola, como le gustaba hacerlo. Sus lenguas se encontraron y se dispusieron a bailar la danza conocida, la de Paulo recorrió todo el interior de la boca de Alma, acarició dientes, encías. La penetraba con necesidad. Alma comenzó a sentir que el miembro de Paulo, debajo de ella, adquiría dureza y extensión, y de manera automática su vagina se humedeció y latió en respuesta. Tuvo un segundo de claridad en el que recordó dónde se encontraban y que el padre Julián estaba a unos pasos.

---Cielo, cielo... ---Alma cortaba los besos cada vez más exigentes de Paulo, para intentar hablarle. En toda la sacristía no se escuchaba otro sonido que el de sus ropas refregándose, las respiraciones agitadas de ambos y los sonidos de sus bocas al besarse con efusividad---. Amor, pará. Paulo... ---Él había comenzado a tocar los pechos de Alma e intentaba desabrocharle la camisa que llevaba puesta. Era una blusa con una cartera de cinco botones, luego bajaba entera, sin aberturas. Sus dedos intentaban abrir cada botón para llegar a ese bien tan preciado, los senos de Alma. Durante ese tiempo habían vuelto a crecer y estaban grandes y apetitosos, necesitaba saborearlos, degustar el pezón, succionarlo. Paulo abrió los ojos al notar la resistencia de ella.

---¿Es que no me has extrañado como yo a ti?

---¿Te parece que no? Te busqué cada noche, te esperé cada tarde, pero vos no me diste bolilla. Pero ahora... estamos en la iglesia y el padre Julián está a unos pasos, ¿te parece apropiado? ---Cuando Alma mencionó dónde se encontraban, recién ahí Paulo cayó en la cuenta. Miró hacia los lados.

---Tienes razón, pequeña. Ven, vamos. ---Se pusieron de pie, la tomó de la mano para caminar. Ella tironeó del brazo para llamarle la atención.

---Pero ¿no vamos a saludarlo? ---dijo ella extrañada.

---El padre Julián sabrá que nos fuimos y las razones, despreocúpate. ---Abrió la puerta y salieron a la calle. Iba haciendo las cuentas mentales de cuánto tiempo le llevaría llegar a un hotel para parejas que estaba cerca y la conveniencia de ir en vehículo o a pie. La panza de Alma no le permitía

caminar rápidamente, así que decidió ir por el automóvil. Doblaron la esquina aún en silencio, avanzando con apuro. Se subieron al automóvil que estaba estacionado y se pusieron los cinturones de seguridad.

---A esta hora, tu mamá debe estar en la casa, redesperta. ¿Cómo vamos a hacer?

---Esto es lo único que odio de compartir el apartamento con mi madre. Debo esperar a las noches para hacerte el amor, cuando estaría todo el día haciéndolo. Olvídate, con la urgencia que tengo de ti, creo que no me importaría escandalizar a mi madre ---dijo él, y ella rió sonoramente.

---Cielo...

---Vamos a un hotel para parejas. Está cerca, pero a esta hora el camino estará bastante repleto de autos. Déjame ver si nos conviene ir por la calle Bailén o por el Paseo del Prado, por la calle Atocha. ---Él fue haciendo los cálculos mentales, tiempo normal, tiempo en hora pico, tiempo de semáforos---. Iremos por el Paseo del Prado ---concluyó, decidido---. Es un poco más largo, pero a esta hora es el camino que menos elegirán todos, precisamente por eso.

---¿A un hotel? ---dijo ella extrañada.

---Sí, pequeña, con las ansias que tengo de ti, no podré contenerme, debo sentirme libre y expresar todo lo que me generas, no puedo hacer ni un *express* ni un silencioso ---expresó él tratando de imitar los dichos que su primo Germán le había enseñado.

---Ay, amor, me matás cuando tratás de hablar como argentino ---comentó ella divertida.

---Me encanta que te ponga eso, en realidad me pone que tú te pongas con cualquier cosa. ---Arrancó el automóvil, puso primera marcha y salió rápidamente para unirse al tráfico.

Capítulo 17

Paulo manejaba con habilidad, iba sorteando todo lo que se le cruzara en el camino y atrasara su llegada al hotel. Llevaba la mano de Alma tomada con la suya. Ni siquiera la soltaba para usar la palanca de cambios, apoyaba la de ella y luego la de él, grande, que la contenía por completo. Pasaron la Plaza Mayor unos veinte minutos después, tomó por la calle Cava Baja para llegar a un hermoso hotel en el barrio de La Latina. Un pequeño hospedaje pintoresco que mostraba a la calle una pared repleta de varias puertas-ventanas rectangulares con balcones que tienen barandas de hierro forjado. Paulo estacionó en un *parking* que se encontraba enfrente. Pagó y tomó a Alma para emprender apurados la caminata. Entraron al lugar y se encontraron con una especie de barra de bar que funcionaba como tal y, en el otro extremo, opuesto a la entrada, como conserjería.

---Buenas tardes ---dijo el hombre que los atendió con una sonrisa.

---Buenas tardes, queremos una habitación, en lo posible, de las que se encuentren más cerca ---dijo Paulo con otra sonrisa, aunque se lo notaba tensionado por la necesidad.

---Bien, ¿tienen reserva? ---preguntó a la vez que tecleaba en el ordenador.

---No ---dijo Paulo serio y algo cansado de las cuestiones burocráticas.

---Bien, déjeme comprobar cuáles son las que puedo ofrecerle. --- Mientras el hombre tipeaba, Alma y Paulo se miraban. Él cerraba los ojos poniéndolos en blanco, dándole a entender a Alma que lo molestaba sobremanera la artificiosidad del conserje. Y ella sonreía---. Bien. Puedo ofrecerles habitación con balcón o corrala doble, debo advertiros que la que posee balcón es hermosísima, pero tiene un valor más alto.

---No nos importa demasiado la vista, denos la corrala doble, pero que sea en el primer piso, no podemos subir mucho ---respondió Paulo sin pensarlo ni siquiera un momento. Alma sonrió al conserje cuando este la miró, fijó su vista en la panza de Alma y eso lo sorprendió.

---Bien, como vosotros queráis, ¿habéis traído equipaje?

Paulo cerró los ojos de modo de demostrar su hastío. Abrió su billetera, sacó la tarjeta de crédito y la entregó al conserje.

---No. Aquí tiene ---expresó a la vez que le daba el plástico---. Cárguelo a mi cuenta, cuando me retiro firmo lo que sea. Deme la llave, por favor.

El hombre la suministró sin emitir palabra, y ellos se dirigieron al cuarto que les habían asignado en el primer piso.

Se trataba de una habitación muy pequeña, con aire acondicionado, televisión y un baño bien armado; tenía tres paredes blancas y una con papel tapiz con arabescos en azul celeste, del estilo de dibujo francés, con rombos y flores recargadas. La cama, también blanca, tenía una cabecera enorme con el mismo dibujo y color del papel tapiz. Delante del lecho, sobre el muro de la derecha, se encontraba un escritorio pegado a este, en melanina azul celeste, con una silla moderna en mismo material y color. El televisor, plano, colgaba arriba del escritorio. El baño estaba decorado en blanco. El lugar era pequeño, pero acogedor. Ambos entraron con apuro. La calefacción estaba encendida, el aire caliente los recibió. Afuera, en las calles madrileñas, el frío arreciaba. No subía de los seis grados centígrados.

Paulo la dejó entrar primero y ella lo hizo en penumbras. Él buscó el interruptor de las luces de noche y encendió ambas, desde la entrada. La iluminación era tenue. No había ninguna ventana a la vista. Paulo se posicionó detrás de Alma, apoyándole en la cintura y comienzo de su cola su erección.

---Estoy demasiado salido, amor. Me avisas si te hago daño, pero no puedo contenerme.

Paulo la abrazó primero con fuerza y luego fue recorriendo los senos de Alma con sus palmas. A la vez, empujaba su pene constantemente hacia el trasero de Alma. Ella se quitó el saco que tenía abierto, la bufanda de lana, todo sin darse vuelta, disfrutando de las caricias que Paulo le daba a sus pechos sensibles. Levantó los brazos y se sacó la camperita de lana y la blusa, solo quedó con el *soutien*. Cuando tiró la ropa al piso, Alma llevó su mano hacia el miembro erecto de Paulo y comenzó a acariciarlo. Él emitió un gruñido al contacto con la manito de Alma. Se sacó el abrigo que aún conservaba, el *sweater* de cachemira y la camisa. El pantalón fue abriéndolo. Cuando ella tuvo que soltar la tela para dejarlo caer, él sintió el frío que generaba la ausencia de la mano en su miembro. Bajó la ropa interior y el pantalón, todo junto. Su falo saltó. Ella aprovechó para quitarse su *jean* y su propia ropa interior. Ambos habían mantenido sus lugares, Paulo detrás de

Alma, que apoyaba su espalda sobre el pecho de él. Él calzó el glande entre los cachetes de la cola de Alma, desde arriba, y bajó sobre ellos, de modo que se realizaba un masaje erótico con solo apoyarla y moverse de arriba abajo. Sus manos volaron a los senos, desnudos. Se sentían tibios, pesados, inmensos. Besaba el cuello de Alma mientras estiraba suavemente los pezones. Ella emitió un gemido.

---Cielo, no puedo más, si seguís voy a acabar... Te necesito adentro. --- Paulo siguió refregando su glande, haciéndolo aparecer y desaparecer entre los cachetes de la cola de ella y masajeadando los pezones con insistencia. Tomó uno de los pechos con la mano entera y lo apretó en diferentes zonas.

---Estás cada vez más hermosa, estas tetas están día a día más grandes. Me gustan tanto, me ponen a mil, apenas te veo, la polla se me endurece como una roca. ---Abandonó la cola y comenzó a moverse con lentitud, sin dejar de besar el cuello y detrás de la oreja derecha de Alma, y no dejó de masajear los senos. Se puso de frente a ella y la miró con fijeza.

Los ojos de ambos se encontraban oscuros de deseo. Sin decir palabra, mirándola, fue bajando su rostro para posicionarlo en el pecho izquierdo. Comenzó. Lo lamió y mordisqueó mientras lo recorría y lo soplaba, poniendo dura la punta de la lengua. Dejó el ese seno y atendió el derecho con su boca, y al abandonado le dedicó el esmero de sus dedos. De pronto, sintió la respiración agitada de Alma, levantó los ojos y, a través de la cortina de sus pestañas, pudo comprobar que su mujer estaba llegando al orgasmo. La conocía a la perfección, sabía que cuando estaba al borde respiraba con rapidez, emitiendo pequeños gemidos, como un ronroneo de gatito. De repente, un gemido más fuerte, y el cuerpo en tensión de Alma se aflojó. Paulo la tomó por la cintura para evitar que cayera. La besó en los labios con premura y la miró.

---¿Qué ha sido eso? ---preguntó con una sonrisa socarrona.

---Un orgasmo fuertísimo, no puedo creerlo... Nunca me había pasado algo así, un clímax sin que me hayas penetrado, ni si quiera tocado ---murmuró ella aún sorprendida.

Paulo la llevó hacia la cama y la acostó, se arrimó a su lado y siguió besándola con pasión. Ella fue encendiéndose nuevamente. Se puso de costado, dándole la espalda a él, y Paulo encajó su cuerpo en la concavidad. Y se abocó de nuevo a tocar los pechos mientras hacía entrar su miembro en el hueco de las piernas de Alma y su vagina. Atrapado allí, comenzó a mover su

pelvis. Cada movimiento generaba tanto placer que quería más. Posicionó el glande en la entrada de la vagina de Alma y entró con una embestida brusca. Ambos detuvieron los movimientos y disfrutaron, en la quietud, las sensaciones: ella, de sentirse otra vez plena; y él, de estar dentro del cuerpo de su amada. Cuando sintieron que se reponían de la primera impresión, Paulo recomenzó los meneos de penetración, primero, lentos y profundos, entraba y salía por completo y luego volvía a entrar. A medida que el placer los acercaba a la cima, las balanceos se fueron haciendo más frenéticos y veloces, aunque no menos profundos. En un giro rápido, Paulo se posicionó debajo de Alma, ella quedó subida, apoyando su espalda en el pecho de él. Él seguía penetrándola, y ella moviéndose de modo de hacer más honda la entrada. La mano derecha de Paulo abandonó el pecho que aprisionaba y se dedicó a estimular el clítoris con pequeños golpes y masajes, a la vez que intentaba adentrarse más en ella. Los gemidos de ambos llenaban la habitación, Alma comenzó a sentir nuevamente el hormigueo que anunciaba otro clímax, ronroneó y pidió más profundidad.

---Másss... Quiero mássssss, no pares, por favor... ---Paulo supo que su propio orgasmo sería devastador. Hacía días que no hacían el amor y la abstinencia lo tenía al borde. Sintió la electricidad que rodeaba su falo, se transmitía a sus testículos, que estaban pesados, el cosquilleo que le recorría la médula y los miembros inferiores, cuando la explosión estaba por aturdirlo. De pronto, una gran detonación de energía los atravesó al mismo momento. Ambos alcanzaron el éxtasis en los brazos del otro y potenciaron su placer al escuchar las expresiones que indicaban que también la otra persona estaba atravesado por el goce. Alma emitió un grito de placer que lo estremeció, él hizo el gruñido que emitía cada vez que ella lo llevaba al cielo. Alma sintió el semen de Paulo entrando en chorros profundos a su vagina, y parecía que no terminaba de eyacular nunca. Ella seguía meciéndose sobre él, haciéndolo entrar más con cada movimiento. Siguieron meneándose, con movimientos más lentificados, para que perduraran los efectos del placer, hasta que, despacio, fueron quedando más tranquilos, abrazados aún, susurrándose sus nombres y cuánto se amaban.

Paulo bajó una de sus manos a la panza de Alma y sintió que el niño se movía enloquecido, se asustó y se incorporó de un modo brusco. Alma se asustó, a su vez, por la reacción de Paulo.

---¿Qué pasa, Alma? ¿Qué le pasa al niño? ---preguntó con el gesto

transformado por el miedo.

---Nada, cielo. León está contento de que sus padres vuelvan a hacer el amor. ¿Por qué me preguntás?

---¿Es normal que se mueva de ese modo? ---dijo señalando la panza. En la piel blanca de Alma se dibujaban partes del cuerpo de León: un tobillo, una mano iban recorriendo todo el ancho de la panza, como si tuviera poco espacio y quisiera expandirlo empujando.

---Es normal, cielo. No te asustes. Está despierto y siente felicidad, como nosotros. Se mueve para expresar eso. Vení ---dijo a la vez que lo hizo acostarse nuevamente y volver a apoyar su mano sobre el vientre---, hablale a tu hijo, así se calma.

---Hola, granuja ---probó suerte dirigiéndose al ombligo de Alma---, papá y mamá están muy felices y quieren seguir practicando. ¿Podrías calmarte un poquito? Si te hace mal lo que hicimos con mami, pues me lo haces saber.

---¿Y qué harías? ¿Dejar de hacerme el amor hasta que nazca? Te recuerdo dos cosas: la primera, que la doctora nos dijo claramente que hacer el amor no podría lastimar a nuestro hijo, y menos si usamos esta posición o que yo esté sentada arriba de vos. La segunda es que, después del parto, tendremos un período de abstinencia, la cuarentena, así que ni se te ocurra adelantar ese período. Todavía no sé cómo vamos a aguantar en ese momento.

---Tienes razón, pequeña. ---Se quedó pensativo---. Ya sé, démosle algo para que se entretenga. Pediré servicio a cuartos, algo rico pero no dulce, eso lo excita. Ordenemos un sándwich y un café con leche, algo caliente y que lo alimente, así quedará listo para dormir una siesta. Y su madre quedará en mis garras otra vez.

---Me parece genial.

Llamaron e hicieron el pedido. Mientras lo esperaban, Paulo llamó a Valentina para avisarle que con Alma había ido a pasear al Prado y a tomar una merienda, que regresarían tarde.

El resto de la tarde la pasaron haciéndose el amor, tocándose, hablando, haciendo todo lo que en esos casi quince días no habían hecho, llenando los espacios de información que se habían generado. Bajaron de la habitación y decidieron cenar en un restaurante cercano al hotel. Él se sentía eufórico, feliz, y quería agasajar a Alma. Desde que habían llegado a Madrid, dado su enojo, no habían salido nunca, siempre habían comido en casa de familiares o con Valentina. Esta noche era una oportunidad única. Paulo no quiso dejar pasar la

ocasión para llevar a Alma a uno de sus restaurantes favoritos en Madrid, Casa Lucio, un lugar típico donde la comida casera y sabrosa era la protagonista. El restaurante se encontraba emplazado en el mismo barrio, en La latina, apenas a unas cuadras del hotel. Salieron caminando a pesar del frío, querían hacerlo, disfrutar de la noche.

---¿A qué hora le dijiste a tu mamá que volvíamos?

---No le he dicho un horario de regreso, simplemente le indiqué que no nos esperara, ¿por qué preguntas?

---No, por nada en especial, es que con el embarazo tan avanzado, no quisiera que se preocupase cuando regresemos tarde.

---Estaba evaluando la posibilidad de quedarnos a dormir en el hotel, ¿qué opinas, pequeña? Si lo hiciéramos, podría beber un rico vino en la cena, porque no debería manejar, y nos levantamos tempranito para ir a casa a bañarnos y cambiarnos.

---La idea está buena, cielo. La verdad, me seduce bastante. ¿Pero qué le decimos a tu mamá? No quiero que se preocupe.

---Ya la llamo y le explico, mi madre es una mujer que entiende estas cuestiones, quédate tranquila. ---Acto seguido Paulo tomó su móvil y volvió a llamar a Valentina---. Mamá, soy yo, sí. Todo está bien, no te asustes. Hemos caminado muchísimo, he llevado a mi Alma a conocer el Prado, sí, el Museo y el paseo. Luego hemos ido a por una merienda, y ahora la estoy llevando a cenar. ¿A que no adivinas a qué restaurante iremos? ¿A que no? ---Se hizo un silencio mientras era notorio que hablaba Valentina---. Has adivinado, preciosa. Estamos llegando a la puerta de Casa Lucio. Que sí, que vamos a pedir los callos. Sí, lo saludo de tu parte. Escucha, mamá, es probable que beba un vino, así que no quiero manejar a la vuelta, hemos decidido quedarnos a dormir en un hotelito aquí cerca, ¿recuerdas La posada del Dragón? Sí, ese mismo. Bien. Sí, estaremos en casa a primera hora. Vale, duerme bien. Aquí Almita te manda su amor. Adiós, mami. ---Cortó y puso los ojos en blanco---. Valentina es un amor de madre, pero está en todos los detallitos, hay días que...

---No te quejes, amor, vos por suerte la tenés, yo quisiera tener que llamarla por cualquier cosa y poder hacerlo. Mañana voy a telefonar a casa, a papi y a los abuelos. Tengo ganas de escucharlos.

---Perdona, amor. Tienes razón. Uno no valora a las personas hasta que le faltan. Disfrutemos entonces de Valentina, que la tenemos cerquita, ¿vale?

---Dale ---dijo ella riendo. Estaban en la puerta del restaurante.

El frente era todo en madera oscura, bien al estilo de los mesones españoles de las películas antiguas. Las puertas eran rectángulos bien definidos de madera también oscura, con vidrios y cortinados blancos. Ingresar por esas portezuelas parecía un pasaje a otra dimensión. Alma sintió que entraba al escenario de alguna de las tantas obras de teatro españolas que había leído en su vida. El ambiente era amplio, tenía dos pisos con mesas. Las paredes blancas tenían hasta la mitad unas maderas oscuras con vistas labradas. Había, cada tantos metros, una arcada o una columna, todas ellas en ladrillos a la vista barnizados en un color también oscuro. Las mesas impecables, con manteles blancos y copas altas; en cada una se veía un pan casero redondo y aromático, listo para ser degustado. Las sillas eran todas de madera de nogal, pesadas y antiguas, los asientos y respaldos eran de cuero con tachas enormes, al mejor estilo medieval. Alma estaba fascinada, recorría todo con la vista de una niña que descubre tesoros. En una pared, se veía una cava enorme, no muy alta pero sí ancha, de vidrio, con más de cien botellas de vino semiacostados. Los cuadros antiguos, los certificados de logros, las escrituras de frases importantes para los dueños, que fueron heredando el lugar, complementaban la visión cinematográfica del lugar. Alma no salía de su asombro. Al entrar, Paulo saludó al *maître* y le pidió la mesa acostumbrada.

---Con Valentina solemos venir seguido, es el restaurante preferido de ella y, por ende, ha sido el lugar al que la he traído en cada ocasión especial.

---Este lugar es increíble, cielo. No puedo creerlo. Me encanta.

---He pedido la misma mesa que uso con ella, el mozo que nos atenderá será el que mi madre considera el mejor y más atento. Con los años hemos ido probando varias mesas y mozos. Ella hace cinco años se quedó con este lugar. Hemos tenido suerte de que no estuviese ocupado.

---La verdad que sí. Qué lástima que no hubiéramos previsto venir aquí, podríamos haberle avisado y que compartiera con nosotros la cena ---expresó ella mientras se acercaban a la mesa indicada por el *maître*.

---Alma, amo a mi madre, la adoro. Pero algunas veces adoro tenerte solo para mí.

---Está bien, cielo, tenés razón ---dijo sonriendo. Cuando llegaron a la mesa asignada, el *maître*, que había caminado por delante de ellos, tomó la silla de Alma y la corrió en gesto de caballerosidad. Alma agradeció con un movimiento afirmativo con su cabeza y se sentó. Él le acercó un poco más la

silla a la mesa, Paulo se sentó y agradeció. El hombre les entregó los menús y la carta de vinos. Aprovechó para hablarle de los especiales del día.

---Ya los atiende Joselo, que será su mozo esta noche, con permiso. ---Y de modo muy educado se retiró. Un minuto después apareció el mencionado Joselo. Era un señor de unos cincuenta y cinco años aproximadamente, algo calvo, con pancita, que vestía una camisa impecable color blanca, pantalón negro y un delantal largo, también negro, atado debajo del abdomen.

---Buenas noches, Paulo, señorita. ---Hizo una reverencia a ambos a modo de saludo---. Qué alegría teneros esta noche con nosotros. Veo que tu madre no es de la partida, ¿no es así? ¿O debo agregar un lugar en la mesa?

---Buenas noches, Joselo, así es. Hoy mi madre se ha quedado en la casa, he traído a mi esposa para que conozca las exquisiteces de este lugar. --- Cuando Paulo mencionó que traía a su esposa, Joselo hizo un gesto de sorpresa, se acercó a él y le extendió la mano.

---No sabía la buena nueva, Paulo. Enhorabuena ---felicité el mozo con un buen apretón---. Señora, mis bendiciones para este matrimonio. ---E hizo lo propio con Alma---. Y para el niño ---dijo cuando notó el embarazo de Alma.

---Gracias, un placer, Joselo, pero llámame Alma, no señora. Todavía no me acostumbro al mote de «señora».

---Encantado, Alma, entonces... ese acento... ¿Es usted argentina?

---Así es, lo soy. Nos conocimos con Paulo en ocasión de que él viajara a mi país por trabajo. ¿Cómo se dio cuenta? ¿Tan notorio es? ---preguntó ella divertida.

---Es que en este lugar nos visitan muchos turistas, y los argentinos sois reconocibles. Habláis haciendo ademanes con los brazos, en un tono alto, y tenéis esta particular forma de pronunciar las *s*, *c*, *y*, *z* y las *ll*. Imposible no darnos cuenta. Además de esa musicalidad tan particular de vosotros al hablar.

---¿Has visto, Joselo? Yo se lo digo, pero no me cree. Ella dice que somos nosotros los que hablamos raro. ---Ambos hombres rieron y Alma se unió a ellos.

---¿Ya sabéis lo que vais a ordenar?

---Si me dejas, pequeña, puedo elegir una entrada para compartir y luego dos platos que son la especialidad de la casa ---propuso Paulo.

---Dale, no tengo problemas, como de todo ---aclaró más bien hacia el mozo.

---Bien, Joselo: nos traes, por favor, unos huevos estrellados para

compartir, y de plato principal nos haces marchar dos cazuelas de callos a la madrileña.

---Perfecto, excelente elección para una recién llegada, debe probar los sabores más típicos de estas tierras.

---¡Olé! Estamos de acuerdo, Joselo.

---Si me permitís, voy a recomendaros un vino para maridar con estos platos tan madrileños.

---Adelante, te escuchamos ---concedió Paulo entusiasmado.

---Pues os recomiendo un vino tinto, de una viña de aquí, propiamente madrileño, Viñas del Regajal: Las Retamas del regajal. Un sabor exquisito. --- Paulo miró a Alma esperando su confirmación. Alma estaba muy entretenida y respondió con un movimiento afirmativo de la cabeza.

---Pues no se diga más, nos traes ese vino.

---Joselo, sumá un agua mineral sin gas, por favor.

---Perfectamente, señora Alma.

El hombre agradeció, se dio vuelta con los menús en mano y fue a realizar la orden en la cocina.

---Bueno, ahora contame qué carancho me pediste de comida. Decime que no comen bichos raros los españoles.

---Pues mira, belleza, el único bicho que tendrás que enfrentar en España, y en el mundo, seré yo.

---Tonto, vos de bicho no tenés nada, hermoso. Si sos un galán de telenovela.

---Me encanta que me veas así. ---Y bajó la mirada con timidez---. Veamos, la entrada son huevos fritos sobre una cama de patatas fritas adornadas con jamón serrano, chorizo y chistorra.

---Uhhhh, eso suena muy rico. Espero que mi estómago no se revuelva como suele ocurrirme cada tanto desde que Leoncito está ahí dentro.

---Esperemos que ese crío te deje probar estas delicias ---dijo él acariciándole la mano con dulzura a través de la mesa. Había extrañado el contacto con la piel de Alma. Cada vez que la acariciaba sentía una conexión única, esos días de enojo casi no la había tocado. Sentir la suavidad de la piel de Alma, su tibieza, le hacía percibir alegría en el pecho---. Veamos, el plato principal es un clásico de la gastronomía madrileña. Los callos a la madrileña son una especie de guisado que se hace con ciertas partes de la ternera que no son cortes, digamos, tradicionales. ---Paulo temía mencionarlo y que Alma

sintiera rechazo por el plato.

---¿Qué parte de la vaca? No me preocupes, sé más claro. Lo único que no me gusta comer es la lengua, eso me olvidé de decírtelo.

---Quédate tranquila, pequeña. No es lengua lo que se usa. No sé exactamente cómo lo llamáis vosotros, pero se usa parte del estómago, el morro y la pata. A veces se usan estas mismas partes pero de cerdo. Y se lo guisa con tomate, cebolla, morcilla y chorizo. Aquí le ponen, además, garbanzos. Queda una exquisitez, justo para noches de frío como esta.

---Ah, ya entendí. Es una especie de mondongo a la española, pero con morcilla y chorizo. Tengo que probarlo, pero luego de esta comida voy a tener que tomarme algún digestivo, te lo advierto ---se anticipó ella bromeando---. Desde que la panza se hizo tan grande, no puedo comer muy pesado porque, cuando me acuesto, no puedo respirar tan bien. Así que vamos a tener que caminar un rato largo y hacer algo de ejercicio antes de irnos a dormir.

---Me parece perfecto. Pasaremos por una farmacia para comprar algún digestivo y luego me encargo de que no te sientas pesada, tú te relajas.

Joselo se acercó con el vino, lo abrió y lo dio a probar a Paulo. Cuando este lo hubo aprobado, sirvió un poco en la copa de Alma. Dejó el agua mineral y se retiró. Pasados unos instantes regresó con unos pequeños cuencos con algunos escabeches.

---Me he tomado el atrevimiento, Paulo. Te he traído unos escabeches nuevos que está implementando nuestro nuevo chef. Van por invitación de la casa.

---Muchas gracias, Joselo, son bienvenidos ---respondió Paulo con una sonrisa.

---No es nada, enseguida les traigo los huevos estrellados.

Los dos dijeron «gracias» al unísono. Partieron el pan casero en porciones y probaron los tres escabeches de vegetales. En un minuto, se acercó nuevamente Joselo con una fuente oval con la entrada. Degustaron esa primera parte mientras charlaban animadamente. Alma se encontraba sentada de espaldas a la entrada, razón por la cual no vio cuando María de los Ángeles entró al local seguida de una amiga y un amigo.

María de los Ángeles entró sonriendo, en plena conversación con las dos personas que la acompañaban, miró hacia el costado y divisó a Paulo en cuestión de segundos. La furia la colmó. «Ha traído a esa mujercuela a comer justo al mismo restaurante que a mí me gusta venir. No debería de

sorprenderme, Valentina adora este lugar, de hecho, así lo conocí, en un cumpleaños de Valentina». Lo miró con furia, insultándolo mentalmente. Quería que él levantara la mirada y la viera, quería que él se sintiese mal. Como si leyera sus pensamientos, Paulo rió de algo que esa detestable mujer le dijo y, al levantar el rostro para largar la carcajada, se le congeló la mirada en ella. Con sonrisa de triunfo miró a sus acompañantes, que estaban petrificados, y les advirtió: ---No nos quedaremos en este lugar, no os acomodéis. Yo no ceno en el mismo restaurante que su puta. Pero denme un minuto para aguarles la cena a ellos. ---Y sin mediar más palabras, sus acompañantes, con miradas temerosas, se volvieron hacia la puerta de entrada y dirigieron unas palabras al *maître*. María de los Ángeles caminó con paso seguro hacia ellos, contorneando su cuerpo todo lo que su enorme panza se lo permitía.

Paulo cambió el gesto, y eso hizo que Alma se diera cuenta de que algo estaba por suceder. Giró su rostro al mismo momento que María de los Ángeles casi alcanzaba la mesa. Sintió temor al comienzo y un frío que la recorrió.

---Veo que eres animal de costumbres, la traes a los mismos lugares a los que me has llevado a mí. Deberías avergonzarte, este fue nuestro restaurante y ahora traes a tu puta para faltarme al respecto. ---María de los Ángeles hablaba con tono hiriente, haciendo gestos de desprecio, pero lo hacía bajo. Paulo se puso de pie como un resorte y se acercó casi de manera agresiva al rostro de María de los Ángeles de pie. Recordaba que estaban rodeados de personas y que esa detestable mujer no solo estaba embarazada, sino que lo estaba de su hija. Buscó calmarse antes de responder.

---No te permito que le hables de ese modo a mi esposa. Esta dama que ves aquí es la que he elegido para mi vida. Y le debes respeto. Te pido encarecidamente que te retires sin armar escándalos. Además, faltas a la verdad cuando afirmas que este fue nuestro restaurante. Este lugar lo conociste conmigo y mi madre. Este es el restaurante preferido de mi madre, nunca hemos venido tú y yo solos. ---Paulo hablaba conteniendo la furia. Alma le tocó la mano desde el asiento para calmarlo y para pedirle que le diera la oportunidad que había estado esperando tanto tiempo.

---Gracias, cielo ---dijo ella en su tono acostumbrado, tranquilo. Por dentro se sentía un volcán en erupción, pero por fuera era una piedra. Paulo y María de los Ángeles la miraron, ambos sorprendidos, como si recién se

dieran cuenta de que ella estaba en la mesa---. Sentate, por favor. Quisiera hablar yo, si me lo permitís. ---Paulo, sorprendido, tomó de nuevo asiento. Alma no se movió de su lugar, solo la miró con tristeza y comenzó a hablar---: Lamento conocerte personalmente de este modo. Me hubiera gustado hacerlo en otro lugar, pero como sabrás, nuestra historia no arrancó bien, la tuya y la mía quiero decir. Sé que me culpás de que Paulo te haya dejado. ---María de los Ángeles hizo ademán de querer hablar y Alma la cortó en seco---. Ahora me vas a escuchar a mí, Paulo ya te escuchó bastante, y lo has lastimado mucho. Ahora voy a hablar yo. Quiero decirte que yo también lo hice mucho tiempo, lo de culparme; digo, cuando él me confesó que al conocerme estaba aún con vos, me sentí muy mal, no quería ser la causa de una separación. Luego entendí, porque Paulo me hizo entenderlo, que la relación de ustedes ya estaba mal, que estaban en una crisis y que mi presencia solo apuró el final anunciado. Realmente lo lamento. Lamento que tengas que pasar por el dolor de perder a alguien que significa tanto en tu vida. Pero si hay algo que aprendí en mi vida, es que uno no puede obligar al otro a amar. Lo que no se siente, no se siente. ¿Era preferible irse a vivir juntos y darte la cabeza contra la pared? ¿Era mejor que probaran estar juntos y que él en un mes te dijera que no te amaba? Tal vez hubiera sido mejor, o no... Ahora no lo sabremos nunca. Lo que sí puedo decirte es que lo que nunca sintió Paulo con vos lo empezó a sentir por mí en el momento exacto de conocernos. Y ante eso no hay nada más que explicar. Te puede doler, te puede enojar, pero no lo podés ignorar. Él me ama como nunca amó en su vida, del mismo modo que lo amo yo a él, y contra eso no hay nada. No nos alcanzan ni tus palabras, ni tus reproches, ni tus mentiras. Vos podrás echarle en cara muchas cosas, pero eso no va a hacer que él te ame o que vuelva con vos, lo único que vas a lograr es alejar al padre de tu hija. Y sé que él quiere formar parte de la vida de tu hija, quiere ser su padre, pero tu maltrato, tus reproches lo van a terminar alejando. Por primera vez en tu vida, dejá tu egoísmo de lado y pensá en el de al lado, no en nosotros, pensá en lo mejor para tu hija. ¿No sería preferible para ella que naciera en un clima de respeto y amor?

María de los Ángeles se sintió ridícula, casi una adolescente inconveniente. Ante el silencio brusco de Alma, buscó algo que decir.

---Un hermoso discurso, querida, pero en la vida real lo de ustedes no existe. Cuando se canse del sexo vainilla contigo, vendrá a buscarme. Y mi hija y yo seremos siempre suyas.

---Qué triste, María de los Ángeles. Qué triste que no puedas dejar de lado tus ganas de lastimar, y qué patético intento de recuperar lo irrecuperable. Con toda la literatura erótica que ilustra a la perfección el sexo sadomasoquista, con mi experiencia previa a Paulo y conociendo las necesidades de mi hombre, ¿creés realmente que no puedo saciarlo? Lo que con vos hacía como divertimento una vez cada tanto, a mí me lo da cada noche. Y no creo que sea correcto contártelo justamente a vos ni en este lugar, pero debo aclararte que hemos estado perfeccionando ciertas técnicas que..., uff, solo de pensarlas me dan ganas de decirle a Joselo que suspenda los callos, que me urge disfrutar de sexo salvaje con MI HOMBRE ---recalcó---. Como te dije, una lástima que tengas esta actitud. Si cambiás de onda, consideranos parte de tu familia. Si tu forma de relacionarnos es a través del insulto y de la pelea, andá despidiéndote de nosotros. Mi hijo y tu hija merecen estar rodeados de amor, no de rencor y odio. ---Alma se puso de pie súbitamente. María de los Ángeles se asustó y retrocedió un paso---. Voy al baño, mi amor ---le dijo a un Paulo boquiabierto. Cuando se puso a la par de la mujer, se acercó a su oído y le susurró---: Y te aclaro que sí soy su puta, soy la más puta para mi hombre. A puta no me va a ganar nadie, y te aviso que a mala tampoco. No me molestes más a mí ni él, ¿te queda claro?

María de los Ángeles, igual de sorprendida que Paulo, se dio vuelta y comenzó a caminar aireada delante de Alma. Varios comensales, que prestaban atención a la disputa, aplaudían al irse María de los Ángeles. Alma, que seguía de pie al lado de la mesa, miró a Paulo desconcertada, ella creyó que todo el intercambio había pasado inadvertido para los demás.

---¿Estás bien, pequeña? ¿Te sientes bien? ---dijo él preocupado por el color intenso que adquirían las mejillas de Alma. Los aplausos lo obligaron a usar un tono un poco elevado.

---Sí, sí. No te preocupes. ---Ella, aún de pie, tomó la copa con agua y bebió un sorbo para calmarse, sentía que todo el cuerpo le temblaba---. Voy al baño.

---Te acompaño, tengo miedo de que te descompenses, tal vez te haya subido la presión, estás muy colorada ---insistió él, poniéndose de pie, preocupado.

---Amor, quedate tranquilo. Yo estoy bien, dame un minuto. ---Se acercó y le dio un beso apasionado en los labios, se separó un poco y lo miró directamente a los ojos.

---Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

---Ya lo sé ---respondió ella haciéndose la vanidosa---, y vos sos lo mejor de mi vida, junto con Leoncito.

Alma caminó con lentitud entre las mesas para dirigirse al *toilette*. Al pasar por una mesa cercana a la de ellos, una señora mayor le tocó la mano y llamó su atención.

---Niña, en la vida me he encontrado con mujeres harto irrespetuosas y agresivas, pero nunca he visto a una mujer darse el lugar con tanta educación y clase. Te felicito, la has puesto en su lugar sin siquiera despeinarte un cabello. Eres una gran mujer y él ---dijo señalando con un movimiento de cabeza a Paulo--- tiene mucha suerte de tenerte.

---Gracias, señora, me reconfortan sus palabras. Esta situación fue tan desagradable que espero no vuelva a repetirse. Yo tengo mucha suerte de tenerlo a él. Es un gran hombre ---agregó con una sonrisa. La mujer sonrió a su vez, miró a su marido y volvió a mirar a Alma.

---Cuando una ama de verdad, siempre dice la verdad. No tengo dudas de que lo es. Buenas noches, niña. Y que Dios os bendiga a ustedes y a esas criaturas.

---Gracias, señora. Que Dios los bendiga también. ---Alma continuó caminando hacia el baño. Cuando pasó cerca de Joselo, vio que este le hacía señas y se acercó un poco para escuchar lo que quería decirle.

---Señora Alma, ¿quiere que suspenda el plato principal? ¿Van a retirarse?

---De ninguna manera, Joselo. Esa mujer desagradable no va a aguarme mi primera cena madrileña. Sigue todo en pie.

---Bien, señora Alma, me gustan las mujeres que no se dejan amilanar. Paulito eligió bien.

---Gracias, Joselo. Espero que nunca se arrepienta ---dijo con mejor ánimo, ya sonriendo con un poco menos de tensión. Siguió su camino. Entró al baño. Pasó al *box* individual y se sentó sobre el inodoro tapado. Sentía que las piernas le temblaban. León se movía bastante y eso la intranquilizaba más. Inspiró profundamente varias veces, soltando el aire con lentitud para bajar las pulsaciones. Cuando sintió que se calmaba lo suficiente, salió del lugar, se lavó las manos y la cara. Se secó. Se miró en el espejo. Si bien aún seguía algo enrojecido, su rostro se veía bastante bien. Salió del baño y se encontró con Paulo en el pasillo, que la estaba esperando.

---¿Estás bien, pequeña? Me quedé muy preocupado, ¿cómo sientes la

presión? ---Alma se acercó despacio, conmovida por su genuina preocupación. Lo besó, de modo lento y apasionado. Se apoyó en su cuerpo y lo abrazó con necesidad. Paulo, sorprendido, descansó su espalda en uno de los muros y la atrajo hacia sí. Las lenguas danzaban libres. En el pasillo los rodeaba el silencio, solo quebrado por el sonido acelerado de sus respiraciones y el de los labios al separarse para tomar otra posición. Luego de unos minutos, cuando calmaron esa sed del otro que los poseía, separaron sus bocas, apoyaron sus frentes juntas y se quedaron unos segundos así, sin decir palabra. Paulo rompió el silencio.

---Me hiciste sentir muy orgulloso de ti, pequeña. Siempre evité que vosotras os encontrarais por temor a que ella te lastimara. Te subestimé, pensé que ella te debilitaría, te debo una disculpa. Eres la mujer más fuerte y luchadora que he conocido en mi vida. Has sabido darte el lugar, ponerla a ella en el suyo, y sin siquiera levantar el tono de voz. Perdóname, pequeña. Creí conocerte bien, pero me doy cuenta de que me falta mucho por conocer de ti.

---Amor, espero que lo que te falta conocer de mí también te guste, porque a mí me gusta todo de vos, y cada día más.

---Estoy seguro de que así será. ¿Vamos a la mesa o prefieres irte del restaurant?

---Como le dije a Joselo: esa mujer no me va a aguar la primera cena madrileña que tengo. Vamos a la mesa. ---Ella lo tomó de la mano y caminó con él a la zaga. Volvieron al salón, habían retirado los platos de la entrada. Los demás comensales habían olvidado ya el incidente, dado que nadie se giró a mirarlos ni se hicieron más comentarios. Paulo le retiró la silla a Alma y luego se la acercó cuando ella ya se había sentado.

---Debo reconocerte, pequeña, que eres toda una leona.

---Nadie se mete con mi hombre, con mi esposo y padre de mi hijo. Que ella me insulte a mí no me genera ningún sentimiento; de las personas que viven amargadas es lo único que se puede esperar. Pero que te torture, que te presione, que te quiera hacer sentir culpable porque no la amás... No, eso no se lo voy a permitir. Entiendo que todos le tengan consideraciones y no le canten las cuarenta porque ella está embarazada, está bien. Pero yo también estoy embarazada, yo sí puedo decirle lo que quiero y lo que siento.

---Y lo has hecho con mucha claridad y altura, debo aclarar.

---Una dama nunca pierde la cordura ni la educación.

---Brindo por eso ---dijo él levantando la copa de vino tinto madrileño. Alma levantó la de agua, ya no quería beber alcohol, temía que la presión le jugara una mala pasada después de todo---. Si brindas con agua, deberemos chocarlas dos veces para no atraer la mala suerte ---anunció Paulo, y ambos cumplieron ese ritual.

La noche continuó en el restaurante con la cazuela de callos a la madrileña y un postre que compartieron. Volvieron a la posada, hicieron nuevamente el amor, ya sin tanta premura como durante la tarde, lo efectuaron con delicadeza, dulzura, disfrutando de cada movimiento. Se levantaron temprano, se ducharon juntos, desayunaron en el comedor, firmaron los recibos de la tarjeta de crédito y partieron.

Capítulo 18

Valentina los esperaba algo nerviosa. Tenía preparada la ropa de cada uno, la había depositado sobre la cama de la habitación de sus niños (como ella los llamaba). Cuando escuchó el ruido de la llave en la puerta, corrió desde la cocina a recibirlos. Ambos la saludaron y le contaron todo lo que habían comido la noche anterior. Alma se fue a cambiar primero y Paulo aprovechó para hablar a solas con su madre sobre lo ocurrido con María de los Ángeles: ---Esa mujer debe agradecer que está esperando un hijo mío, si no fuera así, la hubiera tomado del brazo y la hubiera hecho pasar el papelón de su vida.

---Ay, hijo. Pensé que María iba a calmarse con el pasar del tiempo. Pero mira qué fea actitud ha tenido, insultar a Almita de ese modo ---expresó escandalizada.

---Te digo, mamá, que Alma supo ponerla en su lugar, si alguna vez se le vuelve a ocurrir armar algún lío como el de ayer, lo pensará dos veces. Esa tía no sabe con quién se ha metido.

---Esa situación no creo que vaya a repetirse, amor ---agregó Alma apareciendo de improviso. Ya estaba cambiada, se la veía hermosa. Tenía un vestido estilo Jacky en color manteca que le llegaba hasta arriba de la rodilla. Este se adhería a su pecho y a su vientre abultado, y luego caía de manera graciosa hacia los lados. Se había marcado unos bucles desordenados en las puntas de su cabello, que llevaba suelto, con la raya al medio. Traía en la mano el *neceser* con los maquillajes---. De todos modos, quiero aclararte a vos que no quiero que vuelvas a verla a solas, yo te voy a acompañar cada vez que debas ir. Quiero que esa mujer entienda, de una vez por todas, que aquí hay una familia unida, que ella no podrá separarnos nunca, y que su hija tendrá un lugar de privilegio y amor con nosotros.

Paulo se puso en pie, se acercó con una sonrisa y la besó.

---Estás más hermosa, y yo que creí que eso no era posible. Eres la mujer más hermosa del planeta o, mejor dicho, de la galaxia ---dijo feliz, posó sus

dedos en la mejilla de ella, la acarició y le besó el espacio cercano al lóbulo de la oreja derecha. Sabía que ese era uno de los puntos débiles de ella. Y casi susurrando---: Se hará como mi mujercita lo quiera, siempre. Te amo.

---Yo más ---pronunció ella sonriendo.

---No es posible ---insistió él. Se giró y miró a su madre, que los observaba con alegría y en silencio---. Me visto y nos vamos, ¿os parece? Quiero llegar rápidamente.

---Perfecto, hijo. Ven, Almita, si quieres puedo maquillarte. Siéntate aquí que tengo mejor luz. ---Las mujeres se pusieron manos a la obra.

La ceremonia fue muy emotiva, estaba toda la familia de Valentina y Paulo, amigos y amigas de ellos dos. Paulo había invitado a algunos colegas de andanzas, que no habían podido viajar a Argentina, y a algunos de su trabajo, incluyendo a Vicente. Todos fueron muy amables y participaron con alegría de ese evento tan importante para Paulo. Alma lo veía departir con su gente y le encantaba, cada vez la enamoraba más ese hombre. Al terminar la ceremonia, Paulo, Alma y todos se quedaron hablando en el atrio de la iglesia. Estaban arreglando el traslado a una casa en las afueras de Madrid, una casona perteneciente a los abuelos maternos de Paulo. Valentina y Fernando habían preparado un almuerzo campestre para la familia y los amigos, que disfrutarían luego de la ceremonia. Todos estaban preocupados por encontrar lugares en los automóviles.

Alma estaba distraída y de pronto vio a una mujer que se movía en el fondo de la iglesia, que quería entrar en la sacristía. La forma de caminar le pareció conocida. Sin que nadie se diera cuenta, se dirigió hacia el mismo lugar donde las sombras le habían hecho perder a la silueta misteriosa. Entró por la puerta y se paró en seco antes de ser vista. Efectivamente, se trataba de María de los Ángeles. Estaba llorando y el padre Julián la consolaba.

---Padre, qué vergüenza. ¿Qué hice yo para merecer esto? ¿Por qué tanto dolor?

---María, Dios en su sabiduría te ha puesto una prueba dura delante. Deberás pasarla, deberás crecer, madurar. El problema es que aceptes la voluntad de Dios y dejes de torturarte y de torturarlo.

---Yo lo amo, padre. Amo aún a Paulo. Él es el padre de mi hija. Si esa mujer no se hubiese cruzado en el camino, estoy segura de que hoy estaría conmigo.

---Si Alma no hubiera aparecido en la vida de Paulo, seguramente él

estaría contigo, cumpliendo con su responsabilidad. Pero tú y yo sabemos bien que él tenía sus dudas desde mucho antes de que ella apareciera. Él ya no sentía amor de pareja por ti; es doloroso, lo entiendo, pero es la realidad.

---Pero estaría conmigo de todos modos, yo ahora estoy sola.

---Estar contigo por obligación no es una buena opción, María. Si Paulo no te amaba, lo que pasó con Alma iba a suceder tarde o temprano. Debes dejar de pensar desde el egoísmo, desde la historia que tú armaste en tu cabeza y que no es real. Debes reconocer y reconocerte que si él no te ama, ya no hay nada más que hacer. Pero tu hija debe tenerlos a ambos. Vosotros seréis siempre los padres de Blanca, debes resignarte a que esa sea tu única relación con Paulo. Además, niña, cuando abras tu corazón, ese que hoy está cerrado en la negación y en el odio, vas a estar libre para dejar entrar a otro hombre en tu vida, estoy seguro.

---¿Quién me va a querer con una hija a cuestas?

---Ay, niña, niña, deja de lado tus prejuicios. Aquel hombre que está destinado a enamorarse de ti amará todo de ti, incluyendo a tu hija. Fíjate si Alma hubiera pensado eso, jamás hubiera permitido entrar a Paulo en su vida, y hoy son felices.

---¿Alma tiene otro hijo? ---dijo ella levantando el rostro.

---Estuvo a punto de ser madre de una pareja anterior, esa pareja la abandonó y meses después perdió a su hijo. Hoy merece un poquito de felicidad, ¿no crees? Y así ese niño hubiera nacido, estoy seguro de que Paulo lo hubiera amado. ---Ese descubrimiento la había dejado sin palabras, ir a hablar con el padre Julián no había sido mala idea después de todo, pensaba conmoverlo para ver si él podría interceder por ella con Paulo. Cuando entró a la iglesia, no esperaba encontrarse con la bendición. En ese momento, estaba reuniendo datos valiosos.

---No lo sabía ---dijo a la vez que empezó a calcular cómo podía usar esta información.

---Ni deberías saberlo tampoco. Te lo estoy contando para que veas que no eres la única en el planeta a la que le ha tocado vivir situaciones difíciles. Dale un respiro. Y date un respiro. Disfruta de tu embarazo y trata de traer al mundo a una niña sana y rodeada de amor. ---El padre Julián se acercó, la bendijo y la abrazó---. Ve, hija, que debo cerrar todo. Sal por la iglesia, que ya deben de haberse ido todos.

María de los Ángeles secó sus lágrimas y se dirigió hacia el templo. Al

salir, se topó de frente con Alma, que seguía allí. Alma la miraba seria y María de los Ángeles no supo qué decir.

---Ahhh, me asustaste. Perdón ---balbuceó María de los Ángeles reponiéndose del sobresalto.

---Disculpame, no quise escuchar, venía a buscar al padre ---mintió rápidamente Alma al verse descubierta.

---Ya me voy, no vine a armar ningún lío. Ya me quedó claro todo anoche --dijo con marcado tono de reproche.

---Me parece bien. Ojalá en algún momento podamos sentarnos y charlar más tranquilas. Vivimos una historia difícil, pero si pensamos en nuestros hijos, lo mejor será comenzar de cero. Por mi parte, yo estoy dispuesta.

---Espero que no tengas la esperanza de convertirme en mi amiga, porque eso nunca va a ocurrir. Me robaste a mi hombre, nunca te lo voy a perdonar.

---Entiendo. Jamás hubiera esperado que vos y yo fuéramos amigas, te aclaro. Simplemente esperaba convivir en paz. Quisiera volver a aclararte que yo no robé nada. No supe de vos hasta después de habernos enamorado, pero si él se fijó en otra, es que las cosas entre ustedes no iban tan bien.

---Salvo que alguien intente meterse en su camino a como dé lugar. Cuando una mujer se enamora, usa todas sus armas. Eso es lo que yo voy a seguir haciendo. En cuanto me saque este bodoque de la barriga, volveré a tener mi cuerpo de infarto. Veremos cuánto puede soportar Pauli sin tocarme.

---La verdad, no dejás de sorprenderme. Llamar bodoque a tu hija, ¡Dios! ¿De qué película de terror saliste vos?

---De la vida normal, de la cruda vida real. Esto es una guerra declarada, y no pienso perder. ---María de los Ángeles hablaba con tranquilidad y con una sonrisa socarrona en el rostro.

---Entiendo. Cualquier cosa sabés cómo y dónde encontrarme.

---Sí, lo sé. Pero de todos modos no te voy a buscar a vos, voy por él --- afirmó, y caminó hacia la salida. Paulo regresaba en ese momento para buscar a Alma. Cuando vio a María de los Ángeles, se asustó. Se encontraron de frente. Miró alternativamente a Alma y a María de los Ángeles. Alma le hizo señas de que estaba bien---. Ya me iba, no te preocupes, no vine a gritar ni a pelear. Vine a ver al padre Julián y me encontré con la bendición. Discúlpame que haya estado en este momento. Ya me voy.

Alma se sorprendió de la capacidad de actuación de esa mujer. Unos minutos antes tenía un gesto seguro y un tono amenazante; cuando hablaba con

Paulo, lo hacía con un tono inseguro y bajo, casi como una víctima.

---María de los Ángeles, si tu actitud fuera otra... Entiendo que debe ser difícil para ti. Pero quiero que sepas que, aunque no te amo como pareja, eres la madre de mi hija, y he compartido contigo muchos años, lo que menos he querido es lastimarte.

---Está bien. En este momento siento que no me alcanza, tal vez pueda aceptarlo en un tiempo. Mejor tener distancia de ustedes para evitar problemas. ---Cuando se disponía a salir, Paulo la tomó del brazo para llamar su atención.

---Entiendo, pero te pido que me tengas al tanto de Blanca.

---Sí, así será. Me voy. ---Ella salió con paso cansino.

---¿Estás bien? ---preguntó preocupado cuando llegó hasta Alma.

---Estoy bien, aunque azorada. Unos segundos antes de que aparecieras, su actitud era otra. Si bien no estuvo agresiva como anoche, fue clara en sus intenciones de separarnos. Cuando te vio, su gesto y su voz cambiaron. Qué tipa compleja, ¿son todos así en su familia? ¿Tiene familia?

---Sí, tiene, pero hace años que casi no se trata con nadie. Su madre es viuda, creo que es la única que puede estar acompañándola. La hermana vive en Barcelona, se casó y tiene hijos, pero hace mucho que se pelearon.

---¿Amigas?

---Pues de las de verdad, no sé. Tal vez alguna de su profesión.

---Es entendible entonces, tiene una personalidad avasallante, seguro no debe aceptar que alguien piense distinto a ella o que la cuestione. Por eso se queda sola.

---Puede ser, es cierto que no soporta las críticas, ese fue siempre un tema de discusión.

---La verdad es que no quisiera estar en sus zapatos, por más que no la quiera, que no me agrada tenerla cerca de nosotros. Me da lástima, sinceramente. Pasar por este momento tan importante de su vida, y sola.

---Un aprendizaje más. Vamos, esposa mía, la familia nos está esperando. --La tomó de la mano, la acercó y pasó la suya por sus hombros. Salieron abrazados, se subieron al automóvil del tío Fernando y marcharon a la casa de campo a festejar.

El 14 de diciembre por la tarde, una semana después, Alma recibió una llamada en la casa de Valentina. Atendió el teléfono y la voz del otro lado le indicó: ---*Buenas tardes, necesito localizar al señor Paulo Girat. Soy la*

madre de María de los Ángeles.

Alma se sorprendió.

---Buenas tardes, señora, soy Alma, la esposa de Paulo. En este momento, él se encuentra en su trabajo. ¿Pasó algo? ¿Puedo ser de ayuda?

---*Está bien, señora. Es para avisarle que mi hija está en labor de parto. Estamos ya en la clínica. Cuando se desocupe, puede venir.*

---¡Dios mío! Ya mismo le aviso, quédese tranquila.

---*Gracias.* ---Cortó.

Alma llamó nerviosa a Paulo. Al tercer intento logró comunicarse. Le dijo lo que había dicho su exsuegra y él le indicó que se preparara, que en unos minutos pasaría a buscarla para ir juntos al hospital. Alma también llamó a Valentina, que había ido a la iglesia. En cuestión de cuarenta minutos, Paulo, Alma y Valentina llegaron a la clínica. Paulo y María de los Ángeles habían acordado que el lugar elegido para el nacimiento sería el Hospital Nisa Pardo de Aravaca. La tecnología del lugar, los profesionales, la atención y el hecho de que tuvieran una UCI (Unidad de Cuidados Intensivos) pediátrica y neonatal fueron los elementos que los hicieron decidirse. Querían asegurarse de que Blanca no corriera ningún peligro. Les indicaron el número de habitación y hacia allí se dirigieron con paso apresurado. Al entrar, notaron la cama vacía, Paulo fue al *office* de enfermeras a solicitar información. María de los Ángeles había sido llevada a sala de partos y su madre había entrado con ella. Paulo comunicó que era el padre de la niña y consultó si él podía presenciar el parto. La enfermera le pidió que esperase mientras averiguaba. Él volvió al pasillo con Alma y Valentina. Buscaron un recodo con butacas para tomar asiento. Los tres estaban tensionados y ninguno hablaba. Alma tomó la mano izquierda de Paulo, que estaba concentrado en mirar el piso.

---Todo va a salir bien, quedate tranquilo. No es una cirugía a corazón abierto, amor, es un parto. Desde la prehistoria las mujeres damos a luz, y muchas, sin asistencia médica.

---Eso espero, pequeña. Espero que Blanca esté bien.

---Hijo, viene la madre de María de los Ángeles por el pasillo ---advirtió Valentina.

Todos se pusieron de pie. La mujer venía con ojos lacrimosos, Paulo sintió que su corazón se salteaba un latido.

---Lucía, ¿algo ha salido mal? ¿Qué ha pasado? ---preguntó con voz temblorosa. Alma observó que la nuez de Adán de Paulo subía y bajaba,

intentaba contener las ganas de llorar.

---Nada ha salido mal, Paulo. Eres padre de una hermosa y saludable niña que pesó tres kilos y medio ---informó a la vez que lo abrazaba. Paulo no salía de su asombro.

---¿Ya ha nacido? Dios mío, ha sido rápido, ¿cómo están las dos? Necesito saber la hora exacta, Lucía. ---Valentina lloraba a la vez que hablaba.

---¿Cómo están? ---preguntó Paulo, que tenía los ojos con lágrimas.

---Bien, bien. Ambas lo están. En unos minutos, las traerán. Estaban terminando de vestir a la niña. ---Lucía y Paulo se soltaron y la señora se abrazó con Valentina. Luego miró a Alma, que pensó que la mujer iba a hacerle un desplante teniendo en cuenta el modo en el que se habían dado las cosas. Sin embargo, la mujer la miró con una sonrisa---. Tú debes ser Alma. Encantada, gracias por avisarle tan rápido.

---Encantada, Lucía. En cuanto corté con usted, lo llamé. Tardamos un poquito por el tránsito, ¿cómo no iba a avisarle? Este es un momento importantísimo.

---Gracias ---dijo la mujer tomando la mano de Alma---, tenle paciencia a mi hija. Es una buena mujer, pero está dolida. Sé que tú entenderás. Esta no es una historia de las comunes.

En ese momento, notaron que doblaba la esquina una camilla. Al acercarse vieron que se trataba de María de los Ángeles, que venía con la niña prendida al pecho. Los enfermeros les pidieron esperar hasta que acomodaran a madre e hija en la habitación privada. Unos minutos después entraron Paulo y Lucía. María de los Ángeles tenía lágrimas en los ojos y una enorme sonrisa en el rostro. La niña había abandonado el pecho y realizaba movimientos descoordinados y bruscos con los bracitos. Cuando Paulo entró, ella le estiró a la niña.

---Esta es tu hija, Blanca. Hija, este es tu padre. ---Lucía tomó a la niña y se la acercó a Paulo, que aún no reaccionaba---. Tómala en brazos. Es tu sangre. ---Paulo los estiró para tomar a la niña, no se sentía seguro de hacerlo, no estaba acostumbrado a alzar a bebés tan pequeños. Lo hizo. La niña pesaba muy poco y estaba con los ojos abiertos. Movía sus manitos y hacía un ruido semejante a un gorjeo. Paulo acercó sus labios a una de sus mejillas y pudo olerla. La niña tenía ese dolor dulce que caracteriza a los bebés. La estrechó contra su pecho y la besó.

---Bienvenida, Blanca, te amo. ---Fue todo lo que pudo articular, el nudo

en la garganta no quería bajar a pesar de tragar con fuerza. Esperó unos segundos hasta reponerse, levantó la vista y habló con tono más seguro---. Voy a mostrársela a mi madre y a mi esposa. ¿Me lo permites? ---solicitó mirando a la madre primeriza. El gesto de esta cambió a uno de reproche; cuando intentó responder, Lucía tomó la palabra en su lugar.

---Por supuesto, Paulito. Ve ---dijo con una sonrisa que no le llegaba a la mirada, y con esa mirada endurecida miró a su propia hija.

Paulo salió con la niña en brazos, Valentina y Alma se acercaron rápidamente. Valentina iba con los suyos abiertos para tomar a la pequeña.

---Dios mío, es tan hermosa, tan pequeña. ---La niña apareció de entre los pliegues de la manta, era morena, con el rostro redondo, ojos claros, de un color indefinido entre el gris y el marrón claro. Sus labios eran muy parecidos a los de la madre y el cabello se veía oscuro y lacio. La niña continuaba realizando sonidos graciosos---. Dámela, hijo, quiero tenerla en brazos. --- Paulo se la pasó a su madre y abrazó a Alma.

---Es hermosa, cielo. Te felicito, tenés una hijita bellísima ---expresó Alma con lágrimas en los ojos. Paulo la abrazó más fuertemente.

---Es bella, sí. De todos modos, debemos hacerle la prueba de ADN para confirmar que sea mía.

---Hijo, es muy bonita, tiene algo de María de los Ángeles, pero también de ti. Yo le veo los ojitos parecidos, bueno, son claros como los tuyos, no es exactamente el mismo color, pero el color suele cambiar con los días, hasta los tres meses.

---Mamá, sé que querrás encontrarle parecidos, pero la ciencia tendrá la última palabra.

---Está bien, tienes razón, hijo. ---Valentina besó las mejillas de Blanca y la pequeña comenzó a buscar con su boca la punta de la nariz de la mujer, intuyendo que se trataba del pezón de su madre---. Creo que alguien tiene hambre ---señaló a la vez que los tres comenzaban a reír---. Mejor la llevas con la única que tiene lo que esta pequeñita está buscando.

---Tienes razón, mamá, dámela. ---Paulo la tomó nuevamente y se movió hacia la habitación. Al mover la puerta, percibió que las mujeres adentro discutían, no alcanzó a escuchar qué decían, pero sí el tono de enojo que ambas usaban.

---Adelante, Paulo, pasa ---invitó Lucía haciendo una sonrisa amplia, como queriendo disimular. El gesto airado de María de los Ángeles era

inconfundible, habían discutido y trataba de relajar el ceño que tenía fruncido.

---Aquí les traigo a esta comilona, está con hambre. ---La entregó a Lucía, y esta, a su vez, la llevó a la cama con su hija. María de los Ángeles se preparaba para alimentarla y Paulo decidió salir.

---Quédate, Pauli. No verás nada que ya no hayas visto ---deslizó María de los Ángeles, provocándolo.

---Me retiro para que os pongáis cómodas. Regresaré más tarde ---dijo, algo incómodo por la insinuación de María de los Ángeles. Salió de la habitación y las dos mujeres que lo esperaban fueron a su encuentro. Se dieron un abrazo grupal, Paulo las contenía a ambas en su pecho. Se dirigieron al bar, que se encontraba en un subsuelo, y tomaron un refrigerio.

---El examen de ADN, hijo, ¿se realizará aquí? ---preguntó Valentina intrigada.

---Pues verás, mamá. He decidido hacer dos. Uno lo haré por mi cuenta, sin avisarle a María de los Ángeles, el otro se realizará aquí.

---¿Por qué decidiste eso, cielo? No me habías dicho nada.

---Es que acabo de pensarlo, es algo que se me acaba de ocurrir. Lo hablaré con mi abogado para que se haga de manera legal, pero quiero sacarme las dudas por otro lado. Cuando hablamos de este tema con María de los Ángeles, hemos acordado con su doctora que se haga aquí, antes del alta de ambas. Pero siento algo extraño, siento dudas. Y siempre que me siento así algo hay... Déjenme llamar a Roberto, mi abogado. ---Paulo sacó su móvil y marcó---. Hola, Rober, sí. ¿Cómo has estado? Pues enhorabuena, chaval. Me alegro mucho por ti. ¿Y para cuándo sería? Genial, buena época. Sí. Bien, todo tranquilo, escucha, quería hacerte una pregunta. Acaba de nacer la hija de María de los Ángeles. Gracias, sí, pero aún no sé si es realmente mi hija. De eso justamente quería hablarte. Quiero hacer un ADN por mi cuenta, ¿qué posibilidades hay de que lo hagamos lo antes posible y que sea legal? ---Hizo un silencio mientras escuchaba las instrucciones que daba el abogado---. Bien, ¿podrías arreglar todo para hacerlo mañana mismo? ---Nuevo silencio---. Perfecto. Te lo agradezco mucho, sé que no será fácil hacer todo esto con tan poco tiempo, pero es esencial para mí. Bien. Gracias. Sí. Están aquí a mi lado, ambas, les envío tu cariño. Un abrazo. ---Cortó la comunicación y las miró, estaban expectantes. Les hizo llegar el saludo y ellas dieron las gracias casi al unísono.

---Mami, Rober se ha comprometido y se casará en la primavera próxima.

---Ay, hijo, qué buena noticia me has dado. ---Valentina se giró hacia Alma para explicarle---. Roberto es un joven muy querido, amigo de Paulito de la escuela. Estudiaron juntos, él se recibió de abogado. Hizo un estudio que por estos días tiene mucho renombre. Nosotros fuimos de los primeros clientes. Es un excelente profesional.

---Ah, entiendo ---dijo Alma.

---Ya era hora de que ese chaval sentara cabeza. ¿Cuánto hace que sale con Victoria?

---Creo que casi diez años, apenas se recibió se pusieron de novios ---acotó Paulo.

---Pues bien he dicho, ya era hora, esa muchacha sí que ha tenido paciencia, como una Penélope. ---Los tres rieron.

---Bien, me dice que puede organizar todo para mañana. Vendremos a ver a la niña, la sacaré como hoy para que ustedes la vean. Aquí afuera estarán esperándome ustedes, Rober, un técnico de un laboratorio de su confianza y un notario que dará fe por escrito de que todo se haya realizado según los estándares de seguridad que se necesitan.

---Bien, espero que todo esto aleje tus dudas, hijo.

---Yo también.

---¿La van a pinchar? ---dijo Alma algo preocupada.

---No, pequeña. No es necesario. El técnico podrá sacarle una muestra de saliva a la niña y otra a mí, para hacer las comparaciones genéticas. Los resultados estarán en una semana.

---Ah ---respiró con alivio.

Al otro día, todo se llevó a cabo del modo en que Paulo lo había comentado. María de los Ángeles y su madre no salieron de la habitación, así que no sospecharon nada raro. Esa tarde iban a darle el alta, así que el personal de la clínica realizó la extracción de sangre de la niña y de Paulo para efectuar el otro análisis de ADN. Ambos resultados, el del análisis de Paulo y el de la clínica, estarían listos para el mismo día.

Durante la semana, Paulo fue al departamento de María de los Ángeles casi todos los días, pasaba una o dos horas después de su trabajo en la redacción del diario. Quería ver a la pequeña. La niña era tranquila, dormía, comía y sonreía. Aún no fijaba la vista en nadie, pero el sonido de algunas voces la hacía sonreír. Esa pequeñita estaba ganándose el corazón de Paulo lentamente. Aunque él intentara mantener una postura distante, no quería

ilusionarse con que fuera su hija y que los resultados dijeran lo contrario. Lucía se había mudado con su hija para ayudarla en los primeros tiempos. Se la veía demacrada, con signos notables de cansancio. Por el contrario, María de los Ángeles se veía rozagante, saludable. De a poco iba recuperando el cuerpo llamativo y redondeado que había tenido siempre.

---Lucía, la veo muy cansada, ¿necesita ayuda? Mi madre podría venir a ayudarla, solo que no ha querido invadirlas.

---Gracias, Paulo. Es que ya estoy algo mayor para cuidar a niños tan críos. No me malinterpretes, amo a mi nieta, pero es una niña muy demandante, como su madre.

---¿Pero usted se encarga de la niña? ¿Y María de los Ángeles no ayuda?

---Es que mi hija debe volver al trabajo en poco tiempo, necesita volver a estar en su estado físico y debe descansar bien. Así que yo hago casi todo. Además ella no sabe de biberones ni cambios de pañales.

---Bueno, para eso tuvo los meses del embarazo, para aprender. Digo, yo estoy haciéndolo para recibir a Blanca en mi casa y a León cuando decida salir.

Lucía hizo un gesto de ternura, le acarició la mejilla.

---Mi hija ha elegido a un buen padre para Blanca.

La frase de Lucía hizo ruido en la mente de Paulo. «Ha elegido». El uso de ese verbo le despertó una alarma. María de los Ángeles había quedado embarazada en un accidente, ¿cómo podría haberlo «elegido»? Paulo percibía que en toda esta historia había algo oculto.

El día de la entrega de los resultados Paulo fue al bufete de Roberto. Él tenía los estudios en un sobre. Se lo extendió, estaba cerrado. Paulo rompió la solapa y sacó los papeles. Sus manos temblaban. Leyó con avidez y su vista se congeló en la última frase: «El donante queda excluido». Lo extendió a Roberto, nervioso.

---¿Qué coño significa esto? ---dijo mientras Roberto leía el resultado. El abogado levantó la vista, serio.

---Que no eres el padre ---sentenció, lapidario.

---Hija de puta, hija de puta y de un camión de putas. Me hizo creer todo este tiempo que era la mujer fiel, que yo la dejé por Alma, y resulta que se acostaba con otro, ¡y me quiso endilgar a mí su hija! ---La furia se notaba en sus ojos. Roberto se preocupó, nunca había visto tan enfurecido a su amigo---. Pobre niña, pobre Blanca, le ha tocado una madre de mierda, que solo la trajo

al mundo para usarla. ---Se quedó pensativo---. Me voy. Gracias, Rober. Sabía que podía confiar en ti. Este resultado es legal, ¿no es así?

---Por supuesto. Pagamos un estudio oficial, que da fe de la cadena de custodia del material genético que se estudió; además, estuvo presente el notario. Esto es absolutamente legal.

---En el resultado de la clínica no hubo esos cuidados, imagino. Se pagó como «Estudio No Oficial», al menos eso decían las planillas que tuve que firmar.

---En ese caso, no lo son. Son estudios para las familias que no tienen intenciones de realizar acciones legales.

---Bien. En el caso en que me indiquen un resultado distinto a este, ¿podríamos iniciar acciones legales?

---Pues me dejas averiguar. No es un tema que maneje. Dame hasta mañana para darte esa respuesta. Imagino que sí, porque estarían falseando la verdad.

---Bien. Gracias de nuevo, Rober. Nunca he estado más conforme con el dinero que le pago a tu bufete. Me has salvado de una grande. ---Se dieron un abrazo y los dos besos acostumbrados. Paulo salió como enloquecido.

Capítulo 19

Paulo tocaba, como enloquecido, el timbre del departamento de María de los Ángeles. Lucía se asustó. Abrió con gesto de temor.

---¿Qué sucede, Paulo? Me has asustado.

---¿Está su hija? ---respondió cortante.

Lucía frunció el entrecejo. Paulo nunca había sido descortés con ella y lo notaba muy tenso.

---Sí, estaba terminando de vestirse, recién se bañó. La niña está en la cuna si quieres ir a verla.

---No. ---El tono rotundo de Paulo la alertó, algo había pasado.

Tal vez ese hombre había descubierto la verdad. Con María de los Ángeles habían discutido todo ese tema incansables veces. Desde el momento en que le confesó que Blanca no era hija de Paulo, sino de un hombre de quien ni siquiera recordaba el nombre, su vida se había vuelto un infierno. «Yo no he criado a esta mujer inmoral, fría y calculadora que vive en esa casa. Edgardo y yo dimos todo por nuestras hijas, por enseñarles las cuestiones morales y éticas. María de los Ángeles ha perdido el camino». Paulo la seguía mirando con los ojos desorbitados. María de los Ángeles escuchó la voz de Paulo y salió. Se había puesto ropa insinuante, muy ajustada. Había casi recuperado su cuerpo normal. El cabello empapado caía sobre los hombros y había mojado la tela de la remera que cubría los pechos. Al no tener puesto *soutien*, la tela mojada transparentaba sus pezones.

---Hola, amor, escuché tu voz y me vestí rápido para venir a recibirte.

---Lucía, le voy a pedir que nos deje a solas. ---La voz de Paulo era baja, cavernosa.

María de los Ángeles confundió el tono de furia con el de excitación, sonrió pensando que por fin iba a tomarla de nuevo. Lucía se retiró sin decir palabra. María comenzó a caminar contorneándose, sensual, y se acercó a él. Paulo la miró con desprecio y eso la hizo detenerse en seco.

---¿Qué te pasa, Pauli? ¿Viniste a follarme y te sientes culpable? ---Dio un

paso más y levantó la mano con intención de acariciarle el rostro. Paulo la detuvo de un movimiento brusco.

---Hace meses que no te follo, y la verdad es que no lo extraño para nada. Alma me da todo lo que quiero y necesito pero, sobre todo, me da paz, esa es la verdad. Eres la peor mujer de este planeta y, si pudiera, me cortaría la polla por haberla puesto dentro de ti. --- La actitud de Paulo, el tono y lo que dijo asustaron a María de los Ángeles, que dio un paso atrás de manera instintiva.

---¿Qué dices? ¿Cómo puedes hablarme así? A mí, que soy la madre de tu hija. ---Esa frase pareció soltar la fiera que estaba encerrada en Paulo.

---¿Mi hija? ¿Mi hija? ¿Estás segura de eso?

El gesto de sorpresa de María de los Ángeles fue elocuente.

Mentalmente hizo la lista de cosas de debió pagar y hacer para que los resultados de la clínica mostraran esa mentira. Irían a buscarlo esa tarde. «¿Cómo es posible que Paulo sospeche algo?». Ella había ido aquella noche en que Paulo le habló por Skype, la noche en que cortó la relación, al bar de intercambio de parejas al que acostumbraban ir los dos. Ellos disfrutaban de su libre sexualidad. La idea era participar de tríos. Pero la regla de oro de esas escapadas era que debían estar los dos presentes y ninguno besaba a otra persona. El beso se guardaba para la pareja estable, porque significaba un grado de intimidad mayor. Aquella noche, ella entró sola al sector de reservados, era su revancha por lo que Paulo acababa de decirle; y buscó un box donde esperaran a una mujer. Se asomó, vio a dos hombres que se besaban, consultó si el cartel estaba correcto; sí, esperaban una mujer. Ella decidió participar. Al entrar, los hombres le hicieron un lugar en la cama y comenzaron a acariciarla y besarla. María necesitaba sentirse amada, deseada. Se entregó a los dos hombres y alguno de ellos falló en su método anticonceptivo. Cuando dos semanas después descubrió que estaba embarazada, vio la oportunidad de recuperar a Paulo. Aquella noche no había cruzado a conocidos, o al menos eso creía, nadie sabía que había ido. Paulo podía hacerse cargo, solo había que convencerlo. Su visita posterior a Madrid, al departamento, no había salido como ella lo había planeado, él no la había tocado. Entonces surgió la idea. Podría hacerles creer que había concebido antes del viaje de abril, solo que ella no se había dado cuenta. Pagó a las doctoras, para que cambiaran las fechas probables de parto, había pagado también para cambiar el resultado de ADN, la suerte había querido que su hija naciera dentro del rango de fechas posibles. ¿Qué podía sospechar

Paulo? «Mi madre no pudo haberme traicionado».

---¿De qué me estás hablando, Paulo? Claro que es tu hija, no soy una puta, la única puta en tu vida es esa argentina que tuvo un hijo antes que vos y al que mató ella misma ---dijo ella con desprecio. Paulo no se contuvo y se acercó de un solo movimiento, la tomó por el cuello, la acercó al sofá que estaba detrás y la tiró, se posicionó encima de ella, amenazante, y volvió a tomarle el cuello, apretándolo.

---No vuelvas a insultar a MI MUJER. Deberías tener más cuidado antes de hablar de ella. Esa mujer perdió un hijo con muchísimo dolor, y recién ahora se está curando de esa herida. Tú eres un pedazo de mierda que evidentemente nunca conocí. ¿Cómo has podido hacerme sentir tan mal todo este tiempo si tú misma me estabas poniendo los cuernos con alguien? Eres la peor basura. ---Ella lo interrumpió con un sonido raro, él apretaba el cuello y no la dejaba respirar. Soltó el apriete y ella volvió a respirar, con dificultad. Paulo se levantó y quedó de pie al lado del sofá---. Y mira que no te reclamo la acción de serme infiel, sino la de querer endilgarme una hija que no es mía.

---¡Yo no te engañé, Paulo! ¡No sé quién te ha dado ese dato, pero es mentira!

---Ese dato me lo dio tu hija. ---Los ojos desorbitados de María de los Ángeles se posicionaron sobre él, sorprendida---. Las marcas genéticas en la sangre de Blanca no se corresponden con la mía. Hice hacer un examen oficial de ADN porque sospechaba lo que comprobé. Que no es mía.

María de los Ángeles mostraba su desesperación y sorpresa.

---¡Eso es imposible! Yo no he estado con nadie más, es tu hija. Hoy por la tarde nos darán el otro resultado, veamos qué es lo que dice. Yo creo que el lugar donde tú lo hiciste no es demasiado confiable, o les habrás pagado para que digan una mentira ---dijo ella desesperada, masajeándose el cuello, como queriendo hacer pasar las bocanadas de aire que un momento atrás no entraban.

---Eres el ser más despreciable que he conocido. Aún no puedo creer que seas la misma mujer con la que pensé irme a vivir.

---Paulo...

---Supongo que eres tú la que ha pagado ese resultado falso, estoy seguro de que ese resultado que debemos retirar por la tarde dirá «Positivo con un porcentaje de seguridad del noventa y nueve coma noventa y nueve por ciento». ¿No es así? ---María de los Ángeles se quedó en silencio, mirándolo

sin poder articular palabra---. Ya mi abogado está haciendo los trámites necesarios. Voy a denunciarte a ti y a los doctores que firmen cualquiera de los estudios que indiquen que Blanca es mi hija. Me importa una mierda quién es el padre, ni siquiera me importa que me hayas puesto los cuernos, me importa que en todo este tiempo me has hecho sentir el peor hijo de puta del planeta por amar a otra mujer, cuando tú reúnes en ti todas las peores actitudes que puede tener un ser humano.

---Pero...

---Te callas ---ordenó él, y el tono usado no dejó lugar a dudas---. He estado cerca acompañándote desde que me hiciste saber del embarazo, he participado en todo a pesar de tus palabras hirientes, de tus acusaciones. Me has complicado realmente la vida matrimonial con tus estupideces. Has jugado con mis sentimientos y con los de todos. Yo ya amaba a Blanca, al igual que mi madre, mi esposa y todos los que de mi lado te han conocido. He hecho oídos sordos a los cuentos que venían a decirme de ti, de los lugares a los que ambos sabemos que te gusta ir, donde mucha gente te ha visto en el tiempo en que estuvimos separados. Creí en ti, en tu palabra, pese a todo. Eres la peor hija de puta del mundo, y además debo escucharte seguir mintiendo hasta el último minuto. Ni acorralada dices la verdad.

---No te voy a permitir que me insultes, ante todo soy una mujer y me debes respeto.

---¿Y el respeto debo dártelo simplemente por tu género? ¿Acaso no debieras ganarte mi respeto? Agradece que no te muelo a golpes, en concesión a que eres mujer.

---Eres detestable. Tú me pusiste los cuernos a mí y resulta que yo debía quedarme llorando y haciendo duelo en mi apartamento. ¿Lo propio era quedarme haciendo ganchillo y llorando, como una Penélope? ---dijo ella con desprecio en su voz.

---Nadie te pidió que lo hicieras, eras libre de hacer lo que querías. Y nuevamente te aclaro que yo no te puse los cuernos, mi historia con Alma comenzó después de nuestra charla por Skype.

---Ya estabas deseando meterle tu polla en su maldito coño cuando hablaste conmigo, así que es como si lo hubieras hecho. Técnicamente, pensarlo y desearlo es igual de grave que hacerlo.

---Si quieres pensarlo de ese modo, allá tú. Yo tengo mi conciencia tranquila. Pero que le niegues la identidad a tu hija, que me endilgues a mí una

hija que no es mía... nada te da derecho a hacer esto.

---Vamos a ver, cuando vayamos al juicio de filiación, si dices lo mismo. Tu análisis contra el mío.

---He hecho el análisis en un lugar que está reconocido por la ley, he pagado la prueba que se podrá utilizar en un juicio, he llevado a un notario que dará fe no solo de la toma de saliva de tu hija y de mí, sino de todo el procedimiento. En estas llevo las de ganar, consulta con tu abogado. Verás que tus maniobras dependen de la buena voluntad y del miedo de muchas personas que deberían mentir por ti. ¿Acaso has pedido en la clínica el análisis oficial que tiene validez legal en juicios? ---El gesto de asombro de María de los Ángeles y su silencio fueron elocuentes---. Como me lo imaginaba. No lo has pensado, y por eso mismo te ha sido fácil lograr que te lo firmen por unos billetes. No tiene validez legal. Se te ha cagado el plan, te has cepillado a un chaval y te ha dejado con regalo, y pensaste que yo me haría cargo. Venga, que me has tomado por estúpido, por un crío al que se le puede manipular. Pues... verás que no es así, y lo peor es que has perdido la oportunidad de darle a tu hija una familia decente.

---¡Y una mierda! No te voy a permitir que me trates como a una puta. Eres un capullo egoísta que no entiende nada.

---Tú ya no tienes derecho a pedir ni a exigir nada conmigo ni con mi familia. No vuelvas a acercarte a ninguno. En consideración a esa bella niña que es Blanca, no accionaré judicialmente contra ti, tu familia ni tus médicos, pero ten por seguro que lo haré si vuelvo a saber de ti o si te acercas a mí, a mi mujer, a mi madre o a cualquiera de mi familia. Y te juro, María de los Ángeles, que no voy a tener compasión. ---Paulo se giró para irse y María de los Ángeles le tomó un brazo.

---Por favor, no me dejes, no puedo sola. ¿Qué voy a hacer con Blanca? --- La desesperación, el ruego, se notaban en su voz.

---Para comenzar, deberás ir a buscar al verdadero padre, darle la noticia y esperar que el tipo acepte reconocerla. Blanca merece todo el amor del mundo, estoy seguro de que si es una persona de bien lo hará. Trata de redimirte tú con ella, trata de ser la mejor madre que puedas. Tienes la suerte de tener a tu madre contigo y puedes tener a tu hermana y su familia. Deja tu orgullo a un lado, pide ayuda. A mí me has perdido para siempre.

---Pero... ---Los ojos de María de los Ángeles estaban llenos de lágrimas-- -. No sé quién es, es que... ---Paulo adivinó lo que ella trataba de decir.

---Eres una adulta. Si te ligaste a un tío cualquiera, si tuviste sexo con un desconocido, sabías a qué te enfrentabas. Hazte responsable. La niña no tiene la culpa de que la hayas concebido ni que la trajeras al mundo para mantener una mentira. Espero no volver a cruzarte en mi vida. ---Paulo se soltó de un movimiento seco, brusco, que demostraba el asco que esa mujer le generaba. Se puso a caminar hacia la puerta y escuchó los sollozos de esa mujer con la que había compartido una parte importante de su vida. No sintió lástima ni empatía, solo asco. Al llegar a la puerta de salida, de un costado le salió al encuentro Lucía, con la niña en los brazos.

---Lamento todo lo que mi hija te ha hecho, Paulo. Yo lo supe, pero es mi hija... no podía traicionarla. Pero te juro que traté de hacerla cambiar de opinión, hemos discutido mucho por este tema.

---Lucía, sé qué clase de mujer es usted, sé que no podría haberla ayudado en armar todo este teatro. Lamento que las cosas terminen de este modo. Usted es una gran mujer a la que respeto mucho, pero su hija... no quiero ser grosero. ---Paulo bajó la vista, indignado, y observó a Blanca envuelta en una manta color turquesa pálido. La niña dormía plácidamente e irradiaba paz. Paulo acercó sus labios a la mejilla rosada de la pequeña y la besó con suavidad. La niña tuvo un sobresalto y siguió durmiendo. María de los Ángeles lloraba en el sofá, boca abajo, con gritos de niña caprichosa, ajena a lo que su madre y Paulo hablaban---. Blanca no es mi responsabilidad legal, pero tanto yo como mi familia hemos establecido un lazo afectivo con ella. Lo que usted necesite para ella, puede contar conmigo. Yo la voy a ayudar, pero esto es entre usted y yo. Su hija no debe saberlo. Creo que lo mejor para las tres será mudarse a Barcelona con Judith. ---Paulo mencionó el nombre de la hermana de María de los Ángeles con un tono bajo, para evitar ser escuchado por ella, sabía que la relación de las hermanas no era buena---. Ahora que ella está tan frágil, es buen momento para decirle de irse. Judith sabe cómo manejarla y sabe cómo ponerla en camino. Usted sola no podrá. Y necesitarán ayuda extra con la niña.

---Gracias, Paulo. Aprecio mucho tu ofrecimiento de ayuda, quedará entre nosotros y solo te molestaré en caso de extrema emergencia. Lo de Judy ya lo había pensado, creo que sería lo mejor.

---Le pido que cada tanto me envíe fotos de la niña para ir viendo cómo crece.

---Cuenta con eso, Paulo. Y nuevamente perdón por todo lo que mi hija te ha hecho padecer. Parece que mi difunto esposo y yo no hemos hecho las cosas

bien con ella.

---No se sienta de ese modo. Usted es buena gente e hizo lo que creyó mejor para ella. Ahora tiene la oportunidad de arreglar las cosas.

---Intentaré hacerlo.

---Tenga ---dijo él a la vez que le entregaba un manojito de llaves, que eran las de entrada al edificio y al departamento de María de los Ángeles---. Ya no hay razones para que siga teniendo esto en mi poder.

---Gracias. ---Lucía besó las dos mejillas de Paulo y se giró dispuesta a ir a consolar a su hija.

Paulo salió del departamento y del edificio sintiendo que se había quitado un peso de encima. Había descargado toda su furia y frustración, y se sentía más liviano. Por un lado, se había sentido traicionado, burlado, tomado por tonto. Eso lo enojaba muchísimo. Pero por otro lado, se había encariñado con Blanca, y saberla hija de otro hombre le había dolido, muy profundamente, en el pecho. La frustración y el enojo se sumaban a la tristeza. Había descargado todo en palabras, sentía que podía ir a su casa y compartir estas noticias con sus mujeres. Mientras manejaba, usó el sistema sin manos de su móvil para hablar con el abogado y explicarle cómo se habían dado las cosas. Le indicó que dejara todo preparado para iniciar las demandas judiciales en caso de que María de los Ángeles volviera a la carga. Le indicó que se acercara a la clínica donde había nacido Blanca a retirar el resultado falso, que lo hiciera identificándose como el representante legal de Paulo. Ese resultado era también una prueba.

Alma y Valentina quedaron sorprendidas, no podían creer toda la trama que había orquestado aquella mujer. Blanca no era hija de Paulo y era una noticia movilizadora. Valentina se fue a su cuarto, necesitaba digerir la situación, estaba enojada y deprimida al mismo tiempo. Se sentía usada por María de los Ángeles, esa muchachita la iba a oír. En algún momento, iría a decirle todo lo que pensaba.

Alma no hablaba, estaba en silencio, pensando ensimismada.

---Pequeña, me preocupas, no has dicho una palabra.

---Es que no salgo de mi asombro. Debo ser honesta y confesarte que me da mucho alivio. Pero estoy más sorprendida que otra cosa. No puedo creer que una mujer siga usando la excusa de un hijo para intentar retener a un hombre, y lo que menos puedo creer es que quiera endilgarle el hijo de otro. Es terrible.

---Comparto plenamente contigo, pequeña.

---Encima hay que tener sangre fría, porque habló y se llenó la boca con que ella era la víctima de esta situación, jugó con nuestra sensación de culpa. Y armar todo el circo del nacimiento, del análisis de sangre... Increíble.

---Alma ---la llamó y lo hizo mirarlo, y se sentó a su lado---, ahora solo debemos ocuparnos de nuestro hijo. Eso es lo único que importa.

---Pero ¿y si vuelve a acercarse? ¿Si intenta algo nuevo?

---Ya he preparado los pasos a seguir si ese es el caso. Roberto tiene todos los resultados de ADN y va a gestionar un escrito donde testifico cómo sucedieron las cosas. María de los Ángeles y su madre saben que esto es así, y si se acercara, yo inicio las acciones judiciales.

---Dios mío, cielo. Pobre niña, ¿qué culpa tiene ella?, ¿qué va a hacer con ella ahora?

---Lucía estará a cargo, no dudo de que ella sabrá qué hacer. De todos modos, le he dicho que cuenta con mi ayuda económica y física para todo lo que tenga que ver con Blanca. Debo pedirte disculpas, pequeña, se lo he dicho sin consultarlo contigo.

---No hay nada que disculpar. Si no hubieras ofrecido tu ayuda con la niña, no te hubiera reconocido. Sé cómo sos, y sos buena gente. Sé que no podrías dejar a Blanquita a la deriva.

Paulo la abrazó fuerte, con una sonrisa dibujada en los labios.

---Eres tan hermosa, pequeña. Pero hermosa, hermosa. Por dentro y por fuera. No esperaba menos de ti.

---Ni yo de vos ---dijo ella a su vez, abrazándolo.

---Bien, ahora ocupémonos de las cosas importantes que se nos vienen encima. Debemos pensar qué regalos comprar para Navidad y, sobre todo, para Reyes. ---Y ambos echaron a reír.

Las fiestas pasaron con rutinas que, para Alma, eran desconocidas. Por primera vez en la vida, pasaba una Navidad con frío y entendía la razón de ser de las comidas características de esas épocas. Eran típicas para esos lugares donde el frío helaba todo. Frutos secos, pan dulce, ponche, bebidas espirituosas, comidas hipercalóricas.

Desde noviembre ya la ciudad mostraba signos de la proximidad de las fiestas navideñas, los centros comerciales, los escaparates y las calles de la ciudad lucieron luces y todo tipo de adornos navideños. Los comercios se llenaron de juguetes y demás regalos. Alma quiso recorrer todos los

mercadillos navideños; el de la Plaza Mayor, que es el más conocido, fue el que más la impactó. La época navideña era de mucha alegría para Alma y su familia, ella quería ingresar en las tradiciones de la familia de Paulo y ser partícipe. Compró toda clase de adornos para el árbol de Navidad y para el pesebre de Belén (que los madrileños solo llaman «el Belén»). Se lamentaba de no tener un horno para vitrofusión en el departamento, le hubiera gustado realizar sus propias piezas de vidrio para obsequiar a Valentina y al resto de la familia.

Valentina la llevó a hacer la ruta de los Belenes, que no era otra cosa que el recorrido, por toda la ciudad, de cada pesebre que se encontraba expuesto en comercios y en la calle misma. Alma le contó a Paulo lo agotada que se sentía, pero que estaba feliz de haber conocido esos atractivos. Los tres que más le gustaron a Alma fueron el que estaba en el Palacio Real, era el Belén del Príncipe, uno los tesoros mejor guardados y menos conocidos de Palacio. Con figuras de trazo napolitano, se mostraba una variedad de riqueza en sus vestiduras y en las ingeniosas coreografías. Luego, el de la Comunidad de Madrid, un gran belén de 150 metros del que disfrutó en la Real Casa de Correos, en la Puerta del Sol. El último era el del Centro del Palacio de Cibeles, sede del Ayuntamiento.

Luego de la caminata, Paulo se les unió para compartir con ellas otra tradición madrileña: chocolate calentito y churros en la chocolatería San Ginés. Se trata de una chocolatería muy antigua, fundada en 1894, situada entre la Puerta del Sol y la Plaza Mayor, y cerca de la plaza de Isabel II, en el pasadizo de San Ginés.

---Además de hacer el mejor chocolate y los mejores churros de todo Madrid, la peculiaridad de este lugar es que tiene un horario muy amplio, y en estas épocas especiales se puede tomar el chocolate hasta altas horas de la madrugada ---explicaba Paulo mientras sorbía el espeso brebaje humeante. Las mejillas de los tres se colorearon luego de unos sorbos y pudieron contrarrestar el frío.

Alma se ofreció a ayudar en la elaboración de la cena navideña. La familia había decidido cenar la Nochebuena en casa de Valentina; el almuerzo de Navidad se realizaría en el campo del tío Fernando, en las afueras de Madrid. Según le fue explicando Valentina, la cena navideña se caracterizaba por ser muy abundante. Estuvieron evaluando qué entrantes, plato principal y postre elaborarían. Para la mesa dulce navideña estaba encargada Raquel, era

especialista en hacer y presentar una gran variedad de dulces, entre ellos, turrones y mazapanes.

Finalmente se decidieron como entrada por las gambas y los langostinos. El plato principal fue cordero a la menta con vegetales especiados. El postre elegido consistió en un brazo gitano (una variedad de bizcochuelo muy delgado que se enrolla luego de untarlo con crema de chocolate y frutos secos, y se cubre con crema de chocolate, simulando un tronco o brazo oscuro).

La noche pasó entre historias y risas. Toda la familia de Paulo asistió a la misa y luego fueron a cenar. La comida fue elogiada por todos los comensales. Luego de las doce, se dieron los regalos. Alma y Paulo habían comprado detalles para cada uno de la familia, y regalos más importantes para los más pequeños (que eran solo dos, hijos de uno de los primos de Paulo: una niña de 7 años y un niño de 10). Paulo le entregó a Alma una pulsera de plata con eslabones grandes, y de la cadena colgaban cinco dijes, tres con formas de letras: P, A y L; el cuarto dije era una corona y el quinto, un corazón.

---Es para que lleves contigo siempre nuestra historia: Paulo, Alma y León.

---¿Y los otros dos? ---preguntó Alma sonriendo. Había estirado el brazo y Paulo colocaba la pulsera. Él tocó cada inicial al momento de mencionar los nombres. Cuando ella hizo la pregunta, levantó la vista, tomó la corona y respondió.

---La corona es porque eres la reina, y no debo aclarar dónde es tu reinado.

---En tu corazón ---terminó ella sonriendo abiertamente---, te amo.

---Estoy seguro de que mi primo Germán me llamaría «pollerudo», como decís vosotros, los argentinos. Pero me pareció un regalo muy simbólico.

---Me encantó, cielo. Adoro esta pulsera, va a ir conmigo a todas partes, te lo prometo. ---Alma se giró y le entregó su regalo. Se trataba de un morral de cuero con compartimento para trasladar la *netbook* de Paulo y otro para llevar todas las libretas, lapiceras y demás cosas que él siempre usaba---. El mío no es tan simbólico, es más bien «práctico» ---señaló sonriendo.

---Me flipa, pequeña. Es algo súper práctico. Mañana mismo lo preparo y lo comienzo a usar.

---Espero que no sea mañana, es Navidad y ojalá no te hagan trabajar.

---Tienes razón, pequeña. Lo usaré luego. ---Se acercó y le dio un beso profundo y un abrazo.

Ambos le entregaron a Valentina el obsequio que le habían preparado: un *tour* para que conociera el Vaticano. El padre Julián se encargaría de acompañarla. Una feligresa de la parroquia había organizado el recorrido y le había pedido al padre Julián que oficiara de guía turístico. Valentina se los había comentado en una cena y, si bien le había parecido interesante la propuesta, no quería dejar a Paulo ni a Alma solos tan cerca del parto.

---Mis niños, ¿estáis locos? Por Dios santo y la Virgen María... ---Leía el *boucher* y volvía a asombrarse---. ¿Cómo supieron?

---Es que nos lo contaste hace más de una semana. Y pues, lo hemos hablado con Alma. ---La aludida hizo gesto positivo---. Y decidimos comprarlo para ti. Eres una gran madre y mereces unas vacaciones.

---Sobre todo porque en un corto plazo vamos a necesitar tu ayuda como abuela ---aclaró Alma con una sonrisa---, y queremos que estés fuerte y feliz --agregó a la vez que la abrazaba---. Gracias por todo, gracias por tu ayuda cotidiana. Sos una gran madre, como dijo tu hijo, y una gran suegra. Te quiero mucho, Valen.

---Ayyy, niña ---dijo Valentina soltando el abrazo y mirándola a los ojos. Ella estaba muy emocionada y Alma comenzó a lagrimear---. Me has emocionado. Eres la mujer que esperaba para mi hijo, ¿cómo no quererte? ¿Cómo no cuidaros si sois lo único que tengo y amo? Gracias. ---Abrazó luego a Paulo y le acarició la mejilla.

---Bueno, mis mujeres, no os pongáis melancólicas, que es noche de fiesta. Mamá, debes prepararte para el viaje. Parten rumbo a Roma al día siguiente de que Alma y yo viajamos de regreso a Argentina.

---Bien ---analizó en voz alta---, eso me mantendrá ocupada hasta que regresen. ¡Qué feliz estoy, mis tesoros!

La noche del 31 de diciembre, la Nochevieja, como se la suele llamar en España, la cena fue en casa de Víctor y Raquel. Fue igual de abundante que en Nochebuena. Raquel y su madre cocinaron una entrada de pinchos con langostinos, y el plato principal fue un cochinillo asado con salsa de vino blanco y limón. El postre fue una selección de masas con distintos sabores y recubrimientos. Luego de la cena, todos salieron al parque a esperar los fuegos artificiales y las típicas doce campanadas. Se habían preparado potes con las tradicionales doce uvas de la suerte para cada uno. Cuando empezaron a sonar las campanas, con cada sonido se comieron una uva para augurar un nuevo año con suerte. Alma y Paulo se besaron con intensidad y emoción.

Capítulo 20

Los primeros días de enero habían viajado de nuevo a Argentina. Alma debía ir en avión antes de cumplir los siete meses de embarazo, que era el límite que ponían casi todas las aerolíneas para el traslado de embarazadas.

Se acomodaron nuevamente en la casita de Alma y se dedicaron a armar la habitación extra destinada a León. Toda la familia de Alma estaba revolucionada con la vuelta de ellos, lo grande que estaba la panza y la inminencia de la llegada del bebé. El embarazo seguía su curso sin complicaciones, León realizaba movimientos continuamente, lo que dejaba tranquilos a sus padres. Antes de partir de España, Lucía se había comunicado con Paulo para comentarle que había logrado convencer a María de los Ángeles para viajar e instalarse en Barcelona. Judith ya había conseguido alquilarles un departamento cerca del suyo. Del padre de la niña María de los Ángeles aún no había querido hablar. Valentina, por su parte, ya estaba instalada en Roma con un contingente de personas amigas de la parroquia y el padre Julián. Paulo estaba tranquilo de que nada le pasaría, Julián velaría por ella.

El reencuentro con Amanda y Patricia se produjo el mismo día en que llegaron al país. Las dos amigas habían ido a recibirlos al Aeropuerto Internacional de Ezeiza. Martín había conducido, Paulo iba adelante sentado a su lado, mientras las tres mujeres iban detrás, gritando y hablando todas al mismo tiempo. León era el tema principal y, luego de que Alma les describiera Madrid, el tema se cambió a sus costumbres y a sus comidas. Iba mostrándoles fotos de su celular a medida que explicaba.

---Este es el departamento de Valentina... Ay, chicas, es hermoso y regrande.

---¡Qué copado, Almi! ---exclamó Patricia.

---Una belleza, y muy amplio y luminoso, se nota en la foto ---agregó Amanda; se la notaba menos expresiva de lo normal, como apagada.

---Sí, tal cual. Es amplio, luminoso. Un lugar hermoso. Y Valentina, una

genia. Me re ayudaba con mis miedos de madre primeriza, me acompañaba a todos lados, pero sin invadirme.

---Che, Almi. ¿Qué me contás de la cagada de María de los Ángeles? ---dijo Amanda yendo directamente al punto. Dentro del automóvil se hizo un silencio incómodo. Paulo se dio vuelta y sonrió luego con naturalidad.

---Ni de coña nos esperábamos la noticia que tuvimos, por un lado nos alivió, pero por otro nos dejó un sabor amargo, ya nos habíamos encariñado con Blanca. ---Todos volvieron a respirar con normalidad cuando Paulo respondió con tanta tranquilidad---. Entiendo que es una situación poco común lo que ocurrió. Pero no hay más que eso. Una mujer enojada, vengativa, una aventura de una noche, un embarazo no previsto, una herramienta para retener que salió mal. Nada más.

---Ay, gallego, sos un genio. Los tipos a veces son tan vuelteros con todo, son rencorosos y no perdonan, en cambio vos dijiste «borrón y cuenta nueva». Listo ---dijo Amanda. Parecía que hablaba más como experiencia personal que viéndolo desde afuera. Alma frunció el entrecejo y miró a Patricia, esta a su vez hizo un gesto para indicarle que ya le explicaría, pero Paulo, que había percibido lo mismo que Alma, fue directo también.

---Rubia, pareciera que hablaras por experiencia personal, más que una opinión de lo que nos pasó a nosotros.

---¿Sabés que sí? Sí, hablo por experiencia personal. ---Patricia y Martín cerraron los ojos porque sabían lo que venía en ese momento. Hacía días que Amanda no paraba con ese tema. No era para menos, era la primera vez que padecía una situación así---. Hablo así porque el infeliz de tu primo me pidió un tiempo. Mirá si será pelotudo. ¿Un tiempo? Eso no existe, una está o no está, ¿cómo hacés para dejar en suspenso los sentimientos?

Alma tomó la mano izquierda de su amiga y le habló con tristeza.

---¿Cómo? ¿Qué pasó, amiga? ¿Cómo te sentís?

---Para el orto me siento. Es la primera vez en mi vida que me engancho con alguien de verdad y que me animo a arriesgarme, le cuento todo, pero todo, lo que me pasó en la vida. Entendés, Almi, ¿no? ---Alma hizo un gesto afirmativo con el rostro, comprendió qué tema había sido el que los había alejado, el dolor que debía estar sintiendo su amiga que, habiendo confesado un episodio de su vida tan doloroso, hubiera recibido esta actitud pacata de Germán---. Y este pelotudo me dice ---cambió el tono de voz, intentando acercarse a un tono bajo, parecido a un hombre---: «Mirá Amanda, esto es

duro de digerir, dame un tiempo para ver si puedo seguir apostando a esta relación».

---Lamento mucho, rubia. No tenía idea.

---¿Qué le dijiste? ---cortó Alma.

---Que se fuera a apostar al hipódromo, que se pusiera a digerir lo que le pareciera y que se fuera a la mierda. ---El dolor se traslucía en la mirada dura de Amanda---. Perdonen, chicos, no soy buena compañía desde hace días. Pero no quería perderme la oportunidad de verlos.

---Pero... ---Alma se quedó sin palabras.

---Rubia, no estábamos al tanto. Hoy mismo hablo con mi primo.

---No, gallego. Te lo prohíbo. Te pido ---se moderó--- que no le digas nada. Si él no está seguro de lo que siente y mis pecados de juventud lo avergüenzan, mejor tenerlo lejos. Que no me lastime más. ---Guardó silencio y, un segundo después, se escuchó su voz tomada por el llanto---. ¿Ven por qué no quería entrar en una relación, chicas? Esto iba a pasar.

---Amandita ---dijo Patricia, que hacía días venía escuchando ese tipo de frases---, calmate. Tal vez no es por ese tema, tal vez es otra cosa, no olvides que no lo dejaste hablar; cuando intentó explicarte, te levantaste y te fuiste.

---¿Y qué querías, Pato? No me iba a quedar como una tarada, ahí llorando enfrente de él, ni le iba a rogar nada.

---Yo hubiera escuchado las razones, al menos.

---Me da lo mismo por qué haya sido. Me dejó y duele mucho. Punto.

---Chicos, no sigamos en este tema ---dijo Alma tratando de mediar---. Es nuestra primera hora en Argentina y no quiero angustiar más a Amanda. Hablemos de otra cosa, ¿les parece?

---Me parece bien ---aceptó Amanda, aunque se la notaba aún amargada.

Cuando llegaron a la casita de Alma y Paulo, se dieron un baño y fueron a casa de Jorge a saludar a toda la familia de ella. Todos esperaban a los viajeros y los recibieron con un almuerzo criollo: un asado de carne y achuras, y algunas verduras. Lola se pasó el almuerzo y la tarde pegada a la panza de Alma, hablándole a su primito sobre todas las novedades de su vida. Había egresado del jardín y se preparaba para ingresar en la escuela primaria.

---Leoncito, te estoy esperando. Con mami te compramos unos peluches relindos para que juegues cuando salgas. ¿Te faltará mucho? ¡Mamina! --- Dejaba de mirar la panza para posar sus ojos pícaros en el rostro de su tía---, ¿falta mucho para que salga León?

---A ver... ---dijo Alma haciendo cuentas mentales---. Pedile al abuelo Jorge que te dé un calendario y yo te muestro. ---La pequeña corrió a la cocina, sacó un calendario de un imán que colgaba en la puerta de la heladera y regresó con su tía---. Mirá cómo creciste en estos días que no te vi y lo rápido que corrés ---señaló Alma. Las palabras de su tía enorgullecieron a la pequeña, que infló el pecho.

---Sí, mamina. Cuando fui a lo de Pablito ---así identificaba al médico pediatra que la trataba desde el día mismo de su nacimiento---, me puso en la pared donde tiene una regla grande, con forma de jirafa, y después me hizo subir a un aparato y unas cositas pesadas se pusieron derechitas mientras él las movía.

---Ah, te midió y te pesó, muy bien. ¿Y qué te dijo?

---Me dijo que estaba muy sana, que se notaba que comía bien y que jugaba mucho. Pero ahora me tengo que dar muchas inyecciones, eso no me gusta.

---Bomboncito, Pablito te explicó ---intervino Karen---. Cuando todos los nenes entran en la primaria, deben ponerse algunas vacunas, que son inyecciones chiquitas, no duelen, son casi como un mosquito, y son para evitar que te enfermes. ---Todos la escuchaban y miraban el gesto de terror de Lola.

---Mami, un mosquito no tiene un pico tan afilado como una aguja. Y a mí me clavan una aguja asííí de grande, yo me acuerdo ---dijo Lola haciendo una seña con sus dedos, indicando el tamaño de la aguja---. Me hicieron doler mucho.

---Bueno, hijita, es un poquito que hay que aguantar, pero no duele tanto, y definitivamente la aguja no tiene el tamaño que decís. Es un pinchacito. Además, en esta oportunidad una de las vacunas es una gotita en la lengua y las otras son re chiquitas, te prometo. ---La pequeña no estaba convencida.

---Lolita, hagamos algo ---propuso Alma---, la mamina te lleva a ponerte las vacunas y, si te portás bien, cuando salimos te lleva a comprar el libro de cuentos que tanto estás pidiendo. Vamos a la librería y yo te lo compro, ¿dale?

---¡Dale, mamina! ---dijo la niña entusiasmada---. Pero si me muevo un poquito o me quejo porque duele, me lo comprás igual, ¿no?

---Sí, Loli. Mientras te dejes poner las vacunas, tendrás el premio.

---Dale. ---Lola le entregó el calendario y Alma se puso a contar días.

---Mirá, Lolita. Ahora estamos a diez de enero. Tu primo nace cuando pase todo febrero, todo marzo y unos días de abril. Falta bastante todavía.

---Ah ---dijo desilusionada---. Entonces cuando salga yo ya empecé la escuela, ¿no?

---Exacto ---dijo, esa vez, Guille---, vas a estar en primer grado haciendo cuentas y escribiendo mucho.

---Papi, yo ya sé escribir, ¿qué decís?

---Digo que vas a escribir mucho más.

---Ufa. Pensé que faltaba poquito ---reflexionó, volviendo a la fecha del nacimiento del primito.

Siguieron hablando el resto de la tarde. A la noche estaban invitados a cenar a la casa de Adrián y Matilde. Alma se anotó mentalmente la idea de hablar con Germán. Volvieron a la casita, se acostaron a descansar un rato y luego de ducharse se prepararon para ir a ver a la familia de Paulo. Llevaban algunos regalos que Valentina y Fernando habían comprado para la familia argentina. Entraron a la casa y fueron saludados por todos. Marcela estaba presentando a un novio nuevo, se la veía feliz.

---Él es Bruno, mi novio ---dijo señalando a un hombre que medía más de un metro noventa, incluso superaba a Paulo, tenía un cuerpo robusto, se lo notaba trabajado de gimnasio. Tenía unos ojos marrones muy intensos, unas pestañas arqueadas y tupidas. Una boca de labios carnosos. El hombre los miró con una sonrisa que dejó entrever unos dientes blancos y parejos---. Ellos son Paulo y Alma, son mis primos, de los que tanto te hablé.

---Ah, sí. El español, ¿no es así? ---dijo a la vez que estiraba la mano para saludar a Paulo, y se acercó a Alma para besarle la mejilla---. Un placer conocerlos. Marcela no deja de hablar de ustedes.

---Ay, qué tonto que sos. Es que los quiero mucho, por eso no dejo de hablar de ellos ---se excusó Marcela.

---Encantado, Bruno. El placer es mío ---afirmó Paulo, serio. Era un celoso increíble de sus mujeres, una veta que estaba empezando a conocer él mismo. Lo miró con gesto que indicaba que si lastimaba a su primita, debería vérselas con él.

---Hola, Bruno ---dijo Alma, cortando la tensión---, un placer. Disculpá a mi esposo, estamos recién llegados de España y el cambio de husos horarios nos trae de los pelos. ¿Sos de La Plata?

---En realidad, nací en Ensenada, pero con mis viejos nos vinimos a vivir a La Plata cuando yo era muy chiquito. Hice la secundaria acá y empecé a jugar al rugby en el club Universitario. Después estudié para Contador

Público.

---Ah, mirá qué interesante. ¿Se conocieron en la facultad?

---No ---intervino Marcela---, trabajamos juntos. Él se recibió unos años antes que yo.

---Ah ---dijo Alma---, ¿seguís haciendo rugby? ¿En qué club jugaba Mauro, cielo? ¿Te acordás?

---Creo que en Albatros, pero no recuerdo con seguridad.

---Hace años que no juego, me encanta ese deporte, y sobre todo los terceros tiempos ---bromeó---. Pero el trabajo me tiene demasiado ocupado y no puedo comprometerme con una actividad grupal y luego pegar el faltazo. Soy un tipo responsable ante todo.

---Me parece genial, es como debería ser ---acotó Alma.

---¿Mauro?... ¿Qué apellido? Tal vez lo conozca.

Paulo comenzó a dar indicaciones acerca de Mauro y del modo que lo habían conocido. La charla derivó en la inundación que había reunido a Alma y Paulo, y, luego, en el incendio de YPF de la misma noche. Paulo habló de todo lo que había conseguido: informes, testimonios, fotos. El tema de la noche del 2 al 3 de abril de 2013 aún seguía abierto como una herida. Cada uno recordaba exactamente qué estaba haciendo al momento de la inundación, describía qué cosas hicieron mientras duró y qué consecuencias debieron enfrentar.

Germán llegó algo más tarde, con el tiempo justo para cenar. Se lo notaba demacrado, malhumorado, con unas bolsas violetas debajo de los ojos. Saludó a los recién llegados, a su familia y a Bruno. Se sentó en el único lugar libre, que era al lado de Paulo. Este no desaprovechó la oportunidad y, en cuando pudo, le tocó el brazo y le habló en un tono bajo para evitar que otros lo escucharan.

---No te veo bien, primo. Sé lo que ha pasado, pensé que te encontraría bien si es que habías cortado porque esta relación no funcionaba, pero te veo mal. Te pido que hablemos antes de que me vaya hoy.

---Supuse que vos o Alma iban a querer hablar conmigo. La verdad, no tengo ni media gana de dar explicaciones, pero bueno.

---Germán, a mí no me debes ninguna explicación, ni a Alma. Te la debes tú y se la debes a la rubia.

---A ella quise dársela y se fue, me dejó con la palabra en la boca.

---Mmm, conociéndola como la conoces, sabes que seguramente se fue

para que no la veas llorar. Es una orgullosa y eso lo sabemos.

---Sí. Pero yo también tengo orgullo, ¿sabés? Y hay cosas que como hombre son difíciles de tragar.

---Entiendo. Por eso quiero hablar contigo.

---Bien. Cuando preparen el café, podemos ir al *living*.

Terminada la cena, Adrián ofreció un café especial para todos, habían comprado una cafetera original que hacía unos cafés expresos increíbles. Cada uno fue haciendo su pedido. Marcela puso en dos fuentes las masas finas que había traído Bruno. Paulo y Germán se escabulleron al *living*. Alma los observó y decidió unírseles en unos minutos, quería decirle unas cuantas cosas a Germán. Los primos se sentaron en los sillones y Germán abrió el diálogo.

---Ante todo quiero que sepas que no hay ninguna otra mujer.

---Germán, hablas conmigo, con tu primo, no con Alma ni con la rubia.

---Sí, lo sé. Pero todos, cuando un hombre se separa, piensan que fue por terceras personas. Si hubiera sido el caso, no me estaría costando tanto superarla.

---A ver, primo. Empecemos por el principio. Dime qué te ha hecho cambiar de opinión, qué te hizo alejarte de la rubia. Cuando nosotros nos fuimos, vosotros os adorabais, os amabais. Es realmente increíble este cambio.

---Lo sé. Y te digo que sigo amándola y adorándola. No puedo sacármela de la cabeza ni del corazón. Esto es mucho más difícil que con mi novia anterior. ¿Te acordás lo que me costó superarla? Eso fue un poroto al lado de esta situación.

---Primo, no entiendo. ¿Por qué si la amas debes alejarte?

---Mirá, cerca de fin de año fuimos a una fiesta con mis compañeros del secundario. Un evento que se hace siempre para esas fechas. Este año se hizo en la casa quinta de Fabián, un flaco que era muy amigo mío en el secundario. Obviamente asistimos con Amanda. Lo que pasó en la fiesta fue fuerte. Amanda me había contado hace tiempo de un episodio que había vivido en su adolescencia, un profesor de la escuela que abusó de ella.

---No puedo creerlo. La rubia fue abusada, ¿qué edad tenía?

---No llegaba a los dieciséis, creo.

---¡Hijo de puta! Es violación ---exclamó tratando de no levantar el volumen de la voz.

---Sí. Pero el tipo, en sus declaraciones, se cuidó de dejar en claro que

siempre Amanda participó voluntariamente en las situaciones, y a ella le hizo creer una historia de amor inexistente. El tipo era un enfermo y un manipulador.

---Pero ella era menor de edad. Por más que quisiera tener relaciones, él era un adulto. Es un delito igual.

---Sí. Pero los boludos de la escuela, y varios tipos que conoció, la hicieron sentir culpable, la hicieron verse como la manipuladora que consiguió cagarle la vida a un tipo intachable.

---Pobre Amanda. Alma me ha comentado varias veces que la rubia había tenido una vida dura, pero no imaginé de qué se trataba.

---Es una época de su vida que decidió olvidar, superar.

---¿Y a ti te ha molestado que haya sucedido esto en la vida de Amanda? ¿Esto es lo que lo separó? Porque si es así, permíteme decirte que eres una gilipollas. Esa mujer ha sufrido primero por el abuso y luego por la discriminación. Todo ocurrió hace muchos...

---No ---lo cortó Germán en seco---. No es específicamente ese tema. Eso me lo contó ella hace meses, fue un tema que necesité meditar, pero no me afectó eso ahora. Lo que sucedió en la fiesta fue lo que me llevó a pedirle un tiempo.

---¿Qué sucedió?

---Fuimos, y viste cómo es Amanda, vaya donde vaya no pasa inadvertida. Ella siempre llama la atención. Es alta, atractiva, tiene un cuerpazo, el cabello tan rubio, los ojos, en fin. Es un minón.

---Entiendo, sí, sabemos que es así.

---Ella se fue vestida con uno de esos vestidos diminutos, color rojo. Estaba hermosa. La presenté con varios compañeros, todos se quedaron con la boca abierta. Yo estaba ancho que no entraba por la puerta del orgullo que sentía.

---¿Y entonces?

---Entonces, que mi vieja ese día me había cocinado un guiso espectacular. Y me cayó para el orto. ---Paulo hizo gesto de no entender---. Me agarraron retorrijones. Tenía que ir a cagar con urgencia. Fui al baño corriendo. La dije a Amanda que me esperara y fui. Me encerré, me senté y largué todo lo que tenía en las tripas. Y mientras estaba lavándome las manos, escuché voces en el pasillo y escuché que alguien mencionaba a la mina del vestido rojo. Agucé el oído. Eran varios compañeros de mi división y de la otra, con quienes nos

juntamos cada año. Hablaban de ella y se decían... ---Germán cerró los ojos y trató de calmarse, iba a tratar de repetir frase por frase---. Marcelo preguntó si habían visto al minón del vestido rojo. Todos respondieron que sí, Fabio aclaró que decían que era mi novia. Leonardo se puso a reír y acotó: «¿Qué novia, ni qué ocho cuartos? Esa mina es puta». Ismael reafirmó lo dicho por Leonardo y aclaró que él también la conocía, que era reputa. Yo pensé en salir a romperles la cara, terminé de apoyar la toalla, con la que me había secado las manos, y, cuando me disponía a abrir la puerta, escuché que José preguntó: «¿Pero puta de las que cobran?». Y quise escuchar la respuesta. Leonardo e Ismael hablaron desordenadamente, pero aclararon que no era de las que cobraban, sino una de las que lo hacen porque les gusta. Parece ser que se acostó durante un tiempo con Leonardo y luego lo dejó, pero describió con tanto detalle la intensidad de sus encuentros que sentí vergüenza de salir. Y lo peor fue cuando Ismael habló. Dijo que Amanda había salido con él y le había propuesto hacer un trío, y que en el momento Ismael había llamado a un amigo y los tres fueron a un hotel. Otra vez los detalles me helaron la sangre.

El rostro de Paulo se había puesto serio.

---Tranquilo, primo. Debemos pensar como los adultos que somos. Veamos. La rubia nunca te dijo que fuera virgen, eso es un hecho.

---Paulo, ¿vos escuchaste lo que te dije? Se acostó con media ciudad y encima tuvo este tipo de relaciones retorcidas. No sé... Es mucho, es muy fuerte para mí.

---¿Retorcidas? Espera, que debo acomodarme a escucharte hablar de ese modo. ¿Dónde quedó el hombre moderno que yo conozco? Mira, Germán, sé que este país sigue siendo anticuado en muchos sentidos y materias, la sexualidad es uno de ellos. En mi país, en Europa toda, el tema de la sexualidad se está abriendo para todos. Ahora no se trata de heterosexuales y homosexuales, blanco o negro. Hay muchos colores en el medio y nadie juzga a nadie. Lo importante es tener en claro las reglas, los límites y que todos los participantes estén de acuerdo.

---Ah, mirá vos, no te tenía tan modernoso a vos ---dijo Germán con tono irónico y algo agresivo---. Así que los europeos se bancan todo. Bueno, prestame a tu Alma que le damos un ratito con un par de amigos, a ver qué te parece, ¿no?

Paulo endureció el gesto.

---A Alma no la tocas, ni de coña accedo a esto. Pero entiende lo

siguiente: no quiero decir que yo esté dispuesto a hacerlo, digo que a lo largo de mi vida he participado en relaciones donde este tipo de cosas estaban permitidas, pero ambos estábamos de acuerdo. Incluso existen bares donde la estructura está prevista para tener sexo con una o varias personas. Obviamente, no son de la ruta turística de Madrid, pero los hay.

---¿Vos participaste de orgías? ---preguntó, sorprendido, Germán.

Alma, que se encontraba cerca, afinó el oído para escuchar la respuesta. Su corazón latía muy fuerte, acelerado, y la aturdió.

---Orgías no. A ver si logro explicarme. En Europa, el sexo no tiene reglas, solo las que uno quiera ponerle. Con María de los Ángeles hemos ido a estos bares y hemos participado en tríos, nosotros dos con una mujer, nosotros dos con otro hombre. Era solo sexo, divertimento, placer. Había reglas: ninguno iba solo a ese lugar, siempre íbamos juntos y participábamos juntos, nadie podía besarnos en los labios, excepto nosotros dos, yo nunca acepté que otro hombre me tocara a mí, solo podía tocar a María de los Ángeles, en cambio ella sí aceptaba que otras mujeres la tocaran a ella y a mí. El resto era disfrute, simple y puro.

---¿Me estás hablando en serio? No te puedo creer. ¿Y vos podrías hacer todo eso ahora con Alma? ¿Te animarías también con ella?

Paulo se quedó pensativo, debía responder con honestidad. Alma, que pensaba acercarse e interrumpirlos, se quedó expectante.

---Debo ser honesto contigo. En este momento de mi vida y con Alma específicamente, creo que no podría. Alma ha despertado en mí sentimientos más profundos que cualquier otra mujer. Incluso ha despertado al cavernícola que tenía durmiendo en mi interior. Si alguien se acerca y apenas la roza, quiero matarlo.

---¿Viste? ¿Y yo qué hago ahora si ya todos la tocaron?

---Primo, Alma tampoco llegó virgen a mí. Lo pasado es pasado y pisado. Debes tratar de olvidar. Y de esos capullos, pues bien, deberías marcarles que todo lo que dicen proviene de la envidia. Ellos quisieran a una mujer como la rubia, pero la tienes tú. ---Germán se quedó mirándolo sin emitir palabra, sorprendido, procesando toda la información---. Esta sociedad argentina está lejos de entender esta filosofía aún.

---Totalmente, estamos a años luz.

---En el caso de la rubia, primo, ella estaba soltera, sin compromisos. Razón de más para disfrutar a pleno su sexualidad, experimentar. Tú no has

llegado virgen a ella tampoco. No entiendo qué le puedes recriminar. Si tú te has perdido de probar, ella no tiene la culpa. Digo, luego de haber disfrutado lo que se le dio la gana, ha decidido estar únicamente contigo. Te repito, ella ha decidido darte todo a ti, tú la tienes en tu cama ahora.

---Ya no la tengo... por mi boludez atómica.

Alma decidió entrar.

---Germán, quería hablar con vos unos minutos.

---Alma, necesito irme, no puedo afrontar otra charla como la que tuve recién con Paulo. Estoy al borde de un colapso nervioso.

---Entiendo, escuché algo de lo que hablaban mientras me acercaba. --- Paulo se preocupó, no sabía qué parte había escuchado, la miró sorprendido, buscando algún indicio de enojo. Ella lo miró y enseguida se centró en Germán---. Quiero darte un panorama de lo que vivió Amanda en esa época.

---Alma... ---Germán se veía destrozado, realmente todo lo que le había dicho Paulo lo había afectado. Se sentía un hipócrita, un pacato; de pronto consideraba que había perdido a la mujer de su vida por su estupidez.

---Dejame darte la porción final de la historia. Es cierto que Amanda tuvo un período de desenfreno en su vida, pero no fue por gusto personal o como forma de realizar fantasías ---explicó mirando alternativamente a Paulo y a Germán---. Fue su forma de responder al sufrimiento. Amanda padeció durante mucho tiempo el acoso y violación sistemática de un profesor del colegio. Un enfermo que le hizo creer que era ella la que quería todo eso que le hacía hacer, era un manipulador. Cuando salió a la luz todo eso, el abusador fue juzgado judicialmente porque Amanda era menor de edad. Al tipo se lo condenó. Perdió su trabajo y la posibilidad de tener una jubilación. Estuvo preso poco tiempo de manera efectiva, luego le dieron libertad bajo palabra o algo así. En todo el tiempo desde el juicio hasta mucho después, la mayoría de los alumnos de la escuela hablaban de Amanda como de una mujerzuela, mi amiga soportó con entereza lo que ahora llaman *bullying*. Pero en algún momento la cabeza dijo basta y se creyó lo que tantas veces le habían dicho. Y comenzó un período de «vale todo para mí». Patricia y yo estuvimos muy asustadas, ella no nos escuchaba y salía con cuanto tipo se le cruzaba. Pensamos que iba a contraer alguna enfermedad o que se iba a llevar a la cama a un asesino serial que la iba a dejar con el cuello cortado o mutilada.

---Dios mío, pequeña. Nunca imaginé que la rubia hubiera vivido cuestiones tan intensas.

---Esto es algo que las tres hemos decidido olvidar, no es un tema del que hablamos. Amanda nos hizo prometerle que no traeríamos este tema a colación salvo que la viéramos caer en esas acciones autodestructivas de nuevo.

---¿Cómo pudo salir de esta situación? ---preguntó Paulo ante el silencio de Germán.

---Los padres de Amanda estaban destruidos, pero ellos nunca la culparon, sino que intentaban ayudarla. Nosotras, lo mismo. Supimos siempre que todo esto era una fachada para esconder el verdadero sufrimiento. El puente para salvarla fue la terapia. Con Patricia conseguimos dar con una psicóloga muy buena que enseguida nos atendió y nos dijo cómo plantearle la posibilidad de comenzar la terapia sin que ella la rechazara. Hablamos usando los consejos de la psicóloga, y fue. Primero sin ganas, obligada por la familia y nosotras, y lentamente se le fue haciendo una necesidad. La terapia, su familia incondicional y nosotras fuimos matando lentamente a la Amanda descontrolada. Quedó una Amanda más racional, que se cuidaba de lastimarse, que disfrutaba de los hombres pero en relaciones más sanas; así y todo ella no creía en el compromiso, en el amor real... hasta que te conoció a vos, nene.

---¿Qué? ¿Yo cambié algo en su vida? ---Mientras escuchaba a Alma, Germán se había mantenido en silencio, increíblemente sorprendido con todo lo que había tenido que superar su Amanda, la mujer fuerte y valiente que estaba a punto de perder.

---Sí. Cuando te conoció, te puso en el mismo listado de conquistas que había tenido durante mucho tiempo: hombres con los que salir, disfrutar del sexo y, luego de un tiempo, dejar. En esa lista está uno de tus compañeros de escuela. El otro es de su período anterior. ---Paulo supo que si Alma identificaba a los compañeros de Germán, era que también había escuchado el estilo de vida sexual que habían llevado él y María de los Ángeles. Temió que eso la hubiese ofendido---. Pero cuando apareciste, le hiciste sentir algo distinto, y se le notó. Pato y yo lo notamos, y le hicimos prometernos que te daría un tiempo prudencial para que se conocieran y ella probara una relación más normal. ---El rostro de Germán, de ojos agrandados y boca entreabierta, era muy elocuente---. Y la fuiste ganando. Con tus detalles románticos, con tu honestidad, siendo un hombre atento. Se enamoró, y volvió a entregar su corazón, te lo dio con todo el temor que esto le generaba.

---Y se lo hice pelota ---dijo Germán, entendiendo de pronto, como si lo atravesara un rayo.

---Exacto ---confirmó Alma.

---La puta madre que me parió, qué boludo. Fui un machista, de esos pelotudos bien grandes. Si ella no me fue infiel, ¿por qué debería sentirme mal por algo que tanto a ella como a mí nos hace felices? Nuestra relación es muy intensa y, sexualmente hablando, es la mina que más me ha vuelto loco. ¿Qué hago ahora? ¿Cómo lo arreglo?

---Yo creo, Germán, que deberías ir a verla y explicarle todo. La rubia está muy triste y encabronada. Pero es probable que te escuche.

---Aquel día quise explicarle, pero se fue sin siquiera escucharme. Me dejó con las palabras en la boca.

---Germán, Amanda es una mujer que ha pasado por mucho, ha escuchado y padecido muchas mentiras en su vida. No lo he hablado con claridad con ella, pero creo que supone que vos la dejaste por el tema con el profesor específicamente. No sé si tiene en claro la situación con tus compañeros. A ver, imagino que ella los vio en la fiesta y que los reconoció. Eso, sin lugar a dudas, tampoco pasó tanto tiempo ni están tan cambiados. El punto es que habrá confiado en que esos hombres eran caballeros y no expondrían la intimidad de una mujer.

---La verdad es que hablar como lo hicieron en ese momento de Amanda fue de poco hombre.

---¿Tú no les diste un golpe cuando saliste del cuarto de baño? ---preguntó, casi extrañado, Paulo.

---Cuando abrí la puerta y me vieron, se quedaron congelados, en silencio. Fabián se acercó y me puso una mano en el pecho, como queriendo pararme, y me dijo que me tranquilizara, que no querían faltarme al respeto. Y yo le pedí, conteniendo la furia, que me quitara la mano de encima, que el respeto se lo habían faltado a mi novia y que, si no se disculpaban por todas las groserías que habían dicho, no me iban a ver nunca más. Fabián se disculpó, pero los demás no lo hicieron. Ahí se armó un lindo reparto de piñas. Fabián trató de calmar los ánimos y se puso en medio, me sacó y me pidió que me fuera para evitar otros enfrentamientos. Y así lo hice, me fui. Amanda me vio volver del baño con cara de pocos amigos y solo le dije «vamos». Cuando llegamos a la puerta de su departamento, fue cuando le pedí el tiempo. La defendí ante esos tipos, pero no pude defenderla de mi conciencia y de mis prejuicios.

---Andá a buscarla, Germán. No pierdas tiempo. Si ella es la mujer de tu vida, que nada te separe de ella. Para ella sos lo mejor que le pasó, por eso

está dolida. ---Germán la escuchó en silencio y de pronto, como si un interruptor lo encendiera, se puso en marcha. Caminó hacia la puerta con decisión y, cuando estaba por salir, se volvió sobre sus pasos y abrazó a Alma y a Paulo.

---Gracias, chicos. Voy a recuperarla. ---Y salió como eyectado.

Germán condujo como enloquecido hasta la puerta del edificio donde vivía Amanda. Tocó el timbre varias veces, pero no obtuvo respuesta. Estaba preocupado. Era tarde, no podía tocar el timbre de doña Celina, la vecina del mismo piso a la que Amanda quería como a una abuela. Celina siempre estaba al tanto de todo lo que hacía Amanda, ella le avisaba cuándo salía, cuándo invitaba a alguien. Celina era su guardaespaldas, la persona que en el día a día la cuidaba hasta de ella misma, incluso era la única que podía retarla y decirle que lo que estaba haciendo o pensando no estaba bien. Pero era muy tarde, Celina estaría dormida y despertarla no estaba en sus planes. Decidió regresar al otro día. Caminó desanimado hacia el automóvil. Abrió y se sentó. Estaba muy enojado consigo mismo. La impotencia que sentía, la sensación en el pecho que lo oprimía y la frustración lo hicieron golpear con fuerza el volante con la mano derecha. De manera instantánea, supo que el hueso de la palma de la mano que corre entre el nudillo y el comienzo del dedo meñique se había lastimado. El dolor agudo que sintió se lo dejó claro.

---La reputísima madre que me parió. Ahora me rompí la mano. ---Decidió irse a una guardia. La extremidad en minutos se hinchó como un globo en la zona lesionada. Puso en contacto la llave y, cuando pretendía darle arranque al motor, la vio llegar. Bajaba de una camioneta Renault Duster 2.0 Privilege nueva, color negra. Amanda estaba hermosa, llevaba un vestido corto, muy corto, en color negro, ceñido a sus curvas y escotado, y unos tacones muy altos. Bajó del lado del acompañante y caminó hacia la puerta del edificio. Del lado del conductor descendió un tipo que se veía como el de una publicidad: debería medir un metro noventa por lo menos, una espalda trabajada en el gimnasio que lo hacía verse como un triángulo invertido, una cintura pequeña, una cola parada y unas piernas altamente trabajadas. Tenía puesto un *jean* elastizado que marcaba, además, un bulto importante en la parte delantera. Germán no veía el rostro, pero imaginaba que con todo el resto podría haber tenido la peor cara de ganso que no hubiese importado. El tipo cerró la camioneta y se disponía a entrar a con Amanda. Ella había abierto la puerta del recibidor y lo esperaba sonriente. Germán comenzó a sentir que las

entrañas le quemaban. Esa mujer era suya, y él la había dejado para que un ganso como ese, puro esteroides, la disfrutara. De ninguna manera. Sin pensarlo, se bajó decidido. Amanda miraba al desconocido con una sonrisa y, al ver movimiento cerca por el rabillo del ojo, giró la cabeza. Se le congeló la sangre y el gesto al ver a Germán acercarse con cara de loco. Cerró la puerta y caminó decidida hacia Germán.

---¿Qué mierda hacés acá vos? ---dijo ella de mal modo---. ¿No necesitabas tiempo? Bueno, tomate todo el tiempo que necesites, yo ya tengo con quién compartir lo que vos rechazaste. ---Germán sintió esas palabras como una cachetada.

---Mirá vos, mirá qué rápido me cambiaste por el señor esteroides. ¿Y qué pasó con el amor que me habías dicho que me tenías? ¿Desapareció así de rápido? ¿Ves una verga grande y ya no te acordás de qué sentís?

Amanda le cruzó la cara de una cachetada. Germán se quedó con el rostro mirando hacia abajo y con los ojos cerrados. Habían empezado de muy mala manera. El tipo ya llegaba a la par de ellos y pasó su brazo por la espalda de Amanda.

---¿Todo bien, Amandita? ¿Quién es este tipo? ---preguntó el acompañante de Amanda al ponerse junto a ella. Amanda no le respondió.

---No me faltes el respeto, Germán. ---Al escuchar el nombre, el acompañante hizo gesto de sorpresa y mantuvo el silencio---. No soy una puta. Y vos mejor que nadie me conocés. Sabés que vergas tuve todas las que quise, y puedo tener las que quiero. Pero lo que de verdad quería era otra cosa, y vos te negaste. Vos decidiste irte, ¿ahora qué querés de mí? ¿Tengo que quedarme encerrada llorando, haciendo tu duelo? ---El acompañante la urgió a volver al edificio. Le tomó el brazo e intentó llevarla.

---Vamos, Amanda, entremos. No hay nada más que decir. ---Ante esas palabras, Amanda se giró y se disponía a caminar cuando Germán habló. Lo hizo en un tono bajo, de tristeza absoluta.

---Esperaba que estuvieras triste, tan triste como estoy yo desde que no te veo. Sí, esperaba que me lloraras como te lloro yo cada noche. ---Esas palabras enmudecieron a Amanda, que se volvió---. Esperaba que pensaras en mí como yo te pensé todo este tiempo. ---Amanda lo miraba en silencio, y recién en ese momento notó lo demacrado que estaba, las ojeras violetas que circundaban los ojos de Germán. Había adelgazado bastante. «Maldita sea, está hermoso y no puedo siquiera tocarlo»---. Me di cuenta de la mujer que

estaba perdiendo, me di cuenta de que sos la mujer de mi vida, que no puedo concebir la vida si no estás al lado mío, con tus bromas, con tus respuestas ocurrentes, con tus locuras, con tus indicaciones de moda, con tus dietas para verme más flaco, con tu amor, con nuestra conexión. ---Germán se fue acercando lentamente a Amanda, con una mirada intensa.

---Vamos, Amanda, entremos. Este tipo está desesperado y vendería hasta a su madre para volver a tener un polvo con vos ---dijo de mal modo el acompañante de Amanda. Tironéo del brazo de ella y, en ese momento, Germán realizó un movimiento brusco que había aprendido en sus tiempos de taekwondo. Hizo una llave, lo tiró al piso y puso su rodilla sobre el cuello del tipo, que no entendió nada hasta que aterrizó en el suelo con la rodilla de Germán impidiéndole respirar bien.

---No te metas, esteroides. Esa a la que tocaste es MI MUJER y nadie la va tocar, nunca más, excepto yo. ¿Entendiste?

---¡Nooooo! ¡Germán! ---gritó Amanda intentando levantarlo y rescatar a su amigo---. Dejálo, soltá a Emilio, por favor. Voy a hablar con vos, pero dejalo. ---Ella gritaba y tironeaba del brazo a Germán. Emilio estaba rojo por la falta de oxígeno.

---Lamento haberte cortado el chorro, *Emilio* ---pronunció riendo---. Pero Amanda y yo tenemos que hablar. Te voy a soltar y te vas a ir tranquilo, ¿nos entendemos? ---Emilio no podía responder, así que fue aflojando el apriete. Cuando pudo entrar una bocanada de aire, Emilio comenzó a toser de una manera violenta.

---¿Estás Bien, Emi? Por Dios. ¿Estás loco vos? ---dijo mirando a Germán---. Cómo lo vas a tratar así, casi lo matás. ---Amanda ayudó a Emilio a ponerse de pie. Tenía los ojos aguados por la falta de oxígeno. Se los secó, siguió tosiendo y tomándose el cuello---. Andá, Germán. Entrá en tu coche, que ya voy. Ahora vamos a hablar. Dejame despedir a Emilio ---dijo Amanda con voz de autoridad. Germán se fue moviendo con lentitud y caminaba dando pasos de espaldas a su automóvil, temía que Emilio se le arrojara por la espalda para vengarse. Tenía una sonrisa socarrona en el rostro. Emilio tosía y lo miraba fijamente.

---Amandita, ¿estás segura de querer entrar al vehículo para hablar con ese tipo? ---preguntó cuando pudo articular. Seguía tosiendo entre bocanadas de aire---. Vos me lo describiste, pero nunca dijiste que fuera un tipo violento.

---Te juro, Emi, que Germán no mata una mosca. No sé qué bicho le picó.

---Está entrando. Si querés puedo llevarte a tu depto en dos segundos, te hago entrar y después le rompo todos los huesos a ese pelotudo. Me agarró desprevenido, que si no...

---Tranquilo, Emi. Él no me va tocar un pelo. Lo conozco. En serio me sorprendió su reacción. Andá, de verdad. Y gracias. Sé que viniste y me llevaste a cenar para hacerme el aguante. Andá a dormir, te digo. No corro peligro.

---Amiga, estoy con el celular. Cualquier peligro me llamás y vengo. Voy a estar cerca, tenía que encontrarme con Tomás acá nomás, a unas cuabras en un bar. Si no te deja en paz, me avisás y venimos los dos a ayudarte, ¿estamos?

---Dale, te lo prometo. Andá tranquilo. Mandale un besote a Tomás de mi parte. ---Se abrazaron afectuosamente.

Germán observaba el intercambio y el abrazo, y sentía que un fuego le subía por el esófago. El tipo lo miró serio, clavándole la mirada. Era como una advertencia. Luego caminó hacia la camioneta y se fue. Amanda se dirigió al automóvil de Germán. Estaba tan hermosa. El cabello tenía unas ondas alrededor del rostro. Se notaba que había bajado de peso, el vestido quedaba holgado en algunas partes en las que Germán gustaba de posar sus ojos. Las piernas de Amanda, con ese vestido y esos zapatos tan altos, parecían más largas y delgadas. Abrió la puerta del acompañante y se sentó. El perfume que inundó el interior del automóvil apaciguó un poco a Germán, que mantenía el aire bélico.

---¿Qué pasó? ¿Le dijiste que me dabas *La polca del espante* y que vuelva? ¿No le diste ni un besito porque yo estaba acá o porque todavía no te dio el primero?

---Haceme el favor, Germán, si vas a seguir insultándome y haciéndote el tarado, ya mismo me bajo. Te estoy dando algo que a otro, en estas circunstancias, no le hubiera dado. Te estoy dando la oportunidad de que te expliques, de que me hables de lo que viniste a hablar.

La sonrisa socarrona desapareció del rostro de Germán. Se puso serio.

---Está bien. Gracias. Precio que lo hagas.

---Empezá. Decime lo que venías a decirme. ---Amanda se encontraba cruzada de brazos, tensionada, a la defensiva.

---Quiero empezar pidiéndote perdón. ---Dejó de observar el parabrisas y la miró a los ojos---. Te pido perdón, Amanda. Siempre creí que era un tipo abierto, crítico. Que nunca prejuzgaría a nadie. Cuando vos me contaste toda

la historia del profesor, eso me movilizó mucho. Sé que yo te dije que estaba todo bien, que era pasado, que nosotros estábamos en el presente y en el futuro. Pero algo me quedó ahí, como una señal encendida.

---Y como nunca terminaste de creerme del todo, decidiste alejarte de mí y de mi reputación ---adelantó ella ofendida---. Por eso es mejor que me vaya. --Intentó irse, pero Germán la tomó por la muñeca. Sintió que el brazo de Amanda temblaba. La mano lastimada le dolía.

---Esperá. No. No fue por eso. Te creí, te creo que ese enfermo te manipuló. Ese no fue el tema. Vos me dijiste que después del juicio vos tuviste un período horrible en el que hiciste algunas cosas autodestructivas. Nunca aclaraste qué específicamente.

---¿Qué querías? ¿Que te hiciera una lista de uno de los peores momentos de mi vida? Hagamos un inventario entre todos. ---Hablaba como si hubiera una audiencia invisible---. A ver todas las cagadas que se mandó esta mina en ese momento ---dijo haciendo la mímica de anotar en un papel.

---No, Amanda. No pedía eso. Pero imaginé que te habías querido matar, o matar al tipo, no sé.

---Yo sí me quise matar. Mis viejos me salvaron llevándome a una emergencia donde me tuvieron que lavar el estómago. Me tomé un tarro de pastillas para dormir, de mi vieja. ¿Estás feliz de saber ese dato? ¿Te complace?

---Amanda. ---El gesto de sorpresa de Germán era genuino. Alma no le había advertido de eso---. Esperá. Dejame hablar. No. Por supuesto no me complace saber que alguien pudo llevarte a hacer eso. Lo lamento. Soy un animal.

---La verdad es que no estoy entendiendo hacia dónde va esta conversación ---dijo ella secando una lágrima que rodaba por la mejilla.

---Dame un minuto, dejame explicarme. Lo que quise decir es que solo imaginé esas acciones. Nunca sospeché que hubieras tenido un período de desenfreno... sexual ---aclaró a la vez que quedó expectante. La poca reacción de Amanda lo asustó.

---¿Yo te dije alguna vez que había llegado a vos virgen? ¿De dónde creés que sé hacer todo lo que tanto te gusta?

---Entiendo. Obviamente sabía que no eras virgen, sabía que había habido varios antes que yo, y estaba feliz de que supieras tanto y me hicieras sentir tan completo en ese ámbito. Pero encontrarme con la narración detallada de varias

de esas experiencias que habías tenido fue muy fuerte, fue un sacudón.

---¿De qué mierda me hablás? ¿De qué narración estamos hablando? ---
Amanda no comprendía, nunca le había contado nada a Germán.

---La noche que nos peleamos, la de la fiesta. ¿Te acordás? En la misma fiesta, estaban dos compañeros míos que te conocían de aquella época, y...

---¡Qué poco hombres que son! No te puedo creer, te fueron con el cuento. No salgo de mi asombro. ---Hizo una pausa---. Pensé que había una regla implícita en este submundo del sexo por el sexo, que nadie hablaba con los que no compartían estos gustos, o de las personas que dejaron el ambiente. ¡Qué soretes esos tipos! Mirá si yo me iba a contarles a sus respectivas señoras lo que hicieron sus esposos modelos cuando eran más jóvenes, ¿qué hubiera pasado? Sí, Germán. Me cogí a esos dos pelotudos. Quise tener sexo con dos tipos y uno trajo a su amigo, lo hicimos, la pasé... relativamente bien. No fue algo que volví a experimentar si eso te estás preguntando. Con el otro fue algo normal, nos acostamos, le entregué todo lo que me pidió y lo que quise. Punto. ¿Soy una mala mujer por disfrutar del sexo y del cuerpo de otros? No estaba en pareja y no lo estuve nunca hasta que te conocí. Nadie me puede reprochar nada, excepto yo. No es un momento de mi vida que me guste recordar, pero está ahí. Y de eso también aprendí.

---Amanda, justamente estoy tratando de decirte que yo también lo entendí.

---Tarde, querido. Me hiciste bosta.

---Lamento mis dudas, lamento habernos lastimado a ambos. Pero entendí que esas acciones tenían mucho de castigo hacia vos, y que debió ser muy difícil darte cuenta y cambiar. Dejar de lastimarte. Y vengo yo a herirte con mi rechazo. Soy un boludo. Y por eso también te pido perdón.

---Sos un boludo, tenés razón. Pero ¿no te parece tarde que te arrepientas ahora?

---¿Emilio es una nueva pareja? ¿Yo te arreglé el temor de estar en pareja para que esa masa de músculos inservible se lleve el premio?

---¿Qué premio? ---dijo ella riendo.

---Vos, Amanda. Vos sos mi premio. Vos, con tus bromas, con tus lealtades, con tu fidelidad, con tus secretos, con tus capacidades, con tu inteligencia, con tus conocimientos, tu carácter, con tu belleza. Toda vos sos mi premio. No quiero perderte ---agregó en un tono bajo, e intentó tocarle la mano que ella tenía apoyada sobre la rodilla izquierda. Ella la corrió---. ¿Es tarde?, ¿ya te perdí? ---Amanda no respondía, lo miraba fijamente, con ojos repletos de

lágrimas---. Lamento haber dudado de vos, haberte juzgado. Sos la mujer con la que quiero vivir el resto de mi vida, a pesar de todo lo feo que los dos tengamos en nuestro pasado. O tal vez justamente por eso, por todo lo feo que nos tocó vivir, nos merecemos ser felices juntos, hacernos felices el uno al otro. Si un tipo vuelve a cruzarse y te conoce de aquella época, mi actitud será otra, orgullo. Esta mujer que todos desean por su sensualidad, su erotismo, su belleza, su inteligencia, es mía, solo mía, de nadie más. Yo me la gané, yo la amo con todo el corazón y, lo más importante: ella me ama y me elige entre todos los hombres del planeta. ¿Es así Amanda? ¿Me amás y me elegís como yo lo hago? Decime que soy ese hombre para vos, decime que me elegís entre todos los hombres del planeta como yo te elijo a vos.

Las lágrimas rodaban por las mejillas de Amanda.

---Sí, Germán..., te elijo. ---El rostro serio de Germán se fue cambiando a una sonrisa---. Te había elegido hacía mucho. Cuando decidí comenzar la relación, sabía que esto que sentía por vos no era algo que hubiera sentido antes.

---Te amo ---dijo Germán, y se acercó para abrazarla y besarla---, te amo tanto, Amanda. ---La besó con pasión, por todo el tiempo que había recordado esos labios que lo volvían loco---. Perdón, amor, perdón... nunca más.

---Te amo ---decía Amanda entre besos---, yo también te amo. Dios, cómo te extrañé.

---Amanda ---dijo de pronto Germán, enfriándose---, vos en este tiempo... Emilio ---No quería desconfiar de ella, pero ese tipo junto a ella había sido una imagen que se le había cruzado y lo torturaba.

---Emilio es gay. Es mi amigo de la universidad. Hizo la carrera conmigo y las chicas. Él se separó de su novio hace como un año y justo nos pusimos de acuerdo para vernos hoy. Ahora se fue a encontrar con un flaco con el que están empezando a probar. ¿Te creíste que ya te había olvidado? ¿Estás loco? --- Amanda se había girado para ponerse de frente a Germán y lo abrazaba y besaba a la vez que explicaba.

---No sabés qué alivio me da que esa masa de músculos sea gay.

---De todos modos, debo aclararte algo. ---Amanda se puso seria y se alejó un poco---. En el momento en que Robert Pattinson pise suelo argentino, te dejo. Tenés que saber que ese actor es mi alma gemela y entre vos y él me quedo con él. ---Amanda largó la carcajada y eso le devolvió el alma al cuerpo de Germán. La abrazó fuertemente y retomó sus besos apasionados. La

extremidad comenzó a doler de un modo más intenso. Germán la apoyó en la espalda de Amanda y sintió una puntada quemante. Se quejó de dolor y recién en ese momento Amanda se percató de que la derecha estaba hinchada y algo amoratada.

---¿Qué pasó? ¿Por qué tenés la mano así?

---Larga y estúpida historia. Pero creo que vas a tener que llevarme a la guardia. Creo que me fracturé. Te juro que me ponen el yeso y venimos para tu casa a hacer el amor.

---¡Mirá que sos tonto vos! Ay, Dios mío, cómo la tenés. Dale, bajate y dejame conducir.

Epílogo

Alma abrió la tapa de la *netbook* que habían comprado apenas unos días atrás. Lo habían hablado con Paulo mucho tiempo, él había leído algunos textos que ella había escrito y guardado hacía tiempo. Le habían parecido muy buenos, había que pulirlos, por supuesto, pero Alma tenía en sus manos el arte de narrar. Sentía que una historia le bullía en las entrañas, pugnaba por ser contada. Pero hacía tanto que no escribía que se sentía acobardada. Habían regresado a Madrid en junio, León ocupaba mucho de su tiempo: alimentarlo cada dos horas, cambiarlo, jugar con él, cuidarlo. Así, todo el día. Las palabras se abrían camino solas en su mente. Hilaba frases en sus ratos de soledad. Miró a León en su moisés de viaje: dormía, ubicado al lado de la mesa del comedor, donde Alma estaba sentada con la computadora.

Recordó el nacimiento y sonrió. Había empezado con el trabajo de parto el 7 de abril, en el nuevo departamento de Amanda. Las había invitado para mostrarles la decoración. Desde que se habían mudado juntos con Germán, habían cambiado casi todo del viejo apartamento. Parecía uno a estrenar. Germán había propuesto que debía tener una apariencia nueva, como ellos, que comenzaban de cero. Y ambos se habían puesto manos a la obra. Había quedado perfecto. Disfrutaron de una tarde hermosa, almorzaron, luego tomaron el té. Conocieron los planes de Amanda y Germán de casarse el año entrante, y Pato les dio su propia buena noticia.

---Chicas ---hizo un silencio para dar suspenso---, van a ser tías ---dijo gritando y riendo. Las tres dieron alaridos y se abrazaron. Alma tenía una panza muy grande y baja, y no podía acompañar los saltos de sus amigas.

---¡No te puedo creer, amiga! ¡Qué noticia! ---exclamó Amanda, que seguía saltando abrazada a Patricia. Alma se separó del nudo de abrazos y buscó una silla.

---¡Qué bueno! ¡Te felicito, Patito! Martín debe estar chocho, ¿no? --- agregó Alma sentándose. Había sentido un dolor punzante en la parte baja del vientre que luego repercutió en la parte alta de la cola, a la altura del

hueso sacro.

---Sí, estamos felices los dos. Estuvimos buscando un tiempo y no venía. Ya creíamos que íbamos a tener que hacer un tratamiento. No les conté por cábala, chicas.

---Ayyy, qué exagerados los dos ---expresó Amanda---. ¿Y para cuándo nace, amiga?

---Para noviembre, creemos. ---Pato seguía parada, feliz. De pronto prestó atención a Alma y a su rostro compungido---. Almi, ¿te pasa algo?

---Ay, chicas. Perdón, amiga, que le reste alegría a tu noticia, pero siento un dolor muy grande y la panza se me puso dura. Ahora está aflojando. ---Ambas amigas se acercaron a Alma, observándola.

---Será una contracción, Almi. Pato, fíjate la hora. Tenemos que controlarlas. Avisá cuando sientas otras.

Siguieron hablando sentadas, controlando las contracciones y la duración de cada una. Cuando llegó de a poco el anochecer, las contracciones ya estaban produciéndose cada cinco minutos. Llamaron a Paulo y le dijeron que fuera directamente al Instituto Médico Platense, que ellas llevarían a Alma. Leoncito estaba por nacer. Paulo entró a la sala de partos vestido completamente de verde, con ropas especiales para quirófanos. Se posicionó detrás de Alma y le tomó las manos. Le habló al oído: ---Tranquila, pequeña, aquí estoy. Todo saldrá bien y hoy le veremos el rostro a Leoncito.

---Te amo, Paulo.

---Yo a ti, pequeña.

El parto duró relativamente poco. Las médicas le indicaban a Alma que pujara en el momento en que debía hacerlo, y ella lo hacía tomada de las manos de Paulo. El dolor era grande, pero la meta era lo más importante. El pujo final fue agotador, pero escuchar el llanto, segundos después, fue una inyección de energía. Cuando le trajeron a su hijo y se lo pusieron delante del rostro, el llanto la embargó. Entre lágrimas vio a su pequeño León, era un bebé perfecto. Tenía brazos, piernas y todos los dedos, fue lo primero que constató la mirada de la madre primeriza. Luego observó su rostro. Se trataba de un niño con cabello abundante, en un rubio rojizo, tenía los ojitos algo hinchados por el esfuerzo, la boca muy parecida al padre y unos cachetes abultados y rosados que invitaban a morderlo suavemente.

---Sos muy hermoso, hijo. Te amo ---dijo quebrada por la emoción. La

enfermera lo acercó aún más para que sus padres lo besaran. Alma lo hizo y giró el rostro hacia Paulo. El flamante padre estaba emocionado, la nuez de Adán subía y bajaba en el cuello, sin poder contener la emoción. Él besó al niño y luego a Alma.

---Pequeña, me has hecho el hombre más feliz del mundo. Sé que ha de ser la frase más usada, pero es así como me siento. No existen palabras que puedan expresar la magnitud de este sentimiento. Creo que decirte «te amo» no alcanza. Es más, mucho más. Pero no tengo otras palabras. Te amo, pequeña.

La enfermera se llevó unos minutos a León para realizarle las pruebas necesarias y tomarle la huella plantar. Alma le pidió a Paulo que siguiera al niño, su labor no había terminado, ella debía expulsar aún la bolsa uterina. Unos minutos después salía de la sala de partos Paulo, con León en sus brazos, para mostrárselo a Pato, Amanda, Jorge, Karen, Germán, Matilde y Adrián. Karen le había descripto la escena al detalle.

---Les presento a León Girat. Nació a las 20:24 horas y pesó tres kilos ochocientos cincuenta gramos. ---Y lo entregó, orgulloso, a Karen (que fue la primera en llegar a su lado). León aún estaba colorado y despierto, y hacía unos ruiditos característicos. Movía los bracitos y buscaba el seno de su madre. Todos se acercaron y abrazaron a Paulo. Luego se fueron turnando para besar al pequeño. Cuando el niño comenzó a llorar por la frustración de no encontrar el pecho, todos decidieron dejarlo en paz. Paulo los despidió---. Lo llevaré con su madre. Está hambriento.

Alma recordaba mientras observaba a su pequeño León dormir, las dificultades de los primeros días, las inseguridades y temores que debieron enfrentar Paulo y ella. León lloraba, y ellos se desesperaban porque no entendían la causa; si lloraba de hambre, porque estaba sucio, por dolorcitos en la pancita, frustración... Ser padres no era una tarea fácil, y ellos lo entendieron en la práctica. Karen, Matilde, la nona Donatella y Valentina fueron de gran ayuda en ese tiempo.

Era junio, el calor se iba haciendo presente y los días se ponían más hermosos. Valentina había salido de viaje una semana atrás, y ellos disfrutaban del departamento, aunque perder la ayuda de la abuela, en ciertos momentos, se hacía difícil. Pero tanto Alma como Paulo estaban felices de que Valentina estuviera viviendo esa nueva etapa. En el viaje que ellos le habían regalado al Vaticano, había conocido a uno de los turistas. Un médico barcelonés viudo,

muy divertido. Valentina y él se habían llevado bien desde el principio. Charlaban, se hacían bromas, comentaban el viaje y se confiaban sus experiencias de vida. Joan ya había ido a visitarla, a conocer a su familia. Era el turno de ella de ir a Barcelona y conocer a sus hijos. Ver a Valentina enamorada los hacía felices. Era una mujer aún joven que se merecía un gran amor.

A falta de más manos que ayudaran, Paulo se había hecho un experto cambiador de pañales descartables, ya había aprendido a bañar y cambiar a su hijo, y disfrutaba haciéndolo todas las noches. Alma se deleitaba de verlos interactuar cuando lo bañaba. Paulo le hablaba, le contaba historias, y León observaba a su padre como si entendiera realmente. Alma se mantenía en silencio y era testigo de esa hermosa escena.

Dejó de recordar y regresó al presente, León había hecho unos sonidos parecidos a los estornudos. Reflexionó que no había definición racional que explicara cómo un ser tan pequeño e indefenso podía colmar su vida de sentimientos y de sentido.

Paulo estaba feliz, iba a su oficina para trabajar cada día y regresaba corriendo para disfrutar el resto de la tarde y noche con su hijo y su mujer. El pequeño León había invadido sus vidas hasta en la geografía de la habitación: sus juguetes, sus ropitas, su carrito y su cuna ocupaban casi todo el espacio libre del cuarto. Valentina había viajado a conocerlo al otro día del nacimiento y se había puesto manos a la obra con la carta astral del pequeño León.

«---Mi nieto será un hombre fuerte, me lo dicen las estrellas ---había dicho a la vez que observaba el extraño dibujo de un círculo dividido en doce casas, con líneas que las atravesaban».

Alma volvió a mirar la pantalla de la *netbook*. La hoja en blanco y el cursor titilando esperaban que sus dedos comenzaran a tipear. Iba a escribir una novela. Su historia. Aquellas frases e ideas que había ido hilvanando rondaban su cabeza, pero no sabía cómo dar inicio. La noche anterior habían estado hablando con Paulo sobre el tema.

«---Creo que voy a escribir sobre nosotros, cielo. Sobre el modo increíble en que nos conocimos y nos enamoramos. Creo que nuestra historia podría darles esperanzas a muchas personas que hoy sufren porque están solas, ¿no te parece? ---Alma había estado amamantando a León mientras Paulo acomodaba la mesa para servir la cena.

---Pues, enhorabuena, pequeña, hace meses que vienes dándole vueltas a

este tema y nunca te decidías. Creo que llevas razón en lo que dices, no es por vanagloriarme, pero coincido que lo que nos sucedió no es algo corriente. Lo nuestro se dio de un modo inverosímil, y nos salvó a los dos.

Alma había hecho gesto de confusión.

---Esperá. A mí me salvaste de morir ahogada, eso está claro; y luego me salvaste de una vida desierta de sentidos. Nunca había amado del modo que te amo a vos, con tanta profundidad, con intensidad y entrega. Me hiciste sentir plena desde el primer beso que me robaste en la cocina de mis abuelos, ¿te acordás? ---Paulo había aformado con un gesto de su cabeza, sonriendo al recordar---. Y me diste razones para seguir viviendo. ---Lo miraba con emoción---. La más importante está entre mis brazos. ---León la miró en ese momento y con su dedito rozó la mandíbula de su madre---. Pero lo que no me queda claro es cómo pude haberte salvado yo a vos.

---Pequeña, tú me has salvado de una vida gris, sin amor, sin sentimientos profundos. Antes de ti, mi vida era conformismo y relaciones superficiales o incluso tortuosas. Lo que me has hecho sentir, desde el momento en que te conocí, no tiene comparación con nada que hubiera vivido hasta ese momento. Tenerte cerca, tocarte, hacerte el amor me hace sentir el amo del universo. No concibo la vida sin ti y sin nuestro León. Vosotros llenáis mi pecho, siento que exploto de alegría cuando os veo. No me arrepiento de nada de lo que hemos vivido, porque todo nos ha traído hasta este presente. Y hoy me siento feliz.

---Cielo, me hacés sentir tan bien cuando decís esas cosas. Yo también soy feliz, aunque algunas cositas del pasado hubiera preferido no vivirlas ---había dicho con gesto triste---, pero entiendo lo que querés decir.

---Pequeña, es como te conté una vez, el hilo puede estirarse, retorcerse, anudarse, pero nunca se cortará. Tú y yo estábamos destinados a estar juntos. --Se había quedado pensativo mientras tomaba la mano de Alma---. Estoy de acuerdo. Debes escribir nuestra historia.

---Pero es que no sé por dónde comenzar. ¿Empiezo contando nuestras vidas anteriores a conocernos o arranco cuando nos conocimos?

---Pues solo tú tienes esa respuesta. Sé que la encontrarás, confío en que harás una novela excelente. ---La había besado con pasión. León dejó el pezón e hizo unos ruiditos llamando la atención de su padre---. Ea, chaval, que tu madre es mía también, debemos compartirla. Aunque voy advirtiéndote. En un año dejarás de usar esos pechos que serán míos nuevamente. ---Como si León hubiera entendido a su padre, volvió a hacerse del pezón entre sus encías sin

dientes y retomó los movimientos para alimentarse.

Alma miró nuevamente la pantalla en blanco y, de un modo mágico, supo exactamente dónde comenzar. Se levantó, se cercioró de que León durmiera tranquilo y corrió a buscar entre las cajas que había traído de Argentina. Rebuscó y encontró el *pendrive*. Lo encastró en la apertura para puertos USB y exploró, con desesperación, los archivos que Paulo le había guardado de su antigua computadora. Había demasiados archivos, Alma pensó que debía empezar a borrar muchas de esas carpetas, las había guardado para que ella las revisara cuando estuviese más tranquila, acción que nunca había realizado. Luego de unos minutos de búsqueda frenética, halló la carpeta de archivos buscada. Era una copia de su diario virtual. Cliqueó sobre los íconos, uno a uno, buscó la fecha más cercana a la de la inundación y abrió el archivo. Leyó con rapidez primero y luego, sorprendida del hallazgo, releyó con detenimiento. Había olvidado por completo su diario virtual y lo que allí había escrito. Leerlo le hizo ver, desde otro ángulo, la historia con Paulo. Copió y pegó una parte, la que creyó más adecuada. Se quedó inmóvil viendo la pantalla, las palabras de Paulo, las de la noche anterior, todas cobraron un nuevo sentido. El amor, la sanación eran parte de un plan superior, no quedaban dudas. El hilo rojo, que los había mantenido siempre unidos, se había convertido en un sueño durante la noche previa y en agua el día en que se conocieron realmente. Todo en la vida sucedía por algo, tenía su razón de ser. Ella era, hasta ese día de la inundación, una mujer que no sabía quién era realmente, que no tenía razones para buscar, se sentía vacía, invisible, rota. Paulo, un hombre extraordinario escondido bajo un disfraz de hombre común, vivía sin colores, una vida opaca, las pérdidas de su vida lo habían hecho conformarse con lo poco que había encontrado; necesitaba plantearse una batalla, una búsqueda que lo volviera a la vida. El hilo rojo los hizo chocarse para formar la supernova que eran en el presente. Juntos brillaban con la intensidad del sol y a la vez se daban mutuamente las ganas y las fuerzas para ser mejores.

En la mente de Alma, cada pieza fue encastrando como un rompecabezas. Y miró la pantalla con alivio y emoción. Su novela estaba comenzando y era una nueva aventura. Tipeó el título de inicio del capítulo. Lo releyó con satisfacción.

Capítulo 1

Fragmento del diario de Alma Recabarren Lunes 1º de abril de 2013

FIN

Agradecimientos

A lo largo del tiempo que he destinado a la escritura de esta novela, he necesitado mucha orientación en temáticas que no manejaba. Es importantísimo, para cualquier escritor, contar con la inestimable ayuda de quienes nos rodean, y bastante seguido estos aportes se convierten en invalorable.

Gracias a:

Natalia Pomarés, tus explicaciones acerca de cuestiones médicas en general, de emergentología y de temáticas referentes a Medicina Legista fueron imprescindibles en esta historia. Los doctores Amaral, Mazachezzi y la doctora Castelli, que trataron a Paulo y Alma, hablaban con tus palabras y conocimientos. Gracias por esta ayuda que me diste, pero, sobre todo, por ser la gran profesional que sos, absolutamente responsable, criteriosa y dedicada. Te admiro profundamente.

Mariel Demarchi, por tu ayuda para conseguir informes sobre la inundación de La Plata. Sin tu ayuda no hubiera podido separar la información fidedigna de la que no lo fue. Sos una persona íntegra y con valores morales inquebrantables, es un honor tenerte tan cerca.

A Leticia Piñero, porque cuando te conté de la novela en la que trabajaba, con la empatía que te caracteriza, comprendiste, desde el corazón, la historia de Alma y Paulo. Escuchaste y enseguida me narraste la leyenda del hilo rojo. Esa fue la primera vez que la escuché y la tomé como eje conductor. Pasaron casi cuatro años y recuerdo esa charla (como tantas otras que hemos tenido) como si fuera hoy. Todo ocurre por algo.

A la Sra. María Palermo, porque sin tu contención y amparo no hubiera logrado la calma para escribir.

A la Sra. Graciela Taberna, que muy amablemente me prestó un libro hermoso que guió los pasos de Paulo y Alma en Madrid. Tu guía de Madrid, tan detallada y con tantas fotos, me ayudó en los capítulos que transcurren en esa hermosa ciudad.

Hugo Rosetti, por tu trabajo impecable con la foto de tapa. Supiste comprender la fuerza de la imagen. Tu trabajo es siempre increíble, amigo.

A todas las personas que, a lo largo de muchas charlas que hemos compartido, me han contado sus experiencias, sus vivencias, sobre esa trágica noche. Sin esos datos, que ustedes me prestaron, mis descripciones hubieran perdido color e intensidad. Mi novela es un poco ese mosaico de relatos que idea Paulo, donde cada persona cuenta su propia historia de la noche de la inundación, su percepción sobre el frío, la lluvia, el agua de la inundación, la cercanía de la muerte, la necesidad de sobrevivir. Sus descripciones han sido mi material. Gracias.

Bibliografía

Esta novela me ha llevado a investigar bastante sobre muchas temáticas que la atraviesan. El siguiente listado es la bibliografía básica que tuve cerca, de la que pude extraer datos y por la que pude entender situaciones. Existe un corpus mucho mayor que no incluyo, puesto que se haría un listado bastante interminable.

www.sedici.unlp.edu.ar *Estudio sobre inundación ocurrida el 2 y 3 de abril*
www.ing.unlp.edu.ar/institucional/difusion/2013/inundacion/informe
www.dpn.gob.ar/informe/reconquista1.pdf *El negocio de la impunidad: la herencia K.* Luis Gasulla. Editorial Sudamericana (2013). Capítulo 20 YPF

Artículos periodísticos: *Jalics: Bergoglio no nos denunció a Yorio ni a mí*, Diario *La Nación*. 20/03/2013.

Revelan cómo Jorge Bergoglio salvó a perseguidos por la dictadura, *Infobae* 07/09/2013.

La lista Bergoglio revela cómo el Papa salvó a perseguidos por la dictadura, *Clarín*. 07/09/2013.

La conducta de Bergoglio durante la guerra sucia en Argentina, Foros de la Virgen María.

La mirada de los analistas sobre los temas de la política actual. Opinan: Eduardo Van Der Kooy, Joaquín Morales Solá, Mariano Grondona, Diario *Panorama*.

Cuando Francisco era Jorge Bergoglio, Diario *ABC.es* - Sociedad. 17/03/2014.

Video: *Populismo versus República*, Gloria Álvarez:
www.youtube.com/watch?v=MZYEFNMdxG4

Gloria Álvarez entrevistada en *Animales Suelos*:
<https://www.youtube.com/watch?v=hCcJHyDpWc8>

Discurso de Gloria Álvarez en el Parlamento Iberoamericano:
https://www.youtube.com/watch?v=_04ZS7b43eU

Videos: Jorge Bergoglio declara ante la justicia argentina por secuestro de

Yorio y Jalics.

Videos: <https://www.youtube.com/watch?v=kusAEY26O4Y>
<https://www.youtube.com/watch?v=6UirmAbUKzI>
<https://www.youtube.com/watch?v=QcHGPkhCsOY>
<https://www.youtube.com/watch?v=E4U3VYTxxk0>
<https://www.youtube.com/watch?v=DfzZn8XX9YE>
https://www.youtube.com/watch?v=_d5seunxpw
<https://www.youtube.com/watch?v=AT0S0DOL6G0>
<https://www.youtube.com/watch?v=i1uYl3RfYZk>
<https://www.youtube.com/watch?v=swRuNGP156c>
<https://www.youtube.com/watch?v=uwP-48aXOXQ>
<https://www.youtube.com/watch?v=YqaBLHSIgEw>
https://www.youtube.com/watch?v=8kIPZC_CiX4
<https://www.youtube.com/watch?v=kaYF7OMIS2A>
<https://www.youtube.com/watch?v=f1qVyKhqrF4>

Si te ha gustado Paulo. Laberinto de pasiones te recomendamos comenzar a leer *Me encontré en ti* de *Francine J. C.*



Prólogo

Con sus manitas temblorosas, aferra las escasas mantas que la cubren hasta más allá de las orejas. Aprieta con fuerza para intentar amortiguar el sonido de los ligeros pasos de esos seres de aspecto demacrado que tanto la atemorizan. Esqueletos, los llama. No se parecen a las personas y nada tienen que ver con los fantasmas de los cuentos o dibujos animados que ve en

televisión. Sus intentos por no escucharlos son en vano. Oye sus sibilantes voces a través de las sábanas, como si estuvieran tramando alguna de las suyas. Sabe que están maquinando algo, siempre lo hacen. Para eso vienen. Tirarán de las mantas, se sentarán en la cama, agarrarán sus pies... O lo que para ella es lo peor: le dirán cosas perversas a escasos centímetros de su cara, provocándole el miedo más absoluto. Siempre están ahí. Nunca desaparecen. Solo ella los ve. Y lo peor de todo: nadie la cree.

---Por favor..., dejadme en paz ---les suplica. Lo que obtiene por respuesta son sus risas amortiguadas.

Su cama plegable está en mitad del destartado y viejo salón. Son muchos hermanos y los dos menores, entre los que se encuentra ella, ya no tienen habitación. Al menos, su hermano pequeño duerme todavía en la cuna en el cuarto de sus padres. Todo el mundo comparte cuarto con alguien, menos ella, la loca. La que se hace pis en la cama, grita en mitad de la noche y dice que unos monstruos que, solo ella puede ver, la atormentan durante la vigilia. Nadie quiere estar con la pobre niña, salvo su hermana mayor, Lorena, de apenas dieciséis años. Ha conseguido un trabajo de empleada de hogar y hace escasos días que se ha independizado con su novio, un aprendiz de electricista. Ha logrado, por fin, salir de esa casa. En su nuevo hogar tendrá comida en la nevera, ropa nueva, y no le pegarán. La pequeña no pudo evitar sentirse abandonada el día que se fue. Ahora está sola. Nadie la consolará ni la dejará meterse en su cama para mitigar el miedo.

Cada día que pasa, esos seres son más persistentes y se empeñan en comunicarse con ella. El miedo no le permite escuchar. Queda paralizada y presiona con fuerza los puños envueltos por las sábanas contra su oído, hasta que solo percibe un zumbido. Poco a poco, sus débiles músculos van cediendo y esos endemoniados entes aprovechan el momento para destaparla. Sin embargo, hoy sucede algo distinto: Una ráfaga de luz proviene del final del pasillo y, acto seguido, los seres desaparecen. La curiosidad la obliga a mirar. En la pared del fondo, como una proyección de cine, se ven unas imágenes en blanco y negro, con la calidad de uno de esos antiguos cinematógrafos de finales del XIX. En ellas se ven unas personas ataviadas con ropas de ese mismo siglo. Pasean por una calle adoquinada con comercios a ambos lados. Los escaparates de madrea oscura y cristales abombados ofrecen sus mejores mercancías en ellos. Algunos tienen ovillos de hilo y lana, otros enormes rollos de telas en sus listones y, los que menos, maniquís con vestidos ya

confeccionados. No se oyen voces ni sonidos procedentes de las imágenes que se ven en la proyección, salvo por un murmullo de agua que parece ser el culpable de que sea visible este suceso. Al menos, es la sensación que tiene la pequeña.

Intrigada, se aventura a sacar sus piernas de debajo de las mantas y da un respingo al notar el frío contacto del suelo en sus piececillos descalzos. Los viejos muelles protestan al abandonar el lecho aun teniendo un cuerpo tan ligero. No alcanza los veinte kilos y eso que ya está a punto de cumplir los siete años. Mira hacia la habitación de sus padres y comprueba que nadie se ha despertado. Sus ronquidos le confirman que siguen durmiendo y se dirige con paso indeciso hacia esa luz. Cuanto más se aproxima, más intenso le parece el ruido de agua en movimiento, como si se tratara de un riachuelo. Está a escasos pasos cuando empiezan a tener protagonismo tres mujeres vestidas de negro de pies a cabeza, aparentemente de luto. No obstante, su comportamiento se aleja bastante de alguien que ha perdido a un ser querido. Se ríen de todo y de todos los que la rodean. Tratan con soberbia a la gente que se les aproxima y luego elevan sus tercas barbillas con altanería mientras se alejan.

Fijándose en estas mujeres, que la niña identifica como «mujeres malas», ya ha llegado hasta la pared. El brillo la tiene hipnotizada y el rumor del agua la atrae sin remedio. Levanta su mano, toca con la yema de los dedos el papel pintado y deteriorado por el tiempo y los desliza hacia arriba hasta que alcanza un fragmento de la luz. Ha pasado de sentir el rugoso contacto del papel a tener la sensación de meter los dedos en un vaso de agua helada, y, por si eso fuera poco, puede introducirlos dentro. Sorprendida, se mira la mano húmeda. Pero, como niña que es, ignora el peligro que ello podría conllevar y vuelve a introducir sus deditos, produciéndole escalofríos. Una sonrisa asoma en su ojeroso rostro ante las nuevas sensaciones que está experimentando. Esto le resulta gracioso y no le da miedo. Acaba por meter la extremidad seguida de la cabeza, empapando sus finos y rubios cabellos. Tras un fuerte estremecimiento debido al cambio de temperatura, aflora de su trémula boca una carcajada. Ninguno de los viandantes parece escucharla, salvo las tres señoras, cosa que sorprende mucho a la niña porque pensaba que se trataba de una reproducción. Es como si esas mujeres tuvieran la capacidad de salirse de la norma, no como el resto. Tras murmurar algo entre ellas, echan a correr hacia la pequeña, como si se hubieran convertido en fieras que van a cazar a

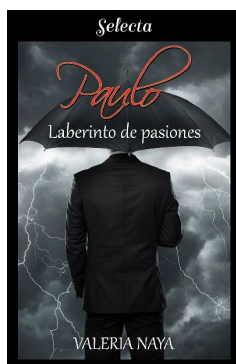
su presa. Intenta recular y salir de la imagen, pero una fuerza sobrenatural tira de ella en dirección contraria. Grita desesperada. A medida que se le acercan, observa cómo sus rostros cambian y sus bocas se transforman en fauces, aullando como auténticas alimañas. Está muy asustada y esa fuerza extraña sigue sin dejarla retroceder, como si algo tirara de ella desde el mismo centro de su ser. Las lágrimas comienzan a rodarle por el rostro mientras patalea para intentar liberarse. Las mujeres, transformadas en auténticos monstruos, ya casi le dan alcance. Estiran sus brazos hacia adelante como si ansiaran atraparla con sus garras de largas uñas. La niña, aterrorizada al ver como se le acercan con sus ojos inyectados en sangre, cierra los suyos con fuerza, esperando que le claven las garras de un momento a otro. Unos fríos dedos le envuelven la muñeca y la zarandean. Por el dolor que le produce el agarre, propina tal grito que hace que se le rasgue la garganta. Vuelve a abrir los ojos esperando encontrarse esos huesudos y largos dedos clavándose en la carne y, sin embargo, es la mano de un hombre quien la sujeta; grande y callosa. Ante ella tiene a un señor ataviado con ropas que se asemejan a un saco y lucha sin descanso contra las tres fieras que quieren atraparla. De su mano libre surge una fuerza luminosa que las hace retroceder y parece quemarlas. Grita sin cesar cosas que no termina de entender, mientras esas brujas se retuercen de angustia, pero sin ceder en su intento de llegar hasta la niña. Ahora el sonido del agua es ensordecedor, como si estuviera dentro de una enorme cascada. Tras recibir unos arañazos de esas bestias en medio del forcejeo, el hombre, sin querer, golpea con el codo en la cara a la niña, haciendo que esta vaya hacia atrás y salga de la imagen cayendo con un tremendo golpe contra el suelo del pasillo de su casa. Ese señor, ahora desde dentro de la pared, la observa con sus ojos oscuros como pozos sin fondo.

---¡Coge fuerza, hija mía! ¡Hazte fuerte! ¡Yo intentaré retenerlas todo el tiempo que pueda aquí! ---le grita con desesperación desde el otro lado.

En cuanto acaba la última frase, un tremendo estallido luminoso hace que desaparezca la proyección y todo lo que en ella había. Tendida en el suelo, temblado de miedo y frío, la niña no encuentra las fuerzas para levantarse. Solo observa la pared donde ya no hay nada, salvo el rugoso papel pintado y maltrecho.

La bombilla amarillenta del techo se enciende haciendo que dé un respingo. Asustada, mira a su alrededor buscando más monstruos. Lo que encuentra no la tranquiliza en absoluto; toda su familia la está observando. Sus

miradas de extrañeza y sus ceños fruncidos hacen que mire hacia su cuerpo. Esta empapada de pies a cabeza, llena de arañazos y golpes. Se da cuenta de inmediato que, como siempre, diga lo que diga, no le van a creer. Y reza por que, además de todas las cosas terroríficas que le acaban de pasar, no le peguen sus padres por haber despertado a todos.



Paulo. Laberinto de pasiones

Cuenta una antigua leyenda oriental que existe un hilo rojo invisible que conecta a aquellos que están destinados a encontrarse, sin importar tiempo, lugar o circunstancias. El hilo rojo se puede estirar, contraer o enredar, pero nunca romper.

La noche del 2 al 3 de abril de 2013 la ciudad de La Plata vivió una catástrofe climática inusitada en la historia de esa urbe. Una capital planificada y simétrica que suele convertirse en un laberinto para los forasteros. Esa noche, además de ser una maraña de calles y diagonales, se convirtió en una trampa mortal para todo aquel que se encontrara a la intemperie. Una tormenta torrencial inundó las calles y la furia del agua arrastró a muchos incautos, enfrentándolos con la muerte.

Alma, una mujer destrozada por las pérdidas en su vida, decide volver a su casa caminando bajo un paraguas, la noche de la tormenta. La muerte la espera a la vuelta de la esquina, agazapada, adquiriendo la forma de un río embravecido. El destino tiene nuevos planes para su vida, aunque deberá animarse a dar el paso.

Paulo es un periodista madrileño que está de visita. Hijo de un desaparecido durante la dictadura militar, viene al país para ver a su familia paterna. La tempestad lo encuentra en la calle, y el caudal de agua le impide llegar a destino. Como buen extranjero se pierde en las diagonales, termina a la deriva hasta que logra ponerse a salvo. Su vida está planificada, como esa ciudad que no conoce, pero el diluvio que enfrenta cambiará su vida misma.

La tormenta los reúne, y el amor los atraviesa...

Deberán enfrentar intrigas políticas, confabulaciones, personas que intentarán separarlos...

¿Podrán dejar sus temores a un lado?

¿Podrán enfrentarse a todos los peligros que los rodean?

El hilo nunca se rompe...

Valeria Naya nació en La Plata el 7 de diciembre de 1971. Desde muy pequeña se sintió atraída por la literatura. Ávida lectora de cuanto libro encontrara armaba narraciones orales, que mucho más tarde se animó a plasmar en papel. La lectura de las novelas románticas llegó recién en la adolescencia, pero alternaba con géneros y autores diversos. Al momento de elegir su carrera la vocación docente y la literatura fueron significativas. Cursó en la misma ciudad de diagonales que la vio nacer, en la Universidad Nacional de La Plata, donde se graduó con el título de Profesora en Letras. Dictó clases en Escuelas Secundarias, participó como Jurado de Literatura en los Torneos Bonaerenses desde 2008 al 2012, donde además realizó talleres de escritura en los Encuentros Regionales. Su novela *Alma. Amor en la tormenta* es su primera incursión en el género romántico.

Edición en formato digital: septiembre de 2019

© 2019, Valeria Naya

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-59-3

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

NOTAS

Capítulo 1

[1] José Luis Cabezas fue un reportero gráfico y fotógrafo argentino. Su homicidio (sucedido el 25 de enero de 1997) se convirtió en el mayor emblema de la lucha de la prensa argentina en pos de la libertad de expresión. La repercusión derivó en cambios en el gabinete del entonces presidente Carlos Menem, y en las derrotas del Partido Justicialista en las elecciones legislativas de ese año y en las presidenciales de 1999, cuyo candidato fue el hasta entonces gobernador bonaerense, Eduardo Duhalde.

Su cadáver calcinado fue hallado en la localidad atlántica de General Juan Madariaga, dentro de un auto Ford Fiesta incendiado, con las manos esposadas a la espalda y dos tiros en la cabeza. El homicidio se había producido después de que tomara, para la revista *Noticias*, las primeras fotos públicas del empresario Alfredo Yabrán, objeto de una investigación periodística sobre su presunta implicación en casos de corrupción política. El auto y la cobertura era compartida con el futuro presidente del Foro por el Periodismo Argentino (FOPEA) Gabriel Michi. El empresario Yabrán se suicidó cuando supo que iría preso.

<https://www.perfil.com/noticias/columnistas/quien-mato-a-jose-luis-cabezas.phtml> https://es.wikipedia.org/wiki/Jos%C3%A9_Luis_Cabezas

Índice

Paulo. Laberinto de pasiones

Nota editorial

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Epílogo

Agradecimientos

Bibliografía

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Valeria Naya

Créditos

Notas